

Entre los libros de
la buena **MEMORIA**

Fernando Manuel Suárez

Un nuevo partido para el viejo socialismo

El Partido Socialista Popular: orígenes,
organización y tradiciones políticas (1972-1982)



FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

UNM
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Fernando Manuel Suárez

Un nuevo partido para el viejo socialismo

El Partido Socialista Popular: orígenes,
organización y tradiciones políticas
(1972-1982)

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

U_NM
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por las instituciones editoras.

Corrección: María Valle (UNGS)

Diseño gráfico: Andrés Espinosa (UNGS)

Maquetación: D.C.V. Federico Banzato (FaHCE-UNLP)

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina

©2021 Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de Misiones, Universidad Nacional de General Sarmiento

Colección Entre los libros de la buena memoria 22

Suárez, Fernando Manuel

Un nuevo partido para el viejo socialismo : el Partido Socialista Popular : orígenes, organización y tradiciones políticas 1972-1982 / Fernando Manuel Suárez. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento ; La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación ; Posadas : Universidad Nacional de Misiones, 2021.

Libro digital, PDF - (Entre los libros de la buena memoria ; 22)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-630-546-4

1. Historia Política Argentina. 2. Partido Socialista. I. Título.
CDD 324.20982



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad Nacional de Misiones y la Universidad Nacional de General Sarmiento promueven la Colección de e-books “Entre los libros de la buena memoria”, con el objeto de difundir trabajos de investigación originales e inéditos, producidos en el seno de Universidades nacionales y otros ámbitos académicos, centrados en temas de historia y memoria del pasado reciente.

La Colección se propone dar a conocer, bajo la modalidad “Acceso Abierto”, los valiosos avances historiográficos registrados en dos de los campos de estudio con mayor desarrollo en los últimos años en nuestro país, como lo son los de la historia reciente y los estudios sobre memoria.

Colección Entre los libros de la buena memoria

Directores de la Colección

Gabriela Aguila (CONICET-UNR)

Jorge Cernadas (UNGS)

Emmanuel Kahan (CONICET-UNLP)

Comité Académico

Daniel Lvovich (UNGS-CONICET)

Patricia Funes (UBA-CONICET)

Patricia Flier (UNLP)

Yolanda Urquiza (UNaM)

Marina Franco (UNSAM-CONICET)

Silvina Jensen (UNS-CONICET)

Luciano Alonso (UNL)

Emilio Crenzel (UBA-CONICET-IDES)

Comité Editorial

Andrés Espinosa (UNGS)

Verónica Delgado (UNLP)

Nélida González (UNaM)

Índice

Agradecimientos.....	9
Introducción	15
¿Por qué estudiar el Partido Socialista Popular?	16
Algunas cuestiones teórico-metodológicas	19
Estructura del libro	27
Capítulo 1. La tradición socialista y sus querellas historiográficas.	31
Las querellas historiográficas sobre el socialismo argentino ...	31
Los orígenes partidarios y la figura de Juan B. Justo.....	36
El socialismo argentino y las fuerzas nacional-populares	45
La diáspora socialista y la emergencia de la “nueva izquierda”	53
A modo de conclusión: el PSP en la historiografía socialista....	62
Capítulo 2. La breve historia política del Partido Socialista Popular	65
Introducción	65
Los cuatro elementos del PSP.....	67
La difícil construcción de un “socialismo popular”	96
“La unidad es un sueño eterno”: disidencias y rupturas en el PSP.....	102
A modo de conclusión: ¿el final del PSP o un nuevo comienzo?.....	119

Capítulo 3. Las formas del centralismo democrático:	
una organización para tiempos autoritarios.....	125
Introducción	125
El centralismo democrático: algunos elementos teóricos.....	128
El centralismo democrático en la práctica.....	137
El PSP frente al gobierno de Isabel y al Proceso de Reorganización Nacional.....	156
¿La organización vence al tiempo?: militancia y sectarismo	167
El socialismo de Estévez Boero: el liderazgo en el centralismo democrático	174
A modo de conclusión: la organización como impronta	180
 Capítulo 4. Identidad y tradiciones políticas del Partido Socialista Popular	183
Identidades, ideologías y tradiciones.....	183
Mucho más que un “clima de época”: la izquierda en las décadas del sesenta y setenta	189
Las tradiciones del Partido Socialista Popular: socialismo, reformismo y nacionalismo	197
A modo de conclusión: la identidad del socialismo popular ..	235
 Conclusión.....	237
 Fuentes.....	243
Entrevistas.....	243
Documentos	245
Bibliografía	246

Agradecimientos

*Dejo sangre en el papel
y todo lo que escribo
al día siguiente rompería
si no fuera porque creo en ti.
A pesar de todo,
tú me haces vivir,
me haces escribir
dejando el rastro de mi alma
y cada verso es un jirón de piel.
Soy un corazón tendido al sol.
Víctor Manuel*

Detrás de un libro, mero corolario de un trayecto intelectual, anidan muchas otras cosas: personas, instituciones, afectos, recuerdos, padecimientos, esfuerzos. Este es el momento de dar cuenta de ellas a modo de gratitud, con todos aquellos que supieron en algún momento acompañar esta empresa. Los que tuvieron un rol fundamental y también quienes aportaron un auxilio circunstancial: todos en su justa medida tienen que ver con el resultado final, con haber llegado a destino.

Nada de esto hubiera sido posible sin la educación pública que, aun con sus dificultades, subsiste en nuestro país. Tanto la Universidad Nacional de Mar del Plata (UNMdP) como la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) me han ofrecido una formación de excelencia, que no hubiera podido costear de otra forma. En esta

última institución justamente defendí mi tesis de Maestría que ha servido de base para este libro. Esas universidades públicas, ejemplares e inclusivas, son financiadas por millones de personas que ni siquiera imaginan pisarlas alguna vez: a ellas va el principal y más importante agradecimiento, aunque la deuda es sencillamente inconmensurable. También debo agradecer a la Universidad Nacional de Mar del Plata, al Consejo Interuniversitario Nacional (CIN) y al Conicet por haber financiado, en distintas instancias, esta investigación con diferentes becas. Espero simplemente haber estado a la altura.

Marcela Ferrari ha sido mucho más que una directora, con todo lo que ello implica. Me invitó hace casi una década a formar parte de su grupo de investigación y me enseñó todos los secretos de este oficio; su responsabilidad y compromiso no tienen parangón. Su acompañamiento ha sido incondicional, incluso cuando este proyecto parecía destinado a fracasar. En todo este tiempo ha sido una presencia constante, con dosis equivalentes de afecto y exigencia, obsesiones y libertades. Asimismo, no se me ocurre haber podido tener una mejor codirectora que María Cristina Tortti: su conocimiento, así como su importante obra sobre el tema y su compromiso han sido un insumo fundamental. Este libro le debe mucho a sus muy criteriosas lecturas, comentarios y observaciones; cada una de sus intervenciones han hecho mucho por subsanar los huecos que este trabajo tuvo durante su elaboración y que, seguramente, sigue teniendo. Mención especial para Darío Macor, mi lamentablemente efímero codirector de beca, dado su temprano y triste fallecimiento. Su presencia es indeleble en muchos pasajes de este trabajo, sus reflexiones tuvieron un rol central al momento de poder definir el tema y los alcances de esta investigación. Todo por no mencionar su enorme calidad humana que, de una manera quizá inesperada, me ha legado amistades y abierto gran cantidad de puertas.

El grupo “Actores y poder en la Argentina. Siglo XX”, alojado en el Centro de Estudios Históricos de la Facultad de Humanidades de la UNMDP, fue un espacio propicio para reflexionar sobre mis propios temas de investigación y, al mismo tiempo, debatir sobre

cuestiones más amplias de la historia argentina reciente. Agradezco a Constanza Castro, Mariana Pozzoni, Mariano Fabris, Roberto Tortorella, Carla Sangrilli, Cintia Rodrigo, Fernando Vissani, Carlos Hudson, y otros que han participado de este espacio, sus atentas lecturas, comentarios y sugerencias. Renglón aparte merece Micaela Iturralde, quien no solo comparte este ámbito particular conmigo, sino que se trata además de una amiga entrañable y una interlocutora fundamental.

Este libro no hubiera sido posible sin la enorme generosidad de todos aquellos que me han brindado su tiempo y, sobre todo, sus recuerdos a través de testimonios, los que son, sin lugar a dudas, el insumo fundamental de este trabajo. Entre ellos –todos son mencionados al final del libro, quisiera destacar a dos. En primer lugar, a Carlos Constenla, quien se convirtió sin preverlo en el verdadero “testigo clave” de esta investigación: su frondosa memoria y su archivo personal permitieron alumbrar aspectos que, de otro modo, hubieran permanecido velados. Y, por otro lado, a Alfredo Lazzarotti, quien no solo fue un entrevistado más, sino que colaboró directamente en los orígenes de este trabajo, cuando siquiera era una idea en ciernes, haciéndome notar los vacíos que existían en la historiografía del socialismo argentino, en especial con respecto al Partido Socialista Popular, y con el que tuve la fortuna de publicar algunos de los primeros resultados de esta investigación, en una trabajosa compilación –que sin dudas hoy encararíamos de otro modo– que titulamos, quizá ambiciosamente, *Socialismo & Democracia*. También quisiera agradecer a los distintos archivos y bibliotecas que me han facilitado el material que completan esta investigación y, por supuesto, a sus responsables: al Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas (CeDIInCI), a la Biblioteca Obrera Juan B. Justo, al Partido Socialista y a la Fundación Estévez Boero.

Son muchos los colegas y amigos que en algún momento de este trabajo tuvieron un comentario, una sugerencia, una observación o una simple palabra de aliento para que llegara a buen puerto, o al menos a algún puerto. Francisco Reyes, amigo santafesino legado por Darío Macor, fue probablemente el más

paciente y perseverante de mis interlocutores: nuestras discusiones, charlas e intercambios atraviesan todo este libro, mi deuda con él es enorme. Julián Melo, por su parte, fue prácticamente un director en las sombras, un amigo que me alentó a seguir adelante cuando las fuerzas flaqueaban y que me ayudó a cada paso, con su estilo inconfundible, a depurar mis argumentos y afinar mis reflexiones, sobre todo las teóricas, para que este no sea un simple trabajo “de historiador”. Por último, me resulta muy difícil expresar en toda su magnitud mi gratitud intelectual y personal con Juan Manuel Gerardi –con su compañera (y mi amiga) Gisela Coronado–: su compañía en momentos buenos y malos, que tristemente han sido muchos, ha sido más que fundamental para poder seguir adelante; nuestras conversaciones, animadas por inquietudes y pasiones compartidas, han sido un insumo difícil de mensurar a lo largo de todo este trayecto que todavía continúa.

También quiero agradecer a los y las colegas que en algún momento de este periplo han conversado conmigo sobre los temas de esta investigación y han comentado alguna ponencia o avance de esta. Silvana Ferreyra, Mara Petitti, Ricardo Martínez Mazzola, Carlos Miguel Herrera, Francisco Reyes, Camila Perochena, Facundo Cruz, Emmanuel Taub, Sebastián Giménez, Alejandro Cozachcow, Juan Rodil, Pedro Núñez, Gerardo Scherlis, Fabián Herrero, entre otros y otras, me han aportado, a partir de sus críticas y comentarios, alguna pista para dar forma a este trabajo. Ricardo Martínez Mazzola, Gerardo Aboy Carlés y Andrés Bisso fueron unos jurados de tesis excepcionales, cuyos comentarios y sugerencias contribuyeron de forma decisiva en esta versión final. Por su parte, Luciano Alonso y el propio Bisso, en su rol de evaluadores, hicieron muy pertinentes sugerencias para dar forma definitiva a este libro. Finalmente, una mención especial a Gabriela Aguila, Jorge Cernadas y, en particular, a Emmanuel Kahan, quienes dieron lugar al presente volumen en la colección que dirigen y alentaron desde el primer momento su publicación.

El agradecimiento va también para mis compañeros y docentes de la Maestría y el Doctorado en Ciencias Sociales de la UNLP y el Profesorado en Historia de la UNMdP, quienes, desde sus diferentes

perspectivas, contribuyeron a iluminar alguna parte de este trabajo y mi propia formación como cientista social. Entre ellos, a María Inés González Carella, con la que he tenido la suerte de formarme y trabajar, y un recuerdo a la memoria de Norberto Álvarez, un profesor inolvidable, cuya capacidad para ampliar horizontes y sembrar inquietudes ha dejado una marca imborrable. También a la Universidad de Buenos Aires y a la Universidad Argentina de la Empresa, que me abrieron sus puertas para desempeñarme como docente y, en especial, a Facundo Cruz, Juan Rodil, Luis Tonelli y Alejandro Gunsberg.

He tenido la suerte de tener muchos amigos y de los buenos. Mis hermanos de la vida, esos que se eligen de una vez y para siempre, saben lo que significan para mí. No hay palabras suficientes para ellos, como tampoco hay palabras que no se hayan dicho para demostrar esa gratitud. Hernán Vivas, Luciano Burket, Esteban Fraternali, Nicolás Cassulo, Mauro Briguglio y Matías Rossi saben cuál es su lugar en esta historia. Lo mismo cabe para Emmanuel Juan, Martín Tamargo, Joaquín Marcos, Benjamín Rodríguez, Tomás Carrozza y Nicolás Artemio Rodríguez. También merece un reconocimiento mi amigo y conviviente en la breve, pero intensa –y divertida–, estadía platense, Marcos Lancia. Debo mucho a mis amigos de mi ya no tan nueva etapa porteña, con Juan Rodil y David Fernández a la cabeza, locos con los que compartimos ese gusto desproporcionado por el básquet, el asado y la política. Quiero agradecer también a Mariano Schuster, cuyo afecto, calidad humana y generosidad es difícil resumir en pocas palabras. Por último, a Eduardo Minutella y Agustín Cesio, amigos recientes que parece que conociera de toda una vida.

Agradecer a la familia resulta, a esta altura de las cosas, imprescindible, emotivo y, a la vez, doloroso. Mis abuelos, Abilio y Néstor, fueron quienes, sin lugar a dudas, sembraron en mí la inquietud intelectual, mi interés por la historia y la política, y quién sabe cuántas cosas más. Mis abuelas, Julia y María Teresa, inculcaron en mí el interés por la lectura y me enseñaron los valores de la perseverancia y la disciplina, pero, por sobre todas las cosas, tuvieron un rol fundamental en mi crianza y la transmisión de

algunos valores que subsisten indelebles. Mi tío Fernando, también junto a mi abuela María Teresa, ocupó un lugar cuya importancia resulta inenarrable, fue el sostén silencioso de nuestra familia en tiempos más que difíciles, quizá trágicos, sin nunca pedir nada a cambio y es, pasado el tiempo, una deuda ya imposible de saldar, si es que alguna vez lo fue.

Por último, quisiera agradecer a mis padres, llorando su ausencia, pero sabiendo que nada hubiera podido ser sin ellos. Fueron padres cariñosos y presentes, y, aun sin idealizar, responsables directos de una vida que, a pesar de los sobresaltos, he podido transitar satisfactoriamente, sobreviviendo, pero también viviendo y proyectando. Se fueron quizá demasiado pronto y demasiado tristes, pero su legado está vivo en nosotros de infinitas formas. La primera persona del plural incluye a mi hermano, Santiago, con quien nos une un lazo de sangre, pero, sobre todo, una amistad que es aún más indisoluble. Agradezco, a pesar de las cosas que nos han tocado transitar, poder contar con él, espalda con espalda, sabiéndonos vulnerables mas nunca derrotados, con mucho camino por recorrer, acompañándonos.

No tengo manera de agradecerle a Clara todo lo que ha hecho por mí, cualquier cosa parecerá poco. No se trata solo del amor y la compañía que me prodiga diariamente, además de prestarme a su cálida familia, sino que, sencillamente, me cambió la vida. Yo era otro cuando la conocí, quizá peor, pero seguro distinto, y ella me ayudó a crecer de múltiples formas. Este libro quizá, más que de nadie más, merecería tener también su firma, aunque, de alguna manera, la tiene. *Si no fuera porque creo en ti, a pesar de todo, tú me haces vivir...*

Introducción

En 2012, cuando participaba como panelista invitado en una actividad organizada por el actual Partido Socialista por la celebración del 40 aniversario de la fundación del Partido Socialista Popular (PSP) en Rosario, el historiador Darío Macor llamaba la atención al público acerca de la enorme vacancia historiográfica que existía entonces acerca de esa fuerza política y, más específicamente, de estudios que indagaran sobre la vinculación de esa organización con la muy longeva tradición socialista argentina. Años después, en su reciente libro *¿Adiós al proletariado?*, Carlos Miguel Herrera (2016: XV) advertía algo similar, cuando sentenciaba concluyente que el PSP, al menos en sus orígenes, no pertenecía *stricto sensu* a tal tradición política, a la que resultaba difícil ligarlo más allá de la evidente continuidad nominal. Ambos autores reconocían un mismo problema: a los escasos estudios realizados sobre el PSP, se le sumaba una notoria dificultad para comprender la ligazón que unía –o no– a esta organización fundada en 1972 con las expresiones partidarias socialistas pretéritas. Es decir, se sabe muy poco sobre este partido, pero todavía menos sobre la filiación histórica que, en cierta medida, carga de sentido su propio nombre.

Este diagnóstico constituyó, de cierto modo, un punto de partida para este libro. En realidad, en un principio, lo que me interesaba abordar era el desempeño del socialismo argentino en el período de la reconstrucción democrática en la Argentina a partir de 1983, en un proceso caracterizado por una progresiva y trabajosa reunificación de ese espacio político. Sin embargo, el vacío historiográfico aludido

alteró ese plan. Tuve que recalibrar las prioridades de la investigación y redefinir, al menos por un tiempo, sus objetivos originales. Esta postergación sirvió para subsanar, en la medida de lo posible, alguno de esos vacíos existentes. De la escasez notable de estudios sobre el socialismo en la Argentina posterior a la década del sesenta, la ausencia de trabajos sobre el PSP es la más patente, más aún si se considera la gravitación que ha tenido este partido en el devenir del socialismo argentino en las tres últimas décadas.

Por lo expuesto, es objetivo de este trabajo procurar subsanar, al menos en parte, ambas cuestiones: por un lado, hacer un aporte concreto al estudio del Partido Socialista Popular desde sus orígenes y, por otro, analizar el alcance y las particularidades de su ligazón con la tradición del socialismo argentino. Esto nos obliga a realizar una reconstrucción muy minuciosa a partir de fuentes diversas, ya no solo para confrontar interpretaciones, sino incluso para recabar información básica. En tal sentido, ni siquiera el propio partido se ha provisto de un relato oficial más o menos consistente; este tipo de narraciones se limitan a algunas pocas transcripciones de charlas brindadas por dirigentes consagrados,¹ pero por lo general se trata de relatos esquemáticos y que no aportan mayor información que la públicamente conocida.

En esta introducción procederemos a hacer una somera presentación de nuestro objeto de estudio y sus particularidades, así como de nuestras hipótesis y objetivos particulares. A continuación abordaremos algunas peculiaridades del campo de estudios sobre el socialismo argentino dentro del cual se inserta nuestra investigación en términos historiográficos. Más adelante, presentaremos algunos lineamientos generales con respecto a las referencias teóricas que atraviesan este libro, para luego dar paso a un análisis de las fuentes que hemos utilizado y ofrecer algunas precisiones metodológicas sobre las que se sustenta esta investigación.

¿Por qué estudiar el Partido Socialista Popular?

El estudio del Partido Socialista Popular presenta una serie de ventajas y un número equivalente de dificultades. La principal ven-

1 Por ejemplo, Lamberto (2009).

taja, si se la pudiera llamar así, es que se trata de un área de estudios yerma: con excepción del libro de Lucio Guberman (2004), el PSP no ha merecido la atención de los cientistas sociales como objeto de estudio primordial.² Esto, como adelantamos, también representa la principal dificultad, pues no hay abundante bibliografía específica con la que dialogar, ni interpretaciones con las que confrontar. Asimismo, el PSP, en la actualidad integrado al Partido Socialista refundado en 2002, carece de información sistematizada sobre su trayectoria y tampoco cuenta con una política de archivo profesionalizada. Esta falta se ha podido subsanar parcialmente con la gran tarea realizada por la Fundación Estévez Boero, dirigida por Inés Bertero y afincada en la ciudad de Rosario, que ha hecho un trabajo destacado en la compilación de materiales del PSP, en particular de su líder más importante, y en la digitalización de su acervo documental para facilitar su consulta.

Este panorama se ve agravado por algunas particularidades del objeto de estudio. La trayectoria del Partido Socialista argentino estuvo signada desde sus orígenes por una proclividad a las rupturas y escisiones, que tras 1958 lo llevó a una virtual desintegración. Suponemos que esta característica peculiar del PS, con su correspondiente dificultad en materia documental y archivística, ha llevado a que los historiadores y cientistas sociales optaran por no estudiar la trayectoria del socialismo durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX.³ Este rasgo específico, tanto del objeto como de su campo de estudio, presenta una complicación adicional dada la necesidad de reconstruir, al menos a trazos gruesos, la trayectoria de los diversos socialismos desde 1966 –hito al que llegan los estudios

2 Los trabajos de Gonzalo Rojas (2006), María de los Ángeles Yannuzzi (1996), Carlos Herrera (2013, 2016) o Ricardo Martínez Mazzola (2016) mencionan al PSP, pero sin sumergirse en su análisis. Por otra parte, los libros de Howard Richards (2007) y Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi (2012) ofrecen una serie de testimonios valiosos –en ambos casos centrados mayoritariamente en la ciudad de Rosario–, algunos de los cuales hemos aprovechado para este libro, pero ninguno de los dos ofrece una interpretación integral sobre el PSP.

3 Los únicos trabajos que escapan a la regla son los de María Cristina Tortti (2007, 2009a) sobre el PS y la “nueva izquierda”, y los de Silvana Ferreyra sobre el Partido Socialista Democrático (2012), pero en ambos casos sus investigaciones referidas a las diferentes escisiones del PS no avanzan mucho más allá de 1966.

conocidos hasta el momento— hasta la fecha de fundación del partido en cuestión en 1972.

Los estudios continúan centrados en su mayoría en el período formativo y en las primeras décadas de vida del PS, un poco menos en torno a la década del treinta y los años peronistas, y algunos autores se han abocado al período que va desde la autodenominada Revolución Libertadora (1955) hasta la Revolución Argentina (1966).⁴ Para el período de nuestro trabajo, que podría extenderse *stricto sensu* desde la década de 1960 hasta el final de la última dictadura militar, el interés de la historiografía ha estado orientado al estudio de las fuerzas de la llamada “nueva izquierda”, tanto en su variante peronista como no peronista.

La relevancia de estudiar el PSP guarda una explicación adicional, quizá incurriendo en una trampa teleológica, basada en su importancia relativa en la política argentina tras el fin de la dictadura. En cuanto a los antecedentes, la organización base que nutrió de militantes y dio forma al PSP fue el Movimiento Nacional Reformista, agrupación universitaria con importante presencia en el interior del país y que logró conducir la Federación Universitaria Argentina en 1971 y 1973. Por otro lado, y tras algunos años de adaptación, el Partido Socialista Popular se convirtió en la fuerza más gravitante del espectro socialista en nuestro país, no tan claramente si se considera un espacio más amplio que podríamos denominar “progresista”.⁵ A pesar de sus debilidades históricas —muchas de ellas muy notorias—, el socialismo en la Argentina continuó siendo, a través de sus organizaciones partidarias, un actor de cierto peso, aunque nunca equivalente al del radicalismo o el peronismo.⁶ Por

4 No cabe aquí hacer una mención exhaustiva de los trabajos y autores que se repondrán oportunamente, en función de nuestro interés, en el capítulo siguiente. Para un estado del arte, remitimos al trabajo de Camarero y Herrera (2005) que, de todas formas, merecería una actualización de la producción realizada en los últimos años.

5 El PSP construyó su bastión político en la ciudad de Rosario, que ha sido gobernada por socialistas ininterrumpidamente desde 1989 (Richards, 2007), y en la provincia de Santa Fe, donde el PS ha gobernado entre 2007 y 2019 en un acuerdo más amplio que incluye al radicalismo y a otras fuerzas menores (Cruz, 2019).

6 Hasta la actualidad el Partido Socialista, según los registros oficiales, se encuentra quinto en número de afiliaciones por detrás del Partido Justicialista, la Unión Cívica Radical, el Frente Grande y el PRO, con poco más de ciento veinte mil afiliados.

tanto, y a partir de estas someras referencias, no deja de llamar la atención el poco interés despertado por el PSP como objeto de estudio específico.

En términos históricos, se puede considerar al PSP como heredero directo del Partido Socialista fundado en la Argentina en 1896, o al menos de una de las fracciones en que estalló el partido tras su disolución en 1958 (Blanco, 2000). Asimismo, fue uno de los actores fundamentales en la reunificación del PS en 2002, motivo por el cual el partido objeto de nuestro estudio desapareció como tal junto con su sigla. Esa aparente continuidad de más de un siglo, sustentada por cierta persistencia nominal, será uno de los ejes problemáticos sobre el que se centrará nuestra indagación.

Como hipótesis, sostendremos que, detrás de esa continuidad, el PSP significó una innovación significativa en la trayectoria del socialismo argentino al menos en tres aspectos: los elencos dirigentes –en especial a partir de 1974–, el formato organizativo partidario adoptado y el peculiar modo de articulación de la tradición socialista en su configuración identitaria. Estos tres ejes serán abordados en cada uno de los capítulos, los que se ordenarán en función de esta prioridad temática, pero sin perder de vista el relato diacrónico que se inicia en 1972 –atentos a la trayectoria previa de las organizaciones que conformaron el PSP– y que culmina con el desenlace de la última dictadura militar que se abre a partir de la derrota de Malvinas en 1982.

Algunas cuestiones teórico-metodológicas

Este abordaje y ordenamiento con prioridad en los ejes problemáticos, y no tanto en un enfoque cronológico, requiere una serie de aclaraciones y precisiones conceptuales, teóricas y metodológicas. En primer lugar, esta es una propuesta que tiene un carácter pluridisciplinario. Tanto las referencias bibliográficas como los abordajes propuestos anudan a la historia, la sociología política y la ciencia política de modo tal que se diluye, o al menos eso pretendimos, la especificidad de cada una de ellas. De todas formas, y por la

propia estructura escogida, en algunos capítulos, o pasajes, tendrán mayor peso ciertas perspectivas que otras, sin descuidar la complementariedad necesaria.

En términos generales, nuestra investigación se puede inscribir en lo que genéricamente se conoce como “nueva historia política” (Palacios, 2007) —aunque a esta altura ya le quede poco de “nueva”—, que en nuestro país comenzó a esplender a mediados de la década del ochenta del siglo pasado, y que sigue dando frutos novedosos —y nuevas inflexiones dentro del mismo campo— hasta el día de hoy (Sabato, 2007). Rama desdeñada por la renovación historiográfica que se difundió desde Francia en la primeras décadas del siglo XX, la historia política tuvo una notoria “mala prensa” (Julliard, 1979: 237).⁷ La revitalización de los estudios políticos —que en nuestro país estuvo asociada con el retorno a la vida democrática— estuvo vinculada con una renovación de perspectivas alimentadas en gran medida por el diálogo con otras disciplinas de lo social (Rémond, 2003 [1988]). Dejó de lado los estudios institucionalistas tradicionales y avanzó sobre objetos más elusivos como las prácticas, las culturas o las identidades políticas (Sirinelli, 1999). Algunos de ellos serán foco de este libro.

Esta novedad en el abordaje histórico de los procesos políticos trajo aparejada la incorporación de una abundante cantidad de fuentes desatendidas previamente, que requirieron también de otro tipo de aparato crítico para su análisis. Una de las principales, fundamental para nuestro caso, fue la de los testimonios orales. Esto vincula nuestra investigación a dos subáreas de la investigación histórica particularmente pujantes en el último tiempo y ligadas entre sí: la historia reciente y la historia oral.

En cuanto a la primera de ellas, se trata de un campo consolidado, ya no sometido como otrora a la descalificación, y en expansión, en particular en nuestro país (Franco y Lvovich,

7 Entre las críticas que recaían sobre la historia política tradicional, Jacques Julliard (1979: 237) enumera: se la acusaba de psicologista, elitista, cualitativa, narrativa, idealista, particularista, entre otros aspectos. Como contraparte, la historia política soslayaba las cuestiones sociales, la cultura material, los procesos de larga duración, los datos seriales, y rehuía al análisis y la comparación.

2017; Alonso, 2018). A pesar de eso, siguen existiendo cuestiones teóricas y epistemológicas irresueltas que plantean dificultades para definir el campo de estudio. En primer lugar, no hay un acuerdo extendido ni claramente fundamentado en la propia denominación del área; si bien en la Argentina se ha popularizado el uso del sintagma “historia reciente” (Aguila, 2012), en Europa, por el contrario, han predominado nociones como “historia del tiempo presente” o “historia vivida” (Aróstegui, 2004b). En segundo término, el criterio de delimitación, al margen de las discusiones, sigue siendo cronológico; sin embargo, cualquiera de las variantes de denominación (reciente, presente, vivida, actual, etcétera) está marcada por su carácter inconcluso, indefinido y contingente: ¿cómo se define lo reciente? Como advierte Bédarida: “Se trata, verdaderamente, de un terreno movedizo, con periodizaciones más o menos elásticas, con aproximaciones variables, con adquisiciones sucesivas” (1998: 22). Por último, el campo de la historia reciente está cruzado e intersectado por múltiples disciplinas de lo social, lo que lo convierte en un terreno de disputa, en el que los historiadores están muy lejos de detentar el monopolio (Aguila, 2012). El registro multidisciplinario parece ser, a la vez, un desafío y un imperativo para los historiadores de lo reciente.

Las peculiaridades del objeto que representa “lo presente” han obligado a los historiadores a reflexionar sobre ellas, y parten de las impugnaciones de los propios colegas, aunque dichas reflexiones resultan, por el momento, fragmentarias e irregulares, más consistentes en lo metodológico, pero todavía insuficientes desde el punto de vista teórico (Aróstegui, 2004b). La “memoria” aparece como el concepto problemático asociado al de la historia reciente y ha merecido innumerable cantidad de reflexiones en torno a los alcances, los límites y los problemas de ese vínculo (Traverso, 2007; Aróstegui, 2014a). Resulta una fuente para la historia reciente y, en contraste, un discurso que tensiona sus propias pretensiones de “objetividad” analítica (Bédarida, 1998). Asimismo, aunque no de manera homogénea, las cuestiones de la historia reciente tienen una veta política difícil de soslayar y que aumenta su potencial controversial (Franco y Lvovich, 2017). Finalmente, la sobrevida

de protagonistas y testigos es un elemento decisivo para la historia reciente; acceder a testimonios orales representa una fuente casi inagotable de información y, al mismo tiempo, un cúmulo de desafíos metodológicos que analizaremos de forma somera a continuación.

La historia oral ha sido el vehículo privilegiado a través del cual la disciplina histórica se ha podido servir de la memoria para sus investigaciones, aun con todos los recaudos metodológicos del caso.⁸ En principio, la historia oral fue considerada la vía idónea para dar “voz de los que no tienen voz”, los sectores subalternos que no han dejado su marca en los documentos escritos.⁹ Incluso sin esa pretensión, lo cierto es que los testimonios orales pueden aportar evidencia imposible de hallar en la documentación escrita, siempre y cuando tengamos en consideración los condicionantes dialógicos de la construcción de dicho testimonio (Portelli, 2014). “El contenido de las fuentes orales, por otra parte, depende en buena medida de cuanto les ponen los entrevistadores en términos de preguntas, diálogos y relación personal” (Portelli, 1991: 47).¹⁰

Vera Carnovale, cuyo trabajo de investigación tiene varios puntos de contacto con el nuestro, destacó aquellos aspectos centrales de los testimonios orales, más allá del estudio específico

8 En muchos sentidos, a la historia oral se le impone una serie de recaudos metodológicos bastante exigentes que, sin dudas, favorece a la obtención de mejores resultados. Por el contrario, huelga decirlo, en muchos casos la disciplina histórica peca de cierta ingenuidad en el uso de fuentes escritas “tradicionales”, atribuyéndoles una transparencia y una objetividad de la que carecen (Prins, 1993). “La historia oral [...] surgió, al menos en parte, como una rebelión contra la historia documental; sin embargo, y como sucede frecuentemente con tales rebeliones, el rebelde ha sido influido y a veces modelado y limitado por el propio objeto de su rebelión” señala William Moss (1991: 30) con acierto. Lo que debe primar es el aprovechamiento al máximo de los recursos disponibles y un recaudo metodológico férreo ante cualquier tipo de fuente.

9 Esta visión con respecto a la historia oral, un tanto pomposa y estilizada, sigue siendo frecuente entre muchos historiadores, pero corre el riesgo cierto de romantizar en exceso tanto al sujeto de la entrevista como al valor de su testimonio. Nosotros optaremos por un criterio más bien instrumental.

10 Durante un curso de posgrado, que dictó en el marco de la Maestría en Historia y Memoria de la Universidad Nacional de La Plata, el profesor Alessandro Portelli, siempre renuente a las afirmaciones taxativas o a las sugerencias metodológicas con pretensión de recetas, ante la pregunta de un estudiante acerca de cuáles eran para él las claves al momento de realizar una entrevista, respondió con un dejo de ironía: “Los buenos modales”.

de las subjetividades: “Su aporte más práctico es, sencillamente, que nos pueden brindar información sobre acontecimientos y experiencias no registrados en otros documentos” (2007: 158), que de otro modo se perdería o sería omitida.¹¹ “Las entrevistas suelen revelar acontecimientos desconocidos o aspectos desconocidos de acontecimientos conocidos [...], el único problema que plantean las fuentes orales es el de la verificación” (Portelli, 1991: 42). En ese sentido, el testimonio oral no puede ser una mera apoyatura de una fuente escrita privilegiada, ni tampoco se debe aceptar como absolutamente veraz sin más. La historia oral, en tal sentido, se mueve en el orden de las representaciones que los propios actores tienen sobre su pasado, permeado por el contexto de enunciación actual y por el interlocutor, pero ello no hace al testimonio menos transparente que la fuente escrita, simplemente lo hace diferente.¹² En cualquier caso, la vigilancia epistémica resulta fundamental (Grele, 1991).

Otro de los pilares de nuestro andamiaje teórico-metodológico es la sociología política, más precisamente la sociología de los partidos políticos. Esta subdisciplina, mixtura de sociología y ciencia política, presenta como peculiaridad el contar con un canon de autores prácticamente ineludibles, en un *racconto* que va de Moisei Ostrogorski hasta, por el momento, Peter Mair. Esta área de estudios es particularmente fecunda en tipologías, clasificaciones o taxonomías, tanto de las organizaciones políticas como de los sistemas en los que se integran. En nuestro caso, no nos interesa tanto ahondar en estas discusiones, ni siquiera tomar posición en

11 A lo largo de nuestra investigación, nos ha ocurrido, por ejemplo, que una fuente oral nos permitió detectar errores en fuentes escritas que, en otro contexto y sin contar con este recurso, hubieran sido consideradas verdaderas o, al menos, verosímiles. La triangulación de fuentes es un pilar de toda investigación histórica y el testimonio oral cuenta con un potencial muchas veces subexplotado.

12 Uno de los riesgos principales en nuestro caso, en el que los entrevistados son dirigentes políticos (aunque no necesariamente podrían ser clasificados como elites, les caben recaudos similares), uno de los riesgos más usuales es el de la racionalización del testimonio. Como advierte Lummis: “Las elites (incluyendo las académicas) son más proclives a racionalizar y a revisar su memoria a la luz de su ideología presente que la mayoría de la gente, cuyas experiencias vitales directas se olvidan o modifican con mayor facilidad” (1991: 92). Este será un punto clave a considerar en nuestra investigación.

favor de una u otra clasificación, sino más bien utilizar el herramental teórico y conceptual que ofrecen para poder caracterizar y luego analizar una experiencia político-partidaria específica. En ese marco, y dado que nuestro interés está enfocado en la dinámica organizativa interna partidaria, tendrá un lugar destacado la obra de Angelo Panebianco (1995).¹³

Para nuestro abordaje en particular, tendrá mucha gravitación la teoría de partidos de raíz marxista, que será al mismo tiempo un marco teórico de análisis y un objeto de indagación. En tal sentido, repasaremos los trabajos de los principales teóricos marxistas –la mayoría de ellos también “políticos”– para analizar los fundamentos y los supuestos normativos del ordenamiento del “partido revolucionario”, es decir, el funcionamiento del llamado “centralismo democrático” (Magri, 1970). Los elementos aportados por la teoría marxista para definir ese tipo de organización serán confrontados tanto con la bibliografía especializada como con la evidencia de nuestro caso específico, con el fin de analizar la manera en que, en la práctica concreta, se verifican o no los presupuestos del modelo teórico.

Como advertíamos previamente, uno de los mayores riesgos al momento de analizar una corriente política a lo largo del tiempo –y más si se consideran las discontinuidades organizativas del caso– es la tentación teleológica, es decir, establecer una causación necesaria entre un presente conocido y su pasado. La subsistencia en el tiempo de una nominación, asociada en este caso a un partido político, refleja algún tipo de persistencia o continuidad, pero ese dato, lejos de ser una evidencia palmaria, ocluye una serie de articulaciones y significaciones que, puestas en escena, alteran sensiblemente la tesis puramente continuista. Otro de los riesgos, asociado a una

13 La obra de Panebianco (1995), *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos*, resulta una referencia ineludible para discutir el formato organizativo partidario. Sin embargo, contrario a lo que suele ocurrir, no adoptaremos acríticamente su modelo explicativo, que como toda obra general –pero cuya base empírica es exclusivamente europea– alberga algunas limitaciones, y optaremos por un uso selectivo de algunas de sus categorías y propuestas de abordaje. Complementariamente, y sobre algunos aspectos puntuales, utilizaremos las propuestas de autores como Duverger (2012 [1951]), Offerlé (2004), Sartori (2005 [1976]), entre otros.

perspectiva institucionalista del análisis de los partidos políticos, es concebir los límites entre las diferentes identidades políticas de una manera demasiado rígida y estática, superponiéndolos con las fronteras trazadas entre las propias organizaciones partidarias. Si bien los partidos pueden actuar como referencia, incluso determinante, en la configuración de las identidades políticas, sería erróneo considerar equivalentes los criterios de delimitación de unos y otros. Las fronteras de las identidades políticas, entendidas siempre de manera relacional, suelen ser porosas, cambiantes e inestables, contrariamente a las partidarias *stricto sensu* que se establecen de manera taxativa.¹⁴

La cuestión de las identidades ha sido un problema central para las ciencias sociales, un fenómeno ubicuo y, al mismo tiempo, difícil de asir sin incurrir en lecturas esencialistas (Hall, 2003). En términos políticos, la cuestión identitaria guarda otras particularidades y complejidades, lo que implica en términos analíticos desandar lo que Panebianco llamó atinadamente el “prejuicio sociológico” (1995: 28), es decir la suposición de que las identidades políticas se presentan como reflejos transparentes de una identidad social (étnica, de clase, religiosa, sexual) preexistente y definida (Aboy Carlés, 2001). La obra de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2015 [1985]), *Hegemonía y estrategia socialista*, significó un parteaguas, tanto por la crítica a ese modo de concebir las identidades –especialmente en su variante marxista– como por el desarrollo de

14 La noción de “frontera” es central en la obra de Laclau (2005) y en su explicación del populismo; en su caso, la idea de “frontera radical”, que cesura el campo social-discursivo, es central para definir la naturaleza de ese fenómeno político. El concepto de “frontera” da cuenta tanto de la alteridad entre campos articulatorios antagónicos así como, en clave temporal, de un pasado con el que se quiere confrontar (Aboy Carlés, 2001). El modo de definir esa “frontera”, que en el análisis de Laclau se fue rigidizando –“radicalizando”, en sus términos– a medida que avanzaba en su relectura del fenómeno populista, es central para pensar las formas en que las identidades políticas se vinculan entre sí. Julián Melo (2009, 2013) y Nicolás Azzolini (2011) han discutido la noción de “frontera” laclausiana al apuntar a una idea más inestable, porosa y ambivalente de esa fractura del campo político. Uno de los desafíos de nuestro trabajo es reponer estas nociones para un caso de estudio radicalmente distinto, en el que las “fronteras” discursivas dividen y vinculan una serie de identidades políticas más estrechas y con una capacidad de articulación equivalencial subsidiaria.

una propuesta, por vía posestructuralista, que sería muy fecunda para indagar esta cuestión en otra clave.¹⁵

Ni acotada a los límites partidarios, ni mero epifenómeno de las múltiples distinciones sociales, la identidad política se presenta como un tipo de articulación que habilita –y presupone– la acción mancomunada de personas (Tilly, 2003; Melucci, 1995). Por ende, esta perspectiva nos permite dar cuenta de una dinámica política que escapa a los corsés institucionales partidarios, y centrar el análisis en un modo de articulación y diferenciación más atento a los rasgos dinámicos de la política, incluso en el análisis de aquellos aspectos que, en apariencia, son durables y casi inmutables, como, por ejemplo, las tradiciones políticas. El desafío es considerar los aspectos partidarios, ideológicos y culturales a través de una trama relacional de articulaciones discursivas y, derivado de ello, de identidades políticas.

En un trabajo señero en nuestro país, el sociólogo Gerardo Aboy Carlés definió las identidades políticas de este modo:

... el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos (2001: 54).

Esta definición sintética permitió, además de clarificar algunos aspectos de los debates preexistentes, demarcar algunas líneas analíticas generales para operacionalizar el concepto y delinear los principios de una sociología de las identidades políticas. Optamos por esta noción por sobre la de “ideología”, más restrictiva, o la de “cultura política”, más indefinida, aunque consideramos que ambas dimensiones forman parte de las identidades políticas y, de un modo u otro, deben ser contempladas en el análisis (Suárez, 2015a).

15 Este será un tema central en toda la obra de Ernesto Laclau a partir de la compilación *The Making of Political Identities* (1994) y siempre presente en el resto de sus trabajos posteriores, incluido su célebre *La razón populista* (2005).

Estructura del libro

El presente libro se compone de cuatro capítulos, sin incluir la presente introducción ni la conclusión, que se focalizan cada uno en un eje problemático, aunque sin perder de vista el eje diacrónico que ordena el análisis que se extiende entre 1972 (con alguna alusión a las décadas previas) y 1982, en vísperas a la reapertura democrática en la Argentina.

El capítulo primero cumple un doble objetivo: por un lado, delinear los debates historiográficos del campo de los estudios sobre el socialismo argentino en que esta investigación se inscribe y, por otro, reflejar las querellas político-historiográficas que atravesaron a las interpretaciones sobre esta organización partidaria, con particular énfasis en algunos ejes problemáticos. La elección de estos ejes problemáticos guarda su fundamento en la relevancia que consideramos tuvieron en el devenir de la historia partidaria. En tal sentido, indagaremos sobre las diferentes visiones no como interpretaciones asépticas de un proceso histórico particular, sino más bien como interpretaciones polémicas y políticamente significativas. Las perspectivas presentadas deben ser leídas, a partir de esto, como una forma de abordar la historia socialista y, al mismo tiempo, como un marco interpretativo de lo político, es decir, como un insumo para los propios actores. Las vertientes historiográficas presentadas, por tanto, aportan diferentes matrices que circularán tanto por el carril académico como por el político.

El segundo capítulo se inscribe dentro de un registro típico de la nueva historia política e intenta reconstruir los orígenes del Partido Socialista Popular. Desatendiendo por un momento la periodización propuesta, y a raíz de la carencia de bibliografía secundaria, nos abocaremos al análisis de los cuatro agrupamientos que dieron origen a esta formación política: el Partido Socialista Argentino, el Movimiento de Acción Popular Argentino, Militancia Popular y el Grupo Evolución. A continuación, mostraremos las tensiones que anidaban dentro de la novel organización y las dificultades para alinear a todos sus componentes en una dirección política mancomunada. Tal conflictividad derivará en una

pugna de liderazgos y en una posterior ruptura que resultará en dos organizaciones partidarias que se disputarán por vía judicial el uso del nombre. El desenlace cismático oficiará como una especie de segunda fundación para el llamado Partido Socialista Popular “Secretaría Estévez Boero”, luego PSP a secas, y objeto específico de nuestro interés.

En el tercer capítulo propondremos una indagación afín a la de una sociología de los partidos políticos, e intentaremos, al mismo tiempo, dar cuenta del modelo organizativo general del que se dotó el Partido Socialista Popular y las especificidades de su puesta en práctica. El “centralismo democrático”, formato escogido por el PSP para su organización, era usual entre los partidos de izquierda y respondía a un modelo teórico-político particular que analizaremos en detalle. Luego, observaremos como ese modelo de “partido revolucionario”, con su estructura y sus pautas de funcionamiento, tuvo una traducción específica —que no quiere decir excepcional— por parte de los dirigentes del PSP, lo que requirió ciertas adecuaciones. Por último, analizaremos la puesta en práctica de ese dispositivo organizativo, especialmente en relación con el contexto autoritario que ceñía a la Argentina. Observaremos cómo el centralismo democrático prefiguró una forma de relacionarse con los gobiernos de turno, especialmente cuando se agudizó la persecución y la represión. Para cerrar, indagaremos sobre el lugar del liderazgo en este modelo de organización y, en particular, sobre las marcas distintivas que tuvo el ejercido por Guillermo Estévez Boero dentro del PSP.

Finalmente, en el cuarto capítulo nos haremos del utillaje de la sociología de las identidades políticas para abordar las especificidades identitarias del socialismo popular. Para ello, analizaremos la vinculación de esta organización política con el conjunto de fuerzas aunadas bajo el sintagma “nueva izquierda” y con una serie de discursos, ideas y conceptos significativos en la época en cuestión. Atentos a estos rasgos compartidos, intentaremos discernir el modo en que el PSP se distinguió de esas otras organizaciones con las que guardaba cierta afinidad. Para ello, analizaremos la manera en que el PSP articuló tres tradiciones políticas de las que de algún

modo abrevaba —el socialismo, el nacionalismo y el reformismo—, y de qué manera esa especial alquimia forjó una identidad política particular, distinguible de otras. En la conclusión, retomaremos los problemas y las hipótesis planteadas en la introducción, enriquecidas a la luz de los resultados obtenidos.

Capítulo 1. La tradición socialista y sus querellas historiográficas

Las querellas historiográficas sobre el socialismo argentino

La historia del socialismo argentino ha sido objeto de disputas historiográficas y políticas a lo largo del tiempo. Su desempeño político en el convulsionado siglo XX resultó de gran interés para muchos intelectuales de izquierda y, más recientemente, para investigadores académicos profesionales. Las discusiones azuzadas pusieron en foco tanto el desempeño político-electoral del partido como el perfil de sus principales dirigentes y sus posicionamientos doctrinarios e ideológicos. En todos los casos, se le ha reconocido al socialismo argentino un papel de referencia y liderazgo a nivel continental, tanto en sus aspectos organizativos como en el contenido de sus programas y propuestas, que lo posicionaron, con toda la prudencia del caso, como “partido faro” del Cono Sur (Aricó, 1999; Portantiero, 1999).

No es nuestro interés construir aquí un estado de la cuestión exhaustivo sobre toda la literatura existente sobre el secular periplo, no exento de conflictos y fracturas, del socialismo en la Argentina –para lo que ya existen algunas reconstrucciones muy completas y minuciosas (por ejemplo, Camarero y Herrera, 2005)–, sino identificar algunos núcleos problemáticos que resultarán significativos para comprender las discusiones que atravesaron a gran parte de la familia extensa de la izquierda durante la segunda mitad del siglo XX. Estos debates historiográficos han

interpelado directamente a las organizaciones inscriptas en esa tradición política y han formado parte de sus propias lecturas acerca del pasado y el presente.

Como se ha señalado muchas veces, la discusión en torno al Partido Socialista estuvo atravesada por la pregunta de por qué el socialismo fracasó en nuestro país, careció de un arraigo duradero en el movimiento obrero y no logró vulnerar sus rígidos techos electorales (Torre, 2009; Ferreyra, 2011). Ese cuestionamiento, cuyas respuestas variaron en el tiempo, condicionó gran parte de la producción historiográfica sobre el tema, con particular foco en algunas coyunturas específicas y en algunos dirigentes destacados. A diferencia de lo que ocurre con otros campos de estudio, resulta muy difícil para los investigadores del socialismo argentino y la izquierda omitir la producción intelectual no estrictamente académica (Camarero, 2005). El predominio de este tipo de producción durante décadas y el influjo de sus interpretaciones ha obligado a los autores a darle una mayor importancia que la que, en muchos casos, su rigor metodológico habilitaría: la Argentina se caracteriza, en general, por “la debilidad del monopolio interpretativo del pasado por parte de la historia profesional o directamente su ausencia” (Cattaruzza, 2017: 64).¹⁶

En tal sentido, consideramos que los estudios sobre el socialismo argentino pueden ser ordenados de manera general en tres grandes grupos (pasibles de ser subdivididos cada uno de ellos): la historiografía militante, la revisionista y la académica. En primer lugar, el socialismo argentino ha contado desde sus orígenes con una prolífica producción de sus propios dirigentes e intelectuales orgánicos. Esta historiografía militante incluye obras históricas, semblanzas y pánegíricos de sus principales dirigentes, ensayos de coyuntura y, por supuesto, numerosas obras testimoniales y autobiográficas. Entre las primeras, solo por mencionar alguna, se destaca el clásico estudio

16 Sobre este punto advierte Hernán Camarero: “El límite insalvable que presentaron todas estas obras fue su pobre infraestructura documental y de consulta de fuentes, y su tendencia a privilegiar una prejuiciosa caricaturización de sus objetos de estudio, sometiéndolos a argumentaciones que ahogaban la posibilidad de una auténtica comprensión histórica” (2005: 84).

de Jacinto Oddone (1983) sobre la historia del Partido Socialista en sus primeras cuatro décadas y *¿Qué es el socialismo?* de Alicia Moreau de Justo (1983); son obras por lo general bien documentadas, pero en su mayoría descriptivas. En el segundo grupo, podemos ubicar los numerosos libros dedicados a la figura de Juan B. Justo y a Alfredo Palacios, así como a otros dirigentes de menor estatura mítica en la historia partidaria.¹⁷ Por último, es muy significativa la producción escrita de los dirigentes partidarios al menos hasta la década del setenta: Nicolás Repetto, Alicia Moreau de Justo, Alfredo Palacios, Américo Ghioldi o Juan Antonio Solari, solo por dar algunos ejemplos, cuentan con decenas de títulos en su haber. Las múltiples escisiones que sufrió el PS provocaron un doble efecto en esa literatura: por un lado, la cantidad y calidad menguó con los años (Camarero, 2005) y, por el otro, se tornó necesario distinguir a los autores en función de su adscripción política en el marco de esas disputas (Martínez Mazzola, 2009a). Esto se hizo ostensible, por ejemplo, en los variados énfasis que efectuaron unos y otros sobre la figura señera de Juan B. Justo.

El segundo grupo de autores puede ser ubicado, siempre a riesgo de simplificar, dentro de lo que podríamos denominar una historiografía revisionista.¹⁸ Imbuidos de un espíritu crítico explícito, esta literatura se construyó como anverso perfecto de las versiones elogiosas de los militantes del PS.¹⁹ El compulsivo uso de anacronismos, así como el intencionado tono condenatorio de estos abordajes, no debe precipitarnos a desecharlos sin más, en

17 Sobre Justo podemos destacar los trabajos de Américo Ghioldi (1964 [1933]), Alicia Moreau de Justo (1946), Emilio J. Corbière (1974), Dardo Cúneo (1997), Carlos Rocca (1998) y Luis Pan (1991). Sobre Alfredo Palacios se destaca la producción de Víctor García Costa (1986, 2011 [1997]) y el más reciente trabajo de Rubén Giustiniani (2012).

18 En sentido estricto, a lo que nosotros catalogamos como revisionismo es lo que Halperin Donghi (2005) llamó "neorrevisionismo revolucionario". Asimismo, se podrían clasificar las diferentes variantes de esta corriente en función de su grado de adscripción al marxismo o su vinculación con el peronismo, entre otras. Ver Kohan (2000).

19 "La operación historiográfica que hacen los autores de la "izquierda nacional" podría definirse como la retroversión de la imagen del PS ghioldista hacia los orígenes. En última instancia, el Partido Socialista Democrático no sería una muestra de la derechización partidaria sino una manifestación caricaturesca de algo que se venía incubando desde los inicios", explica Ferreyra (2011: 4) al respecto.

especial por el enorme impacto que tuvieron sus interpretaciones en la cultura de izquierda argentina. Las obras de Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos y Jorge Enea Spilimbergo, entre otros, representaron una baza central en la forma en que la izquierda –al menos en su versión “nacional”– interpretaba el pasado partidario y su devenir. Todos ellos eran, a su manera, dirigentes o referentes político-partidarios, por lo que la discusión histórica estaba imbuida de debates coyunturales que condicionaron notoriamente sus análisis. Su relevancia, fundada entre otras cuestiones en un significativo éxito editorial, obligó a gran parte de la historiografía académica a recuperar sus interpretaciones y, tras cartón, a matizar algunas de sus aserciones.

El último grupo –por lejos el más heterogéneo– incluye a toda la producción propia de la historiografía académica. Esta categorización tan general omite algunos matices propios de las perspectivas teóricas de los autores, sus enfoques analíticos y sus sesgos disciplinares.²⁰ En términos generales, Ferreyra distingue entre la historiografía de la transición, desarrollada durante la década de 1980 y los primeros noventa; la nueva historiografía de la izquierda y el movimiento obrero, fruto del sostenido proceso de profesionalización disciplinar de las últimas décadas; y algunas nuevas corrientes centradas en el estudio de las identidades políticas (2011: 6). Curiosamente, la sempiterna pregunta por el fracaso del socialismo en su intento por convertirse en un partido de adhesión masiva continuó vigente para esta historiografía, aunque mediada por otros parámetros de investigación. También, como un dato complementario, hay que considerar que muchos de los académicos citados mantuvieron –y todavía mantienen– vínculos fluidos con el mundillo político-partidario,²¹ por lo que, a pesar de la nueva fisonomía del campo de las ciencias sociales, los contactos y diálogos

20 El estado del arte más minucioso y detallado sigue siendo, a pesar del paso del tiempo, el elaborado por Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (2005) en su compilación *El Partido Socialista en la Argentina*. Complementariamente, podemos remitir al propio artículo de Ferreyra (2011) o al muy extenso análisis bibliográfico desarrollado por Martínez Mazzola (2009a).

21 Muchos de los académicos profesionales aquí citados han estado vinculados directamente con experiencias partidarias, ya sea como invitados a actividades de formación (charlas,

continuaron siendo recurrentes (Martínez Mazzola, 2009b). De modo que habría que ser precavidos con tomar de forma demasiado taxativa los límites entre una y otra historiografía.

Sobre ello, debemos aclarar algunas cuestiones. Es preciso señalar que partimos del supuesto de que las interpretaciones historiográficas en torno al socialismo argentino aquí analizadas estuvieron condicionadas por discusiones político-ideológicas y fueron objeto de relecturas en esa clave. En tal sentido, muchas de sus conclusiones impactaron más allá de la mera comprensión de procesos pretéritos. Por el contrario, formaron parte de una compulsión explícita por delinear los sentidos del pasado. Es por ello que consideramos que este ejercicio tiene una doble importancia: por un lado, destacar algunas de las más relevantes interpretaciones acerca del socialismo argentino y, por el otro, detectar algunas matrices explicativas que impactaron directamente en los debates político-partidarios concretos.

Lo que aparece como un mero recorrido historiográfico se debe leer, en realidad, en clave de los “usos políticos del pasado” (Hartog y Revel, 2001). Como explica Cattaruzza, los actores políticos “actúan sobre el pasado, sin dejar de apelar ocasionalmente a argumentos de los historiadores”, y agrega: “Esas representaciones del pasado, unas y otras, fueron y son hoy el lugar y el objeto de lucha. Los habitantes del mundo profesional y sus obras también participan de ellas, sea porque intervienen directamente o porque otros actores utilizan sus producciones” (2017: 64).

Por ello, consideramos que los discursos historiográficos (militante, revisionista y académico, según nuestra clasificación) forman parte de un debate más extenso sobre el pasado. En el caso de la historia del socialismo en la Argentina, estas interpretaciones –siempre considerando la fecha de edición en cada caso– circularon dentro de los entornos partidarios y sirvieron de fundamento para diferentes debates internos.

El objetivo de esta sección es identificar algunos núcleos problemáticos que marcaron diferendos entre las tres historiografías

conferencias, debates), como signatarios de cartas de adhesión e, incluso, como candidatos a cargos electivos.

reseñadas y, ligado a ello, vislumbrar el modo en que pudieron condicionar la forma en que las distintas expresiones políticas del socialismo –en especial el socialismo popular– interpretaron ese pasado y lo utilizaron como fundamento para su propio desenvolvimiento. En función de ello, recorreremos tres ejes temáticos a nuestro entender fundamentales en ese devenir. En primer término, analizaremos las interpretaciones en torno a los orígenes del PS argentino, su caracterización y su desempeño, poniendo particular énfasis en la figura de su principal líder, Juan B. Justo. En segunda instancia, abordaremos la forma en que se interpretó la relación del socialismo argentino con las dos expresiones políticas mayoritarias del país –el radicalismo y el peronismo– y, en términos generales, su vinculación con la política de masas y las preferencias de los sectores populares. Por último, analizaremos el proceso de fragmentación del socialismo en la segunda mitad del siglo XX, el proceso de revisión y autocritica que lo antecedió y la deriva de radicalización ideológica que fraguó en la “nueva izquierda”. Estos tres ejes nos parecen centrales para comprender la trayectoria del socialismo argentino antes de la fundación del Partido Socialista Popular y, vinculado a eso, algunas de las claves interpretativas sobre las que el novel partido articuló un diagnóstico del pasado.

Los orígenes partidarios y la figura de Juan B. Justo

Es un dato concreto que una parte importante de la producción historiográfica acerca del Partido Socialista se ha centrado en los orígenes y las primeras décadas de su trayectoria. Esto puede ser atribuible a diferentes motivaciones, aunque es notable el peso que se le adjudica al “ídolo de los orígenes” (Bloch, 2001) en ciertos análisis históricos. De este modo, se han invertido ingentes cantidades de tinta en reconstruir los primeros pasos del que muchos denominaron el “primer partido moderno” de la Argentina (Berenzstein, 1991; Portantiero, 1999). En esos primeros años se destaca la figura de Juan B. Justo como principal líder partidario y, más significativo

aún, como el ideólogo de un peculiar modo de concebir el socialismo, su teoría y su praxis (Tarcus, 2013). El PS argentino originario, y en especial la figura de su líder, se convirtieron en el foco principal de la querrela historiográfica aludida en el título de este capítulo, particularmente por las frontales críticas que la historiografía revisionista descargó sobre este.

El interés por el socialismo argentino abrevó de diferentes fuentes. El relativo éxito, no necesariamente electoral, que tuvo el PS desde sus inicios en nuestro país se destacaba en un escenario continental en donde las izquierdas, en general, encontraron muchas dificultades para desarrollarse y constituir organizaciones sólidas. Como señala Portantiero:

El socialismo argentino, conducido por la mano firme de Justo y un pequeño grupo de dirigentes que fueron conformando con el tiempo una elite brillante protagonizó una empresa de enorme envergadura que, si bien no pudo trascender salvo ocasionalmente los límites urbanos, tuvo en ese espacio y hasta el advenimiento del peronismo un éxito inusual en el continente (1999: 9).

Al celebrado y reconocido triunfo del que fuera “el primer diputado socialista de América” (Poy, 2018), Alfredo Palacios, en 1904, se debe sumar el apreciable influjo que Justo tuvo como teórico socialista “de relieve internacional” (Tarcus, 2013: 374).

Ese despliegue de tenor “contracultural” se fundó en un potente desarrollo de instituciones sociales y políticas que, aun con sus limitaciones, emulaba al gigante europeo que era el Partido Socialdemócrata de Alemania. Al específicamente político desarrollo partidario y sindical se le sumó una decidida tarea de expansión de instituciones propias de la sociedad civil: cooperativas, bibliotecas, ateneos y sociedades barriales (Romero y Gutiérrez, 1995), muchas de las cuales sobrevivieron a los vaivenes de la política argentina y pueden ser todavía halladas en el paisaje urbano de las principales ciudades del país.

La figura de Justo ha sido colocada en el centro de análisis tanto por deudos como por detractores, si bien alguna literatura

reciente ha procurado matizar esa operación que subsume al partido a la impronta de su líder (Martínez Mazzola, 2009a). El liderazgo justista, consolidado tras el congreso partidario de 1908, se consagró como indiscutido durante largo tiempo y lo convirtió en el primer gran prócer del socialismo vernáculo. Ni siquiera las sucesivas rupturas del PS a lo largo del siglo XX incubaron un “anti-justismo” explícito de magnitud, esto al menos hasta la consagración de la izquierda nacional y su particular revisionismo. Lo que sí ocurrió a partir de la ruptura de 1958, aunque quizá estaba perfilada previamente, fue la construcción de diferentes “Justos”. La reapropiación de la figura del líder se volvió objeto de una disputa intrapartidaria, primero, e interpartidaria, luego. Martínez Mazzola señala: “Entre ellos pueden diferenciarse quienes, desde posiciones cercanas a la mirada del Partido Socialista Democrático, postulan un Justo ‘liberal’ y evolucionista y aquellos que, enfrentados con los primeros, encuentran elementos más nacionalistas y más alejado del positivismo” (2009a: 7-8).

Tomaremos un ejemplo de cada caso para poner en claro la diferencia de énfasis en la recuperación de Justo que cada sector hizo. Quizá el socialista democrático más emblemático haya sido, sin dudas, Américo Ghioldi, líder principal del PS durante los años del peronismo y un acérrimo defensor de las credenciales liberales de su partido. Su *Juan B. Justo. Sus ideas filosóficas, sus ideas socialistas, sus ideas políticas* (1964 [1933]) es quizá el retrato más acabado de Justo en clave liberal-democrática.²² En él, con un registro que en ningún momento abandonaba el tono encomiástico, Ghioldi recorría las principales ideas de Justo reivindicando su no adhesión al marxismo, o al menos a su ortodoxia, así como su estatura como hombre de la política práctica. El “socialismo democrático y evolutivo” de Justo se erigía en Ghioldi (1964: 15-16) como una alternativa superadora de los esquematismos simplistas del marxismo-leninismo y contra “el fanatismo autoritario y contra la dictadura” (*ibidem*: 25), en una argumentación de nítido color anticomunista. El panegírico que

22 En esa misma clave, pero en con una vocación más descriptiva y analítica, podemos ubicar a los trabajos más recientes de Luis Pan (1991) o Carlos Rocca (1998), ambos también dirigentes del Partido Socialista Democrático.

monta Ghioldi en torno a la figura de Justo y sus ideas le sirven al dirigente para fundamentar sus disputas contra sus adversarios circunstanciales, dentro y fuera del partido, tal y como lo evidencian los sucesivos prólogos incluidos en cada reedición.

El contraejemplo a la semblanza ghioldista que analizaremos es el libro *Juan B. Justo. Socialismo e imperialismo* (1974) de Emilio J. Corbière.²³ Es evidente, y el autor lo hace explícito, que el trabajo buscaba terciar entre las visiones apologéticas cultivadas desde la dirigencia del PSD y las críticas despiadadas a las que había sido sometido por parte de los principales intelectuales de la izquierda nacional, al procurar “valorar lo positivo y lo negativo de esas experiencias, para que esas lecciones nos sirvan en el presente” (Corbière, 1974: 13). En su reconstrucción, el autor realza un Justo obrerista y antiimperialista, e intenta atenuar sus rasgos más liberales. Sin embargo, las principales confrontaciones historiográficas y políticas del autor no estaban dirigidas contra el PSD, sino centralmente orientadas a las figuras de la izquierda nacional, a las que tildaba de “frigeristas”.²⁴ Sostenía que, si bien Justo podía tener aspectos criticables, los autores revisionistas fundaban sus argumentos en la manipulación, la omisión y la distorsión de la trayectoria y las intervenciones del viejo dirigente.

A pesar de la ruptura de 1958, tanto los socialistas argentinos como los democráticos reivindicaban a Juan B. Justo y al PS histórico, aunque con énfasis diferentes. Se trataba en realidad de una simple querrela por una tradición común, la disputa por el único prócer partidario inmaculado e irredento que la tradición partidaria conservaba.²⁵ Distinto es el caso de la historiografía

23 Curiosamente, Emilio Corbière formaba parte también del Partido Socialista Democrático, pero representaba a un sector disidente a la conducción partidaria y, en 1974, terminó alejándose de ese espacio para confluir junto a otros varios dirigentes en la Confederación Socialista Argentina (Moreau de Justo, 1983). Ver Gambini (1972)

24 Rogelio Frigerio fue una figura central del armado político que llevó a la presidencia a Arturo Frondizi. Muchos sectores de izquierda acompañaron ese proceso a raíz del pacto que selló el apoyo de Perón a esa candidatura a cambio del compromiso de levantar la proscripción. De ese apoyo, y posterior decepción, deviene el mote despectivo de “frigeristas”.

25 No es que el Partido Socialista no tuviera otras figuras de renombre para reivindicar, sin embargo muchos de ellos habían sobrevivido lo suficiente para formar parte de la decisiva división de 1958 entre Partido Socialista Democrático y Partido Socialista Argentino.

revisionista afín a la izquierda nacional que, en su disputa por una tradición que incluía y trascendía la del propio socialismo, partía de una impugnación sin matiz alguno al PS y a Juan B. Justo. Sus intervenciones intelectuales fueron un insumo fundamental para los posicionamientos de la miríada de organizaciones de la “nueva izquierda” que, en la década del sesenta, se irguieron como una alternativa duramente crítica de una impotente “vieja izquierda” representada por el Partido Socialista y el Partido Comunista (Tortti, 2002). Retomaremos de esos autores a dos de sus más característicos representantes: Rodolfo Puiggrós y Jorge Enea Spilimbergo.

Rodolfo Puiggrós, de origen comunista, construyó una de las críticas más perdurables al Partido Socialista en las páginas de su célebre y voluminosa obra *Historia crítica de los partidos políticos* (1986 [1965]). En ese trabajo, el autor realizaba un análisis histórico de la Argentina a través de sus expresiones político-partidarias, uno de cuyos tomos —el segundo, en la versión citada— estaba dedicado específicamente a las organizaciones de izquierda y a su relación con el “problema nacional”. Descartado el anarquismo por adolecer de realismo, el autor se concentraba en un minucioso análisis del PS en un tono sumamente crítico. Allí, cuestionaba el carácter liberal del socialismo argentino —“...en la línea de los unitarios contra los caudillos y las montoneras, de la ‘civilización’ importada opuesta a la ‘barbarie nativa’” (*ibidem*: 42)—, su manifiesto carácter antiespontaneísta y antipopular, y su condición de proyecto extranjerizante, ajeno al devenir de la realidad política nacional.²⁶ En tal sentido, Puiggrós acusaba a los socialistas, a través de la figura de Justo, de realizar un falso traslado mecánico de categorías teórico-políticas concebidas para Europa:

Tal es el caso, por ejemplo, de Alfredo Palacios, primer diputado y figura emblemática del socialismo argentino, o Nicolás Repetto, discípulo dilecto de Justo y protagonista central de la historia partidaria.

26 Puiggrós filiaba el pensamiento de Juan B. Justo a la posición “revisionista” del alemán Eduard Bernstein, en un doble movimiento que colocaba a Justo como europeísta y, a su modo, antimarxista. Sin embargo, esta asociación ha sido cuestionada y rechazada por varios autores (Aricó, 1999; Martínez Mazzola, 2009a).

Afirmamos que Juan B. Justo procedía con conciencia colonial, porque quería aplicar a la Argentina la teoría creada por la conciencia de países capitalistas industrializados generalizando los hechos de la realidad de esos países. Era natural que al ser sometida a la prueba de la práctica en la Argentina la teoría fracasara, contratiempo que Justo atribuía a las cabezas vacías de los argentinos (*ibidem*: 53).

En ese mismo tenor, Puiggrós impugnaba el esquematismo justista, así como su realismo ingenuo de cariz positivista, explícitamente antifilosófico y, a su entender, antimarxista, es decir, antisocialista.²⁷

Jorge Enea Spilimbergo, a diferencia de Puiggrós, sí provenía de las filas del socialismo. No obstante, su obra más célebre fue una diatriba explícita y virulenta contra Juan B. Justo y su “socialismo cipayo”. En sentido claro, el autor, ajeno a cualquier corsé académico, solapaba su poco matizado análisis sobre el pensamiento del fundador del PS con una ostensible discusión política propia de su contexto de producción: “Nuestro interés por Justo no es ni histórico ni biográfico” (Spilimbergo, 1969: 9), advertía. Su libro optaba por el tono ensayístico, era proclive a la adjetivación copiosa y al agravio explícito, y se convirtió en un emblema de la visión de la “izquierda nacional” sobre el justismo. En términos generales, sostenía valoraciones equivalentes a las de Puiggrós. Consideraba que: “Marxistas en su fraseología, los socialistas fundadores adoctrinados por el doctor Justo nunca dejaron de ser auténticos liberales en el peor sentido de la palabra” (*ibidem*: 43). Asimismo, juzgaba al PS como un mero “epifenómeno de la penetración imperialista” (*ibidem*: 23) y cuestionaba su desprecio por los pueblos del interior en lo que consideraba una especie de porteñismo xenófobo teñido de

27 Rodolfo Puiggrós juzgaba la liviandad con que Juan B. Justo despreciaba el pensamiento filosófico, en general, y el materialismo dialéctico, en particular. Su realismo ingenuo radicalizado, fundado en una convicción férrea sobre el valor de la ciencia y en la evolución humana, era para Puiggrós una marca indeleble de la incapacidad del socialismo justista para comprender la realidad política vernácula. En tal sentido, en un ataque explícito al citado Américo Ghioldi, Puiggrós señalaba: “Los discípulos de Justo educaron a sus partidarios en un socialismo antimarxista o, lo que es lo mismo, en un socialismo antisocialista” (1986 [1965]: 53).

iluminismo. Por otro lado, Spilimbergo utilizaba el rótulo de “juanbejustismo” para descalificar a todas las expresiones de la izquierda con las que disentía: partiendo del propio Justo, pasando por el comunista Victorio Codovilla, hasta llegar al trotskista Nahuel Moreno.²⁸ En última instancia, las consideraba réplicas de ese modelo originario, reñido con lo nacional y fundado en la importación de esquemas extranjeros. En síntesis: “...el juanbejustismo aparece en la última década del siglo pasado como reflejo portuario de la ideología social-imperialista que ya dominaba a los partidos de la II Internacional” (*ibidem*: 107).

Otra operatoria argumentativa usual en este revisionismo se basaba en rescatar figuras pasibles de ser catalogadas de antijustistas y dignas de ser colocadas en un panteón alternativo. Las figuras paradigmáticas de este ejercicio crítico eran dos: Manuel Ugarte y Alfredo Palacios, por su “común ambición de conjugar la ideología socialista, en cuanto bandera de la justicia social y liberación del proletariado, con la causa nacional” (*ibidem*: 65). Destacados por su confrontación con la conducción partidaria, ambos dirigentes fueron utilizados como referencia para construir la pendencia contra el internacionalismo justista. No obstante, el revisionismo siempre prefirió la figura de Ugarte a la de Palacios, dado que este último se reintegró a su militancia socialista.²⁹ De este modo, Manuel Ugarte se erigió como la figura predilecta alternativa al proyecto justista, porque “mantuvo en alto el estandarte de un nacionalismo democrático y latinoamericanista y de un socialismo criollo” (Guerberof, 1985: 10) y porque “se constituye en la figura más consecuente de una incipiente corriente nacional dentro del

28 Al inicio de la segunda edición de su *Juan B. Justo y el socialismo cipayo*, Spilimbergo planteaba que su interés estaba en saber “por qué sus ‘enemigos’ terminaban recorriendo la misma órbita que el maestro”. Según el autor, los críticos del socialismo argentino, sus expresiones disidentes por izquierda, habían evadido el núcleo del problema: la cuestión nacional y, por ello, “las tendencias centrales del juanbejustismo de regeneran en ellos” (1969: 9).

29 En ese sentido, por ejemplo, Jorge Abelardo Ramos señalaba: “Alfredo Palacios era, sin duda, una versión moderada (diríamos oportunista) del socialismo nacional de Ugarte” (1990: 32). En el mismo sentido, Alberto Guerberof expresará: “Alfredo Palacios, por su parte, capitulará una y otra vez ante el juanbejustismo, y su nacionalismo juvenil quedará reducido a mera retórica, cuando no a oropel ideológico de las peores empresas oligárquicas” (1985: 10).

Partido, intentando enraizar el socialismo en la Argentina, imbu-yéndolo de una concepción nacional-latinoamericana” (Galasso, 1984: 18).

Por último, la llamada historiografía académica también prestó atención, años después, a la trayectoria del fundador del PS. Entre esos autores nos interesa destacar el abordaje que sobre Justo hicieron José Aricó (1999) y Juan Carlos Portantiero (1999). Es preciso aclarar que resulta erróneo descartar el interés político de estos autores en recuperar la figura del líder socialista; sin embargo, el tono de sus escritos se acercaba mucho más que el de sus predecesores al registro exigido por los cánones académicos. Tanto Aricó como Portantiero reivindicaban aspectos de los socialistas originarios antes repudiados por los revisionistas, revalorizaban su convicción liberal-democrática, su programa de acción reformista, así como su ambicioso proyecto cultural e institucional (Martínez Mazzola, 2015). Como señala Ferreyra:

Ambos se concentraron en la figura de Juan B. Justo al considerar que podía constituirse como el ícono de una tradición de izquierda democrática que, lejos de ser denostada por su carácter reformista o cipayo, debía ser reivindicada por constituirse como “el proyecto más coherente de nacionalización de las masas, de incorporación de los trabajadores a la vida nacional y de construcción de una democracia social avanzada, hasta el arribo del peronismo” (2011: 5).³⁰

Posteriormente, y en contraste con esa interpretación, mucha otra literatura se abocó a los orígenes y los primeros años del Partido Socialista, con particular interés en mostrar la importancia del movimiento obrero organizado y la acción sindical (Falcón, 1984; Poy, 2015a). Esta perspectiva procuró, por un lado, realzar –de manera diferente que los revisionistas– a algunas figuras alternativas a la de Justo que, por diferentes motivos, habían sido soslayadas y, por el otro, poner en tensión la periodización que fijaba la fecha de 1896

30 La frase textual incluida en la cita de Silvana Ferreyra corresponde al prólogo que Juan Carlos Portantiero (1999: 11) hace a la edición de 1999 de *La hipótesis de Justo* de José Aricó.

como epicentro de la formación del PS en la Argentina (Tarcus, 2013). Esta lectura “canónica” es criticada por Ricardo Falcón:³¹

En el centro del periodo en estudio –y no sólo cronológicamente– se encuentra el congreso de 1896, que ha recibido, al menos, tres denominaciones: primer congreso, congreso constituyente y congreso de fundación. La tercera, muy frecuente en la literatura sobre el socialismo argentino, no es en absoluto inocente. Implica ignorar, o por lo menos relativizar, el complejo proceso de construcción partidaria que se desarrolló desde comienzos de la década del ochenta del siglo XIX. Y esta nominación se acompaña, usualmente, con la atribución a Juan B. Justo del papel de fundador (2011: 18).

En esa misma línea de análisis, que cuestiona o matiza la primacía de Justo, encontramos una serie de trabajos que pretenden destacar las tensiones que anidaban en el proyecto socialista originario, así como la heterogeneidad del grupo fundador.³² La principal de las contradicciones que destacan se dio entre el proyecto partidario de cariz reformista-democrático, promovido por Justo, y el de un partido obrero de nítida identificación clasista y con un horizonte revolucionario, subestimada por cierta historiografía (Camarero y Herrera, 2005).

Como advertimos, no hemos intentado construir un típico estado del arte sobre las primeras décadas del socialismo en la Argentina y la figura de su principal dirigente. Por el contrario, hemos priorizado aquellas interpretaciones que, por diferentes motivos, formaron parte o entraron en diálogo con otras lecturas específicamente políticas. De esa forma, buscamos identificar diferentes visiones en torno al PS y a Justo que fueron referencias concretas para los fundadores del Partido Socialista Popular y otras organizaciones de

31 La llamada “versión canónica” está asociada fundamentalmente a la obra de Jacinto Oddone (1983).

32 “Si bien es indudable que la influencia política de Justo se imponía desde las conferencias, los artículos de *La Vanguardia* o los folletos de propaganda, es importante destacar también que existía un cuadro de militantes más amplio que tomó numerosas tareas de dirección a lo largo de este período temprano, siendo los congresos uno de los ámbitos más destacados de intervención”, explica el historiador Lucas Poy (2015b: 59-60).

izquierda en las décadas de nuestro objeto de estudio. Sin embargo, muchos de los análisis y críticas retrospectivas al PS fueron inspirados, en gran medida, por las enormes dificultades que tuvo el partido para convertirse en una opción de mayorías electorales durante todo el siglo XX y, ligado a ello, por la forma en que se relacionó con las principales expresiones políticas del país: el radicalismo y el peronismo.

El socialismo argentino y las fuerzas nacional-populares

La sanción de la Ley Sáenz Peña significó, al menos en algunos aspectos, un quiebre para la política argentina. Su aprobación implicó el ocaso del orden conservador y la consolidación de la Unión Cívica Radical como principal fuerza política del país. El socialismo, a pesar del enorme impacto que le representó el triunfo de ese partido amorfo que era el radicalismo, se consolidó como una fuerza de oposición con presencia parlamentaria sostenida, pero con grandes dificultades para trascender los límites de los distritos urbanos y metropolitanos, con contadas excepciones. El período de hegemonía radical fue el momento de apogeo del justismo como matriz de pensamiento dentro del PS; su influjo es explicativo de la forma en que el socialismo se vinculó con el partido fundado por Alem y caracterizó sus acciones.

En sentido general, el PS partía de una visión que cuestionaba de manera genérica algunos rasgos que compartían muchas de las fuerzas políticas a las que se enfrentaba, lo que se fundaba, a su vez, en una autopercepción favorable de la propia organización como un partido político moderno, programático y democrático: “Los socialistas se pensaban como el primer y, por el momento, único partido programático; como una fuerza orgánica, lo que les permitía presentarse como un factor de progreso pero también de ‘orden’” (Martínez Mazzola, 2009a: 235).

Desde ese punto de vista, el socialismo argentino despreciaba a todos sus adversarios políticos, a los que consideraba parte de la “política criolla”, herederos y hasta émulos de los abyectos dirigentes del régimen oligárquico. Esta consideración era utilizada tanto para

descalificar al anarquismo, con el que se disputaba el sindicalismo a principio de siglo, como al radicalismo, actor principal de la política partidaria. Citaremos *in extenso* a Aricó a ese respecto:

La modernización del conflicto social implicaba, por lo tanto, una reconstitución de la clase política de la que el Partido Socialista constituía de hecho el motor impulsor. En una estrategia semejante, no había espacio alguno para la existencia de fuerzas tan vinculadas, según la concepción de Justo, al atraso del país, como eran el radicalismo y el anarquismo, las que, en consecuencia, no eran sino sobrevivencias culturales de un pasado destinado inexorablemente a desaparecer. [...] Si el socialismo era un resultado directo de la democracia, y ésta sólo era posible como superación del atraso político de las masas y como conquista de su propia autonomía política y organizativa, todos aquellos movimientos vinculados de algún modo a este atraso debían ser combatidos para que el progreso pudiera abrirse paso. Anarquistas y radicales se convertían en tal modo en obstáculos fundamentales para que el Partido Socialista pudiera desempeñar el papel excepcional de gestación de un sistema político estable, dinámico y permisivo a las exigencias de democratización avanzada (1999: 112-119).

El propio autor atenúa la responsabilidad adjudicada al PS al esgrimir que, tanto la intransigencia radical como la beligerancia anarquista, tampoco contribuían a un entendimiento interpartidario. Lo cierto es que el socialismo, regido por la “hipótesis de Justo”, encontró muchas dificultades para trascender el rol de partido de oposición parlamentaria, con anclaje predominante en la Capital Federal. Su ambigua relación con el radicalismo, que tenía un importante componente apriorístico, pero que también guardaba cierta correlación con los propios vaivenes del gobierno de Hipólito Yrigoyen (Martínez Mazzola, 2009a, 2010), tampoco lo llevó a aunar fuerzas con los sectores opositores. Si bien el socialismo no partía de una posición de intransigencia en materia de estrategia frentista, los términos en los que planteaba esa posibilidad —sin negociar ni un solo punto de su propio programa— y sus posicionamientos

concretos en las discusiones políticas obturaban de facto esa posibilidad. Esto producía un “doble bloqueo” que condicionaba cualquier entendimiento tanto con el oficialismo como con los sectores opositores: “Los socialistas permanecieron ‘solos contra todos’ –como rezaba otra de sus consignas– en una casi imposible tercera posición, rechazando las conspiraciones golpistas y a la vez pidiendo la renuncia de Yrigoyen” (Martínez Mazzola, 2010: 228).³³

El interés por el vínculo entre socialismo e yrigoyenismo ha estado influido por una mirada retrospectiva, y más amplia, centrada en el quehacer político del PS frente a los movimientos políticos pluriclasistas y, a su manera, hegemónicos. Hay una palabra que ha resumido la relación entre el PS y las fuerzas mayoritarias en la Argentina: incomprensión (Franzé, 2009). Ricardo Martínez Mazzola (2011b), al ampliar y discutir las interpretaciones de Aricó y Portantiero, se ha preguntado por la continuidad entre la forma en que el socialismo interpretó y se vinculó con el radicalismo, en especial en su versión yrigoyenista, y con el peronismo.³⁴ Hay un extendido acuerdo entre los autores en que el PS tuvo enormes dificultades para relacionarse con movimientos políticos que, aún con ambages, tenían un estrecho vínculo con los sectores populares y una política progresista para con el movimiento obrero, en el que el socialismo todavía tenía alguna gravitación (Herrera, 2019). En este punto, la literatura revisionista ha tenido un gran peso interpretativo y, podríamos decir, que gran parte de la investigación académica sobre

33 Esta postura precipitaría la ruptura de un sector partidario, en el que predominaban dirigentes jóvenes y con proyección, los que en 1927 fundarían el Partido Socialista Independiente (PSI) con la firme decisión de colaborar con los sectores antiyrigoyenistas.

34 La década de 1930 fue sumamente relevante para el socialismo en dos aspectos: representó un pico histórico en su representación parlamentaria y, en segundo término, fue un período de redefinición doctrinaria desde un liberalismo (“librecambismo”) hacia un nacionalismo estatista. Sin embargo, la difícil situación de participar –y, de alguna manera, legitimar– un régimen ilegítimo y fraudulento provocaron que esos años quedaran soslayados en la valoración de la propia historia partidaria bajo un manto de sospecha implícito, más allá de algunas figuras destacadas: por ejemplo, Rómulo Bogliolo. Es por tal motivo que hemos decidido focalizarnos en la relación del socialismo con los dos “populismos” como un *continuum*, aun a riesgo de pasar por alto este período decisivo. Para reconstruir las transformaciones del PS en este período, ver Graciano (2007), Luzzi (2001), Portantiero (2002, 2005), Torti (2009b) y Martínez Mazzola (2017).

este aspecto se ha dado a la tarea de atenuar o matizar algunas de las conclusiones desprendidas de esos trabajos previos.

No hay grandes discusiones con respecto a que el peronismo fue un hito crítico para el socialismo vernáculo. El surgimiento de esta fuerza, herencia no deseada el gobierno militar impuesto en 1943, representó para el socialismo argentino no solo un inédito repliegue electoral (García Sebastiani, 1997), sino también un golpe terminal en el campo gremial (Torre, 2006; Herrera, 2019).³⁵ Sumado a ello, la interpretación del fenómeno peronista se convirtió en la piedra de toque para todas las organizaciones político-partidarias de la Argentina y, en especial, para las fuerzas de izquierda (Altamirano, 2011). La dificultad de los socialistas para interpretar al peronismo fue permanente durante los diez años en los que gobernó el país, pero se volvió más acuciante una vez que fue derrocado por la autodenominada Revolución Libertadora. Esto trascendía el problema de la caracterización del régimen depuesto, remitía a una cuestión mucho más amplia y problemática: ¿qué hacer con las masas? (Sarlo, 2007; Altamirano, 2011).

En términos generales, el socialismo mantuvo algunos puntos de crítica a sus adversarios que nunca abandonó. La más recurrente de ellas era la denuncia permanente al personalismo y la demagogia, interpretados como formatos típicos de la dirigencia política para manipular a los sectores populares y desviarlos de sus intereses objetivos. Ese es, sin dudas, el eje vertebrador que articuló las críticas del socialismo hacia el radicalismo, primero, y el peronismo, después. Sin embargo, la continuidad entre uno y otro proceso resulta menos evidente en términos históricos. La forma en que se concibió los términos de dicha continuidad fue un núcleo central de la disputa historiográfica.

En el caso del revisionismo de izquierda, la respuesta es clara. Es indudable que, para esta perspectiva, la postura del socialismo

35 Recientemente, el historiador Carlos Herrera (2016, 2019) ha publicado dos libros que analizan de forma muy minuciosa la relación del Partido Socialista con el peronismo, en especial con respecto al sindicalismo y al movimiento obrero. Allí, señala que el peronismo hizo eclosionar una serie de tensiones que ya anidaban en el seno del PS y sus diferentes áreas de intervención política y social.

frente al peronismo era una consecuencia directa de la visión justista, un efecto inevitable de la aplicación acrítica de una doctrina extranjera a la política nacional. Es más, probablemente, gran parte de la agenda de investigación —y algunos de los juicios sucedáneos— sobre Juan B. Justo estuvieran inspirados, de alguna manera, por la forma en que el socialismo se vinculó con el peronismo. En ese sentido, es elocuente la posición de Rodolfo Puiggrós:

Hay tres constantes en la política argentina contemporánea sumamente significativas:

- 1) Los políticos e intelectuales liberales (los socialistas entre ellos) han sido golpistas frente a los gobiernos de origen popular y antigolpistas en defensa de gobiernos nacidos de usurpación y fraude.
- 2) Los momentos de máximo acercamiento entre los dirigentes izquierdistas coincidieron con su oposición a conjunta a gobiernos populares.
- 3) En la lucha contra el movimiento nacionalista popular, los dirigentes socialistas y comunistas integraron con el resto de los liberales frentes de acción común, de los cuales ha quedado como modelo clásico la Unión Democrática (1986: 71-72).

En esta concepción, el Partido Socialista solo abandonó su sectarismo, rubricado en una prédica basada en el “todos son lo mismo”, para desembocar en una política de acercamiento a los sectores “antipopulares”. Ese movimiento había sido engendrado por la “autosuficiencia moral” del justismo, “ese pecado original del que nunca se redimieron” (*ibidem*: 70). En la misma línea, Jorge Abelardo Ramos señalaba que el socialismo de trasplante justista, tributario del mitrismo, se “convirtió en el ‘ala izquierda’ del patriciado conservador y en el mayor enemigo del radicalismo” (1990: 23).

La historiografía partidaria, por su parte, estuvo atravesada por las tensiones políticas propias del período. El extendido consenso, en apariencia unívoco y sin fisuras, de oposición al peronismo, alimentado por una lectura en clave antifascista que se había apuntalado durante toda la década de 1930 (Bisso, 2002,

2005), logró disimular durante un tiempo las diferencias que se habían generado en el seno partidario. A las resonantes salidas de los sindicalistas Ángel Borlenghi y Atilio Bramuglia para ocupar importantes posiciones en el gobierno de Perón (Torre, 2006), se sumaron las expulsiones de importantes dirigentes como Dardo Cúneo y Enrique Dickmann (Herrera, 2016). La unidad en torno a un antiperonismo cerrado y de oposición frontal, con el protagonismo indiscutible de Américo Ghioldi, logró contener por un tiempo ciertas disidencias con respecto al desplazamiento del PS hacia posturas liberal-republicanas (Martínez Mazzola, 2011a; Altamirano, 2011).

La versión ghioldista con respecto al peronismo se convertiría en el paradigma del “antiperonismo radicalizado” (Spinelli, 2005) y, luego de la ruptura de 1958, en el rasgo ideológico predominante en el nuevo Partido Socialista Democrático. En *De la tiranía a la democracia social* (1956), Ghioldi ratificaba la continuidad entre la visión política de Juan B. Justo, a la que le atribuía un carácter profético, y la lucha del socialismo contra Perón. Consideraba precursora la crítica de Justo a los caudillismos, su posición contra los mesianismos y la violencia, y su compromiso inquebrantable con la democracia, de forma y contenido. Afirmaba Ghioldi: “A esas enseñanzas hay que llegar para comprender por qué los socialistas, solidarios con la República, se levantaron contra la tiranía y apartaron de sus filas a los pocos que, confundidos o concupiscentes, se colocaron del lado de los opresores” (1956: 11). En esa intervención revalidaba su interpretación del peronismo como un fenómeno totalitario y tiránico que lo había erigido como el “contradictor continuo de Perón” (Altamirano, 2001: 30).

Avanzada la década del cincuenta, las voces disonantes contra la conducción ghioldista comenzaron a multiplicarse y las contradicciones internas a manifestarse con mayor virulencia hasta plasmarse en una fractura partidaria que, por primera vez en la historia, hizo desaparecer el sello del Partido Socialista sin aditamentos. Los sectores disidentes, mayoritarios en 1958, manifestaron su oposición a la “hipótesis de Ghioldi” (Herrera, 2005, 2016) y reivindicaron un Justo marxista y pro-obrero, contrario a la

imagen edulcorada promovida desde el sector adversario. La unidad del Partido Socialista Argentino se sustentaba, de similar forma a la que el propio PS lo había hecho durante el peronismo, en una especie de “antighioldismo” que lo congregaba (Blanco, 2000, 2005; Tortti, 2009a). Sin embargo, las disidencias internas tardaron poco en manifestarse y en provocar una verdadera diáspora en sus filas. No obstante, la lectura común interpretaba la posición de Ghioldi como un desviacionismo liberal con respecto a la posición de Justo: “En su esencia, el planteo consistía en volver a un socialismo puro y correcto, científico y marxista, que habría sido deformado por el reformismo liberal de Américo Ghioldi” (Vazeilles, 1967: 178). En las páginas de *La Vanguardia* de enero de 1961, se podía observar con detalle este argumento:

Los que fueron sus compañeros en el quehacer político diario y algunos intelectualoides pedantes y presuntuosos, todos ellos felizmente segregados de nuestras filas, nos han dado adrede una visión deformada de un Justo positivista y reformista en la peor acepción del vocablo. Esta ubicación filosófica de Justo está alejada de la realidad. Justo fue marxista. La vertebración de su pensamiento, así como su tensa acción militante, están ensambladas en los principios fundamentales del socialismo científico de Marx y Engels. Precisamente la adecuación a la nuestra realidad histórico social [...] encaja perfectamente en la correcta interpretación del materialismo histórico y de la teoría de la praxis que constituye el soporte de nuestra doctrina (*La Vanguardia*, n° 13.709, citada en Vazeilles, 1967: 178-179).

Recapitulando, está claro que la relación entre el socialismo y los movimientos políticos de masas significó un mojón fundamental en la historia partidaria y de las izquierdas. En términos de Aricó, el socialismo sentía un “menosprecio [...] por las formas concretas que asumía en Argentina la incorporación de las masas populares a la lucha política, formas obsesivamente identificadas con la incultura y el atraso” (1999: 118), y esto derivaba en una interpretación

paternalista e iluminista de la política que lo llevó a una oposición frontal hacia el radicalismo yrigoyenista.³⁶ El justismo, como matriz teórica, fue incapaz de dilucidar los movimientos nacional-populares en la Argentina y su potencial igualitario, en gran medida por la rigidez de sus presupuestos: “Donde había movilización y autoafirmación, el socialismo vio engaño, heteronomía y demagogia” (Franzé, 2009: 11). A raíz de eso, el socialismo argentino leyó durante mucho tiempo este fenómeno político como una “anomalía” y “lo remitía a la idea del error, de rémora, de irracionalidad” (*ibidem*: 18).

Martínez Mazzola (2011b) ensaya una idea de continuidad entre la relación del socialismo frente a los “dos populismos”, pero también encuentra diferencias sustanciales. Es decir, la matriz interpretativa con la que el socialismo rechazaba a los dos gobiernos era común: los evaluaba como demagógicos y, cada uno a su modo, autoritarios. Sin embargo, según el autor, la forma en que el socialismo caracterizó al peronismo estuvo atravesada por una serie de reposicionamientos políticos. Del repudio a la “política criolla” se pasó a un civismo antifascista (Bisso, 2002), inspirador explícito de la coalición pluripartidaria Unión Democrática, para luego derivar en un antitotalitarismo llano. En consecuencia, la interpretación del peronismo fue más lineal y simplista que la que el socialismo hizo del yrigoyenismo, mixturada con una mirada anticomunista y antiestatista. En esa clave, Carlos Herrera sostiene: “Si ciertos componentes autoritarios, e incluso rasgos dictatoriales despuntaban tempranamente en el régimen peronista, Ghioldi iba a esencializarlos, a absolutizarlos, privándose, así, de otras formas de acción. La hipótesis se tornaba hipótesis” (2016: 34).

De este modo, la postura duramente antiperonista del socialismo ghioldista, eficaz para mantener unido al PS hasta 1955, vio erosionada su efectividad a medida que las promesas de la Revolu-

36 En la misma línea, Martínez Mazzola analiza que, para Justo, “el ‘radicalismo criollo’ representaba la quintaesencia de la confianza autoritaria e ingenua en la eficacia mágica de la autoridad política” (2010: 219). Sin embargo, el autor reconoce algunos matices en la interpretación que el socialismo hacía del gobierno radical, con vaivenes que llevaron más a su aislamiento político que a una postura irreductiblemente opositora.

ción Libertadora eran incumplidas. La incapacidad de las organizaciones políticas no peronistas para reconquistar a las masas peronistas, huérfanas de su líder y en franco repliegue, puso en crisis todo ese conjunto de actores, atónitos frente a la situación. Estos habían subestimado el arraigo del peronismo entre los sectores populares y habían confiado, quizá pecando de cierta ingenuidad, en una reintegración política sin grandes contratiempos. La extendida crisis de legitimidad que atravesó la política argentina, con un intervencionismo militar cada vez más recurrente, contribuyó a agigantar la figura del líder exiliado y a precipitar una reconfiguración profunda de las identidades político-partidarias. Este proceso afectó a muchas organizaciones de izquierda, que vieron emerger de su seno expresiones disidentes y combativas: la “nueva izquierda”.

La diáspora socialista y la emergencia de la “nueva izquierda”

El último punto de nuestro recorrido historiográfico se ancla en el contexto que antecede la fundación del Partido Socialista Popular, nuestro objeto de interés. Es mucha la literatura, académica y política, que ha dado cuenta de las particularidades del proceso político argentino durante las décadas de 1960 y 1970 como un período de profundas transformaciones culturales, sociales y políticas. La inestabilidad política endémica de la democracia argentina se potenció en un período signado por la proscripción de la principal expresión política del país y una cada vez más recurrente intervención de los militares en la arena política. Este proceso combinó la labor de gobiernos débiles, sometidos a presiones corporativas cada vez más intensas, con un marco de notables cambios políticos a escala planetaria. El resultado fue un escenario en el que los gobiernos civiles mostraban muchas dificultades para responder a las demandas del peronismo proscripto (Smulovitz, 1991) y, al mismo tiempo, la injerencia cada vez más recurrente de las Fuerzas Armadas, que pasaron de cierto tutelaje pretoriano a la intervención directa (Cavarozzi, 2002).

La contraparte de ese régimen de “democracia limitada”, con un notable espiral autoritario ascendente, fue el proceso de radicalización política que atravesó a la sociedad en aquellos años (Torti, 2014). Si bien es preciso ser prudentes con respecto a la definición y los alcances de tal radicalización política (Carassai, 2013), lo cierto es que tuvieron lugar procesos y acontecimientos políticos que justifican tal caracterización, el más importante de los cuales probablemente haya sido el “Cordobazo”. Dicho proceso estuvo caracterizado por la consolidación de una fracción del sindicalismo que comenzó a diferenciarse de los sectores “burocratizados” y, en particular, por la emergencia de un activismo político juvenil novedoso. Estos jóvenes provenían, por lo general, aunque no exclusivamente, de las clases medias (Bartolucci, 2006) y habían sido atraídos por a la militancia al calor de un dinámico movimiento cultural que esplendió en el ámbito intelectual y universitario una vez que el efímero consenso que unió a los sectores antiperonistas en 1955 comenzó a diluirse fruto de sus propias tensiones internas (Terán, 1991; Ponza, 2007).³⁷ A las especificidades del caso argentino se le sumaban procesos exógenos que también tendrían su impacto. Esa “radicalización” tuvo lugar simultáneamente, aunque con matices, en gran parte del mundo occidental.

Todos estos procesos generales impactaron de lleno en un Partido Socialista demasiado comprometido con la Revolución Libertadora. El PS vivió durante la segunda mitad de la década de 1950 una considerable ampliación de su militancia juvenil –sobre todo universitaria– y, al mismo tiempo, un recrudescimiento de sus conflictos internos acallados hasta entonces por el consenso antiperonista (Torti, 2007, 2009a; Blanco, 2000). La conflictividad interna se acentuó, fogueada en gran medida por los sectores juveniles descontentos con el rumbo partidario (Blanco, 2005). La cuestión

37 Una visión alternativa a esa hipótesis consagrada es la de Sebastián Carassai, quien expresa: “Respecto de la ideología, sostengo que a comienzos de los años setenta las clases medias no se volcaron masivamente hacia la izquierda. Al contrario, su gran mayoría permaneció en posiciones más bien centristas. Respecto de su comportamiento político sostengo que una mayoría de las clases medias no se peronizó” (2012: 95). Para una crítica a los supuestos analíticos y a los aspectos metodológicos de la investigación de Carassai y, por ende, a sus conclusiones, ver Crenzel (2013).

peronista parecía un factor menos definitorio, a pesar de estar en el centro del debate, que el compromiso creciente que el ghioldismo mostraba con el gobierno golpista y los embates que sufría esta posición por parte de esos sectores de izquierda. El “antiperonismo radicalizado” de Ghioldi (Spinelli, 2005) era cuestionado más por las consecuencias tácticas que tenía en materia partidaria que por el tenor de sus incendiarios diagnósticos políticos y sociales.

Esa lectura común contra la deriva ghioldista aunaba a un conjunto heterogéneo de dirigentes que incluía tanto a veteranos, como Alfredo Palacios, Ramón Muñiz y Alicia Moreau de Justo, como a jóvenes militantes, que encontraban diferentes motivaciones para oponerse al grupo adversario. Como explica Blanco:

En efecto, la “ruptura del consenso antiperonista” propiciada por los “izquierdistas” no implicó uniformidad de opiniones. En los alineamientos de los militantes y dirigentes socialistas a las dos fracciones partidarias concurren motivaciones de orden político-ideológico, generacionales y también vinculadas a disputas personales (2005: 382).

En principio, los miembros más antiguos compartían, en términos generales, su experiencia frente al peronismo. En tal sentido, lo que para los miembros más longevos implicaba una autocritica profunda y la ruptura con sus antiguos compañeros de ruta, para los más jóvenes esto tomaba la forma de una simple impugnación intergeneracional sin mayores remordimientos.

La ruptura se consumó en 1958. El partido se escindió en dos, uno bajo la conducción de Jacinto Oddone –quien fue sucedido pronto por Juan Antonio Solari–, a la postre Partido Socialista Democrático (PSD), y otro cuya secretaría general ocupó Ramón Muñiz, luego Partido Socialista Argentino (PSA). El PSD mantuvo casi sin modificaciones su línea programática y su plana mayor hasta la década de 1980 (Wellhofer, 1972). Por su parte, el PSA encontró muchas dificultades para reconvertir su discurso antighioldista en una posición proactiva y, a la vez, contener los ostensibles diferendos internos que incubaba, a pesar de un extendido consenso inicial contra el gobierno de Frondizi (Tortti, 2005). La izquierda, en ge-

neral, y el socialismo, en particular, sufrió los efectos de una ebullición ideológica, alimentada por una profunda transformación político-cultural a escala planetaria, que ya para 1961 había provocado una nueva fractura partidaria. El Partido Socialista de Vanguardia se convertiría en una de las muchas expresiones disidentes y críticas del rumbo adoptado por la izquierda tradicional argentina.

Con el socialismo argentino fracturado y sumido en una conflictividad que no cesó con la separación, también la llamada “historiografía militante” quedó fragmentada en una miríada de lecturas contradictorias entre sí. Ese conjunto de interpretaciones, que sobre otros temas presentaba diferencias de matices o de grado, derivó en visiones casi antagónicas. En el eje de la discusión encontramos dos cuestiones principales: en primer lugar, las causas de la ruptura partidaria y, en segundo término, la lectura del proceso de radicalización política influido, entre otras cuestiones, por el proceso revolucionario cubano. Esa doble cara del debate ponía en entredicho la propia definición de lo que se entendía por “socialismo” y las implicaciones de tal definición.

Los sectores ligados al socialismo democrático consideraban a los grupos radicalizados elementos exógenos –“infiltrados”, en la jerga de la época– y un germen de prácticas autoritarias, que explican, en cierto modo, el nombre escogido para esta nueva organización. Al respecto, Pedro Verde Tello señalaba:

El Partido Socialista, fundado en 1896, debe denominarse ahora, por los motivos explicados, Partido Socialista Democrático. [...] Admitimos que en la fracción que adoptó la denominación de Partido Socialista Argentino quedan aún socialistas. Pero las truculentas incidencias que han jalonado la corta vida de ese nuevo partido y las divisiones sufridas, dejan abiertos muchos interrogantes sobre la eficacia de su organización, de la doctrina y del método de lucha que practican (1963: 25-26).

En la misma línea, René Balestra apuntaba a las que él llamaba las “oligarquías zurdas”, en una denuncia genérica que cuestionaba a todas las variantes políticas derivadas del comunismo, por sus dis-

cursos revolucionarios y su defensa de la vía armada. Con contundencia, afirmaba:

El fanatismo, la intolerancia, la crueldad vesánica de los asesinos zurdos disfrazados de libertarios, la imbecilidad de ciertos ingenuos que aplauden cualquier crimen si es cometido patéticamente en medio de gestos y palabras de opereta, deben ser condenados y, en la medida de las fuerzas y las posibilidades del que condena, difundidos (1974: 22).

Como contraparte a la posición de los dirigentes del PSD, los sectores que conformaron el otro bando evidenciaron posturas más heterogéneas que, como adelantamos, antecederían a una sucesión ininterrumpida de escisiones. Esta deriva vuelve casi imposible reconstruir las múltiples posiciones que anidaron en el PSA y que luego desembocaron en algunas expresiones de la “nueva izquierda”.³⁸ Sin embargo, a todos los sectores los unía un repudio generalizado con respecto a la posición adoptada por el grupo liderado por Américo Ghioldi. José Vazeilles, crítico con el PSD y escéptico con la situación del PSA, resume bien esta visión de las cosas —que puede ser leída como el anverso perfecto de la de Verde Tello— cuando concluye:

Puesto que el socialismo democrático de Ghioldi, Solari, etc., es claramente una variante del conservadorismo, esta rama del socialismo —el PSA— es lo más parecido que queda del viejo tronco original, aunque con una fuerza cada vez menor, puesto que, como dijimos antes, las ilusiones que promueve no son muy eficaces para atraer gente (1967: 315).

La lectura de la historiografía revisionista no dista tanto a este respecto de la de los socialistas argentinos en al menos dos puntos: su beligerancia contra el PSD y su visión ambivalente, pero crítica, con respecto a las vertientes radicalizadas de la izquierda. Jorge Enea Spilimbergo, por ejemplo, no duda en calificar a los miembros del PSD de “cianuro ghioldiano” o “los recalcitrantes del socialismo

38 Para adentrarse en ese proceso histórico y en las diferentes posiciones adoptadas por los grupos secesionistas del PSA, remitimos al muy detallado análisis de Tortti (2007, 2009a).

amarillo” (1969: 165-166). Por su parte, Jorge Abelardo Ramos se refería al PSD como un partido “moribundo” y “resto de un naufragio histórico” (2006: 160). Aun así, ninguno de ellos prodigaba simpatía alguna por los dirigentes más destacados del PSA, partiendo de Alfredo Palacios, a los que asociaban con la misma matriz que a sus otrora compañeros partidarios.³⁹ En tal sentido, el propio Spilimbergo sentenciaba: “Triunfó la escuela de Juan B. Justo, estrecha, sectaria, antinacional...” (1969: 166).

La izquierda nacional, en la que se inscribía esta vertiente del revisionismo, también mantuvo una posición crítica con respecto al avance de ciertas organizaciones de la “nueva izquierda”, tanto aquellas inspiradas por la experiencia revolucionaria cubana como por las derivadas de una relectura del marxismo. En cuanto a los primeros, Ramos no dudaba en calificar al pensamiento de Ernesto Guevara como “teorías suicidas” (2006: 273) y afirmaba:

Así, el juvenil cubanismo que prolifera en amplios sectores de la pequeña-burguesía de izquierda es, o una evasión con mucho viaje a Cuba, acto pro Cuba, comité de ayuda a Cuba y, si descuidamos, voluntarios a Cuba, o un trasapelamiento ideológico propio de quienes, incapaces de saber nada de la Argentina, nos proponen... cubanizar la Argentina. La revolución argentina tiene sus propias leyes (“El doble carácter de la Revolución cubana”, en *Política*, n° 1, 1961, citado en Ribadero, 2015: 5).

Por su parte, Spilimbergo dedicó algunos de sus párrafos más duros para atacar a la agrupación “Palabra Obrera”, liderada por Nahuel Moreno, a la que caracterizaba como “ultraizquierda cipaya” (1969: 304). Siguiendo la misma clave de lo expuesto, concluía: “La escuela de Juan B. Justo, o sea, la del socialismo cipayo, ha trascendido los límites de la vieja izquierda ‘socialista’ y ‘comunis-

³⁹ Tanto Ramos como Spilimbergo no ahorran calificativos denigratorios para los dirigentes del PSA, sobre los que nunca quitan cierto manto de sospecha. Uno de los blancos predilectos de ambos era el historiador José Luis Romero; sobre él advertía Spilimbergo, tras una intensa diatriba historiográfica y política, con virulencia: “Jóvenes socialistas: o echáis al pozo a José Luis Romero o José Luis Romero termina con todos vosotros en el pozo” (1969: 174).

ta', para impregnar a un vasto sector de la 'nueva izquierda'" (*ibidem*: 319).

El debate en torno a la definición de qué es la "nueva izquierda" fue uno de los ejes sobre los que se articuló la historiografía académica abocada a estas cuestiones. Esta noción parte del supuesto de englobar a través de ese sintagma a un conjunto heterogéneo de organizaciones políticas cuya actividad se desarrolló entre 1955 y 1976, con particular énfasis en el período inaugurado por la Revolución Argentina en 1966, y que tuvo como punto de inflexión al Cordobazo en 1969 (Hilb y Lutzky, 1983). Esta noción, que bien podría ser restringida solo a las organizaciones que optaron por la vía armada, puede ser considerada en sentido más amplio como:

... el conjunto de fuerzas sociales y políticas que, a lo largo de dos décadas, protagonizó un ciclo de movilización y radicalización que incluyó desde el estallido social espontáneo y la revuelta cultural hasta el accionar guerrillero, y desde la eclosión de movimientos urbanos de tipo insurreccional al surgimiento de direcciones *clasistas* en el movimiento obrero (Tortti, 2014: 17).

Esta mirada de organizaciones, agrupaciones, grupúsculos y corrientes, de diversa raíz ideológica e identitaria, coincidió en un repudio extendido al régimen sociopolítico vigente hasta el momento que, sobre todo a partir de 1966, adoptaría un carácter férreamente represivo. Tal situación adversa dotó de cierta uniformidad contestataria a este conjunto de organizaciones que, por lo demás, mostraban notables diferencias entre sí. Es decir que esta nominación engloba, siguiendo a Tortti (1999, 2014), a una serie de organizaciones de izquierda peronistas y no peronistas que asumieron un formato discursivo radicalizado común, sobre la base de una crítica a la actuación de las expresiones partidarias socialistas y comunistas argentinas, y una profunda reconsideración del papel jugado por el peronismo en la historia nacional. Estos dos aspectos pueden definir, en términos generales, a la "nueva izquierda" que, a pesar de estos rasgos comunes, exhibió una enorme heterogeneidad y una significativa fragmentación. En efecto, el gobierno autoritario inaugurado en 1966, que mostraba un inédito celo represivo y un

inocultable afán de control social, operó como caldo de cultivo para que todas estas expresiones políticas que habían surgido en esa coyuntura se consolidaran y actuaran, a pesar de sus diferencias, frente a un adversario común que les daba cierta cohesión. El declive de la Revolución Argentina y la reapertura democrática comandada por Lanusse reconfiguró este escenario, en especial cuando el peronismo –primero con Cámpora y luego, tras su retorno, con Juan Domingo Perón– se convirtió otra vez en el eje vertebrador indiscutible de la política argentina. Las diferencias entre los sectores se agudizaron y los matices se convirtieron en abismos.

En tal sentido, la matriz común resulta inteligible. Es innegable la influencia que tuvo la Revolución cubana como un proceso que sirvió para redefinir a la izquierda argentina, así como el efecto producido por una revisión generalizada de las ideas marxistas a la luz de las obras de Lev Trotsky, Mao Tse Tung o Ernesto Guevara. Asimismo, la reinterpretación en clave “dependentista” y antiimperialista de los procesos políticos fue crucial en la reactualización de la cultura de izquierda. Los cambios también alcanzaron al mundo católico a raíz del enorme impacto que tuvo el Concilio Vaticano II y sus efectos tanto en aspectos doctrinarios como litúrgicos, que impactaron en diferentes movimientos políticos y sociales, como por ejemplo los llamados “Sacerdotes por el tercer mundo” (Ponza, 2008).⁴⁰ No obstante, resulta difícil ponderar la influencia que cada uno de estos factores tuvo entre los grupos radicalizados.

Resulta claro que las urgencias para reinterpretar el fenómeno peronista hicieron eclosión con una profunda renovación de las ideas de izquierda. Esto derivó en una variedad de organizaciones que, sobre un sustrato común de presupuestos –“un lenguaje y un estilo políticos compartidos” (Tortti, 2014: 17)–, adoptó respuestas diferentes. En cada caso, el diagnóstico “revisionista” común (Altamirano, 2011) con respecto al peronismo mostró, sin embargo, divergencias sustantivas en las respuestas políticas, tácticas y estra-

40 A pesar de todo, es preciso ser cuidadoso al momento de ponderar la influencia que estos procesos tuvieron entre los grupos radicalizados y su capacidad explicativa, dado que la recurrencia en forma de “clima de ideas” o “clima de época” no da cuenta de la enorme diversidad en que fueron retomados y reinterpretados estos fenómenos en cada caso particular.

tégicas que cada organización dispuso. Lo mismo ocurrió con las interpretaciones heterodoxas y las operaciones de hibridación que cada fuerza llevó a cabo a partir de referencias teórico-políticas comunes. A la división más clara, que distinguió a aquellas organizaciones que optaron por la vía armada de aquellas que no lo hicieron, se le sumaba una variedad de diferendos de corte teórico que condujeron y alimentaron la fragmentación extrema de los grupos de izquierda, en especial de los no peronistas (Tortti, 2014: 27).

Otra dificultad para reconocer los límites de la llamada “nueva izquierda” en sentido amplio –o, en sentido más estricto, para fijar los parámetros de inclusión/exclusión– tiene que ver con la forma en que todas las organizaciones políticas tradicionales o “moderadas” de la época, incluso algunos sectores militares, adoptaron también, a su modo, consignas, propuestas y retóricas políticas radicalizadas. Las visiones estatistas e intervencionistas de la economía tuvieron un extendido arraigo entre la dirigencia partidaria, así como la simpatía por el gobierno socialista de Salvador Allende en Chile o el del militar nacionalista Velasco Alvarado en el Perú (De Amézola, 2005). Asimismo, se multiplicaron los espacios de cooperación interpartidarios que mostraban una vocación conjunta contraria a las organizaciones armadas, pero con un programa de transformaciones profundas. En tal sentido, reflexiona De Amézola:

Algo se había modificado en el punto de articulación entre lo real, lo simbólico y lo imaginario en las percepciones con las que la sociedad pretendía explicarse la realidad social. El eje se había desplazado a la izquierda y el imaginario político se había modificado lo suficiente como para que un discurso resultara atractivo para la opinión pública sólo si tenía connotaciones que, en un sentido amplio, podrían calificarse de izquierdistas (2005: 103).

Para las organizaciones de origen socialista, la de 1961 fue solo la primera de muchas ramificaciones, rupturas y desavenencias que se sucedieron con posterioridad. El extendido repudio a la izquierda tradicional por su incompreensión de los fenómenos populares no fue suficiente para mantener unida a una organización con una ten-

dencia casi inmanente a la división. No obstante, la fundación del Partido Socialista Popular en 1972 fue el primer intento, en gran medida trunco, llevado adelante por la dirigencia para poner coto a la tendencia centrífuga que se había activado dentro del universo socialista a partir de 1958. Resultado híbrido de la confluencia de organizaciones con parecidos de familia con la “nueva izquierda” y una vieja estructura partidaria, el PSP capearía sus primeros años en una puja intensa por delinear su perfil identitario.

A modo de conclusión: el PSP en la historiografía socialista

En este capítulo hemos procurado realizar un recorrido por la historiografía sobre el socialismo argentino, pero en un sentido diferente a los típicos estados del arte. Para ese fin, hemos seleccionado tres núcleos problemáticos que para nosotros resultarán fundamentales al momento de poder abordar los aspectos identitarios del Partido Socialista Popular. En gran medida, esa selección está atravesada por la pregunta acerca de los rasgos particulares de la “tradición socialista argentina” en la que se afincó, de una manera u otra, el PSP. Esos núcleos problemáticos escogidos fueron, en primer lugar, el PS en sus orígenes y, muy especialmente, la figura política de Juan B. Justo; en segundo término, la relación del socialismo argentino con los movimientos nacional-populares; y, por último, la diáspora socialista a partir de 1958 y el surgimiento de la “nueva izquierda”. Esto se vincula con el PSP, dado que el novel partido debió, tras su fundación, hacer un ajuste de cuentas con la tradición partidaria, es decir, con la labor realizada por el socialismo a lo largo de su historia y, frente a ello, operar de manera selectiva (Williams, 2000).

Sobre el primer punto, como se verá a lo largo de este libro, el PSP tendrá enormes dificultades para reapropiarse del socialismo originario y, más aún, de la figura de Justo, y privilegiará a “próceres alternativos” como Alfredo Palacios. En tal sentido, la dirigencia del socialismo popular abrevará en algunas tesis del revisionismo histórico al cuestionar algunas de sus conclusiones político-prácticas. Esta será una cuestión clave en el desenvolvimiento partidario

a lo largo de la década analizada y, sobre todo, una vez abierto el horizonte democrático.

El segundo tópico será uno de los ejes principales sobre el que se montará el PSP desde sus orígenes, uniéndose al coro de voces críticas con respecto a la relación del socialismo argentino con las expresiones políticas mayoritarias. Sin embargo, en el caso del socialismo popular, esta crítica, igual de virulenta que la desarrollada por los revisionistas u otras expresiones de la “nueva izquierda”, se traducirá en la práctica en una especie de restitución histórica. Es decir, la impugnación a lo realizado por el PS en materia de relación con el radicalismo y el peronismo será asumida por la nueva dirigencia como una deuda, una asignatura pendiente, que el flamante PSP asumiría el desafío de zanjar.

Por último, nos centramos en analizar los aspectos generales del contexto de surgimiento del PSP y el fenómeno de la “nueva izquierda”. Como ya adelantamos, resulta complejo determinar con perspicuidad los parámetros para excluir o incluir al PSP en esa categoría o, en su defecto, a algunas de las organizaciones que confluyeron a su conformación, en particular el Movimiento de Acción Popular Argentino (MAPA). Este ítem será retomado para problematizar tanto aspectos organizativos del PSP como doctrinarios e ideológicos, y discutir tanto la noción de “nueva izquierda” como la posibilidad de incluir a esta organización en esa categoría más amplia.

Por lo dicho, estos tres puntos asociados a la historia del socialismo argentino nos servirán de referencia permanente para analizar tanto los antecedentes de nuestro objeto de estudio como las representaciones existentes en torno a una tradición política que va a ser apropiada y significada por el PSP. Ese vínculo no será estático, sino que estará sujeto a diferentes modificaciones que el partido sufrirá desde su fundación, tanto en lo que respecta al recambio de dirigentes como a revisiones ideológicas y programáticas.

Capítulo 2. La breve historia política del Partido Socialista Popular

Introducción

En abril de 1972, el grupo de dirigentes que preservaba la sigla del Partido Socialista Argentino (PSA), liderado por Víctor García Costa y Jorge Selser, confluyó con el Movimiento de Acción Popular Argentina (MAPA), el Grupo Evolución y Militancia Popular para conformar el Partido Socialista Popular (Guberman, 2004). La fusión se dio en un contexto político sumamente convulsionado por los intentos infructuosos del gobierno de facto del general Lanusse por arribar a una salida institucional pactada, la presión de Perón para dar por finalizada su proscripción y su exilio, y el espiral de violencia que se precipitó por el accionar cada vez más incontrolable de las organizaciones armadas.

La iniciativa buscaba, luego de más de una década de escisiones continuadas, poner fin a la diáspora socialista y colocar la piedra angular para construir una “gran fuerza socialista”.⁴¹ A pesar de que el socialismo dividido había recuperado algo de apoyo electoral previo a la autodenominada Revolución Argentina, esto no evitó el proceso de desgajamiento que prosiguió en los años siguientes.

Diezmado a su mínima expresión, el PSA abrió diálogos con otras organizaciones políticas inquietas por conformar o integrarse a un partido, aunque todavía tenía dificultades para contener sus propias

41 Esta expresión es utilizada por el dirigente bahiense Pablo Lejarraga en una nota de opinión titulada “Punto y aparte” (en *La Vanguardia*, septiembre de 1972).

diferencias internas.⁴² Por su parte, el MAPA era el emergente de la agrupación estudiantil Movimiento Nacional Reformista (MNR) que, tras algunos años de protagonismo en la política universitaria a escala nacional, tenía la inquietud de canalizar hacia la actividad partidaria. Esto se debía a que sus principales dirigentes ya no participaban del claustro estudiantil universitario y, a raíz de ello, la propia organización había avanzado en la constitución de un frente gremial y un frente barrial que excedían por mucho los alcances que ofrecía la estructura del MNR, concebido para la militancia estudiantil. Finalmente, el Grupo Evolución y Militancia Popular eran dos agrupamientos de origen socialista, desprendimientos menores del Partido Socialista Democrático y del Partido Socialista de Vanguardia, respectivamente, que ya estaban colaborando entre sí y que fueron convocados a unirse al nuevo emprendimiento partidario.

En sentido estricto, lo que había sido pensado como una incorporación al Partido Socialista Argentino de los otros tres agrupamientos, para dotar de nuevos bríos a la languideciente organización, terminó por adquirir un carácter refundacional bajo una nueva nominación: Partido Socialista Popular. Esto estuvo, en gran medida, condicionado por la normativa para los partidos políticos confeccionada por el ministro Arturo Mor Roig, en conjunto con otra serie de expertos y juristas de prestigio, e implementada vía decreto por el presidente de facto Alejandro Lanusse (De Amézola, 1997), que, entre otras cosas, prohibía el uso de los calificativos “argentino” o “nacional” en las denominaciones partidarias. A raíz de ello, el Partido Socialista Argentino se vio forzado a modificar su nombre como requisito para ser reconocido formalmente. Asimismo, las otras organizaciones le exigieron una serie de condiciones al PSA para suscribir el acuerdo: el PSP sería, de esa manera, un partido nuevo.

El objetivo de este capítulo es recorrer la historia política del PSP, caracterizar a las organizaciones preexistentes que le dieron origen y analizar su actuación política entre 1972 y 1976. Para

42 Adrián Camps, entrevista, Buenos Aires, noviembre de 2015.

ello, haremos, en primer lugar, un abordaje de las trayectorias de las cuatro organizaciones antes de su confluencia en el PSP al dar cuenta de sus principales dirigentes, sus características organizativas e ideológicas generales, y de las motivaciones que las llevaron a fusionarse en el nuevo partido. En segunda instancia, analizaremos las condiciones particulares del acuerdo, las características que asumió la organización, así como sus principales lineamientos ideológicos y programáticos. A continuación, describiremos los conflictos que se desataron en el seno del PSP, los desprendimientos que sufrió y las consecuencias de estos. Por último, indagaremos la actuación política del socialismo popular durante el tercer gobierno peronista, sus posicionamientos públicos, su estrategia política y las tensiones internas que condicionaron cada una de ellas.

Los cuatro elementos del PSP

Como ya señalamos, el PSP se conformó a partir de cuatro organizaciones de trayectorias, dimensiones y composiciones completamente diferentes: una organización diezmada, heredera de la izquierda más tradicional, como era el PSA; un movimiento de rai-gambre universitaria, de mayoría juvenil y sin una inscripción ideológica demasiado nítida, el MAPA; un grupo pequeño de veteranos militantes con origen en el PSA, extraviados en alguna de las múltiples sangrías que sufrió la organización, bautizado como Militancia Popular; y, por último, una agrupación juvenil, con vínculos con el socialismo democrático, conocida como Grupo Evolución.

El Partido Socialista Argentino: los restos de la tradición

El Partido Socialista Argentino, o al menos su denominación, había tenido origen en la ruptura de 1958.⁴³ Fue el nombre esco-

43 La primera conducción del PSA escindido estaba integrada por Ramón A. Muñiz, José L. Romero, Héctor Iñigo Carrera, David Tieffenberg, Alexis A. Latendorf, Enrique Carreira, Andrés López Accotto, Lucio Luna, Alfredo L. Palacios, Alicia Moreau de Justo, Isidro López y Carlos Sánchez Viamonte.

gido por la mayoría partidaria luego de que el sector disidente, que había hegemonizado el partido durante las últimas décadas, fue expulsado y se constituyó como Partido Socialista Democrático (Verde Tello, 1963). Esta organización partidaria estaba compuesta, según señala Tortti (2005: 392), por dos sectores: uno “moderado”, de matriz socialdemócrata, compuesto fundamentalmente por la vieja dirigencia –Alfredo Palacios, Ramón Muñiz, Alicia Moreau, Carlos Sánchez Viamonte, entre otros–; y otro “radicalizado”, con una composición más joven y liderado por Abel Alexis Latendorf, David Tieffenberg, Elías Semán y Pablo Giussani.⁴⁴ La convivencia entre ambos sectores no perduró mucho más allá de lo que logró pervivir el “antighioldismo” y el “antifrondicismo” furibundo que todos compartían, y que de algún modo los congregaba (Tortti, 2005: 402). Entre las banderas que levantaba el flamante PSA se destacaban, por un lado, la consigna –que acompañaba su nombre–: “Recuperado para los trabajadores”; y, por el otro, la invocación a “la vuelta a Justo”, ambas en clara alusión al desvío doctrinario que significaba para ellos la línea asumida por Américo Ghioldi (Vazeilles, 1967).

Ni los trabajosos acuerdos alcanzados en el 45° Congreso del partido ni los resultados electorales favorables en las elecciones de 1961, que llevaron a Alfredo Palacios al Senado de la Nación, lograron atenuar los ya ostensibles diferendos que anidaban en el seno partidario. Las diferencias tácticas más elementales se veían potenciadas por condimentos teórico-políticos asociados, en gran medida, a la experiencia revolucionaria cubana. A pesar de ello, ambos sectores llegaron a un trabajoso acuerdo que fijó como objetivo la construcción de un “Frente de los trabajadores”, consigna con la ambigüedad suficiente para seguir contentando a dos sectores cada vez más diferenciados (Tortti, 2007: 149).⁴⁵

44 Cecilia Blanco (2000), para distinguir a ambos grupos internos, utiliza la noción de “vanguardistas” y “tradicionalistas”. Nosotros utilizaremos de manera indistinta las categorías propuestas por Tortti (2007) y por Blanco para referirnos a ambos grupos.

45 La definición completa de la estrategia partidaria estaba formulada de la siguiente manera: “Frente de Trabajadores clasista, antiimperialista, bajo la dirección del Socialismo Argentino y constituido por obreros, campesinos, intelectuales asalariados, estudiantes, fuerzas populares antiimperialistas y partidos de trabajadores proscriptos” (citado en Tortti, 2007: 150). De esta

La conveniencia mutua era lo que sostenía la convivencia. Esta se sustentaba, por un lado, en que la izquierda partidaria había sabido capitalizar el momento posperonista y constituirse en un polo de atracción para que el PSA recobrara cierto activismo militante, en particular entre la juventud; y, por el otro lado, el sector moderado aportaba el prestigio de su dirigencia, mucho más popular y reconocida allende los límites partidarios, y que, por ende, los volvía más competitivos en la arena electoral.⁴⁶ No obstante, la cohabitación se volvió insostenible a medida que los “vanguardistas” ganaban posiciones y, a su modo, desairaban a la dirigencia “tradicionalista” a la que, no sin algún motivo, emparentaban con los dirigentes expulsados y coligados desde entonces en el Partido Socialista Democrático (Blanco, 2000).

Los acuerdos genéricos con respecto a un replanteo de la “cuestión peronista”, una búsqueda de reconciliación entre el socialismo y la clase obrera, y un beneplácito en clave antiimperialista por los acontecimientos revolucionarios de Cuba habían sido la base de sustento del PSA. Sería la erosión progresiva de dichos acuerdos la que a la postre precipitaría una nueva ruptura. Las resoluciones prácticas derivadas de esos difusos consensos internos se transformarían en uno de los principales focos de conflicto que, valga la aclaración, continuaron presentes en el seno de las organizaciones más allá de la fractura concretada en 1961. En particular, la forma que el PSA se vinculaba o articulaba con el peronismo, en sus múltiples variantes y versiones, y con otras agrupaciones de izquierda, especialmente con el Partido Comunista. Previamente, uno de los primeros conatos de conflicto se había desatado con la conducción de la Federación de

manera, el PSA asumía una consigna lo suficientemente amplia como para contener a todos sus sectores internos y dejaba abierta una perspectiva frentista, difusa en cuanto sus alcances, a la vez que reafirmaba la primacía del partido como la “única fuerza legal de los trabajadores y de las fuerzas populares y antiimperialistas” (ídem).

46 A ese respecto, José Vazeilles, de manera mordaz e irónica, señalaba: “De tal manera, no resultaba absurdo que tal heterogeneidad se mantuviera unida: como en tantos otros partidos de clase media, una común empresa electoral unía a todos los sectores, sin que ninguno de ellos planteara una praxis diferente que los llevara a un rompimiento. Las diversas ideas consagrantes podían servir para la competencia interna, pero ella no podía sobreponerse a la necesidad de ayudarse mutuamente para obtener más votos y todas las tareas conexas” (1967: 174-175).

la provincia de Buenos Aires, a cargo de Roberto Ióvine, equidistante tanto de los “moderados” como de los “izquierdistas”, quien alentaba un compromiso pleno con el peronismo y convocaba a la abstención en apoyo a la fuerza proscrita, con lo que contravenía a la posición oficial partidaria e, incluso, en desmedro de su propia candidatura. Luego de una serie de advertencias y sanciones, Ióvine –a quien respondían los dos diputados provinciales electos por el PSA en 1960, Adolfo Groisman y Bruno Strobino– fue expulsado y fundó una efímera fuerza bautizada como Partido Socialista Popular. Ióvine se reconocía como “socialista con posición nacional” e interpretaba al peronismo como un “movimiento obrero, popular y nacional” (Tortti, 2007: 167).⁴⁷

Este primer episodio evidenció que tales tensiones, lejos de disiparse, se agudizaron de forma paulatina luego de las elecciones legislativas de 1961. Las diferencias más claras se daban entre un sector que se mostraba deseoso de profundizar y sincerar los acuerdos tácitos que habían facilitado el triunfo de Alfredo Palacios y, por el otro lado, un grupo renuente a avanzar en tal sentido, arguyendo como prioridad la preservación de la identidad partidaria. Preanunciados en el 45º Congreso, los conflictos estallaron irrefrenablemente en mayo de 1961. Fue así que, tras anoticiarse de una tendencia adversa en la elección de autoridades partidarias, el sector “moderado” del PSA protagonizó una especie de *putsch*, desconociendo la primacía del otro sector y, de ese modo, dio a conocer la fractura.⁴⁸

Tras esta nueva ruptura, el PSA quedó dividido en una fracción mayoritaria, comandada por David Tieffenberg, y una disidente, cuyo secretario general era el dirigente santafesino Rubén Visconti.

47 Este fugaz agrupamiento afincado en la provincia de Buenos Aires no tiene relación aparente, más allá de la coincidencia en la denominación, con ninguno de los núcleos que confluyó en abril de 1972 en la fundación del “nuevo” Partido Socialista Popular. Sobre la labor parlamentaria del PSP “original” remitimos a Ferreyra (2012). Otra versión de la corriente de Ióvine y su posterior expulsión puede verse en Spilimbergo (1969).

48 Según María Cristina Tortti: “Los moderados temían que si se constituía el nuevo Comité, la mayoría de izquierda convertiría al Partido en ‘apéndice’ de otras fuerzas políticas: sobre todo temían ser absorbidos por el PC” (2007: 224).

El primero de estos núcleos, despojado ya de la vieja dirigencia,⁴⁹ fue rebautizado como Partido Socialista Argentino de Vanguardia (PSAV), mientras el segundo fue conocido como Partido Socialista Argentino “Casa del Pueblo”. El PSAV contó entre su dirigencia con muchos de los jóvenes más radicalizados –Elías Semán, Pablo Giussani, Abel Alexis Latendorf, Héctor Polino, Elisa Rando, entre otros–, con algunos dirigentes de edad intermedia muy referenciados dentro del grupo –Leopoldo Portnoy y Andrés López Accotto, los más relevantes– y con algunas figuras renombradas, entre las que se destacaban el historiador José Luis Romero y David Tieffenberg. En su primer Congreso como PSAV, el nuevo agrupamiento se definió como un socialismo “argentino, latinoamericanista, fidelista” (Vazeilles, 1967: 188) y ratificó el rumbo asumido durante la compulsa con los sectores “moderados”. En tal sentido, la conducción partidaria avanzó en una política de entendimiento con el peronismo de izquierda, rubricada en el apoyo a la candidatura del sindicalista combativo Andrés Framini a la gobernación de Buenos Aires, y exacerbó su adhesión al “cubanismo”, lo que implicaba no solo estrechar vínculos con ese país, sino también emular a ese movimiento revolucionario latinoamericano en sus aspectos organizativos y doctrinarios. Ciertas decisiones partidarias, tomadas con el objetivo implícito de mitigar la heterogeneidad de posiciones y combatir la indisciplina, hicieron que el PSAV fuera perdiendo en el camino a algunos miembros descontentos con el rumbo asumido. El PSAV tendía, de ese modo, a rigidizar tanto sus posicionamientos políticos como su formato organizativo, con lo que dejaba poco margen para las disidencias.

49 María Cristina Tortti señala que, según algunos testimonios, era un objetivo premeditado de los sectores de izquierda del partido deshacerse de toda la camada de veteranos dirigentes, rémoras, a su modo de ver, del PS antiperonista y antipopular. Esto se preanunció con anterioridad a la definitiva ruptura, y tuvo sus primeras muestras en el 45º Congreso partidario, en el que Alicia Moreau fue desplazada de la dirección de *La Vanguardia* tras ser duramente desacreditada por el sector izquierdista. En tal sentido, la autora señala: “Al hacer pasar por allí la divisoria de aguas, los moderados eran colocados en un lugar similar al que antes había ocupado el ghioldismo, y el desplazamiento de A. Moreau había sido el comienzo de la segunda etapa del plan de los jóvenes izquierdistas, que ahora buscarían deshacerse de los ‘viejos’ que aún quedaban en el PSA” (Tortti, 2007: 151).

Las decisiones de “entroncarse” con el peronismo y convertir oficialmente al PSAV en un partido “marxista-leninista”, es decir, adoptar el centralismo democrático, precipitaron el apartamiento de un conjunto importante de militantes y dirigentes (Tortti, 2007: 320). A lo largo de 1962 se alejaron figuras de la talla de José Luis Romero, Leopoldo Portnoy (Vazeilles, 1967: 187), Héctor Polino, Torcuato Di Tella, Oscar Palmeiro y Andrés López Accotto (Tortti, 2007: 350). En el ínterin, también abandonaron la organización un conjunto de dirigentes ligados a la “izquierda nacional”, que ya habían manifestado su disconformidad en 1960, y que disentían con las decisiones adoptadas por la conducción partidaria, su simpatía por el PC y su acercamiento “oportunista” con el peronismo. Estos afirmaban que se “ha operado el copamiento que reduce nuestra organización a una secta más, que ya amenaza desbandar sus fuerzas y que consume la entrega de los restos del bradenismo khrushchevita-stalinista del 45 y de todos los tiempos” (Spilimbergo, 1969: 267). Ese núcleo de dirigentes, entre los que se destacaba Jorge Enea Spilimbergo, luego formaría parte de la fundación del Partido Socialista de la Izquierda Nacional (PSIN) (Galasso, 1983). Para 1963, el PSAV había implosionado, escindiendo entre los sectores pro-peronistas, que se transformaron en el Partido Vanguardia Popular bajo la conducción de Abel Alexis Latendorf, y los sectores más “cubanistas”, liderados primero por Tieffenberg y, más tarde, por Elías Semán, quienes con posterioridad formarían Vanguardia Comunista (Moreau de Justo, 1983; Celentano, 2014).

Por su parte, el diezariado PSA “Casa del Pueblo” continuó su periplo bajo el auspicio de los dirigentes más veteranos –Ramón Muñiz, Alfredo Palacios, Alicia Moreau, Lucio Luna y Emilio Carreira– y con un núcleo de militantes más jóvenes que no habían acompañado a los sectores “vanguardistas”, entre los que se destacaba Juan Carlos Coral. Las elecciones de 1963 fueron relativamente exitosas para el PSA: en esa oportunidad, Ramón Muñiz, Emilio Carreira, Alfredo Palacios, Pablo Lejarraga, Carlos Ocampo y Juan Carlos Coral obtuvieron una banca en la Cámara de Diputados.⁵⁰

50 La elección de 1963 mostró un escenario de sorprendente paridad del PSA con el PSD, que en esa oportunidad obtuvo cinco bancas que ocuparon Américo Ghioldi, Eduardo

Sin embargo, en 1965, se produjeron una serie de acontecimientos que golpearon con dureza al PSA y lo sumieron en una profunda crisis. Ese fatídico año fallecieron el secretario general Ramón Muñiz, Emilio Carreira y el emblemático Alfredo Lorenzo Palacios. La muerte de Palacios precipitó, a su vez, la ruptura del díscolo diputado Juan Carlos Coral, quien siempre se había manifestado leal al veterano dirigente, pero que ya había mostrado señales de autonomía y expresado sus diferencias con la conducción partidaria (Moreau de Justo, 1983).⁵¹

Estos sucesos obligaron al PSA a llevar a cabo un recambio forzoso para poder suplir a sus dirigentes fallecidos. Sumado a ello, en 1966, se concretó el virulento golpe de Estado bautizado como Revolución Argentina, que prohibió la actividad política y confiscó los bienes partidarios (De Riz, 2000). En una situación de semi-clandestinidad, el PSA siguió su actividad dentro de los márgenes restringidos que habilitaba el celo represivo de la dictadura. Desde las páginas de *La Vanguardia* se criticaba al gobierno militar, irónicamente bautizado como “contrarrevolución argentina”. Señalaba el Comité Nacional del PSA en 1966:

Vacío de sensibilidad popular y de sentido nacional, el gobierno de la mentada revolución argentina, huérfana de pueblo, es el gobierno del privilegio, el gobierno de los conspicuos representantes de todos los intereses que han convertido a la Argentina en un país dependiente, sometido al imperialismo, en una pa-

Schaposnik, Juan Antonio Solari, Jorge Rozas y Luis Fabrizio (Ferreyra, 2012: 257-258). El socialismo no obtenía tal cantidad de bancas desde 1942, cuando habían sido elegidos once diputados del PS.

51 Oscar González (entrevista, Buenos Aires, agosto de 2013) señala: “Al interior de esa fuerza [el PSA] avanza una corriente de izquierda ‘palacista’, que se reivindica heredera de Palacios, con una idea de un socialismo más a la criolla, una idea más nacionalista, una idea más latinoamericanista, con conceptos de la ‘América morena’, ‘Latinoamérica unida’, de visión antiimperialista, antinorteamericana. Esa corriente la encarna Juan Carlos Coral (...). Coral tenía el atractivo de que iba a las villas, de que tenía un lenguaje muy ‘criollo’, muy directo y que era el mejor orador que yo he escuchado nunca”. Coral fue expulsado del partido y fundó el PSA Secretaría Coral junto a un grupo de dirigentes que más tarde confluiría con el grupo trotskista PRT-“La verdad” liderado por Nahuel Moreno para fundar el Partido Socialista de los Trabajadores (PST). En 1973, Juan Carlos Coral sería candidato a presidente por esta fuerza política. Sobre el PST, ver Osuna (2015).

labra, es el gobierno de la contrarrevolución argentina (García Costa, 1970: 12).

En el mismo sentido se expresaba Jorge Selser en 1971, cuando caracterizaba al gobierno de facto como “una manifestación reaccionaria y antinacional”.⁵² La postura opositora se mantuvo con intensidad durante todo el gobierno de Onganía, en intervenciones que mixturaban un repudio global al gobierno militar con denuncias puntuales con respecto a medidas concretas.

A raíz de la muerte de Muñiz, la Secretaría General del PSA fue ocupada por Jorge Selser, secundado en la conducción partidaria por Enrique Inda, Víctor García Costa, Juan Carlos Rubinstein y la septuagenaria Alicia Moreau. En ese contexto, la apertura política propiciada por Lanusse durante 1972 motivó a la dirigencia del PSA a formar parte de la instancia multipartidaria conocida como “La Hora del Pueblo”. Allí participaban, además del socialismo argentino, el Partido Justicialista (PJ), la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP), el Partido Conservador Popular, el Partido Demócrata Progresista (PDP) y el Partido Bloquista de San Juan. Esta convocatoria tenía como único objetivo el llamado a elecciones libres sin proscripciones. Por el PSA suscribieron el documento original el secretario general Jorge Selser, el economista Juan Carlos Rubinstein y la sindicalista mercantil Elena Gil, quienes también formaban parte de la renovada conducción partidaria.

En ese marco, comenzó a cundir entre la dirigencia la inquietud de relanzar al menguado Partido Socialista Argentino, mediante la incorporación y reclutamiento de grupos afines, muchos de los cuales habían quedado desperdigados tras alguna de las múltiples escisiones que el socialismo había sufrido. El objetivo era relanzar una “gran fuerza socialista”. Fue así que, ante los primeros indicios de apertura política, la dirigencia del PSA inició una ronda de reuniones que incluyó a una pujante agrupación juvenil llamada Grupo Evolución y a un conjunto de antiguos compañeros de ruta integrados en Militancia Popular, con los que era preciso limar al-

52 Jorge Selser del Partido Socialista Argentino, 1971, disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=8BZsztFPIXE>

gunas asperezas.⁵³ Al mismo tiempo, por sugerencia del santafesino Luis Carello, se pusieron en contacto con un importante grupo de jóvenes reformistas de origen universitario que habían formado el Movimiento de Acción Popular Argentino (MAPA).⁵⁴ Así, en 1972, *La Vanguardia* aventuraba en su portada que “Se concreta la unidad” y allí se anunciaba:

La “gran fuerza socialista” que con firme voluntad creadora convocara el Partido Socialista Argentino, empieza a gestarse y a marchar promisoriamente. Partido Socialista Argentino, Movimiento de Acción Popular Argentino, Militancia Popular y Grupo Evolución conciertan esfuerzos y afanes en un generoso anhelo: la gran fuerza socialista. Y lo hacen limpia y decididamente, en pleno acuerdo y solidaridad en las ideas del socialismo, adecuados a la realidad de la vida argentina y a las inquietudes de cambio y redención de su pueblo. Se pone así en marcha el proyecto que demanda y necesita el pueblo trabajador para la empresa de su liberación. Ello quiere decir que estamos en un punto de partida, y que hemos empezado a andar. Lo demás, la hermosa realización, está y estará en la hermosa vocación socialista del pueblo trabajador y en la lucidez política de que nosotros seamos capaces para vertebrar orgánicamente la gran fuerza socialista.⁵⁵

De tal forma, se habían enfocado todos los esfuerzos en el entendimiento con las tres fuerzas, a pesar del rechazo explícito que expresaban algunas figuras importantes, como Alicia Moreau de Justo.⁵⁶ A pesar de ello, el periódico partidario ratificaba: “Prosi-

53 Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, marzo de 2016.

54 Víctor García Costa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015.

55 *La Vanguardia*, marzo de 1972.

56 Según Víctor García Costa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015), Alicia Moreau manifestó desde un comienzo sus objeciones a la incorporación del MAPA, al poner en cuestión su afinidad con el ideario socialista y su avidez de poder; en el mismo sentido, Camps (entrevista, Buenos Aires, noviembre de 2015) agrega que Moreau consideraba que “al partido le iba a traer consecuencias muy graves”. Tanto fue así que, según comenta Carlos Constenla, ya en el lanzamiento del PSP, cuando Guillermo Estévez Boero estaba haciendo uso de la palabra, un grupo de dirigentes, liderados por la propia Moreau, se levantaron de sus asientos y abandonaron el recinto donde se estaba desarrollando el acto.

guen con toda intensidad los trabajos tendientes a lograr la creación de una gran fuerza socialista”.⁵⁷

Así fue que, a pesar de esas disidencias aisladas, el consenso para relanzar al PSA con la inclusión de nuevos actores, que le brindarían un nuevo dinamismo y empuje, estaba bastante extendido. Paradójicamente, en ese mismo momento, el PSA estaba embarcado en una profunda discusión con respecto a continuar con su participación en “La Hora del Pueblo” o, por el contrario, privilegiar el espacio motorizado por el Partido Comunista conocido como Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA), en el cual algunos socialistas habían intervenido a título personal. Por muy escaso margen, en el último Congreso del PSA como tal, se votó la salida de “La Hora del Pueblo”, contrario a la opinión del hasta entonces secretario general Jorge Selser.⁵⁸ La votación evidenció profundas divisiones que daban cuenta de la enorme debilidad del PSA, fruto de su endeble cohesión interna. Las diferencias entre los dirigentes que estaban a favor (Víctor García Costa, Jorge Selser, Ricardo Corgorno, Boris Pasik, Juan Carlos Rubinstein, entre otros) y los que estaban en contra (José Brailovsky, Ramón Soria, Héctor Polino, Alberto de Renzis y Alfredo Genovesi, entre otros) marcaban con claridad las inconsistencias de un partido que lejos estaba de actuar de manera monolítica.

En esa instancia, y tras el desaire sufrido por Selser, Víctor García Costa fue elegido como nuevo secretario general. García Costa no solo tuvo a su cargo la responsabilidad de concretar el acuerdo que daría origen al PSP, sino que, acto seguido, debió asumir la conducción del nuevo partido, y esto a pesar de la débil legitimidad de origen que lo antecedía. La resolución del PSA en pos de la unidad sentenciaba una doble vocación explícita de reconstitución del espacio socialista –sin contemplar al PSD–, por un lado, y de acercamiento al peronismo, por el otro:

El Comité Nacional del P.S.A. afirma que esa unidad debe lograrse no en base a un mero acuerdo circunstancial de grupos

57 *La Vanguardia*, marzo de 1972.

58 Adrián Camps, entrevista, Buenos Aires, noviembre de 2015.

sin afinidad real, sino en torno a la reafirmación del ideario socialista, que requiere una clara comprensión del papel del justicialismo en el proceso político y social de la clase trabajadora argentina, y la firme posición antiimperialista y de apoyo a los movimientos de liberación y el reconocimiento pleno de la función del Estado que debe constituirse en el conductor del proceso de cambio económico que requiere el camino hacia el socialismo.⁵⁹

MAPA: del reformismo universitario a la política partidaria⁶⁰

El Movimiento de Acción Popular Argentino (MAPA), por su parte, fue una organización creada en 1970 sobre la base de la agrupación universitaria Movimiento Nacional Reformista (MNR). El MAPA se concibió como un movimiento de opinión, una organización que, sin ser un partido, ampliaba los límites de la agrupación estudiantil para, entre otras cosas, incorporar a otros actores sociales, entre ellos a los propios graduados universitarios y profesionales.⁶¹ El MNR había surgido durante el refulgir del reformismo universitario tras la caída del peronismo, en el marco de un proceso de profunda modernización y transformación de las instituciones de educación superior e investigación científica. En ese proceso, el movimiento estudiantil tuvo un protagonismo indiscutido:

La modernización universitaria probablemente no hubiera sido tan inclusiva, dinámica e interesante sin la presencia de ese movimiento estudiantil reformista primero y luego humanista-reformista que traducía en términos cada vez más radica-

59 *La Vanguardia*, septiembre de 1972.

60 Una versión más extensa de esta sección fue publicada en Suárez (2019b).

61 Mario Drisun afirmaba: “Nosotros habíamos constituido, a partir de militantes del MNR, que era un movimiento universitario de todo el país, y de otros grupos que veníamos creciendo, el Movimiento de Acción Popular Argentino (MAPA) que lideraba Guillermo Estévez Boero. Había compañeros y compañeras que eran militantes de otros sectores sociales, trabajadores, y formamos una estructura política de características nacionales que se llamó MAPA” (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 109). En el mismo sentido se expresan Raúl Garo (*ibidem*: 134) y Juan Carlos Zabalza (*ibidem*: 204), entre otros.

les los principios de la función social de la universidad (Sarlo, 2007: 95).

El parteaguas para la militancia universitaria reformista, y filón fundamental en el surgimiento del MNR, fue el conflicto desatado por el proyecto de reforma del artículo 28 de la Ley de Educación, motorizado por el ministro Atilio Dell’Oro Maini, que proponía habilitar a las instituciones privadas para ofrecer titulaciones de nivel superior (Califa, 2009; Ceballos, 1985). Esa disputa, que se popularizó bajo el nombre de “laica o libre”, fracturó al movimiento estudiantil. El conflicto alcanzó su cénit durante 1958, año en que la reforma fue finalmente aprobada bajo auspicio del gobierno de Arturo Frondizi, lo que significó el quiebre de las relaciones con muchos sectores que habían apoyado en su momento al candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) (Terán, 1991). La Federación Universitaria Argentina (FUA), hegemonizada aún por el reformismo no partidario, designó una Comisión de Acción en pos de la derogación de artículo 28, cuya conducción recayó en el dirigente santafesino Guillermo Estévez Boero (Ceballos, 1985: 22).

La ruptura del movimiento estudiantil con el gobierno de Frondizi desencadenó una radicalización en el discurso de sus principales dirigentes. En 1959 fue elegido presidente de la FUA el propio Estévez Boero, representante de la Federación Universitaria del Litoral, como cabeza de una coalición heterogénea de fuerzas reformistas de izquierda.⁶² Las resoluciones del IV Congreso de la FUA expresaban con claridad el viraje del movimiento estudiantil hacia posiciones decididamente opositoras al frondicismo, con una nítida retórica contestataria y un discurso plagado de consignas antiimperialistas.⁶³ Allí, entre otras cuestiones, instaban a la realización

62 Carlos Ceballos, quien fuera presidente de la FUA entre 1961 y 1963, explica que las agrupaciones reformistas de izquierda se caracterizaban por su independencia de los partidos políticos existentes y, fundamentalmente, por su no alineamiento con el Partido Comunista. En tal sentido, señala: “En sus definiciones programáticas en política internacional se definían en contra del imperialismo norteamericano y el expansionismo soviético, pero sin caer en el anticomunismo de otras tendencias” (1985: 25).

63 El documento de la FUA centraba su crítica al imperialismo y el latifundio, al tiempo que descalificaba el proyecto de Frondizi de promover la que ellos llamaban la “seudoindustrialización” (Ceballos, 1985).

de una reforma agraria, un extenso plan de nacionalizaciones, el levantamiento de todas las proscipciones políticas, la libertad de los presos políticos y, concluían, la “activa participación del estudiantado junto a los trabajadores y los sectores afectados de la política imperialista impuesta por el Fondo Monetario Internacional, como base de la lucha de nuestra liberación” (*ibidem*: 32).

Tras eso, la FUA se presentó como el ámbito propicio para la articulación de estos sectores reformistas independientes desperdigados por el país, en una coyuntura en que la intromisión partidaria comenzaba a vulnerar los muros de la institución universitaria (Sigal, 1991). De esta manera lo describe el dirigente tucumano Marcos Rosa:

Transcurría el año 1959, y, dirigentes de izquierda estudiosos de Marx, de Engels y de sus continuadores, que no éramos antiperonistas y no militábamos en el PC, nos encontrábamos en los Congresos, o en los CNC [Congresos Nacionales de Centros] de la FUA. Allí coordinábamos reuniones y emitíamos posiciones políticas con que ya nos identificábamos como MNR; había compañeros de Tucumán, de Rosario, de Santa Fe, de Córdoba, y del Centro de Ciencias Económicas de la UBA, todo eso inorgánicamente (en AA.VV., 2011: 15).

Fue así que en 1960 se dieron los primeros intentos sostenidos para conformar una fuerza orgánica de alcance nacional de corte reformista. Los promotores eran Guillermo Estévez Boero, los cordobeses Edgardo Galetti y Carlos Ceballos, y el tucumano Marcos Rosa (Bebán y Llopis, 2014).⁶⁴ Ceballos abandonó la iniciativa antes de que se concretara, mientras los restantes tres dirigentes formarían parte de la primera conducción de la nueva organización.

Bajo el liderazgo de Estévez Boero, y luego de algunos intentos infructuosos, el MNR se constituyó formalmente en Horco Molle, provincia de Tucumán, en 1963: “Con Rosario-Santa Fe, Córdoba y Tucumán se lanza orgánicamente el Movimiento Nacional Re-

64 Marcos Rosa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2016.

formista” (Marcos Rosa en AA.VV., 2011: 16).⁶⁵ En esa instancia colectiva se dieron a conocer también los primeros documentos oficiales del MNR, en especial “Trabajemos mejor en casa”, que fijaba las pautas generales de funcionamiento de la organización, afines al “centralismo democrático”. Desde el punto de vista ideológico, el MNR combinaba banderas típicas del reformismo universitario, incluidas las vetas antiimperialistas, con algunos rudimentos del marxismo. En síntesis:

- 1) el rechazo al seguimiento mecánico de los modelos extranjeros,
- 2) la unidad indestructible entre la juventud universitaria y las mayorías nacionales,
- 3) su definición por las ideas del socialismo, y
- 4) su convicción en la necesidad de una organización adecuada para alcanzar estos objetivos (Bertero en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 40).

Sobre esa base, el MNR consagró “una corriente de la izquierda nacional que funcionaba con independencia de los aparatos partidarios” (Héctor Cavallero en Bebán y Llopis, 2014: 87).⁶⁶ Su agenda combinaba una serie de reclamos gremiales específicos del movimiento estudiantil —ingreso irrestricto, concursos docentes, turnos de exámenes, afiliación automática a los centros de estudiantes, y otras cuestiones de bienestar estudiantil—⁶⁷ con posicionamientos

65 Entre las principales agrupaciones que se incorporaron al MNR se destacaban la Agrupación Pueblo y Reforma Indoamericana (APRI) de la Facultad de Medicina de la UNL y la Agrupación Reformista de Ciencias Económicas (AReCE) de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de Tucumán. Ambos nucleamientos aportarían, sin temor de exagerar, gran parte de los más importantes cuadros dirigentes que la organización tendría tanto en la política universitaria como en su desarrollo posterior. Entre ellos, se destacan Hermes Binner, Juan Carlos Zabalza, Ernesto Jaimovich, Héctor Cavallero, Antonio Bonfatti, Mónica Fein (del APRI), Gustavo Galland, Ángel García y Rodolfo Súccar (del AReCE).

66 En el mismo sentido se expresa Marcos Rosa: “No teníamos una identificación partidaria, ni peronista, ni radical, porque al principio era como algo apolítico, un fenómeno de masas dentro de la universidad que luego se iba a desarrollar. No se exigía ser socialista para pertenecer al MNR que aún no era el brazo universitario de nadie y tampoco teníamos relaciones con el Partido Socialista, que estaba más lleno de gorilas que de otra cosa” (en Llopis y Bebán, 2014: 85).

67 Sobre este tema se expone Miguel Godoy (en AA.VV., 2011: 29) y detalla las actividades desarrolladas por el MNR que incluían eventos deportivos y culturales, la creación del comedor universitario, la distribución de materiales de estudio (apuntes, clases desgrabadas, etcétera), y la creación de residencias para estudiantes del interior, entre otras muchas cuestiones.

específicos sobre la política nacional y lecturas globales sobre el devenir político latinoamericano y mundial. A nivel nacional, el reformismo genérico que había conducido la FUA hasta 1963 comenzó a perder peso en un doble proceso de avance de los partidos políticos y de radicalización ideológica (Sigal, 1991), si bien, como señala Millán (2017), la hegemonía reformista perduró y, al menos en el interior del país, asumió una fisonomía diferente.

La agrupación reformista adoptó desde sus inicios un funcionamiento celular y, en cierta medida, verticalista. Su lema, acuñado en 1966, era –y lo es hasta hoy en día–: “estudiar, organizar y difundir”. Esa consigna, lejos de ser una frase hecha más, operaba como un imperativo para la militancia del MNR. La formación política, así como las tareas específicas de coordinación y difusión, eran supervisadas por los llamados “responsables” en estrictas reuniones semanales.⁶⁸

El MNR, en el marco de una radicalización del reformismo (Millán, 2013), intensificó su actividad y elevó su perfil combativo una vez consumado el golpe de Estado de 1966, encabezado por Juan Carlos Onganía. En ese marco, se opuso de manera frontal al gobierno autoritario y, más específicamente, a su intervención en la política universitaria.⁶⁹ En 1967, se expresaba con contundencia en un documento titulado “Reforma o contrarreforma”, y allí cuestionaba las propuestas del gobierno militar en esa materia y las consideraba todas medidas tendientes a “reprimir al estudiantado y sus organizaciones, concordando con la obra de gobierno, que se ha

68 “La reunión era un trabajo ‘científico’ del manejo de la realidad. Las reuniones eran cerradas, iba determinado grupo de compañeros, que usualmente se organizaban por nivel político y/o antigüedad en la organización. Esa reunión tenía un ‘responsable’: era muy común la frase ‘yo lo hablé con mi responsable’. Esas reuniones eran fijas, todas a la misma hora, una vez por semana” (Alfredo Lazeretti, entrevista, La Plata, abril de 2013). Las peculiaridades de la forma de organización y su puesta en práctica las retomaremos más adelante.

69 Sobre el gobierno dictatorial, afirmaba: “Los representantes de los monopolios extranjeros y la oligarquía nativa se apoderan de los resortes administrativos de la Nación. [...] Núcleos sin respaldo popular, encaramados en la función gubernamental y encubiertos por un pseudo-nacionalismo oligárquico, pretenden sin pausa llevar a la realidad sus trasnochados devaneos. Desde las altas esferas de la banca y desde los más oscuros rincones surge la escoria que velozmente se precipita a ocupar los puestos de gobierno” (“Reforma o contrarreforma”, MNR, 1967).

dado a la tarea de reprimir a toda organización popular. En primer lugar, se reprime a quienes pretenden ingresar a la Universidad y, en segundo lugar, a quienes han logrado penetrar en ella”.⁷⁰

Desde esa oposición al régimen militar, el MNR convergió con sectores combativos del movimiento obrero, en especial la CGT de los Argentinos.⁷¹ En ese marco de creciente virulencia política, los jóvenes dirigentes del MNR participaron de manera activa en los procesos de resistencia contra el gobierno militar, en los que se asociaron de manera inédita los sindicatos con la militancia estudiantil (Millán, 2013, 2017). En Rosario, pero también en Tucumán y Córdoba, el MNR jugó un papel en los movimientos de protesta.⁷² Allí confluyó con otras expresiones reformistas y con las incipientes formaciones de la “nueva izquierda”, con las que ya comenzaba a manifestar sus diferencias.⁷³ En 1969, la conducción de la organización expresaba:

El Movimiento Nacional Reformista estuvo en la defensa de la Autonomía Universitaria y en la activa resistencia a la Intervención Universitaria [...]. Hemos estado con portuarios y

70 “Reforma o contrarreforma”, MNR, 1967.

71 Héctor Cavallero, entrevista, Rosario, octubre de 2015 y Raúl Garo (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 136). Sobre la estrategia de coordinación multisectorial de la CGT de los Argentinos, en particular con los estudiantes, Bozza explica: “Los activistas de la CGTA establecieron una sólida alianza con el movimiento estudiantil para coordinar diversas iniciativas de resistencia social y política contra la dictadura militar. Las movilizaciones conjuntas encendieron las energías antidictatoriales más incisivas de la década. La CGTA apoyó activamente la lucha del movimiento estudiantil contra la Ley Universitaria y por la recuperación de sus organizaciones y prerrogativas” (2009: 107). Desde el punto de vista de las organizaciones estudiantiles, ver Millán (2013, 2017).

72 Para un análisis comparado de los tres casos provinciales y el rol del movimiento estudiantil en ellos, ver Califa y Millán (2019).

73 En tal sentido, en un documento titulado “El MNR y la lucha del pueblo argentino contra la dictadura y el imperialismo” (1969), manifestaba sus diferencias con ciertos sectores radicalizados a los que homologaba con el gobierno militar por estar “hermanados en su aislamiento y desprecio por las mayorías nacionales”. A continuación, afirmaba: “En esta lucha, el pueblo, las grandes mayorías nacionales, los trabajadores, los estudiantes, han obligado a sus dirigentes a unificarse. Todos aquéllos que pretendían mantener organizaciones vanguardistas, que jugaran como reflectores de la luna, fueron derrotados por las masas, tuvieron que poner sus planes en sus bolsillos y participar en las movilizaciones del pueblo, como las marchas del silencio y los paros generales. Desde los núcleos más sectarios hasta las entidades que más han retaceado su participación en la lucha contra la Dictadura se vieron obligados, ante el clamor popular a adherirse a las movilizaciones decretadas por las mayorías nacionales”.

ferroviarios, hemos estado en la defensa de los gremios intervenidos, hemos estado con la lucha de los trabajadores de Tucumán y del Norte Santafesino, hemos estado en la condena de la Ley de Farmacias, en contra de la enajenación de los servicios asistenciales. Hemos defendido servicios sociales de los trabajadores y de los estudiantes; hemos estado, y estamos, en la defensa de los derechos y libertades de los ciudadanos argentinos; hemos estado, y estamos, en la defensa del patrimonio nacional, económico y cultural de la Nación. [...] Estas luchas, a pesar de su aparente aislamiento, reconocen en su esencia una unidad: el estar todas ellas motivadas por la agresión y la represión de la Dictadura Militar en beneficio exclusivo de los monopolios extranjeros.⁷⁴

Luego de esos acontecimientos, y a raíz de la apertura política que se propició tras la salida de Onganía del gobierno, el MNR redobló sus esfuerzos militantes. En ese período, en especial en Rosario, había ampliado su participación a otros ámbitos sobre la base de su primera camada de graduados. Estos empezaron a desarrollar tanto un activo trabajo barrial como los primeros contactos fluidos con el mundo gremial.⁷⁵ Esa expansión marcó los límites de la estructura del MNR para contener esos nuevos horizontes de militancia, por lo que comenzó a discutirse la posibilidad de conformar un “movimiento de opinión”.⁷⁶ De esta forma lo relata Juan Carlos Zabalza:

74 “El MNR y la lucha del pueblo argentino contra la dictadura y el imperialismo”, MNR, 1969.

75 Héctor Cavallero (entrevista, Rosario, noviembre de 2015 y en Bebán y Llopis, 2014: 90-91) menciona que durante ese período se desarrollaron agrupaciones en distintas ramas, entre ellas destaca: construcción, ferroviarios –todavía como MNR–, de la carne, del tractor, sanidad, docente, comercio, municipales y bancarios (con el MAPA). En el mismo sentido se expresa Víctor Hugo Vallejos (entrevista, Córdoba, septiembre de 2015) para el caso cordobés: señala que se desarrollaron las ramas del seguro, municipales, luz y fuerza, docente, bancarios, obras sanitarias, comercio y judiciales. Marcos Rosa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2016) narra también los contactos fluidos del MNR-MAPA con la Federación Obrera de Trabajadores de Ingenios Azucareros (FOTIA) de Tucumán.

76 Héctor Cavallero (entrevista, Rosario, noviembre de 2015) comenta: “Entonces yo fui a hablar con él [Estévez Boero] y le dije: ‘Tenemos que impulsar ahora una corriente de opinión’. Porque no nos daba el cuero para hacer un partido político. Creamos el MAPA”.

Esta fuerza, que se aglutina a través de los postulados de la reforma universitaria y la reivindicación de una Universidad pública, laica y sin ingreso, también empieza a mezclarse y a preocuparse por lo que pasaba en el país, donde las fuerzas de izquierda en ese momento estaban capitalizadas por el comunismo y por el trotskismo. Por otro lado, la existencia de un bloque socialista con gente respetable, pero de escasa representatividad, y muy cargada por la lucha antiperonista. Y va naciendo y se va consolidando en nosotros un objetivo, primero, de generar una fuerza política –porque ahí ya muchos éramos graduados universitarios– y se da también una necesidad de participación de otros grupos sociales, trabajadores principalmente, y por eso nace el MAPA aquí en Rosario, siempre con algún correlato en Córdoba y Tucumán (Juan Carlos Zabalza, entrevista, Rosario, noviembre de 2015).

En 1970, el MNR, en este afán creciente de participación política, respaldó a través de un comunicado la convocatoria de “La Hora del Pueblo”.⁷⁷ De alguna manera, el MAPA fue el resultado natural de la expansión del MNR y la primera manifestación concreta del interés por parte de este grupo de reformistas no alineados de participar en la política partidaria. Su declaración de principios (1970), sin embargo, ya manifestaba una adhesión explícita de la nueva agrupación a las ideas del socialismo:

El Movimiento de Acción Popular Argentino llama a los trabajadores, a los sectores populares, integrantes de las mayorías nacionales a incorporarse a sus filas para desarrollar sus fuerzas y preparar su emancipación.

Solamente el socialismo liberará al pueblo de los monopolios extranjeros y de la oligarquía nativa.

Solamente el socialismo impulsado vertiginosamente por la clase trabajadora organizada estructurará una nueva sociedad donde no exista la explotación del hombre por el hombre y del pueblo por el capital.⁷⁸

⁷⁷ Ver “Acerca de la declaración efectuada por la mayoría de los partidos políticos”, MNR, 1970.

⁷⁸ “Declaración de principios”, MAPA, 1970.

Fue en ese contexto que comenzaron las tratativas y los intentos de confluir en una organización partidaria mayor. De entre las muchas opciones posibles, la conducción partidaria se decantó por el Partido Socialista Argentino con el que tenía mayor grado de acuerdo. Lo cierto es que, para entonces, algunos de sus más importantes miembros ya habían tenido contactos con el socialismo argentino en los años previos, aunque ninguno de esos acercamientos había llegado a buen puerto.⁷⁹ Tras ello, en abril de 1972, se firmó el acuerdo que articulaba al joven MAPA con el PSA, luego de un largo itinerario de diálogos que incluyó a los dirigentes del Grupo Evolución y Militancia Popular, los dos socios restantes en la empresa del flamante Partido Socialista Popular. El grupo dirigente proveniente del MAPA cumplió un rol relevante en la consecución del acuerdo, pero sería aún mayor su gravitación en el rumbo del PSP en los años subsiguientes.

Militancia Popular y el Grupo Evolución: la necesidad de la reunificación

Los socios restantes en la conformación del PSP eran dos agrupamientos menores que, a pesar de sus marcadas diferencias, compartían ciertos puntos. Ambos núcleos habían surgido como desprendimientos de alguna de las ramas del socialismo dividido después de 1958 y, vale la aclaración, ninguno de ellos había declinado de su inscripción en dicha tradición política, como sí había ocurrido con otras vertientes como, por ejemplo, Vanguardia Comunista (Celentano, 2014). En contraste, a estos grupos los separaba una considerable brecha generacional y un origen muy disímil,

79 La más conocida de ellas fue la participación de un joven Guillermo Estévez Boero en la agrupación Acción Socialista liderada por Dardo Cúneo y luego transformada efímeramente en el Partido de los Trabajadores (Herrera, 2013, 2016; O'Connor, 2009). Otra, menos pública, fue la iniciativa de algunos dirigentes del APRI –Cavallero, Zabalza, Binner, entre los más destacados– de afiliarse al Partido Socialista Argentino en 1965, experiencia que terminaría con la expulsión de casi todos ellos por “peronistas y comunistas” (Juan Carlos Zabalza, entrevista, Rosario, noviembre de 2015 y Héctor Cavallero, entrevista, Rosario, noviembre de 2015).

a pesar de lo cual la colaboración entre ambos núcleos fue fluida y antecedió bastante a la confluencia que dio origen al PSP.

El Grupo Evolución estaba integrado mayormente por militantes jóvenes, ligados en su origen al Partido Socialista Democrático. Fue fundado en 1966 y liderado por Carlos Spini, Mario Helman y Arturo Ravina (h).⁸⁰ El nombre fue escogido, según sus protagonistas, con la intención de afincar el grupo dentro de la familia socialista, pero con una manifiesta posición contraria a la vía armada: adoptó el nombre “evolución” para diferenciarse de aquellos que bregaban por la “revolución”.⁸¹ A pesar de mantener algunos lazos tenues con el PSD, propiciados centralmente por Ravina, este grupo se fue diferenciando progresivamente de esa organización. Ese distanciamiento fue posibilitado en cierta medida por la suspensión de la actividad partidaria legal, pero tenían su real fundamento en disidencias con la línea política asumida por la dirigencia del PSD, que había adoptado una matriz de pensamiento liberal, con rastros muy exiguos de lo que se podía considerar un discurso socialista *stricto sensu* y, fundamentalmente, por la inexpugnable brecha generacional que separaba a este grupo de jóvenes de la envejecida conducción partidaria.⁸² En tal sentido, las críticas no distaban mucho de las que, en general, le propinaban otras fuerzas de izquierda, incluido el PSA: desde esta perspectiva, el PSD no solamente había radicalizado su instintivo antiperonismo —que se complementaba con una veta de anticomunismo— (Martínez Mazzola, 2011a), sino que además se había acercado a posiciones de fuerzas políticas

80 Carlos Spini, entrevista, Buenos Aires, marzo de 2016.

81 Ídem. La idea de evolución fue central en la historia del socialismo en general y muy especialmente en la Argentina. El pensamiento de Juan B. Justo tuvo un componente evolucionista innegable; esto ha sido analizado por Franzé (1993). Otra de las referencias centrales de esta línea fue el francés Jean Jaurès, sobre quien explica Carlos Herrera: “Su socialismo no era de rupturas, de cambios violentos, sino de evoluciones” (2009: 34).

82 El Grupo Evolución mantuvo, a pesar de su autonomía operativa, algunos vínculos evidentes con el PSD; los más evidentes estaban asociados a la presencia de Arturo Ravina (hijo), cuyo padre formaba parte de la conducción partidaria. Asimismo, conspicuos dirigentes del PSD como el secretario general Juan Antonio Solari o Esteban Rondanina formaban parte del Consejo de Honor de la publicación *Cuadernos de la Juventud* que ellos editaban. Allí coexistían con socialistas de otras corrientes, como Carlos Sánchez Viamonte y Carlos S. Fayt.

típicamente liberales o conservadoras, como el Partido Demócrata Progresista (Suárez, 2015c).⁸³

El Grupo Evolución se conformó en la Capital Federal y se articuló como un proyecto principalmente cultural. Se reunía de forma periódica en la Biblioteca Obrera Juan B. Justo, situada en Avenida La Plata 85, y convocaba allí a diversos escritores y poetas con quienes “hacíamos actividades, hacíamos conferencias, hacíamos fiestas”, señala Carlos Spini.⁸⁴ Funcionaba a la manera de un club político, más que a la de una organización político-partidaria en sentido estricto.⁸⁵ En función de ello, el Grupo Evolución promovió una serie de publicaciones: la principal, llamada *Cuadernos de la Juventud*, orientada a la discusión filosófico-política; una segunda, denominada *Crisis*, de corte más panfletario; y, por último, la revista literaria *Poética*.⁸⁶

Cuadernos de la Juventud se dio a conocer en 1967 y, a través de un manifiesto, presentaba al Grupo Evolución y formulaba sus ideas principales. Allí se explicitaba la vocación pluralista del espacio y ponía en el centro de la propuesta el siguiente objetivo: “Jerarquizar el diálogo, hacer llegar a los jóvenes una voz que no esté esterilizada por vanos intereses; decir lo que pensamos, en la forma que pensamos debe decirse”. No obstante, marcaba con nitidez algunos principios rectores que lo inscribían en un genérico socialismo humanista: valoraban la cultura y la política como “actividad humana total” en la “búsqueda del bien comunitario”, se oponían a todos los dogmatismos, defendían la libertad de expresión, se manifestaban contra las injusticias del sistema capitalista, se expresaban en favor del cooperativismo y el laicismo, repudiaban “la inescrupulosidad en el manejo de la cosa pública” y se declaraban comprometidos irreductiblemente con la paz.⁸⁷ El Grupo Evolución se reconocía de esta manera:

Una juventud que quiere llevar adelante sus ideales en medio del accionar democrático. Jóvenes que quieren perfeccionar la

83 Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, octubre de 2014.

84 Carlos Spini, entrevista, Buenos Aires, marzo de 2016.

85 Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, marzo de 2016.

86 *La Vanguardia*, junio de 1972.

87 *Cuadernos de la Juventud*, año 1, n° 1, 1967.

vida político-cultural, a través de los postulados de la Libertad, Progreso y Evolución. [...] Los principios generales que unen a quienes trabajamos, a través de estas páginas, con el afán de construir una realidad más justa, una sociedad más progresista, son democráticos y revolucionarios. Fraternos y evolucionistas nuestros métodos. Nos inspira el respeto de los derechos del hombre, la aceptación voluntaria de las nuevas ideas y no la prepotencia, que es la razón de los necios.⁸⁸

La línea general del Grupo Evolución, al menos en sus orígenes, se afincaba en una perspectiva liberal y antidogmática del socialismo, que sostenía que “no habrá hombre libre aunque haya una economía socializada mientras no sea rescatada la humanidad de las fuerzas esotéricas de los dioses y de las verdades reveladas”.⁸⁹ En tal sentido, se plantaba en una frontal crítica al autoritarismo en todas sus formas: se oponía a cualquier expresión del totalitarismo, a las que les atribuía una “naturaleza enfermiza”;⁹⁰ repudiaba la intervención de los militares en política como quintaescencia del funcionamiento antidemocrático;⁹¹ condenaba a los grupos extremistas o “seudo-estudiantes que usaban la Universidad como terreno para experimentar el cultivo de ideas totalitarias de izquierda o de derecha”;⁹² criticaba con dureza a la “burocracia sindical” a la que acusaba de estar “adueñada del control de los gremios más fuertes y divorciada de las bases, explota al obrero y le hace el juego al capitalismo”;⁹³ y descalificaba a la “política criolla” al señalar: “Bajas pasiones, egoísmo e incapacidad para ejercer funciones de gobierno, han sido las cualidades más salientes de los políticos argentinos”.⁹⁴ Frente a ello, el Grupo oponía la defensa y promoción de una democracia radical y vigorosa:

88 Ídem.

89 *Cuadernos de la Juventud*, año 3, n° 12, 1969.

90 *Ibidem*, año 2, n° 6, 1968.

91 *Ibidem*, año 2, n° 5, 1968.

92 *Ibidem*, año 1, n° 4, 1967.

93 *Ibidem*, año 2, n° 8, 1968.

94 *Ibidem*, año 1, n° 4, 1967.

La democracia no admite curas de reposo. La “democracia dinámica”, es decir la democracia social activa ha revelado ser el remedio más eficaz contra la miseria, el subdesarrollo y el avance de las ideas totalitarias. [...] Justificamos y defendemos la democracia social por ser el único sistema que institucionaliza la libertad y determina una forma de vida más justa y razonable. La democracia social es una revalorización de la libertad. [...] Ha dado un nuevo sentido a la libertad al ponerla en contacto con las necesidades vitales de las clases bajas. [...] Quiere que las libertades sean efectivas; que todo hombre sea puesto en condiciones de disfrutarlas, de ejercerlas.⁹⁵

Este grupo, afín al socialismo humanista, comenzó un rápido y desordenado crecimiento durante el gobierno de la Revolución Argentina, ya que, contrario al espíritu que guiaba al gobierno golpista, este fue un período propicio para la proliferación de distintas fuerzas políticas. La apertura y ambigüedad de los lineamientos generales que reunían al Grupo Evolución permitieron un rápido crecimiento, al tiempo que habilitaban la coexistencia de sectores con diferencias ostensibles y un elenco inestable de participantes, los que, en muchos casos, concurrían a las actividades organizadas, pero no permanecían en la vida orgánica del espacio.⁹⁶ Este crecimiento fue alimentado a través del reclutamiento que los principales animadores del Grupo desplegaron por todo el país, mediante el rastreo de otros núcleos afines. Eso llevó a que la agrupación alcanzara un desarrollo nacional –con presencia en Buenos Aires, Capital Federal, Santa Fe, Córdoba y Tucumán–, aunque con una línea política no muy definida.⁹⁷ La vaguedad política, que en cierto modo facilitaba el reclutamiento de nuevos miembros de orígenes heterogéneos, se volvió un problema en la medida que el contexto

95 Ídem.

96 Este rasgo abierto y no dogmático se revela con claridad en el manifiesto inicial del Grupo, en el que se señala: “Salimos a la calle a decir lo que pensamos, sin obsecuencias y sin miedo. Combatiremos con acciones concretas y postulados ideológicos definidos. Pero ello no nos hace esclavos de doctrinas y estaremos dispuestos a aplaudir y seguir con igual entusiasmo otra bandera, si sus postulados nos persuaden con convicciones más profundas” (en *Cuadernos de la Juventud*, año 1, n° 1, 1967).

97 Carlos Spini, entrevista, Buenos Aires, marzo de 2016.

político, en un espiral creciente de conflictividad y radicalización, exigía algunas definiciones más claras.⁹⁸

Con la apertura política propiciada por el gobierno de Lanusse, la conflictividad interna del Grupo Evolución fue cada vez más explícita:

El retorno a la democracia nos iba exigiendo una definición ideológica —es decir “¿qué vamos a hacer?”— y en el seno de nuestro grupo había por lo menos tres sectores. Un grupo definitivamente socialdemócrata tradicional, que encarnaban [Carlos] Spini, [Arturo] Ravina, [Orestes] Pertusi, yo y una gran cantidad de compañeros, (...) la mayoría. Después había otro grupo, no [estrictamente] properonista, sino pro a llegar a acuerdos con el peronismo, (...) ese lo encabezaba clara y nítidamente [Julio] Raffo. Y después había un grupo ultraizquierdista que encabezaba un tal Eduardo Aguilar. Estos eran los tres grupos, así globalmente hablando (Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, marzo de 2016).

Al mismo tiempo, se produjo un progresivo acercamiento a otros grupos políticos, por lo general afines a la línea que imponía la conducción “socialdemócrata”. El activismo y crecimiento de este grupo llamó la atención de otras organizaciones políticas, muchas de ellas desguarnecidas de militancia joven, al tiempo que el Grupo buscaba espacios donde canalizar algunas de las inquietudes político-partidarias de sus miembros.

Fue así que se organizó una extensa ronda de diálogos, con distintos sectores interesados en incorporar al Grupo a sus filas, en función de esa inquietud que anidaba entre sus militantes. En primera instancia, se acercó el grupo dirigente del Partido Socialista

98 Señala Carlos Constenla (entrevista, Vicente López, octubre de 2014): “Nuestro gran defecto era no definir una postura política definitiva, es decir postergábamos permanentemente pronunciarnos sobre cuál era la salida para el país. Y esto permitía que dentro de nuestro grupo conviviéramos quienes teníamos una postura resueltamente socialdemocrática, o socialdemócrata, como era mi caso; otros que eran properonistas; otros que eran pro-unidad con el socialismo argentino; otros que eran pro-PC; otros que estaban a favor de la lucha armada (...) y había un sector que quería que volviéramos al socialismo democrático”.

Argentino integrado por Jorge Selser, Víctor García Costa, Carlos Cogorno, Boris Pasik, Juan Carlos Rubinstein y Luis Deimundo. El PSA estaba urgido de recomponer su mermada juventud partidaria, y la propuesta parecía *a priori* interesar a la dirigencia del Grupo Evolución. Sin embargo, por las disidencias de Spini, quien lo creía prematuro, y de Raffo, que se oponía completamente, el acuerdo no prosperó. También entraron en contacto con otro grupo, no muy numeroso ni notorio, llamado Partido Socialista Unificador, liderado por Carlos Mazzucco.⁹⁹ El Partido Comunista también intentó un acercamiento, amparándose en el espacio plural y multipartidario que ofrecía el llamado Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA), pero que se frustró dado el escepticismo crítico que manifestaban los dirigentes del Grupo frente al dogmatismo soviético.¹⁰⁰

De todas las alternativas, el vínculo más próspero se generó con un núcleo conocido como Militancia Popular: un grupo “integrado por viejos militantes de origen socialista, la mayoría de los cuales habían participado de los intentos de organización fabiana en las pos-trimerías de la década del 50, y con posterioridad participaron de la creación del Partido de los Trabajadores”.¹⁰¹ Con ellos sí el Grupo logró forjar vínculos más estrechos y avanzar en la construcción de un espacio común. Este núcleo, heredero del efímero Movimiento de Unidad Socialista (MUS), estaba liderado por Andrés López Accotto, un destacado abogado y dirigente socialista de marcadas inclinaciones izquierdistas que había sido, entre otras cosas, director de Vigilancia de Precios durante el gobierno de Pedro E. Aram-

99 Carlos Mazzucco fue posteriormente apoderado del PRT “El Combatiente”, más conocido como PRT-ERP, y sería detenido-desaparecido en la última dictadura militar (Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, marzo de 2016).

100 El Grupo Evolución, desde las páginas de *Cuadernos de la Juventud*, criticaba explícitamente a la Unión Soviética a la que caracterizaba como un régimen totalitario y dogmático. Tanto era así que utilizaban el ejemplo de la URSS para criticar los rasgos autoritarios del gobierno militar de Onganía. Ver *Cuadernos de la Juventud*, año 2, nº 7, 1968.

101 “Rectificar la práctica para construir el Partido de los Trabajadores”, PSP, 5 y 6 de abril de 1975. La “organización fabiana” mencionada en el documento no es otra que la agrupación Acción Socialista, liderada por Dardo Cúneo y de la que Estévez Boero había participado. Sobre ella, Carlos Herrera explica: “Acción Socialista busca proyectar la labor intelectual a la organización política, bajo la forma del ‘fermentario’, siguiendo el modelo de la Sociedad Fabiana en Inglaterra” (2013: 38). Sobre las particularidades del fabianismo como modo de interpretar el socialismo, ver Lichtheim (1975: 244 y ss.).

buru, miembro del Comité Nacional del PSA y, luego, referente del PSAV (Tortti, 2007).¹⁰² Junto a él se encontraban Guillermo Justo, Oscar Palmeiro, Juan Carlos Fontana y un grupo de gremialistas que incluía a Ernesto Janín (viajantes), a José Zajarevich (sanidad) y al ferroviario Antonio Di Santo. Señala Carlos Constenla:

El grupo de Militancia Popular logra una incidencia sobre nosotros que no logra el socialismo argentino, por las calidades humanas de los tipos, además que ellos venían de un grupo de renegados [como nosotros]. (...) Militancia Popular tiene una incidencia real y objetiva sobre nosotros, esto es así. Nosotros comenzamos a dirimir muchos enfrentamientos con el arbitraje del Gallego López Accotto, (...) nosotros íbamos a cualquier hora del día a consultarle y el tipo dictaminaba, nos daba la respuesta. (...) Comenzamos a trabajar juntos (Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, marzo de 2016).

Esos acercamientos “extramuros” no lograron menguar la conflictividad derivada de la ingente heterogeneidad interna que signaba al grupo, más bien todo lo contrario: en la medida que se daban estos encuentros y la búsqueda de lineamientos políticos más claros, las diferencias se acentuaban y, de algún modo, se volvían irreconciliables. En ese camino, en primera instancia, luego de un arduo debate con respecto a la adhesión o no a la lucha armada, se separó el grupo al que podríamos llamar “maximalista”.¹⁰³ Inclinado por las estrategias insurreccionales, e interpelado por las tendencias que afloraban en el país en esos años, se alejó ese grupo que incluía, entre otros, al secretario ejecutivo de *Cuadernos de la Juventud*, Eduardo Aguilar, y a la mayoría de la federación de la provincia de Tucumán, liderada por Carlos Valladares y Juan Vitriú, que, años más tarde, se unió a la agrupación peronista Montoneros.¹⁰⁴

102 Carlos Spini (entrevista, Buenos Aires, marzo de 2016) lo recuerda como “un tipo muy difícil, muy dogmático”. Por el contrario, Constenla (entrevista Vicente López, marzo de 2016) lo señala como un hombre generoso, contenedor y un eximio polemista.

103 Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, octubre de 2014.

104 Rodolfo Súccar, entrevista, San Miguel de Tucumán, octubre de 2015 y Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, octubre de 2014.

Al margen de este alejamiento, las principales tensiones internas continuaron, protagonizadas fundamentalmente por Arturo Ravina (h), por un lado, y Julio Raffo, por el otro. El primero de ellos, uno de los líderes fundadores del espacio, como ya destacamos, estaba vinculado al socialismo democrático y se mostraba proclive a enfrentar, no siempre de manera amistosa, a los sectores disidentes. El segundo, por su parte, representaba una posición de crítica frontal al viejo socialismo y promovía de modo explícito una política de acercamiento al peronismo. Luego de varios escarceos y discusiones, que fueron subiendo de tono, le presentaron su renuncia al secretario general de la organización, Carlos Constenla, quien recuerda: “Me ‘tiraron’ las dos renuncias, yo reuní a los que quedábamos y le aceptamos la renuncia a los dos”.¹⁰⁵ Tras esas rupturas, el Grupo Evolución quedó acotado a un reducido conjunto de militantes en torno a los liderazgos del propio Constenla y Carlos Spini. Entre ellos se encontraban Adalberto Polti, Guillermo Mayo, Orestes Pertusi, Víctor Ameneiro y Mercedes Planas. Diezmado, pero restablecido su perfil socialista “puro”, el Grupo Evolución retomó su plan de acercamiento a otras organizaciones afines.

El entendimiento con Militancia Popular, que se había consolidado en esos meses, era fructífero, pero resultaba insuficiente para reconstruir un espacio socialista que, durante toda la década del sesenta, no había dejado de desmembrarse en múltiples fracciones. Ambos grupos, que no superaban en conjunto el centenar de miembros activos, propiciaron su acercamiento con el imperativo de reconstruir un “nuevo Partido Socialista”. En diciembre de 1971, el Grupo Evolución, Militancia Popular y el efímero Partido Socialista Unificador publicaron un folleto que plasmaba dicha voluntad: “Contribución para la organización de un nuevo Partido Socialista”.¹⁰⁶ En ese breve documento, las tres agrupaciones hacían un diagnóstico extendido de la difícil situación que vivía el socialismo en la Argentina, evaluaban al peronismo en sus múltiples formas, y analizaban las distintas convocatorias multipartidarias vigen-

105 Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, octubre de 2014.

106 “Contribución para la organización de un nuevo Partido Socialista”, diciembre de 1971, CeDInCI.

tes en ese momento. Denunciaban lo que consideraban desvíos de las fuerzas autodenominadas socialistas dado “que ninguna de estas agrupaciones hace eje de su actividad a la clase trabajadora como protagonista del proceso revolucionario, y que en tanto esa actitud no sea cambiada no podrán ser intérpretes de ese proceso”.¹⁰⁷ Cuestionaban la relevancia tanto de “La Hora del Pueblo” como del ENA por ser una “falsa opción” y, a su modo, funcionales al sistema vigente. También discutían al peronismo, en su condición de movimiento policlasista, caudillista y de “ideología difusa”, pero analizaban con beneplácito los intentos de conciliar este movimiento con el marxismo y la lucha revolucionaria.

A partir de esa interpretación, las tres agrupaciones hacían un llamamiento a la reconstitución del Partido Socialista como una organización de clase, “sin la cual es imposible una revolución socialista”:

Propugnamos un partido clasista, de la clase trabajadora, un partido controlado por la clase y no por grupos selectos, donde no puedan desvincularse los objetivos de las tácticas. [...] El socialismo necesita para la liberación nacional, una clase en luchar. [...] La construcción de este partido de clase, en el que una auténtica democracia debe imperar en todos los niveles, desde las bases hasta la dirección misma, se hará a través de la organización, movilización y participación masiva de la clase trabajadora, basándose en las escuelas de formación de militantes y en el accionar directo.¹⁰⁸

En tal sentido, no descartaban ningún método de acción política, aunque cuestionaban de forma velada a las variantes “vanguar-

107 Las clasificaban de esta forma: “a) Las que declinan del programa socialista, al suscribir documentos político-económicos de contenido meramente ‘progresista’; b) Las que siendo más consecuentes con el ideario socialista se autolimitan por detener un liderazgo caudillista reñido con los principios del socialismo; c) Las que contienen un ideario difuso, al combinar doctrina marxista con peronismo y revisionismo histórico, a pesar que en los enfoques de la realidad nacional llegan a conclusiones muchas veces compartibles; d) Las que adoptando una postura reformista, son dirigidas por la oligarquía liberal, que neutraliza las posiciones socialistas de jóvenes militantes” (“Contribución para la organización de un nuevo Partido Socialista”, diciembre de 1971, CeDInCI).

108 “Contribución para la organización de un nuevo Partido Socialista”, diciembre de 1971, CeDInCI.

distas”. También consideraban la “liberación nacional” como un paso necesario en la consecución del socialismo y que, esa instancia, asentada sobre la base de una alianza policlasista, requería la existencia de un “Partido Socialista poderoso, revolucionario y clasista” para evitar la traición a la clase trabajadora.¹⁰⁹ Sobre esa base se aspiraba a llegar a acuerdos estratégicos y tácticos para “la realización conjunta de la praxis concreta, destinada a la formación de una verdadera fuerza socialista” y, de manera manifiesta, se señalaba:

SOMETEMOS A CONSIDERACIÓN DE LAS ORGANIZACIONES AFINES Y DE LA MILITANCIA SOCIALISTA LAS PRECEDENTES CONSIDERACIONES QUE ASPIRAN SER UN APORTE PARA LA CONSTITUCIÓN DEL NUEVO PARTIDO SOCIALISTA QUE LA CLASE TRABAJADORA NECESITA.¹¹⁰

Con ese objetivo explícito –pero ya sin el PSU– se retomaron los contactos con el PSA, a pesar de las resistencias explícitas de algunos dirigentes de Militancia Popular, y con el pujante grupo de raíz universitaria conocido como Movimiento de Acción Popular Argentino: “Lo concreto es que nosotros fuimos a la búsqueda de un grupo político que trabajaba sobre todo en Santa Fe y Córdoba, que era el MAPA, liderado por Estévez Boero”, recuerda Carlos Constenla.¹¹¹ Los acercamientos y negociaciones entre los grupos se dieron de manera simultánea, errática y descoordinada. La dirigencia de cada uno de estos núcleos veía necesario, por diversos motivos, abonar un entendimiento que les permitiera paliar sus propias carencias y relanzar un espacio socialista con alguna visibilidad. Las reuniones bilaterales se sucedieron y, de algún modo, el Grupo Evo-

109 Ídem.

110 Ídem (mayúsculas en el original).

111 Tanto Carlos Constenla (entrevista, Vicente López, marzo de 2016) como Carlos Spini (entrevista, Buenos Aires, marzo de 2016) recuerdan un encuentro clave y fortuito en Cañada de Gómez (Santa Fe) que tuvo como protagonistas a la dirigencia del Grupo Evolución –los dos mencionados más Guillermo Mayo– y a la primera plana del MAPA: Estévez Boero, Cavallero y Zabalza. En esa oportunidad se sentaron las bases del acuerdo entre los dos grupos juveniles, hasta ese entonces desconectados entre sí, para impulsar definitivamente la unidad con el PSA y Militancia Popular.

lución operó de nexos para limar algunas diferencias, en especial la marcada resistencia que los miembros de Militancia Popular manifestaban a reintegrarse a un partido del que se habían marchado en su momento no en los mejores términos.¹¹² Los esfuerzos fructificaron, resultado de una trabajosa seguidilla de reuniones, encuentros y cónclaves entre todos o algunos de los grupos involucrados. Señala Constenla: “Nuestro límite era el socialismo argentino, por derecha, y por izquierda, Militancia Popular. Estos eran los límites nuestros: fuera de eso, nada. Lo cual significaba dejar afuera al socialismo democrático y, desde el punto de vista nacional, dejar afuera al FIP [Frente de Izquierda Popular]” (Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, marzo de 2016).

La difícil construcción de un “socialismo popular”

Fue así que, tras aquellas tratativas, el PSA, el MAPA, Militancia Popular y el Grupo Evolución acordaron unirse en un nuevo partido. El 23 de abril de 1972, en *Unione e Benevolenza* de la Capital Federal, se realizó el acto de lanzamiento que oficializaba el acuerdo entre los cuatro sectores que, a partir de ese momento, confluían en una sola organización. Sin embargo, la fusión no diluyó del todo las diferencias preexistentes, más bien al contrario: desde un principio se hicieron visibles las dificultades para conciliar posiciones de por sí heterogéneas y que condicionaban la estabilidad de la novel organización. El primero de esos conflictos tuvo que ver con la nominación que le darían al partido, dada la prohibición que la nueva legislación imponía para el uso del gentilicio “argentino” en cualquier sello partidario. Héctor Cavallero recuerda: “El nombre de ‘Popular’ fue impulsado por nosotros frente al nombre de ‘Auténtico’ que promovía Víctor García Costa [del PSA]” (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 67). Según algunos miembros del MAPA, el nombre escogido tenía un doble sentido: por un lado, portaba un mensaje tácito que consideraba que el socialismo en la Argentina hasta ese momento le había dado

112 Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, marzo de 2016.

la espalda a lo “popular” y, por otro lado, rendía homenaje a un partido de origen chileno, liderado por Raúl Ampuero.¹¹³

El nuevo partido tomó para sí la declaración de principios del PS originario, sancionada en marzo de 1896, del que se manifestaba continuidad, y adoptó los estatutos heredados del PSA. Víctor García Costa asumió la conducción al prorrogar su cargo de secretario general del PSA y la dirección del periódico partidario *La Vanguardia* –al que luego rebautizaron *La Vanguardia Popular*– recayó en Enrique Inda, quien pronto fue sustituido en su función por el propio García Costa. La Mesa Ejecutiva del PSP quedó constituida por nueve miembros: cinco provenientes del PSA (Víctor García Costa, Enrique Inda, José Brailovsky, Héctor Polino y Ramón Soria); dos del MAPA (Guillermo Estévez Boero y Juan Carlos Zabalza); uno del Grupo Evolución (Carlos Spini); y uno por Militancia Popular (Antonio Di Santo, quien renunció antes de asumir y fue sustituido por Andrés López Accotto).¹¹⁴

A pesar de esos acuerdos básicos de funcionamiento, resultaba difícil compatibilizar a dirigentes de origen diverso que, si bien habían decidido confluír, tenían una interpretación disímil del sentido del socialismo y, más importante aún, de la táctica político-electoral que debía asumir la nueva organización. A las diferencias propias de cuatro núcleos con trayectorias particulares se le debía sumar la pluralidad que, a pesar de las sucesivas y múltiples sangrías que había sufrido, seguía habitando en el PSA. Esto auguraba, como ya había demostrado el socialismo a lo largo de su historia, que cualquier pequeña diferencia podía derivar con notable facilidad en conflictos mayores y provocar, sin muchas dilaciones, un movimiento disidente que, raudó, se tornaba cismático.

113 Esto es mencionado tanto por Estévez Boero (en MNR, 2013: 39) como por Héctor Cavallero (entrevista, Rosario, noviembre de 2015). En tal sentido, Cavallero señala: “¿Por qué le ponemos Partido Socialista Popular? Porque eso lo sabemos Estévez Boero y yo, y nunca lo hacíamos público. Nosotros le pusimos por dos cosas Partido Socialista Popular: porque habíamos entendido que el socialismo no había sido popular en la Argentina, que más vale había caminado en la vereda del frente de la clase trabajadora; y, en segundo lugar, en homenaje a Ampuero de Chile...”. Sobre la experiencia del PSP chileno y su particular mixtura entre socialismo y nacionalismo, remitimos a Fernández Abara (2017).

114 Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, marzo de 2016.

La propia decoración del salón de *Unione e Benevolenza* durante el acto ya evidenció la diversidad de interpretaciones con respecto a la “tradición socialista” en la que el nuevo PSP se inscribía, y los discursos en el acto no hicieron más que confirmar tales diferencias. El escenario estaba coronado con una pintura que evocaba a Alfredo Palacios –aportada por el grupo de Militancia Popular–, la figura que mayor consenso generaba en los cuatro sectores, un hombre identificado con la tradición, miembro notable del PSA, con credenciales de izquierda y ciertas inclinaciones nacionalistas, bien vistas por los miembros del nuevo partido. El resto del salón incluía una imagen de Salvador Allende, flamante presidente socialista de la República de Chile, que también era aprobada por todos los sectores. Más polémicos, por diferentes motivos, eran las restantes dos figuras presentes en los laterales: Ernesto *Che* Guevara y Juan B. Justo.¹¹⁵ Si el beneplácito por la Revolución cubana había sido compartido en su momento por todos, el alineamiento de Castro con la URSS había erosionado tal consenso; tampoco infundía mucha simpatía entre algunos sectores el hecho de que Cuba fuera fuente de inspiración ideológica y metodológica de muchas de las organizaciones armadas que fulgían en el Cono Sur. Por otra parte, la figura de Juan B. Justo no había resultado indemne de las sucesivas críticas que, desde distintos sectores de la izquierda, se habían hecho a su figura, en especial la acusación que lo consideraba el principal responsable del divorcio entre el PS y las mayorías nacionales y el movimiento obrero.¹¹⁶ Otro eje de conflicto, que despertaba suspicacias entre los más veteranos, fue la simbología nacionalista que utilizaban los jóvenes del MAPA, quienes no solo plagaron el salón de banderas argentinas y cañas tacuaras, sino que también prefirieron que se entonara en el acto

115 Constenla, Carlos, “El PSP: un hecho significativo para la historia del socialismo argentino”, en *La Vanguardia Digital*, 24/4/2017, disponible en <http://www.lavanguardia-digital.com.ar/index.php/2017/04/24/un-hecho-significativo-para-la-historia-del-socialismo-argentino/>.

116 Esta discusión la hemos desarrollado en el capítulo 1.

el himno nacional, a contramano de la costumbre socialista de cantar “La Internacional” en sus eventos partidarios.¹¹⁷

La lista de oradores fue abierta por el líder del Grupo Evolución, Carlos Constenla, quien afirmaba que el PSP sería un partido “revolucionario, clasista y antiimperialista” y que para ello requería una sólida organización y una consistente línea ideológica, pero sin recaer en dogmatismos. Constenla, en su alocución, reclamaba la construcción de una organización disciplinada, pero cuidadosa de las posibles derivas autoritarias y, sobre todo, respetuosa de los disensos internos: “La discusión es la dinámica del ajuste ideológico y la democracia interna la garantía de una sana conducción”. Y luego advertía, quizá al evocar su experiencia previa, que: “El reconocimiento de tendencias internas impedirá el resquebrajamiento y el traslado de las cuestiones personales a terrenos ideológicos”. Concluía con una invocación al socialismo, al que le restituía su potencial revolucionario, y fijaba sus enemigos en el imperialismo, los capitales monopólicos y “los agentes del despojo y los esbirros del despotismo”.¹¹⁸

En segundo lugar, Andrés López Accotto, el más veterano de los cuatro oradores, tomó la palabra en nombre de Militancia Popular. En su discurso celebraba ese acuerdo como un parteaguas en la historia de fragmentación en la que se había hundido el socialismo desde hacía décadas y lo reconocía como un nuevo punto de partida:

Quando se creó en nuestro país un partido socialista no existían aún las condiciones objetivas ni subjetivas para la implantación del socialismo. Hoy cuando, nacidas de la crisis contemporánea, esas condiciones existen, el socialismo como expresión partidaria real se ha atomizado, dejando prácticamente de existir. En cambio, el socialismo está en la calle como profunda aspiración

117 La reconstrucción del acto surge de los testimonios de Carlos Constenla y Juan Carlos Zabalza en el acto homenaje por el 40º Aniversario de la fundación del PSP, así como de las rememoraciones de Víctor García Costa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015) y Ricardo Cuccovillo (entrevista, Villa Elisa, octubre de 2013), entre otros.

118 *La Vanguardia*, junio de 1972.

de las masas, resultante el cumplimiento de procesos políticos irreversibles.¹¹⁹

López Accotto, reconocido militante del ala izquierda del PSA en su juventud, hacía un llamamiento a no restringir la acción política a los corsés que imponían la Constitución y las leyes. Y, en una frase que puede ser interpretada en clave antiacuerdista, cerraba: “Repudiamos los contubernios electorales entre dirigentes, formulados con miras a remendar las viejas estructuras y a frenar el proceso transformador. Saludamos a todos los militantes de la revolución nacional verdadera, cualquiera sea su lugar de trabajo o su trinchera”.¹²⁰ Esa frase cobra mayor sentido si se considera que se trataba de un contexto fecundo en iniciativas multipartidarias, en las que el PSA había participado y con las que otros sectores también estaban de acuerdo.

En tercer término tomó la palabra Guillermo Estévez Boero¹²¹ en nombre del MAPA. Luego de un somero homenaje de rigor a Alfredo Palacios –“al primer y más grande legislador socialista de América” –, prosiguió con una manifiesta adhesión al marxismo en estos términos:

El Partido que se crea es Socialista, porque basa su ideología en la obra de aquellos gigantes del pensamiento que descubrieron el mecanismo del capitalismo y las vías de superación. Estos gigantes del pensamiento son Carlos Marx, Federico Engels y sus continuadores (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 228).

Posteriormente, Estévez invocó, como era esperable, la trilogía “estudiar, organizar y difundir”, consigna predilecta de los militantes que provenían del MNR y el MAPA, que reflejaba un compromiso tácito con el formato organizativo del centralismo democrático.¹²² Estévez Boero llamaba así a la construcción de una “organización

119 *La Vanguardia*, junio de 1972.

120 Ídem.

121 El orden de oradores presentado por el periódico partidario *La Vanguardia* disiente con el recuerdo de alguno de los testimonios, como el de Carlos Constenla. Dado que la fuente escrita posee errores notorios y, en sentido estricto, no afirma que la nota replique el orden del acto, en este caso optaremos por privilegiar lo reseñado en la fuente oral.

122 Este punto será desarrollado pormenorizadamente en el siguiente capítulo.

revolucionaria”, aunque esto no lo inhibía de, en simultáneo, reclamar por elecciones libres sin proscripciones. También despotricó contra el desarrollismo y, en un ademán polémico para cierta parte de su auditorio, instó a no repetir una experiencia equivalente a la Unión Democrática. Y señaló:

Para cambiar la realidad nacional el Partido Socialista Popular deberá avanzar golpeando a los sectores más retrógrados y acompañando a los sectores populares más progresistas. Nadie debe equivocarse. Será objetivo importante del Partido Socialista Popular mejorar en forma permanente las condiciones subjetivas del pueblo, ganar amigos para la idea de la revolución y ganar militantes para esa revolución (*ibidem*: 230).

El cierre quedó a cargo de quien había sido elegido para conducir el PSP: Víctor García Costa. El joven dirigente apeló a un discurso, contrario al de sus predecesores en el uso de la palabra, más condescendiente con la tradición partidaria y menos terminante en sus definiciones. Su invocación a figuras partidarias no se limitó al consensuado Palacios, sino que hizo extensible el homenaje a Mario Bravo. En su intervención también reputó a la oligarquía y al imperialismo como los enemigos a vencer, al tiempo que desataba un ataque frontal al gobierno dictatorial y sus fallidos ensayos de salida política. En su discurso, que daba cierre al acto, finalizó con la siguiente sentencia:

Transitamos en esta hora de la vida argentina por el sendero de la liberación nacional. Hemos integrado un partido político que se llama Partido Socialista Popular. Hemos creado el instrumento adecuado para iniciar la marcha hacia el socialismo por el camino de la liberación nacional. Convocamos a los trabajadores, convocamos al pueblo, pero no lo hacemos en una actitud estática. No les decimos: ¡Vengan! Les decimos: compañeros, ¡allá vamos con el Partido Socialista Popular! (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 236-237).

Como se dejaba traslucir en todas las intervenciones, de manera más o menos explícita, en el PSP se prorrogaban varias de las

muchas discusiones que habían surcado a las fuerzas socialistas que habían quedado en el hemisferio del socialismo argentino tras la ruptura de 1958. Lo que se debatía era la posibilidad de un acercamiento al peronismo y, por otro lado, la intención manifiesta de restituir al PS sus antiguas credenciales clasistas. Esas contradicciones latentes quedaban de manifiesto en un fragmento del documento fundacional del PSP:

Va de suyo nuestro reconocimiento histórico a los grandes movimientos políticos populares que, en su momento, significaron avances cualitativos que elevaron el nivel de vida del pueblo y en cuyo desarrollo se vieron clausurados por la reacción y la violencia de la vieja oligarquía. Pero, estos procesos, cuyo carácter policlasista generó las contradicciones internas y la debilidad que provocaron su derrota, indican que los trabajadores deben alinearse en el Partido que representa específicamente a su clase, como la única garantía para afrontar la defensa de sus intereses en cualquier encrucijada de la historia.¹²³

De un diagnóstico a grandes rasgos compartido se derivaron respuestas diferentes con respecto a lo que implicaba, en términos tácticos, llevar a cabo la tarea de construir un partido que funcionara “como herramienta de las luchas por la LIBERACIÓN”.¹²⁴

“La unidad es un sueño eterno”: disidencias y rupturas en el PSP

El acuerdo que dio origen al PSP ocultaba, detrás del deseo compartido de revertir el proceso de diáspora que se había prolongado durante décadas, divergencias internas que no tardaron mucho en aflorar. El agitado contexto político no colaboraba en nada para conservar la paz interna tras el largo sosiego forzado que había significado la dictadura de Onganía para los partidos políticos. Tanto la expansión de las organizaciones de izquierda armadas como las múltiples ofertas de acuerdos multipartidarios que cundían a inicios

123 *La Vanguardia*, junio de 1972.

124 *Ibidem*, las mayúsculas son del original.

de los años setenta contribuían poco a la estabilidad del novel partido, que mostraba enormes dificultades para contener las diferencias de criterios frente a estas alternativas.

Aún las consignas genéricas más elementales –vinculadas a revisar la tradicional postura del socialismo con respecto al peronismo y a restablecer un discurso de izquierda– habilitaban múltiples interpretaciones divergentes entre sí. En principio, el PSP en su conjunto no tenía una posición renuente a configurar acuerdos políticos y, en consecuencia, a participar de frentes o coaliciones electorales. Sin embargo, como ya señalamos, las múltiples opciones que proliferaron en la Argentina para canalizar dicha vocación frentista hacían mella en las inconsistencias internas, cubiertas por un manto de acuerdos tácitos –que demostraron a la postre tener una exigua densidad– que aglutinaban a los distintos sectores. Esos fueron, por ejemplo, los motivos que, en 1974, precipitaron el alejamiento de un conjunto de dirigentes liderados por Alicia Moreau de Justo. Si bien se podrían considerar otros causantes, el principal estaba centrado en el malestar que generaba a muchos el tenor del apoyo al peronismo que promovían otros sectores del partido, incluido su secretario general.¹²⁵

Las debilidades del acuerdo y las primeras escisiones

Fue así que, al tiempo que se precipitaba una agitada apertura política y fracasaba la iniciativa del Gran Acuerdo Nacional promovida por Lanusse (De Amézola, 1997), el PSP comenzó a desmembrarse a poco de andar. Las diferencias que se manifestaban evidenciaban las muchas opiniones contrapuestas en materia de estrategia político-electoral, los roces provocados por la brecha generacional, las distintas formas de vinculación con la tradición socialista y, de una manera general, el contraste de “estilos” de construcción política que separaba a cada una de las fracciones internas.

125 “Rectificar la práctica para construir el Partido de los Trabajadores”, PSP, 5 y 6 de abril de 1975.

La conducción partidaria quedó a cargo del binomio conformado por Víctor García Costa y Guillermo Estévez Boero, secundados por los ex Grupo Evolución. Esta alianza interna generó rispideces y desencadenó resistencias entre otros sectores que no se sentían representados ni tenidos en consideración por la joven dirección. El pacto entre los dos dirigentes tenía en claro que la prioridad era lograr unificar al flamante PSP en una línea programática clara y, vinculado a ello, intentar consolidar un alineamiento sin fisuras de las bases con respecto a las decisiones de la conducción partidaria: “García Costa estaba a muerte con Estévez Boero, era una alianza de acero”.¹²⁶ Las disidencias no tardaron en manifestarse: ya durante la primera reunión del Comité Nacional, celebrada el 4 y 5 de noviembre de 1972 en Santiago del Estero, los principales grupos discrepantes fueron desplazados. Algunos se marcharon por propia voluntad, disconformes desde el vamos con la impronta que había asumido el PSP, y otros, de algún modo, forzados por las circunstancias.

Los primeros en manifestar su descontento fueron los miembros de Militancia Popular, en especial Andrés López Accotto. A la ya evidente discrepancia con la línea partidaria asumida, en especial con el acercamiento al peronismo, se sumaron algunas desavenencias con las inclinaciones verticalistas que mostraban los jóvenes provenientes del MAPA. Es decir, si desde su postura teórico-política objetaba la estrategia de “frente de liberación nacional”, de nítida impronta coalicional y policlasista —e impulsaba, contrario a ello, que el partido adoptara un claro programa revolucionario, como ya había dejado traslucir en su discurso en abril de 1972—,¹²⁷ en la práctica concreta los desacuerdos se focalizaban en las formas de “hacer política” dentro de la organización. Según recuerda García Costa, López Accotto había tenido diferencias desde un comienzo con la joven militancia procedente del MAPA, con episodios que incluso habían llegado a la agresión física.¹²⁸ Según agrega Carlos

126 Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, marzo de 2016.

127 “Rectificar la práctica para construir el Partido de los Trabajadores”, PSP, 5 y 6 de abril de 1975.

128 Víctor García Costa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015.

Constenla, la salida del grupo de Militancia Popular se dio por una disidencia con respecto a la participación de militantes durante la celebración de la reunión del Comité Nacional.¹²⁹ En ese marco, el alejamiento de López Accotto del PSP no resultaba del todo sorpresivo teniendo en cuenta que, en 1962, se había distanciado del PSAV por motivos equivalentes: el apoyo al peronismo, más precisamente a la candidatura a gobernador de Andrés Framini, y la conversión de la organización al centralismo democrático.¹³⁰

La reunión del Comité Nacional siguiente, celebrada en San Juan, precipitó una segunda oleada de rupturas. El hito conflictivo en esta oportunidad fue una medida motorizada por Víctor García Costa de intervenir la Federación de la Capital Federal, a raíz de una denuncia de inconducta contra su liderazgo.¹³¹ En alguna medida, esta decisión, apoyada por Estévez Boero, era una manera de paliar la enorme debilidad que arrastraba el liderazgo del propio García Costa desde los tiempos del PSA. Así, a través de un solo movimiento, lograba desarticular a los sectores disidentes y, al mismo tiempo, imponer una conducción adicta en el distrito. El interventor escogido fue el bonaerense Luis Deimundo, vinculado a García Costa, y, acto seguido, se intimó a la reafiliación de todo los militantes porteños. El resultado de esa medida fue gravoso para el PSP que, a raíz de esa resolución, perdió una importante cantidad de dirigentes y militantes, muchos de los cuales abandonaron la actividad partidaria.¹³²

129 Según explica Carlos Constenla (entrevista, Vicente López, marzo de 2016), el MAPA había movilizado grandes contingentes de militantes a la reunión del Comité, pero era su propio líder quien defendía la postura de la exclusión de la reunión de cualquiera que no formara parte formalmente de la conducción. A raíz de ello, López Accotto se manifestaba azorado frente a una situación en que un grupo de militantes vitoreaba y defendía una posición que restringía su participación política.

130 Agradezco esta observación a María Cristina Tortti. Tras su salida, López Accotto fundó en 1973 la publicación *Argentina Inédita* en la que confluían muchos de los socialistas renegados con el rumbo adoptado por el socialismo partidario –y el PSP en particular–, por ejemplo, Juan Carlos Rubinstein, Héctor Polino, Alberto de Renzi, Buenaventura Bueno, Luis Bergonzelli, Gregorio Selser, entre muchos otros. Dicha publicación serviría de plataforma para el lanzamiento de la Confederación de Agrupaciones Socialistas entre 1974 y 1975.

131 Héctor Polino, entrevista, Buenos Aires, marzo de 2016.

132 Héctor Polino sostiene: “Yo me voy por el motivo de esta resolución absurda. Y quedan fuera del distrito de la Capital Federal infinidad de compañeros que no quisieron cumplir

Esta medida provocó la salida de otro miembro del Comité Nacional del PSP, el siempre díscolo Héctor Polino. El exconcejal capitalino se amparó en su rechazo a la intervención y su renuencia a reafiliarse para dar otro fundamento a sus reconocidas y públicas diferencias con el rumbo asumido por el PSP.¹³³ Polino era considerado un “connotado socio del Partido Comunista”, había participado en el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA) desde tiempos del PSA y, tras su salida, adhirió a la Alianza Popular Revolucionaria (APR) que sostenía la candidatura de Oscar Alende y Horacio Sueldo, y que contaba con la participación del Partido Intransigente (PI), un sector de la Democracia Cristiana –constituido como Partido Popular Revolucionario–, el Partido Comunista (PC) y la Unión del Pueblo Argentino (UdePA). La mayoría partidaria consideraba que ese sector tenía la intención manifiesta de convertir al partido en una organización afín al PC –“satélite”, en la jerga de la época–, en un tono que parecía reeditar viejas discusiones que ya habían anidado en el PSA una década atrás (Tortti, 2007).¹³⁴

Sin embargo, la medida pergeñada por García Costa, en connivencia con el resto de la conducción, tenía el objetivo de debilitar a otro grupo de mayor gravitación que la figura solitaria de Polino. Una fracción que, de manera pública, notoria y unilateral, estaba negociando un acuerdo con el peronismo. Liderada por el ex secretario general del PSA Jorge Selser, esta línea interna, que adoptó el nombre de Movimiento Socialista para la Liberación Nacional

con esa informalidad antiestatutaria. Y quedamos fuera del partido. Quedó el partido de la Capital Federal hecho la ‘nada’, fueron muy pocos los que se reafiliaron y no tenían ninguna representación, ni mayores antecedentes. Y eso produjo una crisis en el partido” (idem).

133 Ídem.

134 La influencia del PC y su intención de debilitar a las expresiones socialistas aparece recurrentemente en los testimonios de los dirigentes partidarios. Esto es señalado por Marcos Rosa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2016), Juan Carlos Zabalza (entrevista, Rosario, noviembre de 2015), Carlos Constenla (entrevista, Vicente López, octubre de 2014) y Ricardo Cuccovillo (entrevista, Villa Elisa, octubre de 2013). Constenla recuerda que la militancia del PSP tenía un cántico alusivo que celebraba: “El ENA no es mi madre/El ENA no es mi mujer/ El ENA es un aborto/ engendro del PC”. También ver “Rectificar la práctica para construir el Partido de los Trabajadores”, PSP, 5 y 6 de abril de 1975.

(MSLN), bregaba por el sostenimiento de los vínculos forjados en “La Hora del Pueblo” –espacio del que el PSA había salido contra la opinión del propio Selser– y por la integración al Frente Cívico de Liberación Nacional (FreCiLiNa).¹³⁵ Desde su revista *Puro Pueblo*, en noviembre de 1972, el MSLN señalaba: “El Partido Socialista Popular rechinará los dientes pero concurrirá impulsado por la corriente interna llamada Movimiento Socialista por la Liberación Nacional que ya ha ingresado a FRECILINA”.¹³⁶ Tal presagio no ocurrió y, en franco enfrentamiento con la conducción partidaria –o más bien contra la autoridad que de allí emanaba–, este grupo fue desplazado tras la intervención. Junto a Selser participaban Simón Alberto Lázara, el veinteañero Martín Morales, la gremialista Elena Gil, entre otros, quienes impulsaban una integración con el peronismo.¹³⁷ Con esa intención explícita, una vez apartados del PSP, fundaron una efímera agrupación con el mismo nombre de su línea interna (Moreau de Justo, 1983) para unirse más tarde, en las elecciones de marzo de 1973, al Frente Justicialista de Liberación (FreJuLi) liderado por Héctor J. Cámpora y Vicente Solano Lima (De Riz, 1986).¹³⁸ La dirección del PSP evaluó que se trató

135 Señalaba Selser en el editorial de *Puro Pueblo* de noviembre de 1972 (nº 2, noviembre de 1972) que “no hay solución argentina sin intervención activa de la *realidad peronista*”, y concluía: “Es importante anotar, últimamente, el reflatamiento de la Hora del Pueblo, producido quizás por el deslinde de responsabilidades entre frente electoral y reaseguro del proceso. Si se produjera un frente electoral amplio la Hora del Pueblo puede quedar como reaseguro institucional que permita la comunicación fluida entre los partidos políticos que son principales protagonistas del momento. [...] Si como señaláramos en el número uno de *Puro Pueblo*, el radicalismo no se muestra partidario de ingresar en frentes electorales y el justicialismo sería la única mayoría popular con vocación frentista el resultado es obvio. El llamado de Perón para el día 20 del corriente a una reunión de partidos políticos, constituye una excelente oportunidad de ampliar el FRECILINA y abarcar nuevos elementos para este frente”.

136 *Puro Pueblo*, nº 2, noviembre de 1972.

137 En el MSLN y de la revista *Puro Pueblo* participaban Manuel Outeiriño, Miguel Ángel Portela, Alberto Troisi, Guillermo Beltrami, Luis Carello, Celia Lérici, Alicia Maturano, Lía Ocampo y Oscar Scheiner. Adrián Camps (entrevista, Buenos Aires, noviembre de 2015) señala que Selser y Lázara convocaron también a Enrique Inda, pero él rechazó la propuesta.

138 En esa oportunidad, Simón Lázara y Martín Morales fueron electos como concejales de la Capital Federal, mientras Selser fue designado posteriormente como interventor en el frigorífico Lisandro de la Torre.

de un intento “de incorporarse a nivel de dirigentes y sin debate programático alguno” al frente liderado por el justicialismo.¹³⁹

La salida de estos sectores del PSP reconfiguró parcialmente la conducción partidaria: en lugar de López Accotto accedió a la Mesa Ejecutiva Carlos Constenla, del Grupo Evolución, y en sustitución de Héctor Polino fue nombrado el gremialista del socialismo argentino Genio Epifanio. Con esta nueva conformación, el PSP se dispuso a debatir su posición frente a las elecciones convocadas por el gobierno de facto en septiembre de 1972, que se llevarían a cabo en el mes de mayo del año siguiente, que habilitaban la participación del peronismo, pero no de Perón (De Riz, 2000). En términos generales, había un acuerdo entre la mayoría de la conducción del PSA –Víctor García Costa y Enrique Inda, los más destacados–, los dirigentes provenientes de MAPA y los líderes del Grupo Evolución en cuanto a promover un acercamiento al peronismo, abrir canales de diálogo e intentar confluir con esa fuerza.¹⁴⁰ Sin embargo, no quedaba clara ni la forma en que este acercamiento se iba a dar ni las consecuencias que esto podía tener en términos concretos para el partido, sobre todo por las profundas diferencias que se propagaban en su interior.¹⁴¹ Asimismo, la conducción del PSP debía mantener ciertos equilibrios para no desairar a un importante núcleo de dirigentes, por lo general más veteranos, que aún manifestaba ciertos resquemores hacia al peronismo, aunque compartiera en términos generales la autocrítica sobre la forma en que el PS se había comportado en las décadas de 1940 y 1950. En consideración de este escenario, la posición que la mayoría partidaria asumió ante esta elección estuvo dominada por la ambigüedad y, a raíz de ello, desembocó en una resolución extraña con el único objetivo de

139 “Rectificar la práctica para construir el Partido de los Trabajadores”, PSP, 5 y 6 de abril de 1975.

140 Víctor García Costa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015 y Héctor Cavallero, entrevista, Rosario, octubre de 2015.

141 Carlos Constenla (comunicación personal, marzo de 2016) explica: “El PSP sacó la abstención desde San Juan por motivos muy diferentes a los que se alegan. Y esto García Costa lo sabe bien, como lo sabía Guillermo [Estévez Boero]. El partido se destruía. Había tres posturas irreconciliables: ir solos, ir con los democráticos o ir con el peronismo. En cualquiera de esas variantes el partido se hacía pedazos”.

evitar una nueva sangría. A pesar de la simpatía expresada hacia el peronismo y las explícitas intenciones de llegar a un entendimiento, el PSP se inclinó por no acompañar a la fórmula del FreJuLi, integrada por Héctor Cámpora y Vicente Solano Lima, y llamó al voto en blanco. Las razones que desencadenaron tal decisión fueron confusas, en especial porque el grupo del MAPA, que en términos generales bregaba por un acuerdo con el justicialismo, fue uno de los que finalmente apoyó la abstención electoral. Víctor García Costa considera que esta inesperada postura a favor del voto en blanco por parte de la dirigencia del MAPA respondía a que evaluaron que si el acuerdo con el peronismo llegaba a buen puerto, todos los cargos de representación –o al menos una gran parte de ellos– recaerían con probabilidad cierta en manos de los exmiembros del PSA, que contaba todavía con algunas figuras de cierto renombre político:

Cuando es la fórmula Cámpora-Solano Lima, ellos nos presionan cuestionando el apoyo de Frondizi a la fórmula –el “frondo-frigerismo” le llamaban ellos– y nos fuerzan a votar en blanco. Nosotros no lo pudimos entender. Pero teníamos una cuota de antiperonismo [en el grupo del PSA] que se sumaba, entonces los que queríamos el voto por Cámpora-Solano Lima quedamos en minoría. ¿Por qué hicieron eso ellos? No habían cambiado de posición política, ellos seguían siendo properonistas, pero no querían que los candidatos fueran nuestros. Porque los candidatos posibles eran los nuestros, no había otra posibilidad: en Buenos Aires, en Capital Federal, en San Juan los candidatos eran nuestros, del PSA (Víctor García Costa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015).

Los dirigentes del MAPA, por ejemplo Héctor Cavallero, argumentan que la posición estaba cimentada en, al menos, dos razones. Por un lado, estaban disconformes por el incumplimiento parcial del gobierno ante el reclamo por “elecciones libres sin proscripciones” –dado que Perón continuaba, en sentido estricto, proscripto–; por el otro, no estaban de acuerdo con confluir en un mismo frente partidario con sectores del desarrollismo a los que siempre habían

combatido.¹⁴² Cualesquiera fueran los motivos, lo cierto es que la conducción partidaria alcanzó un acuerdo para inclinarse por el voto en blanco. Esta decisión evitaba el apoyo explícito a la candidatura de Cárpora, que incordiaba a algunos de sus más connotados miembros, y así ponía un coto momentáneo al proceso de diáspora en el que parecía sumido el socialismo una vez más.

Más tarde, en diciembre de 1972, con la firma del secretario general Víctor García Costa, el PSP lanzó un documento titulado “El Frente Justicialista y la liberación nacional” referido a la posibilidad de que el partido se integrase a una coalición con el Partido Justicialista y otras agrupaciones afines. En ese documento, se narra un proceso de negociación interpartidaria en torno a un núcleo de coincidencias mínimas y en pos de la conformación de un frente electoral. Allí, la dirigencia del PSP señalaba su vocación frentista, basada en la búsqueda de acuerdos y en el aplazamiento transitorio de los fines últimos de los programas de cada organización, aunque consideraba necesario que esas coincidencias “debían alinearnos a todos en un ataque frontal a las causas generadoras de la dependencia y el latifundio, es decir, el imperialismo y la oligarquía”.¹⁴³ El PSP sostenía la “imprescindible necesidad de la constitución de un Frente del Pueblo integrado por las mayorías nacionales, con un claro Programa de Liberación Nacional”. La ausencia de estos asuntos en la negociación, considerados vitales por el PSP, se volvieron, según esta versión, un obstáculo para la alianza frentista, dada la falta de compromiso para forjar un verdadero “Programa de Liberación”. La imposibilidad de sellar estos acuerdos programáticos y su menguada representatividad electoral, que los colocaba en una clara inferioridad, hicieron que los socialistas desistieran de integrarse al frente con el peronismo tras agotar todas las instancias.¹⁴⁴ Sin em-

142 Héctor Cavallero, entrevista, Rosario, octubre de 2015.

143 “El Frente Justicialista y la liberación nacional”, PSP, 9 de diciembre de 1972.

144 Entre los puntos que el PSP consideraba vitales para la propuesta programática estaba el enfrentamiento decidido a la oligarquía terrateniente y a los monopolios extranjeros, y, como contraparte práctica, un ambicioso programa de nacionalizaciones y expropiaciones. Sobre lo segundo, el documento del PSP explicaba: “No se trató en ningún momento de eludir responsabilidades y por eso se agotaron todas las instancias hasta las últimas consecuencias. Mas el Partido Socialista Popular consciente de lo que representa políticamente, comprendió

bargo, el PSP sostenía que su desafección del Frente no implicaba posicionarse en la oposición ni “retacear apoyo a la medidas que se tomen en beneficio del pueblo”, y que jamás enfrentarían a “sus compañeros que son los trabajadores peronistas”.¹⁴⁵ En términos generales, el documento hacía un rodeo para eludir las verdaderas razones que los habían llevado a tomar esa decisión, pretexto que también les servía para disimular las diferencias internas que hendían la organización.

*El apoyo al peronismo y la ruptura final del PSP*¹⁴⁶

Una vez trunca la posibilidad de aliarse con el peronismo, el PSP mantuvo esa indefinición frente a las elecciones de marzo de 1973. Tras el abrumador triunfo de la fórmula del FreJuLi, el socialismo popular respondió con celeridad frente a la contundencia del resultado. En una posición incómoda, resultado de su decisión de votar en blanco, el PSP, desde el editorial de su periódico partidario, optó por interpretar el amplio triunfo como una muestra indiscutida de rechazo al gobierno militar saliente, al que, por otro lado, la mayoría de los miembros del partido habían sido férreos opositores. En el mismo tenor, disimulaba su apoyo al gobierno electo a través de una serie de argumentos más bien generales que hablaba de un compromiso incondicional con la democracia y con el respeto a la voluntad popular:

LA VOLUNTAD POPULAR DEBE RESPETARSE. Más del 80% de los votantes de nuestro pueblo ha expresado su repudio a la dictadura que padecemos. La mitad o más de ellos han expresado su adhesión al Frente Justicialista de Liberación. Nadie tiene el derecho de arrogarse en consecuencia la voluntad popular. El accionar al margen de las mayorías nacionales no

que no tenía posibilidades de presionar sobre las demás fuerzas políticas y organizaciones sociales para obtener las medidas que a su juicio son inexcusables en el camino de la Liberación Nacional y para obtener el bienestar mensurable del pueblo” (“El Frente Justicialista y la liberación nacional”, PSP, 9 de diciembre de 1972).

145 “El Frente Justicialista y la liberación nacional”, PSP, 9 de diciembre de 1972.

146 Parte de esta sección fue utilizada en Suárez (2015b).

suma en el camino de la liberación, sino que posibilita y facilita el incremento de la represión y de la contrarrevolución. Respetar la voluntad popular y acompañar hombro con hombro a las grandes mayorías nacionales en la realización de una nueva etapa de un gobierno popular, acompañarlas hombro con hombro y en diálogo permanente en esta nueva experiencia es el camino revolucionario. Ni desde arriba ni desde abajo es permisible jamás intentar reemplazar el rol protagónico de las mayorías nacionales: LA VOLUNTAD POPULAR DEBE SER RESPETADA.¹⁴⁷

Mientras tanto, la situación de violencia intestina que azotaba al país, en general, y al peronismo, en particular, no logró ser contenida por el gobierno de Cámpora. El añorado regreso de Perón, tras su dilatado exilio, lejos de funcionar como un mitigante de dicha conflictividad, se convirtió en un factor más de desestabilización. La manifestación más explícita de esto se vio en la batalla fratricida que protagonizaron los distintos sectores peronistas en el aeropuerto de Ezeiza el 20 de junio de 1973, fecha del retorno definitivo de Perón al país. Preso de esa situación ingobernable y en una inequívoca demostración de lealtad hacia el viejo líder, Cámpora presentó su renuncia con el objetivo de convocar a nuevas elecciones, esta vez sí sin proscripción de ninguna índole (De Riz, 1986). Fue reemplazado por Raúl Lastiri, presidente de la Cámara de Diputados y yerno de José López Rega, en un claro giro hacia la derecha (Di Tella, 1983). Fue así que, a raíz de la nueva convocatoria electoral para septiembre del mismo año, el socialismo popular sí expresó su apoyo a la fórmula Perón-Perón. El argumento esgrimido fue que era razonable e imprescindible un cambio de conducta frente a un cambio en la realidad. En un documento titulado “Respeto a la voluntad popular” señalaba con contundencia:

El Partido SOCIALISTA POPULAR al votar la fórmula del Movimiento Nacional Justicialista, vota al RESPETO DE LA VOLUNTAD POPULAR. El Partido Socialista Popular

147 *La Vanguardia Popular*, abril de 1973, las mayúsculas son del original.

con este voto también vota y se adhiere estrechamente a la realidad nacional. El Partido vota la verdad de nuestra realidad histórica.¹⁴⁸

Los argumentos del apoyo se articulaban en torno a un realismo objetivista y, al mismo tiempo, posibilista, que refrendaba la necesidad de acompañar a las mayorías nacionales en sus preferencias, al tiempo que coincidían, en gran medida, con su propia demanda de elecciones libres y sin proscripciones.¹⁴⁹ No obstante, este acompañamiento era concebido en clave etapista y evolucionista, como un primer paso necesario –pero no suficiente– hacia el socialismo y la liberación nacional:

El Partido SOCIALISTA POPULAR señala, acepta y se compromete con esta realidad, con la verdad objetiva del proceso histórico. No para conformarse con ella, sino para partir de esa realidad, para incidir sobre ella, para modificarla y hacer de la Nación Argentina una posibilidad futura de bienestar, de libertad y de independencia para sus habitantes y de solidaridad con los pueblos del mundo, con la construcción de una nueva humanidad. [...] La lucha por la liberación y el respeto por las voluntades populares no constituyen tareas antagónicas, el respeto a la voluntad popular constituye un requisito esencial en todo proceso tendiente a la Liberación Nacional en el camino hacia el Socialismo.¹⁵⁰

El documento expresaba la necesidad de vertebrar un frente integrado por todos los sectores populares como condición necesaria para coartar la posibilidad de nuevas tentativas golpistas y avanzar hacia la “Liberación Nacional”. En ese sentido, el socialismo popular consideraba necesario atemperar las divisiones irrelevantes en el campo popular con el fin de poner en foco la contradicción

148 “Respeto de la voluntad popular”, PSP, 23 de Agosto de 1973 (mayúsculas en el original).

149 “Es preciso adoptar un respeto activo por la voluntad popular, y es preciso no reiterar los errores, las engañosas, el subjetivismo y los métodos erróneos de análisis de la realidad” (“Respeto de la voluntad popular”, PSP, 23 de Agosto de 1973).

150 Ídem.

fundamental entre Nación e imperialismo. El apoyo al peronismo era presentado por el socialismo bajo el argumento de conciliar su programa con las preferencias de las mayorías, no sin antes aclarar que se batallaba por la constitución de una sociedad socialista como objetivo último. Esta relación de apoyo “con condiciones” al justicialismo, de adhesión sin integración, se mantuvo por parte del PSP en esos años. Esa postura se refrendaba con un compromiso de respeto a las reglas del juego democrático y a la voluntad popular. Eso se puede observar en el documento publicado en 1974 titulado “En el 164° aniversario de la patria y en el 1er aniversario del triunfo popular”, en el que se repetía la misma fórmula: “Nuestro objetivo es la Liberación Nacional, y sabemos que no podemos hacer la Liberación Nacional sin las mayorías nacionales”.¹⁵¹

A pesar de las precauciones, ese apoyo al peronismo hizo mella en las filas partidarias y precipitó un nuevo desgranamiento. El desacuerdo con esa línea política se unía a un rechazo más o menos explícito contra los métodos de militancia de los jóvenes del MAPA dentro del PSP y contra la connivencia —o al menos permisividad— que entendían tenía García Costa con ese grupo.¹⁵² Sin rupturas resonantes esta vez, pero sí con una fuga sostenida, un importante contingente de dirigentes provenientes del PSA, entre los que se destacaba Alicia Moreau de Justo, se alejaron del PSP. Entre ellos, muchos abandonaron la participación política, mientras otros se integraron a distintos agrupamientos menores (Acción Socialista, Militancia Socialista, Movimiento Socialista, Izquierda Socialista, la relanzada Militancia Popular, entre otras) que comenzaron a colaborar entre sí para conformar, en el mismo año 1974, la Confederación de Agrupaciones Socialistas, que más tarde adoptaría el nombre de Confederación Socialista Argentina.¹⁵³ Entre sus miembros estaban Oscar Palmeiro, otrora director de *La Vanguardia*

151 “En el 164° aniversario de la patria y en el 1er aniversario del triunfo popular”, PSP, diciembre de 1973.

152 Uno de los puntos culmen se dio cuando un candidato erigido por el MAPA, Víctor Mondschein, derrotó al veterano dirigente Ramón Soria en su disputa por la conducción de la federación de Santiago del Estero. Este enfrentamiento, y el modo en que se dio, fue considerado agravante por parte de algunos dirigentes del PSA y una ofensa contra Soria.

153 *Argentina Inédita*, n° 9, julio de 1975.

“roja” y miembro del PSAV; los ex Militancia Popular José Zajarevich y Guillermo Justo; los socialistas argentinos Alicia Moreau, Ramón Soria, Aníbal López Blanco y Héctor Polino; y los ex PSD Alfredo Bravo y Emilio J. Corbière, entre otros (Moreau de Justo, 1983: 180).

Las sucesivas rupturas en disconformidad con la línea partidaria, lejos de favorecer al fortalecimiento y la cohesión del grupo que persistía en la dirección del PSP, intensificaron las tensiones entre los dos principales líderes de la organización: Guillermo Estévez Boero y Víctor García Costa. Las inconsistencias y debilidades del acuerdo originario habían provocado una reconfiguración permanente de los precarios equilibrios partidarios internos, poniendo en cuestión a cada paso la integridad de la organización. Esta situación de inestabilidad interna favoreció el avance progresivo del ascendente grupo del MAPA, más cohesionado que los demás y con un liderazgo indiscutido. Como contraparte, el heterogéneo núcleo proveniente del PSA había quedado muy mermado con las sucesivas rupturas y prácticamente al borde de la disolución. Como corolario, el liderazgo de Víctor García Costa se vio erosionado, y, tras cartón, comenzó a ser cuestionado y combatido de manera frontal por sus otrora aliados del MAPA.¹⁵⁴

Tras una disputa en Santiago del Estero, en el que el grupo del MAPA había reclutado a algunos militantes del PSA para desplazar al histórico Ramón Soria, las relaciones entre Estévez Boero y García Costa se resintieron definitivamente.¹⁵⁵ En ese marco, el MAPA había desplegado un eficaz dispositivo para sumar nuevos militantes a sus filas y encolumnarlos detrás de la figura de Guillermo Estévez Boero. De esa forma, no solo atraían a la mayoría de los nuevos afiliados jóvenes, con la ventaja que suponía su importante presencia y gravitación en la política universitaria, sino que también había logrado reclutar –“cooptar”– a numerosos militantes provenientes del PSA y a la mayoría de los miembros del Grupo Evolución. Así lo describe Víctor García Costa:

154 Víctor García Costa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015 y Ricardo Cuccovillo, entrevista, Villa Elisa, octubre de 2013.

155 Víctor García Costa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015.

Ellos inmediatamente enfrentaron a [Militancia Popular], que era el grupo más débil. (...) Los compañeros se separaron, se fueron, y terminaron constituyendo la Confederación Socialista. El Grupo Evolución fue absorbido (...) –era un grupo interesante desde el punto de vista cultural, no tenían estructura militante–, se los fagocitaron rápidamente, se los fagocitaron a [Carlos] Constenla y a [Carlos] Spini, y se tragaron al grupo. Quedaron ellos y nosotros, y se lanzaron al copamiento de las federaciones nuestras. Porque ellos tenían estructura en Santa Fe, no tenían nada más en ningún lado, un poquito en Tucumán y un poquito en Entre Ríos. [Guillermo] Estévez [Boero], [Héctor] Cavallero, [Juan Carlos] Zabalza y [Ernesto] Jaimovich tenían claro donde iban, que era quedarse con el partido. Primero nos chuparon la federación de Santiago del Estero, con un compañero [Víctor Mondschein] que enfrentó al resto de la federación. Ellos movilizaban a los jóvenes, que eran estudiantes, y que estaban aptos para esa tarea. Los nuestros eran, por edad, más grandes.¹⁵⁶

De esa manera, el MAPA funcionaba como un “partido dentro del partido”, con sus propios métodos organizativos y sus propios liderazgos. Sobre esa base, y sin miramientos, avanzó con decisión para quedarse con el premio mayor: la conducción partidaria. El MAPA dentro del PSP puso en práctica una operatoria de “penetración territorial” (Panebianco, 1995), articulada desde su centro de coordinación neurálgico situado en la ciudad de Rosario. Sus dirigentes dispusieron una estrategia con el objetivo de conformar núcleos que les respondieran en aquellos distritos en los que, hasta el momento, no habían logrado desarrollarse. Esto implicaba tanto los lugares en donde el partido no había logrado afincarse como aquellos donde otro sector interno tenía la primacía.¹⁵⁷ El caso más ostensible de aplicación de esa estrategia se dio en la Capital Federal, la ciudad más importante del país y un importante bastión socialista, en la que el MAPA nunca había logrado hacer pie. A ese

156 Víctor García Costa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015.

157 El dispositivo es descrito por Bebán y Llopis (2014: 113).

importante distrito fue enviado el joven médico Ernesto Jaimovich, que había sido presidente de la FUA en 1972, para constituir un núcleo militante afín a la línea de esa fracción.¹⁵⁸

El avance incontenible del MAPA alimentaba las ya muy recurrentes desavenencias que existían entre García Costa y Estévez Boero. Esta situación tardó poco en desencadenar una nueva ruptura partidaria. En un movimiento inesperado e intempestivo, Víctor García Costa decidió, en abril de 1974 y en complicidad con otros miembros del partido, efectuar un doble movimiento para desairar al grupo adversario y quedarse con el PSP. En primer lugar, procedió a “tomar” por asalto todos los locales partidarios que habían pertenecido previamente al disuelto PSA y, en segundo término y por vía judicial, denunció el acuerdo que había dado origen al PSP. De esta manera, García Costa intentaba desconocer la fundación del PSP, o darla por finiquitada, para poder así retrotraer la situación y, de ese modo, que el PSA preservara todo el patrimonio partidario.¹⁵⁹ Carlos Constenla, adherente al sector opuesto a García Costa, recuerda con cierta ironía:

García Costa se da cuenta que el partido va a terminar siendo liderado por Estévez Boero y por el grupo del MAPA, era muy ostensible, era muy notorio. Todos lo sabíamos. Lo que pasa es que habíamos muchos que estábamos de acuerdo, porque nos

158 Este proceso es mencionado por Ricardo Cuccovillo (entrevista, Villa Elisa, octubre de 2013) quien provenía de una familia bonaerense de raíz socialista y con militancia en el PSA. Desde otro ángulo, lo analiza María Elena Barbagelata (entrevista, Buenos Aires, diciembre de 2015) que formó parte de los nuevos grupos integrados, primero, al MNR y, luego, al PSP en el distrito capitalino. Desde el sector alineado con García Costa lo menciona Adrián Camps (entrevista, Buenos Aires, noviembre de 2015).

159 Explica García Costa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015): “Yo tenía buena relación con Estévez, teníamos una relación cordial. Pero cuando él empezó a presionar que quería ir a las entrevistas con Perón me amenazó, me dijo: ‘Mirá que la gente se va a molestar’. Y entonces yo le dije: ‘Mirá que yo no soy Soria—que era el compañero nuestro en Santiago del Estero—, mirá que yo no soy Soria, así que si queremos seguir marchando bien paren la música con el tema del copamiento, respeten a los compañeros, porque tienen largos años de militancia, nada les va a impedir a ustedes ganarse un lugar’. Siguieron para adelante en una actitud realmente terrible. Yo, por supuesto, defendí al partido. Toda la estructura era nuestra, toda la estructura edilicia, no tanto la militante, la militante era más claramente de ellos. Pero mucha gente se alineó con nosotros, tomé los locales del partido y di por roto el acuerdo. Yo creo que ellos se equivocaron”.

dábamos cuenta que la línea pasaba efectivamente por ahí, y él creyó que mediante una “argucia de pícaro” podía quedarse con el partido. (...) Denunció el pacto que dio origen al Partido Socialista Popular, el Partido Socialista Popular eran cuatro, entonces denunció: “Nosotros, los que venimos del Socialismo Argentino, denunciarnos este tratado y que se vayan todos. Nosotros nos quedamos como Partido Socialista Popular porque somos el Partido Socialista, los demás son unos grupos de advenedizos” (Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, octubre de 2014).

La respuesta del grupo de Estévez Boero no se hizo esperar y, tras nueve días corridos de toma de los locales partidarios por parte del otro sector, convocó un Comité Nacional que resolvió la expulsión de los miembros involucrados en ese *putsch*: Víctor García Costa, Enrique Inda, Ariel Carreira, Luis Deimundo, José Brailovsky y Genio Epifanio.¹⁶⁰ El periódico partidario celebraba esta decisión como el “triumfo de la militancia” contra “la burda maniobra divisionista intentada días antes por un grupo minoritario” y señalaba que los disidentes eran “jactanciosos, arrogantes, vanidosos, [que] creyeron constituir la esencia de la organización política sin tener en cuenta a los militantes”. También lo caracterizaba como “grupo gorila, divisionista y figurón” y efectuaba una autocrítica, al menos en algún sentido, por no haber podido “reeducarlos”, y sentenciaba:

Demonstraron ser insensibles al sentimiento de las mayorías nacionales y demostraron vivir y querer seguir viviendo al margen de los problemas de nuestra nación. Sobreestimaron sus propias fuerzas y subestimaron la de los militantes, y ante el avance incontenible y constante de estos, intentaron separar a quienes los representan, para torcer definitivamente el objetivo de nuestro partido.¹⁶¹

Consumado el enfrentamiento y la posterior ruptura, la disputa entre ambos grupos continuó en sede judicial. Así, quedaron es-

160 *La Vanguardia Popular*, mayo de 1974.

161 Ídem.

cindidos en dos organizaciones diferentes, pero con idéntico nombre: un Partido Socialista Popular comandado por Víctor García Costa (Partido Socialista Popular “Secretaría García Costa”) y otro Partido Socialista Popular liderado por Guillermo Estévez Boero (Partido Socialista Popular “Secretaría Estévez Boero”). La disputa judicial no se resolvió hasta 1983, luego de un conflictivo juicio que requirió una sucesión inagotable de apelaciones y dos sentencias de la Corte Suprema de Justicia de la Nación para llegar a una resolución.¹⁶² En la ruptura, el Partido Socialista Popular “Secretaría García Costa” preservó la mayoría de los locales partidarios –incluida la sede central de Sarandí 56 en la Capital Federal–, mientras que el Partido Socialista Popular “Secretaría Estévez Boero” conservó la mayor parte de la masa militante. La conducción del PSP “Secretaría García Costa” quedó conformada por un grupo PSA “puro”: con Víctor García Costa, Enrique Inda, Genio Epifanio, Víctor Outeda, Néstor Martínez Eraso, Daniel Bilbao y los jóvenes Adrián Camps y Mario Mazzitelli. Por su parte, el PSP “Secretaría Estévez Boero” ratificó el liderazgo del principal referente del MAPA e incluyó en su conducción a Héctor Cavallero, Juan Carlos Zabalza, Miguel Godoy y Héctor Di Biasi del MAPA; a Carlos Constenla y Carlos Spini del Grupo Evolución; y a Víctor Mondschein y el santafesino Rubén Bilicich del PSA.

A modo de conclusión: ¿el final del PSP o un nuevo comienzo?

La unidad que dio origen al PSP naufragó a poco de andar. En menos de dos años, el joven partido se hallaba nuevamente en crisis y fracturado en una legión de formaciones partidarias diferentes. Las tensiones preexistentes al acuerdo, lejos de disiparse, ganaron virulencia con el paso de los meses, hasta llegar a un estadio de no

162 Ver el fallo del expediente “Partido Socialista Popular-orden nacional s/reconocimiento” disponible en <http://www.csjn.gov.ar/jurisp/jsp/fallos.do?usecase=mostrarHjFallos&falloId=71666>. El proceso judicial puede ser reconstruido a través de los testimonios de Víctor García Costa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015) y Carlos Constenla (entrevista, Vicente López, octubre de 2014), quienes llevaron a cabo la disputa judicial por cada bando.

retorno. Resulta complejo explicar las razones del fracaso de esta experiencia y tentador asimilarlo sin más a la larga seguidilla de fracturas y escisiones que sufrió el socialismo en la Argentina desde sus orígenes, como una especie de rasgo inmanente. Los motivos de las disidencias fueron, como ya lo analizamos, diversos. Sin embargo, había un punto de discordia que atravesaba prácticamente a todas, que tenía que ver con el rechazo explícito que despertaba el comportamiento y las prácticas políticas de los militantes del MAPA. La brecha generacional, sumada a una idea organizativa diferente al del tradicional socialismo argentino, alimentó todavía más la desconfianza que los veteranos socialistas sentían por este grupo de “recién llegados”. Así lo entiende, por ejemplo, Juan Carlos Zabalza:

Nosotros aportamos al Partido Socialista Popular una enorme convicción de fuerza, de entusiasmo, de militancia concreta, que se expresaba con un trabajo en los estudiantes fundamentalmente, pero también en los sectores de trabajadores, más puntualmente en los sectores profesionales. Una participación muy activa, muy dinámica, de gente que quería hacer cosas. Y la estructura del Partido Socialista era una estructura anquilosada en el tiempo. Y era como que había que parar, era una cosa que no se aceptaba en el viejo molde, me parece que eso fue generando choques. (...) No me acuerdo si había otro elemento determinante del choque, verdaderamente eran estilos completamente diferentes (Juan Carlos Zabalza, entrevista, Rosario, noviembre de 2015).

Vinculado a ello, la dirigencia socialista contemplaba con suspicacia a ese grupo de origen estudiantil, que a su entender portaba una identidad ideológica difusa y completamente ajena a la tradición partidaria. Porque, si bien esta rama del socialismo había tendido a reconsiderar al peronismo en su calidad de fenómeno de masas, todavía contenía a sectores que guardaban serias reservas con respecto a cuáles debían ser las implicancias de dicha reconsideración. Del mismo modo, las críticas formuladas por la dirigencia del MAPA contra el viejo Partido Socialista y sus referentes históricos, con nítidos influjos de las lecturas revisionistas de la izquierda na-

cional, eran recibidas con desagrado por la vieja guardia partidaria o, como era el caso de García Costa, por quienes provenían y se habían formado en la estructura del PS desde su temprana juventud.¹⁶³ Así como gran parte de estos dirigentes ponía en duda la adscripción de los jóvenes del MAPA a la tradición socialista, el grupo liderado por Estévez Boero, por su parte, extendía un manto de sospecha sobre el hipotético abandono del antiperonismo por parte de los viejos socialistas: “A dos años, extirpado el gorilismo que se enquistaba en nuestras filas, podemos decir que el Partido garantiza en todas sus Federaciones y Frentes la línea política que la realidad y nuestra doctrina nos enseñan: Liberación Nacional camino al socialismo”.¹⁶⁴

Otro aspecto, no menos importante por cierto, tiene que ver con la solidez del acuerdo político que dio origen al PSP. Al margen de las motivaciones que condujeron a cada grupo a confluir con los otros y a ratificarlo mediante un acuerdo, lo que primaba era la heterogeneidad en todo sentido. Detrás de consignas genéricas, que se alimentaban del contrapunto perfecto que ofrecía el PSD y su liberalismo socialista, se solapaban diferencias en criterios prácticos que desgastaron desde el primer momento las bases de sustentación del acuerdo partidario. Asimismo, detrás de lo que se explicitaba como una convicción de reconstruir una “gran fuerza socialista” se escondía la necesidad —y la conveniencia— de todos los sectores de paliar sus propias debilidades y falencias:

163 En ese sentido, García Costa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015) hace referencia a las dificultades que tenía el grupo del MAPA para mostrar su vínculo con la tradición socialista. Héctor Cavallero (entrevista, Rosario, octubre de 2015), por su parte, ratifica en parte esta lectura desde el otro sector: “No era el Partido Socialista Argentino del 58, ya era un partido que no era opción para mucha gente y, por lo tanto, no tenía adeptos, solamente gente vieja, no tenía juventud, no tenían nada. Ellos (...) siempre nos vieron a nosotros como tipos que iban al Partido Socialista a capturarlo, a cooptarlo, nos vieron como extraños”.

164 *La Vanguardia Popular*, mayo de 1974. Sobre el uso y la connotación del concepto “gorilismo” o “gorila” en el debate político argentino, ver Retamozo y Schuttenberg (2016). “El gorila es tal vez el más potente de los símbolos peronistas y representa la esencia de lo antinacional, lo antipopular, lo antiobrero y lo antiperonista”, resume el historiador Daniel James (2004: 276).

Había un gran oportunismo de todos, no lo digo en sentido crítico. Para nosotros [Grupo Evolución] significaba la supervivencia política: si no nos metíamos en un partido, desaparecíamos. Para el Socialismo Argentino: porque no tenían destino. Eran unos viejos que no podían ni con ellos mismos adentro de su propio partido, estaban atravesados por unas confrontaciones terribles porque cada uno pateaba para su lado. Para Militancia Popular era volver al socialismo, porque, en última instancia, ellos se habían ido con una serie de excusas –por falta de posturas revolucionarias, etcétera– y ahora [...] no había excusa. Y para el MAPA también, porque el MAPA era el más descolgado de todos, era el más numeroso, el más fuerte, el más organizado –con una definición marxista-leninista en su propia organización–, pero que no tenía una identificación socialista ni la iba a conseguir así pasaran los siglos que pasaran si no tenía un nombre que fuera “Partido Socialista” y el único espacio en el que podía encajar era en ese: el Partido Socialista Argentino. Entonces nos juntamos los cuatro por necesidad de supervivencia o de desarrollo. Por supuesto que los resultados fueron acordes a las razones que lo provocaron. ¿El resultado qué fue? El resultado fue que el Partido Socialista Popular quedó entre el MAPA y el Grupo Evolución, los otros dos grupos por una cosa o por la otra se fueron desflecando, disolviendo, y yéndose y explotando cada uno por su lado (Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, octubre de 2014).

Los caóticos años iniciales del PSP, el demostrado infructuoso intento de asociar sectores disímiles, y su nula relevancia a nivel político-electoral parecían solo un hito más en la indetenible debacle del socialismo vernáculo. Los ímpetus secesionistas y la incapacidad de morigerar las disidencias internas marcaron una continuidad indiscutible entre el efímero PSP y la conflictiva historia partidaria precedente. Tras otro intento infructuoso, la diáspora parecía una vez más ser el distintivo del socialismo en nuestro país. Sin embargo, el PSP “Secretaría Estévez Boero”, quizá por algunos de los rasgos particulares que más rechazo habían generado entre sus fugaces

compañeros de ruta, siguió un periplo diferente, esquivo a ese fatídico destino al que parecía condenado el socialismo en la Argentina.

Lejos de alterar sus marcas de origen y sus señas particulares, el PSP “Secretaría Estévez Boero” –derivación indiscutible del MNR y del MAPA– ratificó muchas de ellas en los años que le siguieron a la separación del sector de García Costa, la mayoría de los cuales transcurrieron en dictadura. Esos rasgos particulares eran, a trazos gruesos: una ideología socialista genérica, heterodoxa e hibridada con otras tradiciones políticas; una organización férreamente estructurada, fundada en los principios del centralismo democrático y una estricta supervisión militante; y, quizá derivado de eso, un indiscutido liderazgo encarnado en la figura de Guillermo Estévez Boero. La articulación de estos tres elementos globales dotó al PSP de una fisonomía particular, distinta –aunque no excepcional– a otras. Como una ruptura con la tradición, pero también con ciertos signos de continuidad, el PSP se convirtió en una vía atípica para la supervivencia de una fuerza política al borde de la desaparición. El PSP fue esa oportunidad, un nuevo partido para el “viejo socialismo”.

Capítulo 3. Las formas del centralismo democrático: una organización para tiempos autoritarios¹⁶⁵

Introducción

Como vimos en el capítulo precedente, la vida del PSP, alumbrado en abril de 1972, fue tortuosa, efímera y puso en evidencia lo endeble de los acuerdos que le habían dado origen. En tal sentido, dichos acuerdos se mostraron insuficientes para contener las disidencias internas que cundían en el nuevo partido, fiel a la costumbre secesionista que había afectado al socialismo desde sus orígenes. Para 1974, la interna entre el secretario general Víctor García Costa y su segundo al mando, Guillermo Estévez Boero, estalló tras una larga acumulación de divergencias entre ellos. Las discrepancias tenían algún anclaje sobre cuestiones programáticas, pero centralmente se trataban de diferencias de método y una cada vez más enconada competencia personal por la dirección partidaria. García Costa había visto como, progresivamente, el sector proveniente del MAPA había ganado terreno dentro del partido en desmedro de la vieja dirigencia del PSA –según él, en un plan premeditado de “copiamiento” del partido– y, por ende, contra su propio liderazgo.¹⁶⁶ Frente a ese cuadro de situación decidió, junto a otros dirigentes, sublevarse y ejecutar una ocupación de todos los locales partidarios

165 Un fragmento de este capítulo fue publicado con leves modificaciones en Suárez (2019c).

166 Víctor García Costa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015.

en señal de disconformidad y con la clara intención de desvincularse definitivamente del grupo liderado por Estévez Boero. La tentativa de García Costa, confrontada por el Comité Nacional controlado por sus adversarios, estaba sustentada además en una denuncia judicial que tuvo como objetivo desconocer el acuerdo que había dado origen a la nueva formación y, a través de ese medio, reclamar para sí el sello partidario. El resultado de la disputa fue una escisión que llevó a que se conformaran dos PSP, uno bajo la conducción de García Costa (PSP “Secretaría García Costa”) y otro liderado por Estévez Boero (PSP “Secretaría Estévez Boero”), y que se iniciara una extensa querrela judicial, que culminará recién en 1983 en un cuestionado fallo a favor del último sector.

La ruptura definitiva con García Costa había sido antecedida por la salida prematura de otros sectores discordantes con la línea estratégica adoptada por el partido. Ya bajo la conducción de Estévez Boero, el PSP fue hegemonizado por la dirigencia del MAPA, secundada por algunos referentes provenientes del Grupo Evolución. Esto contribuyó a la coherencia interna de la formación, forjada sobre la base del centralismo democrático y un liderazgo nítido, ya prácticamente incuestionado. La ruptura con los sectores del PSA y Militancia Popular representaba, además, un corte con el pasado partidario. A raíz de ello, los vínculos que unían a la nueva organización con la “tradición socialista” parecían más bien exiguos. Por un lado, el PSP “Secretaría Estévez Boero” había quedado desguarnecido de muchas de las figuras más distinguidas del histórico partido, cuyo caso más significativo era el de la veterana dirigente Alicia Moreau de Justo. Esto ponía en duda su ligazón con esa línea histórica, pero, al mismo tiempo, le permitió deshacerse de un conjunto de personajes díscolos que, huelga decirlo, mucho habían tenido que ver con la perpetua inestabilidad que había dominado a este espacio desde, al menos, la década de 1960.¹⁶⁷ Por otro lado, esa escisión facultó a la organización de la capacidad para consolidar

167 Tras la ruptura de 1958 entre el PSA y el PSD ha resultado muy difícil seguir la trayectoria de la mayoría de los dirigentes y militantes del primero. Las sucesivas escisiones y la errática conducta de muchos de ellos hace dificultoso reconstruir sus trayectorias, incluso en el caso de dirigentes con una gran notoriedad posterior, como Héctor Polino.

una línea programática e ideológica más consistente, sustentada por una conducción *quasi* monolítica, ya indisputada internamente. Esa nueva impronta partidaria fue ratificada y permitió consolidar una organización constituida sobre la base de ciertos preceptos que este grupo traía consigo de la militancia universitaria.

El PSP “Secretaría Estévez Boero” (que a partir de ahora renombraremos como Partido Socialista Popular o PSP a secas) se consolidó como organización durante los últimos años del gobierno peronista y durante la última dictadura militar.¹⁶⁸ Lo peculiar del caso del PSP es que no solo sobrevivió al celo represivo del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (PRN) –del que, valga la aclaración, no fue foco preferente–, sino que también sentó las bases para una expansión política que se vio ratificada durante la apertura política en 1983. En ese sentido, lo explica Héctor Cavallero: “El PSP se consolida durante la dictadura por dos cosas: el alto nivel de organización que teníamos –nosotros funcionamos más años en la clandestinidad– y el alto nivel de militancia”.¹⁶⁹

El formato organizativo que se dio el PSP, inspirado en el centralismo democrático de raíz leninista, no albergaba ninguna originalidad en su contexto. Muchas de las organizaciones de la llamada “nueva izquierda” adoptaron un funcionamiento similar en esos años. Sin embargo, este tipo de dispositivo era novedoso para una organización que, a contramano de la tendencia general “neoizquierdista”, ensayó una integración y un acercamiento al viejo tronco socialista, aún con las reservas del caso. Es decir, el PSP adoptó un funcionamiento reñido con el formato descentralizado histórico del socialismo argentino, pero lo hizo desde su seno. Esto le daría una idiosincrasia particular en relación con la historia del socialismo argentino, al tiempo que ponía un manto de duda con respecto a su total integración a esa tradición política.

La impronta organizativa del PSP fue una de sus marcas distintivas y un aspecto clave para comprender el motivo por el que este partido

168 En adelante utilizaremos la denominación PSP para referirnos al PSP-SEB, si bien durante toda la dictadura coexistieron las dos organizaciones con la misma nominación.

169 Héctor Cavallero, entrevista, Rosario, noviembre de 2015.

significó una ruptura o una innovación dentro de la historia del socialismo argentino. Porque, si bien este dispositivo no era atípico en la época, provocó roces dentro del PSP, en especial entre 1972 y 1974, como ya observamos. Por otro lado, el modelo prescriptivo de organización partidaria adoptado no obtura la existencia de particularidades en su puesta en práctica. La implementación del centralismo democrático presentó matices, a pesar de que los rudimentos teóricos detrás eran los mismos en cada caso.

Hecha esta breve introducción, procederemos a desarrollar a lo largo de este capítulo algunos ejes que consideramos centrales para comprender la forma en que el PSP aplicó este sistema de organización. En primer lugar, analizaremos los supuestos teórico-políticos detrás del modelo organizativo del centralismo democrático, sus fundamentos, y las dinámicas que presupone. Posteriormente, indagaremos la traducción práctica que el MNR, el MAPA y, finalmente, el PSP harían del esquema leninista. En tercer lugar, observaremos la centralidad que tuvo este formato organizativo en la configuración del PSP, así como la importancia de este en su consolidación, con énfasis en las posiciones que se asumieron durante los últimos años del tercer gobierno peronista y la dictadura. Por último, indagaremos sobre la lógica sectaria asociada al funcionamiento del centralismo democrático y el rol del liderazgo en dicho esquema, con foco en sus implicaciones prácticas.

El centralismo democrático: algunos elementos teóricos

Es sabido que la más influyente teorización sobre el formato que debía tener una organización de tipo revolucionaria fue obra de Vladimir Illich Ulianov, más conocido como Lenin. Este aspecto de la teoría del socialismo marxista –prácticamente ausente en la obra de Marx (Johnstone, 1971)¹⁷⁰ fue retomado por este dirigen-

170 “Sería vano buscar en Marx una exposición sistemática y completa de la teoría del partido proletario, de su naturaleza, de sus características, así como, por otra parte, sería vano querer extraer de su obra una elaboración cabal del concepto de clase”, explica Lucio Magri (1970: 28).

te ante la necesidad práctica de tener que liderar un movimiento revolucionario en un contexto adverso y contra las previsiones de la teoría madre. El modelo leninista partía de la necesidad de reducir de manera drástica las posibilidades de que la organización revolucionaria pudiera ser interceptada, infiltrada y desmantelada por el poder policial-estatal que imperaba en la Rusia zarista. Asimismo, intentaba restringir también la incursión de elementos desviacionistas y oportunistas dentro del partido al dar máximas atribuciones a los sectores más esclarecidos de la organización partidaria, es decir, a los revolucionarios profesionales:

Esta visión del partido como cuerpo orgánico, como trascendencia de la individualidad, como primer paso de la superación de la oposición entre individuo y sociedad, dominó la vida del partido bolchevique en todos sus momentos, y sobre todo produjo los dos principios fundamentales que la regulaban: el de la militancia revolucionaria y el del centralismo democrático (Margri, 1970: 84).

En ese contexto de opresión y autoritarismo, Lenin desarrolló una propuesta de organización partidaria concebida para la clandestinidad, con el imperativo de eludir las restricciones legales y paralegales que implantaba el poder estatuido. Por tanto, el partido revolucionario debía ser, entonces, pequeño y centralizado, dado que su actividad se desarrollaba esencialmente en la clandestinidad (Lenin, 1967[1902]: 14). La centralización de las decisiones partidarias restringía de forma explícita las instancias deliberativas y los “excesos” de democratismo:

La “amplia democracia” de una organización de partido en las tinieblas de la autocracia, cuando son los gendarmes quienes seleccionan, no es más que un juguete inútil y perjudicial. Inútil porque, en la práctica, jamás ha podido organización revolucionaria alguna aplicar una amplia democracia, ni puede aplicarla, por mucho que lo desee. Perjudicial porque los intentos de aplicar en la práctica un “amplio principio democrático” sólo facilitan a la policía las grandes redadas y perpetúan los métodos primitivos de trabajo dominantes, desviando el pensamiento de

los militantes dedicados a la labor práctica de la seria e imperiosa tarea de forjarse como revolucionarios profesionales hacia la redacción de prolijos reglamentos “burocráticos” sobre sistemas de votación (Lenin, 2010[1902]: 200).

Partiendo del argumento de que una “amplia democracia” atentaba contra la seguridad y la integridad de los militantes, Lenin desarrolló el “centralismo democrático”. La estructura partidaria concebida disponía un funcionamiento piramidal y celular, en el que los núcleos militantes permanecían disociados entre sí –sin vínculos horizontales– y eran coordinados de forma exclusiva por las autoridades ubicadas en el vértice superior del organigrama. Las células eran diseñadas como instancias no autogobernadas, ideadas para el cumplimiento de las acciones ordenadas por la conducción, pero también como espacios de debates teóricos y políticos. Las definiciones de las células debían ser elevadas para ser puestas en consideración por las autoridades partidarias, pero no tenían un carácter vinculante ni mucho menos resolutivo.¹⁷¹ Por el contrario, las decisiones tomadas desde la conducción, bajo el fundamento de ser el resultado de la síntesis de las opiniones de las diferentes unidades celulares, tenían un carácter imperativo y exigían el acatamiento por parte de los miembros subalternos:

Si en lo tocante a la dirección ideológica y práctica del movimiento y de la lucha revolucionaria del proletariado, es necesaria la mayor centralización posible, en lo que refiere a la información del centro del partido (y, consiguientemente, de todo el partido en general) acerca del movimiento, en lo que se refiere a la responsabilidad ante el partido, se impone la mayor descentralización posible. [...] Debemos centralizar la dirección del movimiento. Pero debemos también (y precisamente para ello, pues sin información no es posible la centralización) descentra-

171 Como explica Maurice Duverger, este formato de organización “sigue siendo democrático, puesto que [las decisiones] se toman en función de las opiniones de la base y se busca siempre el apoyo de esta para su aplicación” (Duverger, 2012 [1951]: 88). Esta cuestión es central para comprender el acatamiento de la línea partidaria y la subsistencia de las organizaciones, que no pueden sostenerse solo a partir del sometimiento.

lizar en cuanto sea posible la responsabilidad ante el partido de cada uno de sus miembros por separado, de cada uno de los que participen en el trabajo, de cada uno de los círculos que ingresen al partido o se aproximen a él (Lenin, 1967[1902]: 53-54).

La eficacia del dispositivo partidario no residía solo en la centralización de la conducción partidaria y en su inherente verticalismo, sino que también requería, como contraparte, una conducta militante disciplinada y obediente: “El deber de los cuadros del partido consistía en implementar sin preguntas la política del partido una vez que se había decidido cuál iba a ser esta” (Ware, 2004: 228). La militancia “de base” tenía el deber de cumplir con las órdenes emitidas desde la cabeza de la organización, en general asociadas al reclutamiento y adoctrinamiento de los militantes, a la difusión de las ideas y propuestas, a través de documentos y prensa, y a las actividades políticas de “agitación” o intervención pública. Afirmaba Lenin:

... el partido [...] podrá cumplir su deber sólo si está organizado en la forma más centralizada posible, si domina en él una disciplina férrea, lindante con la disciplina militar, y tiene centros de partido fuertes y con autoridad, investidos de amplios poderes y que gocen de la confianza general de los miembros del partido” (Lenin en AA.VV., 1974 [1904]: 49).

Lenin justificaba el ordenamiento y disimulaba el sesgo autoritario de esa formación al esgrimir que se trataba de una simple división del trabajo político. Sostenía que cualquier disposición alternativa conducía al desorden, aumentaba la vulnerabilidad e implicaba un derroche de recursos injustificados.¹⁷²

El control general (en el sentido literal de la palabra) de cada uno de los pasos del afiliado al partido, a lo largo de su carrera política, crea un mecanismo de acción automática que tiene por

172 Para explicarlo, Lenin efectúa una analogía con el funcionamiento de una orquesta: “Para que el centro pueda no solamente aconsejar, convencer y discutir [...], sino llevar la batuta, es necesario que se sepa con precisión quién toca, dónde y cómo maneja el violín, dónde y cómo ha aprendido o aprende a tocar su instrumento, quién, dónde y por qué desafina (cuando la música empieza a sonar mal), a quién, cómo y a dónde hay que trasladar para corregir las disonancias, etc.” (1967 [1902]: 55-56).

resultado lo que en Biología se llama “supervivencia de los mejor adaptados”. La “selección natural”, producto de la completa publicidad del carácter electivo y del control general, asegura que cada dirigente esté a fin de cuentas “en su sitio”, se encargue de la labor que mejor concuerde con sus fuerzas y aptitudes, sufra en su carne todas las consecuencias de sus errores y demuestre a la vista de todos su capacidad para reconocer sus faltas y evitarlas (Lenin, 2010 [1902]: 199).

Sobre esa base, el objeto fundamental del centralismo democrático era la concreción sin objeciones de lo decidido desde la cúpula, lo cual requería, además de lo antedicho, una línea política uniforme. Ese presupuesto implicaba limitar al máximo los disensos internos, lo que instaba, de una manera u otra, a la erradicación o el sojuzgamiento de cualquier voz disonante: “... toda *pequeña* discrepancia puede llegar a convertirse en una *grande* si se insiste en ella, si se la coloca en primer plano, si nos *empeñamos* en poner al descubierto todas las raíces y ramificaciones de la discrepancia en cuestión” (Lenin, 1967: 69, destacado en el original). Por lo tanto, la organización partidaria bajo ese esquema prohibía explícitamente la existencia de líneas internas institucionalizadas e imponía un mecanismo de resolución de los diferendos en los que la decisión de la mayoría asumía un carácter terminante e irrevocable: “... la unidad en materia de programa y en materia de táctica es condición esencial, pero de ningún modo suficiente para lograr la unificación del partido. Esto último requiere, además, unidad de organización” (AA.VV., 1974: 45). En la misma línea, Mao Tse Tung señalaba: “La disciplina del Partido exige, entre otras cosas, que la minoría se someta a la mayoría. Si la opinión de la minoría ha sido rechazada, ésta debe apoyar la decisión aprobada por la mayoría” (2013: 116).

Uno de los rasgos fundamentales del centralismo democrático y, a la vez, uno de los más controvertidos, tiene que ver con la selección de las autoridades partidarias de cada célula, ya que son designadas por el comité central y no por las bases. Por ende, el criterio de la elección de cada “responsable” está más asociado a un criterio de idoneidad que a un parámetro de representatividad, una

especie de “meritocracia revolucionaria”. Asimismo, la rendición de cuentas partidaria se efectúa de abajo hacia arriba. Es decir, los titulares de cada célula deben rendir cuentas a la instancia superior y no a sus subalternos: “... los dirigentes del partido, en todos los escalones, deben verificar la aplicación de las decisiones por los cuadros colocados bajo sus órdenes” (Duverger, 2012 [1951]: 87). Esto es definido con contundencia por Lenin:

El comité dirige a todos (esto es bastante claro). El comité elige de su seno al grupo dirigente [...]. El comité distribuye entre sus miembros los diferentes aspectos del trabajo encargando a cada uno de informar regularmente al comité [...]. El comité debe determinar cabalmente quién es miembro suyo. El comité cubre sus vacantes con acuerdo a los demás. El comité designa a los grupos de distrito, los subcomités de fábrica, los grupos tales y cuales (1967 [1902]: 57).

El formato organizativo diseñado por Lenin fue cuestionado desde el principio por sus aristas autoritarias inherentes, pero también legitimado por el éxito del proyecto revolucionario soviético. La tensión, cuando no franca contradicción, entre los conceptos que integran el sintagma que da nombre a este modelo organizativo era evidente. Mao Tse Tung también objetaba el “ultrademocratismo” y consideraba que la democracia era un elemento superestructural: un medio más que un fin de la práctica revolucionaria.

Tanto la democracia como la libertad son relativas, de ningún modo absolutas; ambas han surgido y se desarrollan en el curso de la historia. En el seno del pueblo, la democracia es correlativa al centralismo, y la libertad, a la disciplina. En ambos casos se trata de dos términos opuestos de un todo único, contradictorios y a la vez unidos; no debemos destacar unilateralmente uno de ellos y negar el otro. En el seno del pueblo, no se puede prescindir de la libertad, y tampoco de la disciplina; no se puede prescindir de la democracia, y tampoco del centralismo. Esta unidad de democracia y centralismo, de libertad y disciplina, constituye nuestro centralismo democrático. Bajo este sistema, el pueblo disfruta de amplia democracia y libertad, pero, al mis-

mo tiempo, debe mantenerse dentro de los límites de la disciplina socialista (Mao, 2013 [1957]: 424).

Por otro lado, la flagrante contradicción entre un esquema organizativo verticalista y una doctrina con aspiraciones emancipatorias provocaron algunas de las más duras impugnaciones al modelo leninista. Karl Kautsky, probablemente el más reputado intelectual de la socialdemocracia alemana, en una extensa diatriba contra Lenin, señalaba: “La dictadura personal y la democracia son incompatibles y esto vale también para la República de los soviets. [...] El democratismo soviético es un régimen especial en el cual queda justificada toda dictadura si declara que habla en nombre del socialismo” (1959 [1919]: 130).

Dentro del campo de la izquierda marxista, fue Rosa Luxemburgo la que cuestionó con dureza las derivas autoritarias del esquema leninista, al que acusaba de “blanquista” (Magri, 1970: 57).¹⁷³ En sus intervenciones, objetaba la obediencia ciega exigida a los subordinados y el “aislamiento” político en el que quedaba la conducción como los dos rostros de un mismo problema. Luxemburgo advertía, como luego lo harían muchos otros, los riesgos latentes de un esquema organizativo tendencialmente rígido y renuente a los controles democráticos o, en sentido estricto, “contra-mayoritarios”. Observaba:

... confiando al órgano dirigente del partido poderes casi absolutos de carácter *negativo*, como quiere Lenin, no se hace sino reforzar hasta un punto peligroso el natural conservadurismo inherente a este órgano. [...] El ultracentralismo defendido por Lenin se nos aparece impregnado no ya de un espíritu positivo y creador, sino más bien del espíritu del vigilante nocturno. Toda su preocupación está dirigida a *controlar* la actividad del Partido y no a fecundarla, a restringir el movimiento antes que a

173 Louis Auguste Blanqui fue un revolucionario francés inspirador de una corriente política insurreccional y vanguardista que tuvo un importante papel durante los acontecimientos de la Comuna de París (Cole, 1958: 132 y ss.). El calificativo “blanquista” fue posteriormente utilizado de manera despectiva dentro del campo socialista para descalificar al “aventurerismo revolucionario” así como también al “vanguardismo autoritario”.

desarrollarlo, a destrozarlo antes que a unificarlo (Luxemburgo, 1972 [1902]: 51-52).

Las críticas, de las que Luxemburgo y Kautsky fueron precursores, se multiplicaron y profundizaron en la medida que el comunismo como sistema fue perdiendo su encanto y predicamento entre los progresistas del mundo.¹⁷⁴ El autoritarismo con ribetes totalitarios del régimen soviético se volvió una realidad incontrovertible e inocultable para muchos de ellos. Uno de los ejes principales de la crítica tenía que ver, justamente, con la contradicción entre las ideas que se predicaban y el resultado práctico de su implementación (Paramio, 1989). François Furet lo resumía con ironía: “La clase obrera está representada por el Partido Bolchevique, dirigido a su vez por un pequeño círculo de militantes en el que la opinión del primero entre ellos casi siempre es preponderante” (1995: 40). Detrás de muchas de las críticas aparecía, a veces de modo encubierto y otras de forma explícita, la discusión en torno a si el socialismo o el marxismo eran *per se* autoritarios, si acaso el estalinismo había sido solo un paso en falso o, por el contrario, era una deriva lógica de los principios ideológicos y teóricos que lo habían sustentado.¹⁷⁵

Otro registro de críticas, coincidente en ciertos puntos con el anterior, apuntó a cuestionar las contradicciones entre la propuesta teórica y su puesta en práctica, en especial el componente “democrático” del modelo organizativo. Muchos autores han expresado cierto escepticismo con respecto al pregonado democratismo del “centralismo democrático”, dado el gran margen de discrecionalidad que el esquema guarda para las dirigencias. Sobre ello, el politólogo italiano Giovanni Sartori sentenció:

174 Sobre ese proceso de desengaño intelectual y las críticas hacia el comunismo, ver Furet (1995).

175 Sobre este punto existe una diversidad de opiniones: aquellos que desdeñan al marxismo en su totalidad, otros que rescatan al fundador pero no a sus epígonos, algunos que eximen también a Lenin y a Trotsky de la deriva de Stalin. Ramón Cotarelo se expidió contra esas lecturas indulgentes: “No hay diferencias fundamentales entre el estalinismo y el leninismo y, así como el leninismo era la continuación del marxismo, el estalinismo lo era del leninismo” (2013: 81).

El “centralismo democrático”, como lo calificaba amablemente Lenin [...] es, de hecho, una estructura de *centralismo vertical*. Su secreto consiste en cortar las comunicaciones horizontales, en no tener líneas de comunicación más que de sentido vertical y en especial descendente. Ningún partido democrático ha logrado ni hasta ahora ha demostrado el deseo de ir tan lejos (2005 [1976]: 142, destacado en el original).¹⁷⁶

No obstante las muchas críticas, también es cierto que el centralismo democrático demostró ser un eficaz sistema de dirección y coordinación para la acción colectiva, en especial en contextos autoritarios:

La teoría de la vanguardia era una respuesta organizativa a una situación histórica en la que la clase obrera era incapaz de hacer por sí misma una revolución. No obstante, consolidó la tendencia, ya presente en la socialdemocracia europea, a pensar que las masas requerían una dirección y que los líderes eran la fuente de la “conciencia” necesaria para proveerla (Tarrow, 1997: 38).

Asimismo, permitió configurar organizaciones sólidas, institucionalizadas, capaces de persistir en el tiempo y sumamente cohesionadas. Por otro lado, más allá del denunciado sesgo verticalista, sería erróneo desconocer cierto grado de legitimidad interna para sostener ese tipo funcionamiento entre los miembros de la organización, así como el peso de la creencia de que era efectivamente un sistema “democrático” el que se estaba llevando a cabo en la práctica.

176 En el mismo sentido se expresa Alan Ware: “El principio operativo de estos partidos era el ‘centralismo democrático’ [...]. No cabía duda alguna de que se trataba de una práctica ‘centralista’, pero existía poca evidencia de que estuviera en marcha proceso democrático alguno, puesto que los partidos comunistas no solían tender a una amplia discusión interna a la hora de fijar las políticas” (2004: 227-228).

El centralismo democrático en la práctica

Para el Movimiento Nacional Reformista, la adopción del centralismo democrático fue el rasgo más nítido de filiación con el marxismo-leninismo.¹⁷⁷ La formalización de esta organización, luego de algunos meses de intercambios y reuniones entre los dirigentes, tuvo como objeto principal lograr una estricta disciplina militante. Carente de un estatuto o reglamento interno, la organización estudiantil adoptó desde sus inicios un modelo de funcionamiento verticalista y celular. La impronta de la organización fue resultado de la apropiación que su principal líder, Guillermo Estévez Boero, hizo de algunos de los textos canónicos del marxismo-leninismo.¹⁷⁸

El modelo de organización militante adoptado tuvo gran influencia en el desarrollo político de este núcleo y se consagró como una marca de origen distintiva, que perduró a lo largo del tiempo. El fundamento de la adopción de este formato derivaba, al menos en el caso del MNR, de una mixtura de influencias teóricas socialistas y de los condicionantes propios de un contexto imbuido en un espiral represivo particularmente virulento. De ese modo, el centralismo democrático operó como el “modelo originario” organizacional del PSP (Guberman, 2004), por lo menos a partir de 1974, al considerar que “toda organización lleva tras de sí la huella de las peculiaridades que se dieron en su formación y de las decisiones político-administrativas más importantes adoptadas por sus fundadores” (Panebianco, 1995: 109).

Antes de ello, el PSP originario padeció algunas tiranteces evidentes a raíz de esta cuestión. Como vimos, los miembros del MAPA, junto con algunos de sus aliados internos, recrearon dentro del PSP una especie de estructura paralela, que solía desconocer la legitimidad de la oficialmente consagrada. Esto produjo enfrentamientos ostensibles que derivaron en rupturas. Esta adopción, ade-

177 Rubén Giustiniani, entrevista, Buenos Aires, noviembre de 2015.

178 Como recuerda Héctor Cavallero: “Teníamos un gran nivel de organización. En ese sentido, el gran mentor de la organización partidaria fue Estévez Boero. Yo era el secretario de Organización. La gran persona que diseñó la organización fue Estévez Boero: lo hicimos juntos, pero él tenía más trayectoria que yo” (entrevista, Rosario, noviembre de 2015).

más, ponía en cuestión las credenciales socialistas de este grupo en particular: el centralismo democrático –de connotación leninista y, por ende, comunista– entraba en franca contradicción con los principios organizativos particulares de la tradición socialista argentina, más afecta a un modelo federativo y descentralizado. Esa pugna entre los al menos dos modelos alternativos quedó irresuelta. Sin embargo, el contexto autoritario vigente durante la primera década de vida del PSP justificó, de alguna manera, que la actividad partidaria se desarrollara de manera parcialmente clandestina y, por lo tanto, se adoptara un funcionamiento con estas características específicas. Por esta razón, la readecuación de ese esquema organizativo fue, más tarde, uno de los grandes desafíos que enfrentó el PSP una vez asegurada la estabilidad democrática.

MNR y MAPA: “Trabajemos mejor en casa” y la trilogía militante

Uno de los hitos de la institucionalización del MNR tuvo lugar, como ya dijimos, en el encuentro celebrado en Horco Molle (Tucumán) en 1963. El interregno transcurrido entre 1960, la fecha reconocida oficialmente como de fundación del MNR, y este encuentro es considerado por algunos de los protagonistas como propio de una etapa todavía informal de organización e, incluso, como un primer intento fallido.¹⁷⁹ El salto que implicó el encuentro celebrado en 1963 se evidenció en dos cuestiones: la formalización de una conducción nacional, integrada por Guillermo Estévez Boero, Héctor Cavallero, Marcos Rosa y Edgardo Galetti –fallecido de manera sorpresiva y sustituido por el también cordobés Roberto Simes–, y la aprobación de una serie de resoluciones vinculantes, entre ellas un documento de coordinación interna titulado “Trabajemos mejor en casa”.¹⁸⁰

179 La primera postura es sostenida por el dirigente tucumano Marcos Rosa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2016) y la segunda es defendida por Héctor Cavallero (entrevista, Rosario, noviembre de 2015 y en Bebán y Llopis, 2015).

180 Héctor Cavallero, entrevista, Rosario, noviembre de 2015.

Ese documento, que oficiaba como una especie de guía para el militante, estaba constituido por un articulado de trece puntos que dictaba sugerencias, recomendaciones y directivas para el funcionamiento de la organización en todos sus niveles. Desde el primer párrafo del escrito se reconocía la influencia de diversos referentes políticos y teóricos, aunque se preservaba de hacer cualquier alusión explícita al marxismo o de citar con nombre propio a los autores aludidos. Esta mención no resulta siquiera necesaria para establecer esa filiación, dado que el documento fundacional era un ostensible plagio de “Métodos de trabajo de los comités del Partido” del líder chino Mao Tse-Tung (2013 [1949]: 391 y ss.).¹⁸¹ Esa operación se justificaba de un modo peculiar, porque si bien se reconocía que el MNR tomaba “los métodos de trabajo e información” de los “grandes conductores de la Revolución Mundial”, estos se adaptaban, en un ejercicio de sincretismo teórico y reelaboración, en función de “nuestras necesidades y a nuestra realidad”.¹⁸² Como se deduce de lo antedicho, los nexos del MNR con el marxismo se centraban en aspectos prácticos, sobre los que mostraba una adscripción bastante fiel, y una interpretación heterodoxa sobre las cuestiones teóricas.¹⁸³

En “Trabajemos mejor en casa” quedaba claro, desde el principio, la importancia que tenía el llamado “responsable” en el funcionamiento de la agrupación. El responsable era el miembro designado por la conducción para liderar cada uno de los distintos grupos en los que se dividía la organización y, además, actuaba como el engranaje vital para la transmisión eficaz de las directivas de la Junta de Coordinación Nacional a las bases. En un guiño que delataba el plagio del original maoísta, el documento emparentaba al responsable con “un buen jefe de familia campesina” y establecía que su deber era el de “posibilitar la mayor realización orgánica y efectiva del trabajo político que le toca conducir”. No obstante, aclaraba que el responsable no actuaba en sentido estricto como un

181 Debo este dato a la atenta lectura de Ezequiel Larrosa.

182 “Trabajemos mejor en casa”, MNR, 1963.

183 Marcos Rosa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2016.

jefe de familia porque el funcionamiento debía ser democrático y, en tal sentido, “la minoría debe someterse a la mayoría”.¹⁸⁴

Además de orientar políticamente al grupo, el responsable tenía la obligación de configurar un método de trabajo para sus subalternos que fuera útil a los fines de la organización. La idea del “método” fue un elemento omnipresente en toda la trayectoria militante de este grupo político, como una garantía para un proceder adecuado y oportuno en todas las esferas. Como analizamos en el apartado anterior, la elección del responsable no estaba fundada en la legitimidad democrática, sino que resultaba de un criterio tendiente a lo meritocrático. Se consideraba que el elegido para ocupar tal responsabilidad era “el mejor compañero” (Carlos Nivio, entrevista, Mar del Plata, abril de 2013), es decir el más disciplinado al momento de cumplir las pautas fijadas por la conducción:

Para ser un buen responsable es necesario estudiar e investigar lo mejor posible. Al responsable le será difícil dirigir a los integrantes de la Junta o los frentes de trabajo si no se preocupa por realizar una labor de propaganda y organización entre ellos, si no sabe mantener buenas relaciones entre los miembros de la Junta ni estudia cómo conducir con éxito las reuniones.¹⁸⁵

Los ítems subsiguientes del documento se centraban en el funcionamiento específico de las reuniones y, en especial, en los modos de relacionarse entre los militantes. En el escrito se exigía que todos los problemas y diferendos fueran planteados en las reuniones, de manera frontal. Este requisito se planteaba como condición para evitar “hablar a espaldas de la gente” y, más importante aún, “colocar el problema sobre la mesa para discutirlo y tomar decisiones”. Esta condición no solo estaba orientada a garantizar una buena convivencia —“debe haber mutua comprensión”—, sino que además buscaba evitar la proliferación de disensos que atentaran contra la requerida unidad de acción. Señala Héctor Cavallero: “Nosotros tratábamos de ocultar las diferencias. Eso está planteado en ‘Tra-

184 “Trabajemos mejor en casa”, MNR, 1963.

185 Ídem.

bajemos mejor en casa': que los problemas se discuten adentro" (Héctor Cavallero, entrevista, Rosario, noviembre de 2015).

Otro punto central del documento se dedicaba a delinear la faceta "democrática" del modelo organizativo. La democracia en esta estructura estaba garantizada por la circulación eficaz de la información política, en primera instancia, y una extendida consulta y discusión con las bases de la organización, luego. Este procedimiento aseguraba, en teoría, una más eficaz toma de decisiones. Estas debían resultar acordes al sentir general de la organización y, vinculado a ello, requerían de cierto consenso colectivo para su correcta ejecución:

Quando nuestras decisiones incluyen las opiniones de los cuadros de todos los niveles, es natural que estos las apoyen. Lo que dicen los cuadros inferiores puede ser correcto y puede no serlo, es preciso analizarlo, debemos escuchar las opiniones de todos y actuar en concordancia. Si la dirección de la Junta de Coordinación es justa y correcta, se debe principalmente a que sintetiza los materiales, informes y las opiniones justas que le llegan de las diferentes Regionales.¹⁸⁶

El nivel de planificación organizativa presente en el "Trabajemos mejor en casa" alcanzaba también aspectos específicos de la conducta personal y militante, que en este tipo de estructuras están, en sentido estricto, indisociadas (Carnovale, 2011). El documento reproducía una serie de consignas tomadas también del original de Mao, que, a través de una imagen metafórica, exigía plena entrega a los miembros de la organización: "Aprender a 'tocar el piano'", "Asir firmemente", "Tener las cifras en la cabeza", "Bando a la población", "Menos pero mejores tropas y una administración más simple", eran algunas de ellas.¹⁸⁷ Estos lemas instaban al militante a un riguroso estudio de la "realidad nacional", supervisado y evaluado. También remitía a un estricto control sobre las instancias colectivas, a los requisitos para la correcta planificación de las reuniones –"No hay que apresurarse a convocar reuniones si no están bien

186 Ídem.

187 Ídem.

preparadas”—, así como a los tiempos y dinámicas para su ejecución, y exaltaba los valores de la puntualidad y la concisión discursiva. También el documento recomendaba “un estilo de vida sencillo y de lucha dura”. “En (...) ‘Trabajemos mejor en casa’ está escrito cómo teníamos que funcionar, la forma en la que nos teníamos que tratar entre los compañeros”, recordaba María del Carmen Viñas (entrevista, Mar del Plata, agosto de 2015).

Los últimos apartados retomaban la línea ideológica y programática de la organización, en una mixtura de consignas marxistas reelaboradas y adaptadas. El punto duodécimo establecía que el método de análisis se basaba en “trazar dos líneas divisorias”: entre la revolución y la contrarrevolución y, en segunda instancia, entre “los éxitos y las deficiencias” dentro del campo revolucionario. En una evocación heterodoxa del maoísmo, señalaba que era fundamental diferenciar los aspectos principales y secundarios para realizar un “estudio y análisis minucioso” de la realidad y establecer con precisión las mentadas “dos líneas”. Allí, llamaba a “constituir el FRENTE DEL PUEBLO por una Argentina libre o independiente”,¹⁸⁸ al retomar la vieja estrategia forjada por Georgi Dimitrov y traducida, en ese contexto y Mao Tse Tung mediante, en clave nacional.¹⁸⁹

El documento se clausuraba con la reposición de las implicaciones y alcances del centralismo democrático. En tal sentido, señalaba la obligación de que todos los responsables remitieran informes periódicos mensuales a la Junta Nacional, a modo de rendición de cuentas permanente. Los informes eran, a su vez, el resultado de la propia supervisión que el responsable había realizado sobre sus compañeros a cargo, un estado de situación. El responsable debía, al mismo tiempo, solicitar instrucciones a la dirección partidaria sobre cómo proceder ante diferentes problemas y coyunturas. Se

188 Ídem, las mayúsculas son del original.

189 La formación maoísta del MAPA es destacada por Héctor Cavallero (entrevista, Rosario, noviembre de 2015), Carlos Constenla (entrevista, Vicente López, octubre de 2014) y, desde un punto de vista crítico, por Víctor García Costa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015). A modo de ejemplo, Constenla señala: “Todos nosotros habíamos leído las obras de Mao Tse Tung, y toda nuestra estrategia política estaba diseñada a imagen y semejanza de la concepción frentista de Mao Tse Tung”.

advertía sobre la necesidad de “corregir el mal hábito de no pedir instrucciones previas a nivel de la Junta de Coordinación Nacional, ni presentarle informes posteriores”.¹⁹⁰

A modo de cierre, “Trabajemos mejor en casa” realizaba una apología justificativa del modelo organizativo adoptado al invocar razones de tipo estratégico y táctico. Al igual que el creador de este modelo de “democracia centralizada”, en el MNR se consideraba que esta era la estructura óptima para llevar adelante la tarea que se proponía, ya que ofrecía un grado de “unidad y coordinación excepcionales” para una optimización del “sacrificio de todos los integrantes del Movimiento”, y estaba concebida para garantizar la seguridad de sus miembros:

Toda la justeza de la organización en materia de coordinación, de disciplina, de seguridad, es esencial para los éxitos de nuestra línea política y para la seguridad personal del Movimiento, de cada uno de sus integrantes. Quien así no lo entienda, deberá ser reemplazado en la tarea porque no podemos dejar en manos de la desorganización, de la irresponsabilidad, ni la suerte del Movimiento ni la de sus integrantes.¹⁹¹

Asociado con este documento inicial, el MNR adoptaría tres años después el aludido lema militante que ya no abandonaría: “Estudiar, organizar y difundir”.¹⁹² Esa trilogía se convirtió en un complemento del “Trabajemos mejor en casa”, se estableció como una consigna de carácter imperativo para la organización: las reuniones de cada núcleo político se ordenaban en función de esos lineamientos. Así lo expresaba Guillermo Estévez Boero en abril de 1972 durante el lanzamiento del PSP:

El militante del Partido Socialista Popular deberá estudiar, organizar y difundir.

190 “Trabajemos mejor en casa”, MNR, 1963.

191 Ídem.

192 Según señalan Marcos Rosa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2016) e Inés Bertero, la consigna “organizar, estudiar y difundir” fue tomada del dirigente alemán Karl Liebknecht y adaptada por Estévez Boero. No hemos podido corroborar efectivamente el origen de la frase, pero está claro que tiene mucha familiaridad con otras consignas propias del socialismo de principios de siglo en cuanto a sus “tareas revolucionarias”.

¿Qué deberá estudiar? Deberá ESTUDIAR el gran pensamiento socialista de Marx y Engels, ya que el socialismo es una ciencia, por eso se estudia y no se intuye. El socialismo se practica en la calle, al lado de las masas y no en las piezas. Al estudio de los clásicos del marxismo deberá combinársele el estudio de la realidad nacional. El estudio de la realidad nacional marginado del ideario marxista lleva simplemente a crear vanas salidas como el populismo y el desarrollismo. Solamente la combinación del estudio de la teoría marxista y de la realidad nacional puede crear fecundamente el ideario de un partido auténticamente revolucionario.

Pero además, los compañeros del Partido Socialista Popular se deben ORGANIZAR sobre la base de un mínimo de comunidad ideológica, teniendo tres objetivos centrales e indispensables para la constitución de un partido revolucionario: el trabajo colectivo, el estudio colectivo y la elaboración colectiva. La militancia revolucionaria presupone un alto nivel organizativo que, en estas tierras dominadas por el imperialismo, permite defender la existencia de la organización y la seguridad de sus integrantes. Jamás debemos olvidar, que así como no hay un partido revolucionario sin teoría revolucionaria, no hay partido revolucionario ni revolución, sin organización revolucionaria.

Por último, los compañeros del Partido Socialista Popular deben, dentro de nuestra trilogía de trabajo, DIFUNDIR en forma permanente nuestros objetivos. Es preciso entender, qué es la difusión para una organización revolucionaria. Ella debe ser teórica y práctica. La difusión de nuestros principios en la masa no se realiza sólo por el volante y el folleto, ya que no somos una editorial. Además del volante y del folleto, esta difusión debe estar dada por la acción y la agitación de nuestros militantes en el seno de la masa (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 229-230).

Como se observa, la intervención de Estévez Boero alterna citas textuales –plagios, en sentido estricto– de autores marxistas clásicos –Lenin y Mao Tse Tung, los más evidentes– con cierta pátina

de corte nacionalista que se tornaría con el tiempo idiosincrática. La intervención explicitaba, al mismo tiempo, la vocación de la dirigencia del MAPA de proyectar sus métodos organizativos y su dispositivo militante al flamante Partido Socialista Popular. Como observamos, esa pretensión despertó un temprano rechazo y derivó en enfrentamientos con sus nuevos socios. Sin embargo, el salto partidario también implicaba para el grupo reformista de origen universitario una adecuación de su modelo militante, en especial si se considera el nuevo horizonte de participación, con otros desafíos y otras dificultades. Eso requería una “rectificación de la práctica”.

Del MAPA al PSP: del “copamiento” a la “rectificación de la práctica”

Como analizamos en la parte final del capítulo anterior, la dinámica organizativa del MAPA fue un foco de conflicto central entre este grupo y gran parte de los sectores vinculados al PSA. El MAPA buscaba un espacio en el que canalizar sus inquietudes políticas, mientras que el PSA ostentaba un sello partidario que habilitaba tal posibilidad, pero era débil por su bajo volumen de militantes. Víctor García Costa lo recuerda de este modo:

Ellos optaron por el socialismo argentino porque lo consideraron más débil estructuralmente y que le facilitaba el que resultó ser el objetivo de ellos, que fue el “copamiento”. Inmediatamente después del acuerdo constitutivo del partido, se lanzaron a copar el partido (Víctor García Costa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015).

Con una valoración diferente, pero en un sentido similar, algunos antiguos miembros del MAPA describen que el dispositivo de militancia fue diseñado para conquistar aquellos distritos en los que su grupo no tenía presencia, en especial la provincia de Buenos Aires y la Capital Federal. De este modo, por ejemplo, tomaron la decisión de trasladar a algunos de sus referentes a otros distritos y

desarrollar una coordinación más estrecha con el Grupo Evolución con el fin de, entre otras cosas, combatir a la vieja dirigencia.¹⁹³

Los principales dirigentes de este grupo se distribuyeron, desde un principio, la tarea de “desarrollar” distintas provincias, regiones y ciudades. Guillermo Estévez Boero nacionalizó su liderazgo, lo que lo llevó a tener estadías cada vez más prolongadas en la Capital Federal y a sostener una exhaustiva agenda de viajes al interior del país. Por su parte, Héctor Cavallero quedó a cargo de la provincia de Santa Fe –principal bastión del grupo–; Juan Carlos Zabalza se abocó al desarrollo de Entre Ríos; Oscar Bebán se hizo cargo de las provincias del NOA (Tucumán, Santiago del Estero y Jujuy); y Ricardo Marengo fue destinado al Chaco (Bebán y Llopis, 2014: 113). Esas tareas de desarrollo territorial se sostuvieron en el tiempo, con una rotación lógica de los dirigentes a cargo.

El PSP, tras la ruptura, asumió una serie de posturas políticas muy explícitas, entre ellas la reafirmación de sus métodos organizativos y procedimientos internos. En 1975, durante el II Congreso Nacional partidario, se sancionó su Carta Orgánica y se aprobó un importante documento, cuya autoría es atribuida a Héctor Cavallero (Guberman, 2004; Bebán y Llopis, 2014). Allí se planteaba, tras un somero recorrido histórico, la necesidad de reconfigurar la estrategia partidaria y organizativa, desprendiéndose de ciertas inercias de la militancia universitaria. “Rectificar la práctica para construir el Partido de los Trabajadores”, aprobado el 6 de julio de 1975, fue considerado como un nuevo punto de partida “depurado de oportunistas y socialdemócratas”.¹⁹⁴

Este documento señalaba los límites de una estrategia considerada válida hasta entonces, fundada en un funcionamiento celular y por frentes, y fijaba el desafío de constituir un instrumento partidario con capacidad para integrar a otros sectores a su vida orgánica. Así, parecía que se retomaba en muchos aspectos una discusión

193 Carlos Spini, entrevista, Buenos Aires, marzo de 2016, María Elena Barbagelata, entrevista, Buenos Aires, noviembre de 2015, y Ricardo Cuccovillo, entrevista, Villa Elisa, octubre de 2013.

194 “Rectificar la práctica para construir el Partido de los Trabajadores”, PSP, 5 y 6 de abril de 1975.

preexistente dentro del MAPA, en especial acerca de las dificultades que tenían para deshacerse de su perfil universitario. Según Guberman (2004: 55-56), este documento fue una respuesta a una demanda histórica de algunos sectores, quienes reclamaban una mayor apertura del PSP. “Rectificar la práctica...”, documento central en esta etapa del partido, marcaba la impronta que la nueva organización pretendía darse. Allí, el PSP reafirmaba su compromiso teórico-ideológico con el materialismo histórico y su convicción de que se trataba de una forma objetivamente superior de análisis científico y construcción política: “Nuestro Partido sustenta una concepción y principios de prácticas que pueden considerarse los más avanzados del mundo”, se afirmaba en el documento.¹⁹⁵ La combinatoria de un instrumental teórico calificado de infalible, utilizado para dilucidar las particularidades de la realidad nacional, con una organización sólida y disciplinada era la fórmula que los dirigentes del PSP consideraban ideal para conquistar la Liberación Nacional. Reivindicándose como “socialistas científicos”, los socialistas populares articulaban esa inscripción marxista con un irrenunciable y ostensible nacionalismo (Guberman, 2004), lo que los acercaba a una especie de maoísmo larvado o “chinoísta”.¹⁹⁶ Este matiz en clave nacionalista oficiaba de subterfugio ideológico para que PSP pudiera tomar distancia del Partido Comunista y, en menor medida, de cualquier otra forma de ortodoxia. Ese conflicto latente mezclaba, al mismo tiempo, diferendos teóricos con reyertas políticas más pedestres, que incluían a algunos de sus otrora compañeros.¹⁹⁷

Por su parte, la Carta Orgánica, sancionada el mismo día que el documento, dejaba entrever tensiones similares. El relanzado PSP se confrontaba entre las condiciones derivadas de su inscripción en

195 Ídem.

196 Víctor García Costa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015. Ver Rojas (2006).

197 En ese sentido se expresa Carlos Constenla (entrevista, Vicente López, octubre de 2014): “[Víctor] García Costa fue sostenido durante todo este conflicto por el Partido Comunista (...). El Partido Comunista encontró de esa manera una forma de combatir a un grupo al que no le podía ‘encontrar la montura’, que era el PSP, con el añadido y el agregado que tenía mucho que ver en nuestra elaboración político-cultural el pensamiento maoísta”.

el socialismo argentino, entre ellas los estatutos heredados de la fusión de 1972, y las prácticas que arrastraban desde la experiencia del MNR y el MAPA. A las exigencias de establecer un estatuto acorde a la normalidad institucional vigente en 1975, se le contraponía una modalidad de funcionamiento casi inercial y que este grupo no estaba dispuesto a abandonar del todo.

La Carta Orgánica reconocía al Congreso Nacional como la autoridad suprema del partido, cuyas funciones eran fijar la “línea política”, elegir a las autoridades y efectuar las modificaciones a “la Carta Orgánica, Declaración de Principios, Bases de Acción Política y Programa”. Sin embargo, y como ocurre en muchos otros casos, las esporádicas reuniones del Congreso, dada su dificultad operativa y logística, constituía al Comité Nacional del partido en la verdadera autoridad competente para guiar la actividad de la organización en la práctica.¹⁹⁸ El Comité, por su parte, era elegido por el Congreso y guardaba para sí atribuciones sustantivas como, por ejemplo, “interpretar las disposiciones de la [...] Carta Orgánica y reglamentarla total o parcialmente”,¹⁹⁹ “adoptar resoluciones en caso de conflictos partidarios pudiendo intervenir las Federaciones en todos sus niveles y a los demás organismos del Partido”²⁰⁰ o “reglamentar y organizar el registro de afiliados”.²⁰¹ También tenía la potestad de decidir sobre la concurrencia del partido a elecciones en todos los niveles y con respecto a la conformación de alianzas con otras fuerzas políticas.

La lógica de ordenamiento territorial, por centros y federaciones, se asemejaba en algunos aspectos a la vieja estructura del PS (ver Berenzstein, 1991). Sin embargo, esta estructura territorial “tradicional” se complementaba por otra forma de organización: los llamados “frentes de acción”. Este formato de ordenamiento político, similar al de otras fuerzas de la llamada “nueva izquierda”, se basaba en una lógica sectorial de la militancia, en la que se coordi-

198 En sentido estricto, esto no lo distinguía en demasía del viejo PS en el que “el comité ejecutivo concentraba atribuciones ejecutivas que implicaban en la práctica un manejo discrecional de los asuntos partidarios”, como explica Berenzstein (1991: 15).

199 Carta Orgánica del Partido Socialista Popular, 5 y 6 de abril de 1975, artículo 21, inc. 8.

200 *Ibidem*, artículo 21, inc. 11.

201 *Ibidem*, artículo 21, inc. 14.

naba a los miembros activos de la organización en función de sus actividades específicas (universitario, gremial, barrial, etcétera). Los frentes de trabajo no contaban con la misma autonomía que las federaciones, estaban coordinados en su totalidad desde la conducción. Esta decidía tanto la creación como la disolución de cada uno de los frentes y tenía la autoridad para definir –y remover– a sus responsables respectivos. La estructura de frentes estaba concebida para la “acción política” y, en alguna medida, era complementaria con la lógica territorial.

De todas formas, estas disposiciones estatutarias que ordenaban al PSP no nos dicen demasiado del funcionamiento partidario concreto y de las dinámicas “militantes” específicas. Incluso cuando las instancias se respetaban formalmente –por ejemplo, la realización periódica del Congreso–, imperaba una lógica que, de cierta manera, las vaciaba de sentido. Renuentes a ciertas discusiones, en el partido se intentaba por todos los medios mitigar la manifestación de disensos en las instancias formales. Era impensado que una resolución o candidatura no se resolviera por aclamación en el Congreso, es decir por unanimidad.²⁰²

Es preciso contemplar, de todos modos, que la Carta Orgánica fue sancionada durante uno de los pocos momentos de vigencia de las instituciones democráticas en esos años, una isla de normalidad en un océano de violencia. La propia Carta contemplaba en sus “disposiciones transitorias” la posibilidad de interrumpir su vigencia en caso de “suspensión de los derechos y garantías constitucionales, de grave perturbación pública, de anormalidad institucional y política que impidan el normal desarrollo de las actividades partidarias”.²⁰³ Fue así que, durante el autodenominado Proceso de Reorganización

202 Este rasgo es señalado por la mayoría de los entrevistados del PSP y, como complemento, señalado por militantes de otras organizaciones políticas, en particular por los miembros del socialismo democrático. A modo de ejemplo, María del Carmen Viñas (entrevista, Mar del Plata, agosto de 2015): “Había esas tensiones, que nosotros las percibíamos, desde arriba, pero nosotros no conocíamos, porque estaba una especie de ‘secretismo’ de las internas que nosotros no creíamos que existían, pero de hecho existían. Era eso, el gran respeto por la autoridad, pero también por el planteo, no como una cosa ‘sí porque sí’, sino porque uno entendía que era así”.

203 Carta Orgánica del Partido Socialista Popular, 5 y 6 de abril de 1975, artículo 89.

Nacional (en adelante PRN), el PSP retrotrajo su modo de funcionamiento a uno similar al que había llevado adelante durante el anterior ciclo autoritario, es decir al centralismo democrático *stricto sensu*.²⁰⁴

Esta forma de funcionamiento nunca fue abandonada del todo por el grupo de militantes procedentes MAPA. Pero fue retomado con mayor intensidad a partir de 1975-1976, cuando la situación política se agravó definitivamente. El dispositivo estaba pensado para funcionar en contextos de inestabilidad política y riesgo probado de persecución, como el que imperaba en ese momento. Esta forma de coordinación, a pesar de sus rasgos autoritarios, fue valorada por los militantes como uno de los elementos centrales para el afianzamiento de la organización. El PSP, curiosamente, se consolidó en ese contexto autoritario y de fuertes restricciones a la actividad política.

El centralismo democrático reproducía, en la práctica, la estructura de tipo celular basada en grupos reducidos, sin vínculos ni conexiones entre ellos. Mantenía una estricta supervisión sobre la actividad que desarrollaban los militantes y una modalidad verticalista en la toma de decisiones. Así, la conducción partidaria decidía sobre cuestiones políticas y personales, incluidas la vestimenta, el aspecto o las relaciones interpersonales.²⁰⁵ Combinado con una prédica ascética —en ciertos rasgos afín a la del socialismo histórico (Guberman, 2004)—, esto habilitaba a que los dirigentes pudieran censurar desde hábitos alimenticios hasta formas de esparcimiento,

204 Gustavo Galland (entrevista, La Plata, agosto de 2013); María del Carmen Viñas (entrevista, Mar del Plata, agosto de 2015); Rodolfo Súccar (entrevista, San Miguel de Tucumán, octubre de 2015), entre muchos hacen mención a este proceso.

205 “Generaba una organización extremadamente vertical con esta ideología del centralismo democrático que tenía un 90% de centralismo y un 10% de democracia, en el que vos podías discutir en el grupo tuyo y después de eso, en el mejor de los casos, el responsable lo elevaba a la reunión siguiente de acuerdo a su interpretación de lo que se había discutido. La organización era una organización para la clandestinidad, cerrada, muy cerrada, que estaba, por supuesto, con un fuerte condimento de disciplina, (...) era la concepción del revolucionario las veinticuatro horas del día, no había vida privada, era toda vida para el partido, de lunes a lunes. Hasta las relaciones de parejas estaban pautadas con ciertos cánones en la organización. Muy bien se nos tildó desde afuera de ‘mormones’. Una organización tan cerrada, que tiene una cultura organizacional tan fuerte, también pauta hasta la manera de vestir de sus integrantes” (Alfredo Lazzarotti, entrevista, La Plata, abril de 2013).

con un especial énfasis en la prohibición del consumo de alcohol y drogas. El fuerte nacionalismo del PSP justificaba, asimismo, otras restricciones similares, como la del consumo de ciertos productos foráneos. Estos ítems incluían conjuntos musicales, marcas o indumentarias (por ejemplo, se cuestionaba el uso de *jeans*). Como en toda estructura de este tipo, existía un umbral considerable entre la pretensión de control de los dirigentes y el efectivo cumplimiento por parte de los militantes.

No obstante, la ponderación del centralismo democrático fue extendida entre dirigentes y militantes, incluso años después. Por ejemplo, Antonio Bonfatti señalaba:

Nosotros hemos atravesado por diversas etapas en el Partido Socialista. Una etapa de centralismo democrático en la que todo pasaba por determinados moldes. La contracción severa al estudio, a la verificación, a la práctica, todo esto fue positivo porque hizo posible que estuviésemos todos vivos, y con una formación integral, que tuvo un sesgo negativo porque todo pasaba por determinados carriles, a veces dogmáticos (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 58-59).

En efecto, este modo de funcionamiento fue valorado más como un dispositivo eficaz para atravesar contextos autoritarios, por su rasgo “centralista”, de férreo control de la militancia, que por su componente “democrático”:

Había una camada de compañeros y compañeras que se habían fogueado en una participación política con una concepción muy militante, a veces sectaria, pero que en época de dictadura era fundamental para corregir aspectos disciplinarios del comportamiento para que no tuviésemos que sufrir ninguna pérdida humana, que era nuestra finalidad (Raúl Garo en *ibidem*: 136).

Ese modelo organizativo exigía, además, una intensa actividad militante, requería un altísimo grado de entrega y dedicación. Las reuniones eran recurrentes y operaban como instancias de discusión, coordinación y seguimiento. Como vimos, la “rendición de

cuentas” en la organización se articulaba “de abajo hacia arriba”: los militantes eran supervisados por sus responsables y estos, a su vez, debían informar a su instancia superior sobre lo realizado. Ese procedimiento llevaba el nombre de “verificación” y constituyó una de las bases del dispositivo organizativo del PSP durante, al menos, su primera década de vida.

La verificación en el PSP era articulada por la llamada “trilogía militante”: “*Estudiar, Organizar y Difundir*, no será solamente una consigna sino el método que potenciará el crecimiento y la orientación revolucionaria de la acción” (Bebán y Llopis, 2014: 113).²⁰⁶ De esta manera lo resume Inés Bertero:

Existían las listas de textos que se utilizaban para la formación de los cuadros de militantes, existían las listas del trabajo político de cada compañero, la distribución de *La Vanguardia*, los folletos de invitación para los diversos actos, y por supuesto se verificaba la difusión de todo ese material y el trabajo político para ampliar las bases del partido (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012:39).²⁰⁷

En ese sentido, el estudio y la lectura eran centrales: se partía del supuesto de que era imprescindible conocer la realidad para poder transformarla. Asimismo, el estudio era ponderado como una variable central en la valoración de los militantes: “La participación

206 Marcos Rosa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2016) señala: “‘Estudiar’, pero no era un lema así nomás tirado al voleo, era una práctica. Porque nosotros hacíamos los grupos de estudio, se leía, semanalmente se reunía a estudiar, había lecturas recomendadas por el MNR. ‘Estudiar’, después ‘difundir’. Estudiar para saber de qué hablar, qué decir, saber cómo analizar la realidad nacional, la realidad de la universidad. Y ‘organizar’ ya se trataba de con el estudio y con la difusión ir ganando adeptos al MNR, al MAPA y al socialismo. Esa era la trilogía del militante: estudiar, difundir, organizar”.

207 En el mismo sentido, Alfredo Lazzeretti (entrevista, La Plata, abril de 2013) relata con mayor detalle: “Nos juntábamos a las siete de la tarde, leíamos una hora, y después de eso [nos preguntaban] qué habíamos leído, cuántas ‘*Vanguardias*’ habías repartido, teníamos un listado de gente conocida –que era la famosa ‘lista’ que, en teoría, era el mayor capital del militante–. Vos tenías que ir a ver a esa gente todas las semanas, llevarle *La Vanguardia* cuando salía, pedirle una contribución económica para el partido y dentro de esa ‘lista’ vos tenías algunos ‘jerarquizados’ que eran los que más cerca del partido estaban, que era la gente que vos invitabas para los actos. El otro punto era cuánta gente habías sumado al ‘grupo de lectura’ que era el paso previo para entrar al partido. Recordemos que el marxismo-leninismo tiene esa concepción de que ‘solo los mejores entran a la organización’”.

en los grupos de lectura es un paso clave en el ascenso en la jerarquía del partido puesto que de los grupos de lectura se selecciona a los futuros integrantes de los grupos orgánicos” (Guberman, 2004: 44).

El repertorio de bibliografía incluía un diverso y heterogéneo conjunto de autores del amplio universo del “socialismo científico”, entre los que se destacaban Karl Marx, Friedrich Engels (*Manifiesto del partido comunista, El dieciocho brumario de Luis Bonaparte, La crítica del programa de Gotha, Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana, Introducción a la crítica de la Economía Política*, etcétera) y Lenin (*Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática, Estrategia y táctica del partido revolucionario, Tareas de la revolución, ¿Qué hacer?*, entre otras). En la misma línea, se estudiaban también a Mao Tse Tung (*Acerca de la práctica, Sobre la contradicción*), Ho Chi Minh (*El leninismo y la liberación de los pueblos oprimidos*), Kim Il Sung (*La construcción del socialismo*), José Carlos Mariátegui (*7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*), o Vivian Trías (*Imperialismo y geopolítica en América Latina, El imperio británico*). Las obras introductorias de divulgación marxista de George Politzer (*Principios elementales de filosofía*) y Leo Huberman (*El ABC del socialismo*) eran fundamentales en las etapas iniciales de la formación militante; de hecho, el trabajo de Huberman fue publicado bajo el título *Principios fundamentales del socialismo*, por la federación santafesina del PSP. Muchos de los textos de formación marxista se conseguían en ediciones baratas de la Editorial Anteo –ligada al Partido Comunista– y, por lo general, eran adquiridos en cantidad por Guillermo Estévez Boero, para luego ser distribuidos entre la militancia a un valor simbólico.²⁰⁸

También se leían obras de algunos autores argentinos considerados relevantes dentro de la tradición ideológica heterodoxa en la que se inscribía el socialismo popular. En ese listado se incluían figuras socialistas de renombre, sobre todo aquellas que presentaban algunas credenciales nacionalistas o, en su defecto, algún tipo de ligazón con la historia del reformismo universitario argentino.²⁰⁹ Estaban incluidos, entre otros, los socialistas Alfredo Palacios (*Nuestra*

208 Héctor Cavallero, entrevista, Rosario, noviembre de 2015.

209 Esta cuestión será materia específica del capítulo 4 de este libro.

América y el imperialismo), Manuel Ugarte (*La Nación Latinoamericana*) y José Ingenieros (*El hombre mediocre*); el comunista Aníbal Ponce (*Educación y lucha de clases*); los revisionistas Arturo Jauretche (*Zonceras argentinas, El medio pelo en la sociedad argentina*), Rodolfo Puiggrós (*Historia crítica de los partidos políticos*) y Raúl Scalabrini Ortiz (*Historia de los ferrocarriles en la Argentina*).

La formación también incluía la lectura de obras literarias consideradas significativas para la formación militante, por ejemplo *Así se templó el acero* de Nikolái Ostrovski —emblema del realismo soviético—, *Diez días que conmovieron al mundo* de John Reed, *Rojo y negro* de Stendhal, *Germinal* de Émile Zola, *Un toque de infinito* de Howard Fast, *La vorágine* del colombiano José Eustasio Rivera, *Fontamara* de Ignazio Silone, entre muchas otras.²¹⁰ Por último, también se estudiaba cierta literatura académica sobre los procesos históricos de Europa y, fundamentalmente, de América Latina, entre la que figuraba la voluminosa *Historia Contemporánea de América Latina* del historiador argentino Tulio Halperín Donghi o algunos pasajes de *Historia de las ideas políticas en Argentina* de José Luis Romero.²¹¹

El PSP también producía algunos documentos y folletos orientados a la formación interna, por lo general fruto de la pluma del propio Guillermo Estévez Boero, por ejemplo, la conferencia “Realidad Política Argentina” (RPA) (1971):

Para nosotros era fundamental “estudiar, organizar y difundir”, que esa era la consigna. ¿Cómo se manifestaba eso? Se manifestaba en una fuerte estructura orgánica del partido, y en esa estructura orgánica el componente formativo era importantísimo. Las reuniones tenían que empezar con lectura, se leían los clásicos, pero también se leían algunos artículos de actualidad nacional. El objetivo nuestro era la formación de cuadros y en nuestro objetivo no podíamos dejar improvisada la formación.

210 Carlos Constenla, comunicación personal, octubre de 2016.

211 Todas las referencias bibliográficas mencionadas se derivan de los distintos testimonios recabados a lo largo de la investigación, por lo tanto la lista no es exhaustiva y puede presentar algún error involuntario. Tampoco consignamos aquí la fecha de publicación de los textos, dado que lo relevante sería poder precisar las ediciones específicas que fueron consultadas.

Había toda una lectura que tenía una lógica, que cumplía el objetivo de formar a los compañeros en el conocimiento de la realidad argentina, de su historia, y fundamentalmente de la historia latinoamericana y de algunos aspectos de la historia mundial, sobre todo las grandes revoluciones que se habían producido en el mundo (Rodolfo Súccar, entrevista, San Miguel de Tucumán, octubre de 2015).

Las reuniones tenían una instancia de “lectura colectiva”, que resultaba de un debate entre los participantes, previo a las verificaciones de las “lecturas individuales” que los militantes debían realizar por su cuenta: “No era lectura, era estudio. Teníamos lectura individual, que rendíamos cuenta en la reunión semanal, y lectura colectiva de grupo, eso era lo primero que se hacía en cada reunión” (María del Carmen Viñas, entrevista, Mar del Plata, agosto de 2015).

El imperativo de “organizar” era probablemente el más importante de todos y apuntaba a formas de reclutamiento, seguimiento y promoción de sus miembros. En ese sentido, los militantes “orgánicos” tenían la responsabilidad de vincularse con personas allegadas al partido –afiliados, simpatizantes, adherentes–, con los que debía hacer un “seguimiento” y mantenerlo informado sobre la agenda partidaria (Guberman, 2004). El método de verificación en este caso se llevaba a cabo a partir de listados de personas que cada militante conformaba con su responsable. El militante tenía el compromiso de “trabajar” su lista, visitar a esos allegados con regularidad y mantenerlos dentro de la órbita partidaria. Sobre esos listados se articulaba la incorporación de nuevos militantes al partido:

...era la famosa metodología del trabajo de lista, el trabajo personal, uno a uno, con personas amigas, familiares, conocidos, compañeros de trabajo, de estudio, para difundir las ideas del socialismo, porque lógicamente no había otros mecanismos para hacerlo (Miguel Lifschitz en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 165).

Bajo la misma lógica se llevaba a la práctica el precepto de la “difusión”. En contextos de normalidad institucional, lo usual era

repartir la prensa partidaria, *La Vanguardia Popular*, entre los allegados. En tiempos autoritarios, se optaba por la circulación de algunos documentos mecanografiados —generalmente firmados por el Comité Nacional en conjunto o por Estévez Boero—, pero en este caso se hacía de una manera mucho más controlada y restringida. La difusión, como se percibe, tenía más sentido en un contexto democrático, cuando era necesario dar a conocer las propuestas de campaña a un universo más amplio de personas, no restringida a los militantes orgánicos; no obstante, se lo consideraba uno de los pilares fundamentales de la lucha contra el autoritarismo.

Esta forma de organización y de coordinación de la militancia ganó sentido y se consolidó en tiempos autoritarios. A su manera, fue vital para ofrecer resguardo a aquellos que se vieran amenazados y, al mismo tiempo, mantener algún tipo de actividad partidaria más allá de las restricciones formales. El imperativo de proteger a la militancia es uno de los pilares del centralismo democrático, al menos en la versión del PSP. Este resulta un factor a considerar para poder comprender e interpretar la conducta política de la organización durante el período que abarca el tercer peronismo y la última dictadura militar. A eso nos dedicaremos en el siguiente apartado.

El PSP frente al gobierno de Isabel y al Proceso de Reorganización Nacional

Si para 1974 la crisis intestina del peronismo se había desatado definitivamente, en 1975 ya era irrefrenable (Franco, 2012). La muerte de Perón no hizo más que agravar el cuadro de violencia y desconcierto que dominaba. Tras su II Congreso Nacional, el Partido Socialista Popular había ratificado su línea programática y, en consecuencia, su apoyo al peronismo. Allí señalaba que el retorno de Perón al gobierno había sido un signo de “alto nivel de madurez, de asimilación y de superación del pasado” y sentenciaba que ese era “el único camino para derrotar a los enemigos del pueblo y construir, en forma independiente, un futuro mejor para

las mayorías nacionales”.²¹² Reiteraba la necesidad de conformar un Frente del Pueblo; de disuadir las diferencias entre los sectores populares, las clases medias y la pequeña burguesía; y de realizar una convocatoria amplia que integrara a las mayorías nacionales. Criticaba a los liberales y a los “ultrarrevolucionarios” por no reconocer que “a pesar de sus debilidades y errores, [el gobierno] representaba lo nacional y lo popular, porque representaba y merecía la confianza de la inmensa mayoría de los trabajadores y de los sectores populares”, e indicaba que el PSP jamás tomaría un camino antipopular o antinacional.²¹³

La situación acuciante y la crisis económica que asediaba al gobierno de Isabel Perón tras el “Rodrigazo”²¹⁴ llevaron al PSP a asumir una posición más crítica, pero contraria a cualquier posibilidad de interrupción golpista.²¹⁵ En esa línea, hacía un llamamiento a la unidad nacional y a una política de concertación que “nacionalice los monopolios, que expropie a la oligarquía y que asegure la libertad, el bienestar y la independencia nacional”.²¹⁶ Denunciaba a los monopolios extranjeros y a la oligarquía terrateniente, y acusaba a los medios de comunicación de “antinacionales y antipopulares” por ejecutar una campaña psicológica que alimentaba el caos y la incertidumbre. Al mismo tiempo, condenaba la lucha armada en todas sus formas por contribuir al derrumbe de las instituciones y atentar contra la soberanía popular, así como alertaba sobre la posibilidad de un nuevo golpe de Estado: “La noche que vendrá será la noche más oscura”. Consideraba que era “preciso suprimir, por

212 “Programa Popular para la Liberación Nacional”, II Congreso Nacional del PSP, 5 y 6 de Julio de 1975.

213 Ídem.

214 Cavarozzi y Gutiérrez (1999) explican: “El ministro de Economía anunció un programa conocido como el ‘rodrigazo’, cuyas medidas principales estaban orientadas, en lo inmediato, a detener la inflación, a aumentar la capacidad de marginalidad del Estado y a limitar los aumentos salariales. Para ello, se liberalizaron los precios, se devaluó el peso en 100%, se aumentó 175% la gasolina y 75% la electricidad, y se tomaron otras medidas de tono similar”; el resultado fue un derrumbe del salario real de tremendas dimensiones y una intensificación de los conflictos sindicales. Ver De Riz (1986) y Di Tella (1983).

215 Esta posición antigolpista y contraria a la vía armada coincidió con la postura de otros partidos de izquierda, en particular, pero no exclusivamente, con la del Partido Comunista Revolucionario (PCR) (Campiono, 2007).

216 *La Vanguardia Popular*, septiembre de 1975.

miope y antiargentino, todo cálculo político basado en el fracaso del gobierno electo por el pueblo” y llamaba a “acordar un plan nacional que asegure el respeto de la soberanía popular, la defensa de los intereses de las mayorías nacionales y el imperio de la libertad, el bienestar y la independencia nacional”.²¹⁷ Sostenía que era necesario “reconstruir la unidad nacional en base a un programa común”.²¹⁸ El golpe de Estado no hizo más que confirmar algunos de los peores augurios que albergaba la dirigencia del PSP.

La deriva del gobierno peronista, así como la incursión militar largamente anunciada, impactaron en la conducta política del socialismo popular tanto a nivel organizativo como táctico-político. En cuanto a lo organizativo, algo ya adelantamos: la inestabilidad política y la amenaza represiva reforzaron el centralismo democrático. La supervisión de la conducción partidaria se intensificó como nunca antes, convirtiéndose en un dispositivo orientado principalmente a evitar, dentro de lo posible, el secuestro, la desaparición o la muerte de sus militantes. En la misma clave, el partido fue limando las aristas más combativas de su discurso público y erradicando la fraseología socialista y marxista de sus documentos. Como contraparte, exacerbó su discurso contrario a la lucha armada, realzó sus tópicos nacionalistas y convirtió sus tradicionales consignas frentistas en grandes convocatorias nacionales que, por supuesto, incluían a las Fuerzas Armadas.²¹⁹

Desde el punto de vista organizativo, por lo tanto, lo que se vivió fue una acentuación de los mecanismos de control interno: “Las épocas de los golpes de Estado y de las dictaduras que nos tocó vivir exigían una organización rígida, cerrada, y una dirección política también bastante centralizada” (Gustavo Galland, entrevista, La Plata, octubre de 2014). La conducción del PSP tomó una serie de decisiones en torno a ello, en particular una vez concretado el golpe militar. Si bien se sostuvo la vida orgánica, en una situación de semiclandestinidad, el PSP, a pesar de no ser una de

217 “El Partido Socialista Popular y la situación actual”, PSP, 17 de noviembre de 1975.

218 *La Vanguardia Popular*, febrero de 1976.

219 La convocatoria incluía a todos los partidos políticos, a la CGT, a la CGE, a la Federación Agraria Argentina, a las Fuerzas Armadas y a la Iglesia.

las organizaciones inhabilitadas por la dictadura –aunque sí lo fue el MNR (Quiroga, 2003)–, decidió dejar de publicar su periódico *La Vanguardia Popular*. Asimismo, prohibió explícitamente que sus dirigentes más encumbrados se marcharan al exilio. Así lo explica Héctor Cavallero:

Nosotros nunca estuvimos de acuerdo con la lucha armada. Lo que sí, resistimos. Eso no nos daba inmunidad para nada. Nosotros protegíamos la vida de nuestros compañeros. En el caso mío, como fui secretario de Interior y Organización del PSP (...), me tocaba (...), siempre que detenían a un compañero o que torturaban a un compañero, ir a la casa de los padres a comunicárselo. Lo que te quiero decir es que a la mayoría de los compañeros les salvamos la vida y, además, los dirigentes dieron un ejemplo que no tenían otras organizaciones: los miembros del Comité Nacional teníamos prohibido exiliarnos. A algunos compañeros los escondimos, los íbamos transfiriendo, nosotros entendíamos que la “selva” para esconder gente eran las grandes ciudades (entrevista, Rosario, noviembre de 2015).

La vida orgánica del partido se sostuvo mediante un funcionamiento celular acotado, supervisada con celo por la conducción nacional: “El centralismo democrático ayudó a la supervivencia de todos los compañeros. A la semana del golpe nosotros empezamos a funcionar en células pequeñas, pero por ahí en algún momento hacíamos una especie de plenario, pero en dos lugares diferentes” (María del Carmen Viñas, entrevista, Mar del Plata, agosto de 2015). La actividad partidaria era nutrida periódicamente por una diversidad de artículos y manuscritos generados desde la dirección nacional; con ello intentaban generar algunos debates y realizar diagnósticos sobre la situación del país. Asimismo, se había instado a la militancia a reducir al mínimo la actividad política pública, reorientándola a otro tipo de participación, entre los que se destacaron los centros de estudios.

Estos fueron un engranaje fundamental en la subsistencia del PSP durante la dictadura, no solo por su capacidad de contener y mantener vinculados a los militantes en una actividad de bajo riesgo

—en particular, a los graduados universitarios—, sino también como una forma de conformar una masa crítica afín, orientada al desarrollo de propuestas para diferentes áreas de la gestión pública, pasibles de ser implementadas en un todavía incierto futuro democrático.²²⁰ Desde estos espacios se promovía la coordinación de profesionales afiliados o allegados al partido, se organizaban charlas sobre diferentes temáticas y se publicaban regularmente algunos folletos o cuadernillos derivados de esas actividades.²²¹ A su vez, permitían a los miembros del PSP articular con algunos intelectuales extra-partidarios, como Félix Luna, Saúl Gorban o Alejandro Rofman; generar actividades orientadas a un público más amplio; organizar equipos capacitados para el diseño de políticas públicas y la acción de gobierno, entre otras cuestiones.²²² El historiador Darío Macor lo explicó de esta forma:

El PSP funcionó como un aparato pequeño para contener a todo lo que se podía contener cuando llegó la noche. ¿Contenerlos para qué? Para que no los absorba en exclusividad la actividad privada, que sigan siendo médicos, sí, pero no médicos encerrados en la actividad privada, sino médicos que vinculan la profesión con la política, y eso era, a la vez, un perfecto dispositivo para no huir a otras tradiciones políticas, o para no caer en el mundo de lo privado cuando la dictadura le quitó todo

220 Así recuerda Marta Díaz la experiencia de Rosario: “El Centro de Estudios Rosario, que fue una institución creada en 1976 cuando se produce el golpe de Estado en la Argentina, y que concentraba a docentes, sobre todo docentes universitarios, que habían sido expulsados de sus puestos y que trataron de encontrar un espacio para leer, reunirse y realizar discusiones políticas. Con el transcurrir de los años este Centro de Estudios Rosario fue dirigido por una comisión directiva de lo que era entonces el Partido Socialista Popular (PSP). Yo me integro dando unos cursos y luego empezamos a trabajar en algunos grupos de lectura sobre el tema de cultura e identidad nacional. Realizamos algunos congresos sobre ese tema” (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 84). La experiencia de los centros de estudios se replicó en otras ciudades de Santa Fe (Casilda, Las Parejas, entre otras) y del resto del país (Mar del Plata, Capital Federal, entre otras) aunque con diferente grado de éxito. Se refieren al tema Juan Carlos Zabalza (entrevista, Rosario, noviembre de 2015), Mario Drisun (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 111) y el primer director del Centro de Estudios Rosario Raúl Garo (*ibidem*: 138).

221 Inés Bertero, entrevista, Rosario, septiembre de 2016.

222 Alejandro Rofman, entrevista, Buenos Aires, agosto de 2016.

sentido a la política. Eso obviamente obliga a una organización celular para resistir en esos años, obliga a mover a los militantes de un pueblo a otro, si no hay exilios, a modo de exilio interno para sobrevivir. Y obliga a mantener ese vínculo. El partido en los años de la dictadura era una red de sociabilidad, un grupo pequeño donde todos se miraban a sí mismos. Esa red de sociabilidad que mantiene una pequeña estructura de cuadros, pero, fundamental, impide la fuga de los militantes hacia ese refugio dulce de la vida privada (2012).

Otro aspecto, quizá más controvertido, tiene que ver con la decisión de la conducción del PSP de mantener una política no beligerante contra el gobierno militar, mediante una serie de estrategias articuladas entre sí. La principal decisión del PSP fue, como señalamos, manifestar su posición contraria a la lucha armada y, simultáneamente, eliminar de todos sus documentos políticos cualquier expresión inconveniente, que pudiera de algún modo emparentarlos con las organizaciones catalogadas como “subversivas” por el gobierno militar.²²³ Al mismo tiempo, la conducción intentaba mantener algunos canales de comunicación con las Fuerzas Armadas para reducir el riesgo de persecución y contar con una vía directa de reclamo en caso de que alguno de sus militantes fuera finalmente capturado, cosa que ocurrió en algunos pocos casos.²²⁴ El dirigente Carlos Spini lo explica de esta manera:

223 Así lo entiende Inés Bertero (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 41) cuando explica: “Creo que salvamos nuestras vidas porque nuestra posición crítica frente a la lucha armada fue públicamente clara. Nosotros tuvimos serias confrontaciones en el ámbito universitario con los diversos sectores que sostenían esta posición nihilista reñida con nuestra realidad y con la vida”.

224 El grupo más afectado por la persecución fue el afincado en la provincia de Tucumán. Marcos Rosa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2016) recuerda las recomendaciones de la conducción partidaria con respecto a la línea política, así como la sugerencia de establecer vínculos con los militares para explicitar la posición del PSP contraria a la lucha armada y dando cuenta de su adhesión a las “grandes causas nacionales”. No obstante esta prevención, todos sus principales dirigentes fueron reubicados por su seguridad: tal es el caso del propio Marcos Rosa, Gustavo Galland y Ángel García. Esto es recuperado por Marcos Rosa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2016), Gustavo Galland (entrevista, La Plata, octubre de 2014) y Héctor Cavallero (entrevista, Rosario, noviembre de 2015).

En la dictadura sobrevivimos porque se tomaron recaudos que parecerían muy ingenuos, pero que a los efectos del conocimiento de los organismos de seguridad y las Fuerzas Armadas hiciera que tuviéramos una imagen. El límite para las Fuerzas Armadas era el radicalismo, después de allá eras “subversivo”. Para no quedar en la categoría de “subversivo” nosotros poníamos énfasis en la democracia, teníamos grupos –entre los que estaba yo porque había sido ex [oficial de la Marina]– que pedíamos entrevistas con las Fuerzas Armadas para mantener el diálogo, les acercábamos material. Los tipos nos metían gente para ver qué hacíamos. Como no estábamos metiendo bombas, no nos jodieron (Carlos Spini, entrevista, Buenos Aires, marzo de 2016).

Este testimonio refleja una complejidad, muchas veces subestimada por cierta literatura, con respecto a la vida política en dictadura. Entre las víctimas del terrorismo de Estado (presos, asesinados, desaparecidos) y los cómplices del gobierno militar (funcionarios, adherentes) existió un amplio espectro de actores no pasibles de ser integrados en ninguna de las dos categorías. Ese fue el caso del PSP, que sufrió una persecución moderada (tuvo presos, el MNR fue prohibido, etcétera) y, al mismo tiempo, intentó por todos los medios evitar que sus militantes fueran víctimas preferentes del aparato represivo.

Esa estrategia implicó una reelaboración discursiva profunda, que consistió en la idea de no confrontar con el régimen militar. La producción de material partidario se redujo al mínimo en esos años y asumió la forma de breves misivas firmadas por Guillermo Estévez Boero. Estaban, por lo general, despojadas de cualquier comentario crítico al desempeño político de las Fuerzas Armadas en el poder, más allá de señalamientos genéricos: “Hoy abunda el miedo, la tristeza, el desaliento. Se multiplica la violencia por parte de quienes carecen de razón e intentan imponer la fuerza”. Así, en un breve documento en el quinto aniversario del PSP, se veía con claridad el modo en que se habían replanteado algunas de las consignas históricas: señalaba su trabajo incansable “por la libertad, por el bienestar

y por la independencia nacional”; la necesidad de “la participación popular orgánica y democrática en todos los niveles de actividad”; y hacía un llamamiento a la juventud para que sea “constructora positiva de la paz, generadora de alegría y verdadera profeta de un futuro donde impere la libertad, el bienestar y la independencia nacional”. Asimismo, concluía con una consigna de tónica nacionalista: “¡Argentinicemos nuestra Argentina!”.²²⁵

Según la politóloga María de los Ángeles Yannuzzi, el discurso del PSP encarnó una peculiar forma de enunciación política en el contexto autoritario signado por su impronta “antipoliticista”, que lo diferenciaba tanto de las organizaciones opositoras al régimen como a aquellas favorables. Los contornos definitorios de ese discurso se definían por una tendencia a plantear consignas genéricas y atemporales, su indistinción entre la esfera pública y la privada —que conllevaba, a su entender, una negación de lo público—, su tono moralista y paternalista, y un planteo nacionalista y tendencialmente corporativista que, en última instancia, buscaba “lograr una unidad totalizadora que negara toda posible diferencia” (Yannuzzi, 1996: 395). La autora, sin llegar a catalogar al PSP como un partido colaboracionista, insinúa y explicita que todo el discurso del partido coadyuvaba, de una manera u otra, a la línea promovida desde la conducción del Proceso. Así lo afirma en diferentes pasajes: “La relevancia del análisis radica en el hecho que estos conceptos [Nación, Patria, Pueblo], al ser incorporados al discurso político, contribuían a legitimar, según la forma en que eran articulados, el régimen político existente” (*ibidem*: 392). Y agrega más adelante: “Si tenemos en cuenta el momento en que el documento fue producido [1980], al menos *objetivamente*, afianzaba el mensaje que la dictadura volcaba a la sociedad” (*ibidem*: 410, destacado en el original).

Resulta imposible negar la existencia de tales elementos en los discursos del PSP durante la dictadura, pero sí es posible matizar algunas de las conclusiones a las que arriba Yannuzzi. Es evidente que el PSP escogió una estrategia de repliegue y no beligerante durante esos años, que se vio plasmada en cierta acentuación del centralis-

225 Documento sin título, PSP, 23 de abril de 1977.

mo democrático y en una rearticulación de su discurso. Este último punto se verificó en una ostensible despolitización de las intervenciones partidarias, en especial la eliminación de sus líneas más claramente socialistas, la adopción de consignas genéricas y amplias, y una exaltación de los rasgos patrióticos y nacionalistas:

En esa época el Partido Socialista, en lo que tuvo parte de concepción y parte de táctica para salvar la cabeza, había exacerbado su veta “argentinista”, nacionalista. (...) Ya veníamos con veta nacionalista para subsistir a la dictadura, eso estaba muy consustanciado porque en realidad parte de esa línea política evitó que nos “partieran la cabeza” a varias generaciones (Alfredo Lazzaretti, entrevista, La Plata, abril de 2013).

No obstante esta apreciación táctica, admisible ante el riesgo cierto frente a la represión, Yannuzzi considera que “más allá de cuál hubiera sido la intención concreta del PSP al producir este tipo de discurso, lo cierto es que con él favorecía los intereses del régimen militar al facilitar la despolitización de la sociedad” (*ibidem*: 406).

Esta interpretación puede ser parcialmente ratificada por la postura dialoguista que parecía proponer el PSP y su invocación permanente a la unidad nacional: “Dialogar, comunicarnos, unirnos, es el camino de los argentinos” afirmaba *La Vanguardia Popular* en 1980.²²⁶ Esa línea, que se prosiguió durante aquellos años, no se reflejaba sin embargo en un acompañamiento a las convocatorias realizadas por el gobierno nacional (González Bombal, 1991), aunque sí se tradujo en un apoyo explícito a las convocatorias opositoras, por ejemplo, la Multipartidaria.²²⁷

Para avanzar en el camino que desemboque en una realidad política en la que sea el pueblo el que elija sus autoridades, la mul-

226 *La Vanguardia Popular*, diciembre de 1980.

227 La Multipartidaria fue una convocatoria integrada por la Unión Cívica Radical, el Partido Justicialista, el Partido Intransigente, el Movimiento de Integración y Desarrollo y la Democracia Cristiana, que durante 1981 promovió una ronda de diálogos con otros partidos y sectores de la sociedad con el objetivo de forjar una propuesta de retorno a la democracia. Sin embargo, Hugo Quiroga señala: “La iniciativa partidaria es manejada con prudencia en la intención de plasmar una convocatoria plural y con el propósito de *no convertirla en un polo de oposición antidictatorial*” (2003: 240, destacado en el original).

tipartidaria es un nucleamiento valioso y hoy irremplazable. Para constituirse día a día en alternativa de seguridad y esperanza para los argentinos, la multipartidaria debe profundizarse, ensancharse y salir a la calle, como lo está haciendo, pero por sobre todas las cosas quienes tienen la profunda responsabilidad de integrar la junta convocante de la multipartidaria deben escuchar el clamor popular y la herencia de sus grandes caudillos; deben acortar distancias y profundizar su unidad. La unidad es requisito imprescindible para los intereses morales y materiales de la Nación Argentina.²²⁸

Esa línea política se mantuvo relativamente uniforme hasta el estallido de la guerra de Malvinas, situación que interpeló de manera directa a las banderas de las que el partido siempre había hecho gala.

La incursión bélica, animada por el gobierno militar en su momento de mayor flaqueza, desaceleró el proceso de desprestigio en el que estaba inmerso la cúpula castrense y corroyó las posibilidades de que se alzarán voces opositoras (Guber, 2001): “Con discursos moderados o inmoderados, lo cierto es que la realidad de la política argentina se modifica profundamente y las fuerzas opositoras se acercan a los responsables de la acción militar emprendida” (Quiroga, 2003: 296). El PSP, como la mayoría de las fuerzas políticas y sociales, se alineó con la empresa bélica y exacerbó toda su prosapia nacionalista y antiimperialista.²²⁹ La conducción partidaria manifestó su apoyo y realzó la legitimidad de la empresa bélica, aunque considerándola un paréntesis en la agenda de reclamos sociales y políticos:

228 *La Vanguardia Popular*, abril de 1982.

229 Explica Yannuzzi al respecto: “El impacto que provocó en la sociedad y los partidos esta apelación al sentimiento nacionalista, subordinó a éstos últimos a la lógica impuesta por la dictadura, [...] demostrando no tener ninguna iniciativa que les permitiera distinguirse del régimen [...]. Al haberse puesto a la cabeza de la reivindicación nacionalista más sentida en Argentina, la dictadura daba así un golpe maestro, ya que era ella la que reordenaba nuevamente, en función de sus propias necesidades, el debate político en la sociedad. Esa falta de autonomía que acusaron los partidos políticos y demás organizaciones sociales contribuía a desarticular en ellos mismos el discurso democrático” (1996: 497-498). Sobre la relación entre nacionalismo y la cuestión Malvinas remitimos al muy exhaustivo ensayo de Vicente Palermo (2007).

El triunfo de la Nación beneficiará fundamentalmente a las partes básicas de la Nación: el pueblo y dentro de él a los trabajadores. [...] En la medida en que el pueblo y los trabajadores participen protagónicamente en el enfrentamiento al colonialismo inglés, se asegurará la victoria contra éste y quedará abierto el camino para la concreción de las reivindicaciones que con absoluta justicia reclaman las mayorías nacionales.²³⁰

La adhesión trascendió la faz discursiva, “a punto tal que con el conflicto de Malvinas el partido convocó a sus militantes a inscribirse como voluntarios” (Alfredo Lazzarotti, entrevista, La Plata, abril de 2013).²³¹ Esa convocatoria, con cierto tono imperativo, grafica una vez más la puesta en práctica del centralismo democrático.

La derrota bélica habilitará al PSP, como a otros, a recuperar su discurso opositor frente al Proceso. El fin de la guerra llevó al partido a caracterizar a la última dictadura militar como “la peor experiencia sufrida por el país desde 1810”, no obstante lo cual convocaba a “los que quieran construir el futuro en vez de maldecir el pasado”.²³² En esa misma línea señalaba: “Para los que creyeron en el proceso y fueron utilizados, traicionados y entregados; para los que nunca creímos en él, para todos, lo importante es creer hoy en la posibilidad de la existencia independiente de la Nación Argentina”.²³³ La crítica final a la dictadura no lo corrió de su eje, la de lograr un amplio acuerdo nacional con todos los sectores. Los debates que abrió la reconstrucción democrática pondrían en tensión esos supuestos y el PSP debió recalibrar sus propios mecanismos, concebidos para actuar en tiempos autoritarios.

230 *La Vanguardia Popular*, mayo de 1982.

231 En el mismo sentido, Eduardo Di Pollina señala: “Recuerdo que la junta militar intenta recuperar las Islas Malvinas, otra de las barbaridades que cometió; pero como partido político, digamos que una reivindicación de esa naturaleza, al margen de quién lo estaba haciendo, era correcto. O sea, la lucha contra lo que es el Imperialismo británico. Me acuerdo que nos anotamos de voluntarios en la guerra todos los militantes del partido, sin excepción. Hicimos reuniones orgánicas para discutir el tema” (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 94-95).

232 *La Vanguardia Popular*, julio de 1982.

233 Ídem.

¿La organización vence al tiempo?: militancia y sectarismo

El período histórico desarrollado entre 1974 y 1982 fue central en la consolidación del Partido Socialista Popular. Los condicionantes políticos propios de autoritarismo imperante lejos de desarticular la organización oficiaron de caldo de cultivo para su afianzamiento. Este efecto paradójico estuvo fundado en la cristalización de un modelo organizativo fuertemente verticalista y disciplinado, en complemento con una táctica política de prudencia frente al gobierno militar, un distanciamiento exacerbado con respecto a las organizaciones guerrilleras y un discurso de neto corte nacionalista. En tal sentido, fue “un partido que se mantuvo organizado y que incluso creció a pesar de los momentos difíciles y con una gran disciplina, con una gran tarea individual militante de cada uno de los integrantes, con una metodología que fue característica de todos esos años” (Miguel Lifschitz en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 165).

Gran parte de la subsistencia organizativa y de su cohesión tuvo que ver con perfil del militante reclutado y promovido desde la conducción el PSP. En tal sentido, el MAPA y el PSP nunca lograron desembarazarse del todo de su raíz universitaria afincada en el Movimiento Nacional Reformista, a pesar de los intentos manifiestos de “rectificar la práctica” e incorporar militantes provenientes del movimiento obrero. Esta condición de origen –“Nos decían que éramos un partido universitario, y desde un punto de vista objetivo es así” (Rubén Giustiniani en Guberman, 2004: 39)– hacía del PSP un partido bastante homogéneo y compacto, con perfiles bien definidos de militantes y dirigentes. La conducción partidaria mostraba un predominio absoluto de santafesinos con origen en la militancia universitaria, incluso, durante muchos años, los dirigentes gremiales orgánicos al partido también provenían de allí.²³⁴ Asimismo, la universidad, a pesar de

234 Tanto el santafesino Héctor Cavallero como el cordobés Víctor Hugo Vallejos, solo por citar algunos ejemplos, que fueron grandes promotores de la incorporación de dirigentes gremiales al PSP, provenían de la militancia universitaria. Lo mismo ocurre con el marplatense Carlos Nivio, aunque en su caso su paso por la universidad fue menos destacado.

que el MNR fue prohibido por la dictadura, ofrecía un espacio para la militancia con ciertos reaseguros institucionales:

El partido mantuvo en la clandestinidad una actividad importante, de resistencia importante, fundamentalmente basado en sus cuadros universitarios. La base fundamental del Partido Socialista Popular fue su militancia universitaria, que se mantuvo funcionando en la época de la dictadura resistiendo desde las federaciones estudiantiles y los centros de estudiantes (Rubén Giustiniani, entrevista, Buenos Aires, noviembre de 2015).

Estas cuestiones, aun con las dificultades del caso, han sido reconstruidas mediante una variedad de fuentes escritas y orales, pero no explican del todo la razón por la que esa combinación de factores favoreció el fortalecimiento y la consolidación del PSP como organización política. En principio, es preciso reconocer que el dispositivo del centralismo democrático desarrollado contó con un compromiso bastante tangible por parte de su militancia; no se trataba de un modelo teórico que se vaciaba de contenido en la práctica concreta. Para abordar esta cuestión, es preciso analizar lo que Gaxie (2015) ha llamado las “retribuciones de la militancia”, es decir, incentivos y motivaciones que operan como fundamentos de la participación activa en una organización: “Cuanto más importantes son las satisfacciones de todo tipo obtenidas de la militancia, más dispuestos están los militantes a invertir en ella y sostener posicionamientos ortodoxos” (Gaxie, 2015: 149). A partir de esto, el compromiso militante debe ser abordado de forma tal que se evite tanto el “reduccionismo” al interés individual racional como el “encantamiento” con la versión épica del relato oficial de la propia organización. En tal sentido, el grado de entrega e incluso de abnegación reflejado en la militancia del PSP, ratificado por muchos testimonios y, más importante aún, relativamente verificable en la capacidad política de la organización en el momento de la apertura democrática de 1983, no debe conducirnos a una lectura apologética de ella.

Guberman ha caracterizado ese proceso del PSP como de “profesionalización sin sueldo” (2004: 84), es decir, guiados por incen-

tivos colectivos.²³⁵ En tal sentido, Michel Offerlé considera que la misma noción de “‘militante’ permite designar a agentes interesados políticamente, quienes, disponiendo de suficientes capitales para estimar que tienen derecho a ocuparse de cuestiones políticas, sin embargo no tienen –temporal o definitivamente– los recursos necesarios para vivir de y para la política (2004: 85).

Si se considera que estos militantes, siguiendo la vieja fórmula weberiana, no consiguen subsistir mediante la política, es preciso identificar cuáles fueron los incentivos que tuvieron peso en este caso. Si, en efecto, los incentivos de la militancia “pesequista” estaban asociados a la pertenencia a la organización, y no necesariamente a una causa externa, el tipo de motivaciones estaba, en tal caso, ligado a los propios dispositivos internos de reconocimiento, ascensos, premios y castigos. Volviendo a Gaxie:

Uno de los más visibles es la definición de “responsabilidades” o de posiciones de poder y la consiguiente constitución de un orden jerárquico. La multiplicación de grados de responsabilidad y de responsables a todos los niveles define una jerarquía de cargos, poderes y privilegios en la cual se van promocionando quienes están más implicados en las actividades de la organización. A cada posición del *cursus honorum* están asociadas unas expectativas y gratificaciones diferenciadas y ascendentes que “recompensan” y mantienen las disposiciones hacia la inversión militante (2015: 149).

Esta afirmación trae aparejada una serie de cuestiones asociadas al funcionamiento del PSP y a la integración de la militancia en el partido. Por ejemplo, es sabido que los militantes del socialismo

235 “El PSP produjo y distribuyó fundamentalmente incentivos de identidad, es decir que generó identificación con la organización más que con una causa externa o con unos fines oficiales como podría serlo el arribo a una sociedad más igualitaria”, explica Guberman (2004: 86). La interpretación del autor adhiere plenamente a la clasificación propuesta por Angelo Panebianco (1995), que distingue, binariamente, entre incentivos selectivos e incentivos colectivos. Esta distinción, útil para un abordaje general y taxonómico, resulta a nuestro entender un poco reduccionista, tanto en las definiciones de cada subtipo de incentivo como en las formas de relación entre ambos. Es por ello que lo pondremos en diálogo con Gaxie (2015) quien propone, a nuestro entender, un análisis más matizado y complejo del compromiso militante.

popular fueron bautizados por otras organizaciones políticas como “mormones”, en clara alusión a sus prácticas militantes –la visita puerta a puerta, entre otras– y su conducta personal (Guberman, 2004: 48).²³⁶ Esta práctica política respondía, al mismo tiempo, a un compromiso individual evidente y a un estricto sistema de fiscalización interna. Esto presenta una tensión constitutiva, propia de este tipo de organizaciones, entre la afiliación individual voluntaria y el sometimiento a las reglas y a la conducción partidaria en nombre de un proyecto –una “causa”– colectivo. Dicha tensión es solo resoluble si avanzamos en una indistinción, o al menos un desdibujamiento de sus fronteras, entre los incentivos selectivos y colectivos: “Aunque la causa es (generalmente) un bien de tipo ‘colectivo’, las satisfacciones obtenidas de la defensa de la causa constituyen un ‘incentivo específico’ reservado a quienes (o a la mayoría de quienes) se comprometen con ella” (*ibidem*: 150).

Otro aspecto a tener en consideración para entender la supervivencia del PSP tiene que ver con el vigor y la fortaleza de los lazos de pertenencia. Este punto plantea una situación paradójica para el PSP, aunque común con otras fuerzas de izquierda, entre una línea política “de masas” y un formato organizativo cerrado –“de cuadros”, según la jerga tradicional–, latente en todo el período analizado. En tal sentido, el socialismo popular construyó su discurso político en una explícita diferenciación con otras expresiones de izquierda a las que consideraba dogmáticas, cerradas y sectarias. Señalaba Estévez Boero durante un acto en 1973 en respuesta al cántico “¡Política de masas, sectas a sus casas!”:

Ustedes hablan de las sectas y yo les diré cómo se produce en el mundo el sectarismo y el dogmatismo que divide y fracciona a las fuerzas populares: el sectarismo y el dogmatismo, compañeros, se crea al intentar aplicar un esquema que no se ajusta a la realidad y entonces se vive de espaldas a la realidad, se sectariza,

236 Señala Guberman: “Un apodo de amplia circulación para identificar a los socialistas populares resume estas características: ‘los mormones’. Denominación que también intenta sintetizar aspectos característicos de la militancia del partido: insistidores, sin vicios, y otras más triviales como el modo de vestir sobrio” (2004: 48).

se dogmatiza, no se entiende qué pasa y en definitiva se cae en la contrarrevolución.²³⁷

No obstante esta postura, son muchas las voces, incluso de militantes propios, que señalan cierta conducta sectaria del PSP (Gurberman, 2004: 48).²³⁸ Esta calificación se fundamenta, en la mayoría de los casos, en la evidente continuidad entre el funcionamiento del MAPA previo a la formación del partido y el que ese grupo sostuvo una vez concretada la fusión y fundación del PSP, riñendo incluso con las normativas formales.

En un artículo referido a este tema, y orientado a efectuar una crítica sobre las organizaciones de izquierda, Horacio Tarcus analiza las particularidades de las “sectas políticas” (1999), a partir del supuesto de que los formatos organizativos son determinantes para comprender la orientación de una fuerza partidaria. Entre los puntos para distinguir a una “secta política” de otro tipo de organización, el autor considera centrales los siguientes: la identidad; la sacralización del saber; la distinción entre iglesia y secta; rituales y ceremonias; estratificación interna y culto sagrado del líder; y la esperanza mesiánica. En el artículo, sobre cada uno de estos ítems, analiza el formato sectario religioso típico y lo proyecta hacia su análisis de las organizaciones políticas: “... la secta política es una subespecie de la secta en general, o más precisamente, que la secta política es una forma parcialmente secularizada de la secta religiosa” (*ibidem*: 28).²³⁹ Por supuesto que, como en todo tipo ideal, las definiciones brindadas guardan cierto grado de generalidad y, por ende, no se apegan necesariamente a un caso concreto; no obstante, algunas de sus observaciones son más que pertinentes para nuestro objeto estudio.

En función del trayecto del núcleo del MAPA, en especial tras su ingreso al PSP, resulta interesante la condición de “rigidez” que Tarcus pone en el centro del análisis:

237 Estévez Boero, Guillermo, “¿Qué es el Partido Socialista Popular?”, PSP, 9 de julio de 1973.

238 Esto es mencionado explícitamente por Víctor García Costa (entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015) y aludido tangencialmente por otros entrevistados.

239 Para una visión crítica de esta interpretación, ver Acha (2014).

Pero la identidad de la secta no es fuerte, sino rígida: dentro del sistema de la secta, cualquier diferencia menor ingresa en una dinámica interna imparabile, termina por abismarse y por generar un nuevo cisma. La secta racionaliza este proceso de debilitamiento periódico como una “purificación”: “la expulsión de los desviacionistas nos ha cohesionado y fortalecido” (*ibidem*: 29).

Si bien el autor, por su objeto de interés específico, concibe estas diferencias en términos doctrinarios y teóricos –“el narcisismo de las pequeñas diferencias” de matriz freudiana–, que dentro del PSP aparecen de manera más elusiva, lo cierto es que su descripción no dista mucho de la forma en que el grupo del MAPA analizó la ruptura con los sectores disidentes. También se asemeja bastante al funcionamiento del PSP la descripción que hace Tarcus con respecto al lugar del “saber” como fundamento del rígido y verticalista ordenamiento partidario, asociado al acceso al material formativo y a los círculos de pertenencia: “El espacio de la información, y por lo tanto el de la toma de decisiones colectivas, se ve así crecientemente acotado. Es frecuente que quienes controlan el aparato controlen también el conjunto de la organización” (*ídem*).²⁴⁰ Asociado a ello, también es muy certera su apreciación con respecto al prototipo de militante –“Es el de la renuncia total a su vida anterior y presente, el de la entrega y la disponibilidad total a la organización” (*ídem*)– y, en relación con eso, a los rituales de la organización:

... la asistencia a reuniones periódicas excede su mera funcionalidad: más allá de lo que haya de debatir o resolver, la reunión de “célula” o “equipo” debe realizarse de todos modos periódicamente, pues tiene un valor imaginario en sí misma (estimula

240 Señala Tarcus: “La jerarquía de la secta política es una jerarquía de saber/poder. La dirección administra el saber desde arriba hacia abajo, estableciendo cursos de nivel o lecturas de textos para los propios dirigentes, otros para los ‘cuadros medios’, otros para la ‘base’ y, finalmente, otros distintos para los ‘simpatizantes’. El ascenso en la jerarquía desde abajo a arriba, que debe ser establecido en forma gradual, significa creciente renuncia al mundo profano, mayor compromiso con la misión de la secta y mayor apropiación del saber” (1999: 28). Una visión equivalente sobre el PSP se puede ver en Guberman (2004).

la regularidad, reafirma en la fe, cohesiona al grupo, permite su control periódico, etc.) (ídem).²⁴¹

En términos generales, pareciera ser que la definición de “secta” está íntimamente asociada al formato del centralismo democrático, de por sí rígido, verticalista y “ritualizado”. En tal sentido, los rasgos que se observan en el PSP distan de ser excepcionales, sin embargo es preciso atender a las particularidades de su funcionamiento. En principio, resulta difícil validar para el caso del PSP la distinción entre secta e iglesia que propone Tarcus, en parte por la línea política “de masas” y heterodoxa del propio partido. Lo mismo ocurre con el componente “mesianico”, más directamente vinculado a organizaciones asumidas como revolucionarias, rasgo que el PSP cumple de manera bastante tenue dado su componente ideológico reformista.²⁴²

Lo que sí nos interesa resaltar tiene que ver con la estratificación interna y el lugar del líder. Sobre ello, Tarcus sentencia: “Aunque su discurso se identifique con la democracia más plebeya o radical, con el socialismo o el comunismo, toda secta es, por definición, elitista y jerárquica” (ídem). Este es un punto controvertido y difícil de abordar para las organizaciones de izquierda, en especial aquellas estructuradas bajo el centralismo democrático, y tiene que ver con la condición intrínsecamente autoritaria de su sistema y, más importante aún, con su deriva personalista:

Esta jerarquía responde a una exigencia de severa disciplina interna, a la necesidad de una sumisión incondicionada hacia los que ocupan los grados más elevados: se le atribuye habitualmente un carácter carismático, opera por medio de una jefatura física y no de una dirección genérica (Ídem).

241 Recuperando la obra de Max Weber sobre las religiones, Tarcus señala: “Weber también observó la importancia cohesiva de las reuniones periódicas, donde cada miembro de la secta se confiesa, se expone a las críticas de sus pares y ejerce su propia crítica sobre ellos, reafirmandose mutuamente la fe colectiva” (1999: 27). Es notable la familiaridad de esta descripción con la dinámica de las reuniones antes descritas y la práctica de las “verificaciones”.

242 Profundizaremos este punto en el capítulo siguiente.

Esta cuestión resulta nodal para comprender las características particulares del Partido Socialista Popular, en especial el liderazgo sin cortapisas ejercido por Guillermo Estévez Boero. En tal sentido, Guberman (2004) desestima que el PSP posea un liderazgo carismático –lo cual puede ser válido en términos conceptuales–, sin embargo su análisis conduce, a nuestro entender equivocadamente, a una subestimación de ese liderazgo y a su papel en la conducción de este partido. Consideramos que el rol de Estévez Boero resulta clave para comprender el desempeño partidario durante sus primeras décadas de vida, no solo por su predicamento interno, sino por su rol político propiamente dicho.

El socialismo de Estévez Boero: el liderazgo en el centralismo democrático

Como hemos visto, el rol del “centro” de la organización en el marco del centralismo democrático resultaba fundamental. El liderazgo ha sido, desde siempre, uno de los componentes decisivos de la política, en tiempos democráticos esto no hizo más que acentuarse (Rodríguez, 2014). En los partidos políticos esto fue la regla más que una excepción, como advertiera tempranamente Robert Michels (1979 [1911]). Esto explicaba Maurice Duverger tiempo después: “... dos hechos especiales parecen dominar la evolución de los partidos políticos desde principios de siglo: el aumento de la autoridad de los dirigentes y la tendencia hacia formas personales de autoridad” (2012 [1951]: 198). Esas dos tendencias seculares se verifican con relativa facilidad en nuestro caso de estudio, reforzado por un modelo organizativo que, lejos de mitigar estas tendencias, las acentuaba.

A raíz de eso, nos interesa indagar en la figura de Guillermo Estévez Boero: líder indiscutido y enunciador principal del PSP en sus primeras décadas de vida. Estévez Boero era abogado y empresario agropecuario, se destacó como dirigente estudiantil en la Universidad Nacional del Litoral (Piazzesi y Bacolla, 2016), ocupó la presidencia de la Federación Universitaria Argentina en

1959 (Ceballos, 1985) y desde allí promovió la formación del Movimiento Nacional Reformista (MNR). Tuvo su iniciación en la militancia socialista a mediados de la década del cincuenta en la agrupación Acción Socialista liderada por el escritor Dardo Cúneo (Herrera, 2013, 2016) y, luego, colaboró como asesor de Juan Carlos Deghi en la Convención Constituyente de 1957. Además de la influencia de Dardo Cúneo, Estévez Boero se consideraba discípulo del jurista español Luis Jiménez de Asúa, que era un destacado penalista además de connotado militante republicano, masón y socialista (Figallo, 2014).²⁴³

Desde su juventud se destacó como un activo militante político y un ávido lector. Su dedicación a la política –muchos destacan su peculiar ritmo de vida y las exiguas horas que dedicaba al descanso–²⁴⁴ y su estilo discursivo beligerante y apasionado lo destacaron en su juventud: “Lo llamábamos ‘el loco Estévez’, era un tipo muy capaz con una cultura impresionante” (Héctor Cavallero en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 66). Otra característica relevante de Estévez Boero, tanto para sus seguidores como para sus detractores, tenía que ver con su holgada situación económica y su condición de “estanciero”. El mote de “estanciero” fue uno de los tópicos usuales que utilizaban los adversarios políticos del PSP y el MNR para descalificarlo. Algunos cánticos típicos de esos años expresaban, por ejemplo: “Estevez Boero / gorila y estanciero / si vos sos socialista el Papa es montonero” (Retamozo y Schuttenber, 2016: 6). También se recuerda que “cuando terminábamos de escribir una pared con el nombre ‘Guillermo Estévez Boero’, escribían debajo ‘Socialista y Estanciero’” (Mónica Albónico

243 Así lo reseña Inés Bertero (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 39), esposa de Estévez Boero: “En nuestro caso particular considero que la raíz de nuestro grupo está en la visión que Guillermo Estévez Boero recibiera de su maestro –don Luis Jiménez de Asúa– quien lo definió en las ideas socialistas. Jiménez de Asúa, que ya hacía muchos años que estaba en Argentina y recorría permanentemente toda América Latina, fue el primero en traducir y traer a la Argentina las ideas de otro socialista que luchó por la democracia en Italia: Norberto Bobbio”. Ver también Richards (2007).

244 Como una nota de color Carlos Constenla (entrevista, Vicente López, marzo de 2016) comenta que Estévez solía dormir poco, acostarse tarde y despertarse sumamente temprano. Para paliar esa situación, el dirigente socialista aprovechaba los “tiempos muertos” de las reuniones para dormir durante algunos minutos.

en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 27).²⁴⁵ Por otro lado, su situación económica holgada le permitía una plena dedicación a la política, así como la posibilidad de financiar por su cuenta diferentes cuestiones que hacían a la vida partidaria (viajes, organización de eventos, compra de materiales, etcétera).²⁴⁶

Estévez Boero ejerció sobre el grupo del MAPA y, luego, en el socialismo popular un liderazgo pleno. Fue reconocido de forma unánime como tal, por su predicamento personal y, en alguna medida, por la férrea disciplina que imponía el propio centralismo democrático. Estévez ocupaba, simultáneamente, el rol de líder político, ideólogo principal y enunciador exclusivo del partido. Todos los dirigentes –incluso los que hubieran podido poner en cuestión su liderazgo en calidad de pares y cofundadores– del PSP, como Carlos Constenla y, sobre todo, Héctor Cavallero, reconocen la primacía que aquel tenía sobre todas las órbitas de la conducción partidaria. Esto es, en general, enunciado en términos elogiosos, sin siquiera aludir algún rasgo considerado autoritario o discrecional. Así se expresa Constenla:

Estévez Boero era un tipo que tenía una incidencia tremenda sobre nosotros: moral, política, intelectual. Muy grande, muy grande, con nosotros, con nuestras familias, con lo que sea. Guillermo era un festival. Lo queríamos mucho. Era un tipo extraordinario, habrá tenido sus defectos como todos, pero era un tipo extraordinario. Muchos por dogmatismo, y otros porque nos seducía su conducción, nos sumábamos muy prontamente a lo que él pensaba y generalmente estaba convalidado por toda una fundamentación de mucho valor. Y él era el ejemplo, el militante máximo. Él se acostaba a las dos de la mañana y se levantaba a las cuatro (Carlos Constenla, entrevista, Vicente López, octubre de 2014).

Una de las discusiones subyacentes en torno a los liderazgos personalistas en general tiene que ver con la idea de “carisma”,

245 Ver en <http://www.elortiba.org/cantitos.html>.

246 La situación económica para explicar la posibilidad de ejercer la actividad política es un tópico reseñado por varios testimonios (por ejemplo, Carlos Nivio, entrevista, Mar del Plata, abril de 2013) y señalado por la literatura, en especial Robert Michels (1979).

popularizada por la sociología política weberiana.²⁴⁷ Guberman (2004) considera que Estévez Boero no oficiaba un liderazgo carismático *stricto sensu*, sino que esta primacía era derivada de la propia dinámica de la organización. Aquí nos hallamos frente al problema de la propia noción y de su definición típica ideal: es inusual encontrar una relación carismática en estado puro. La relación carismática “solo se evidencia con quienes son afectados por ella [...]. El carisma es ante todo una *relación*, una fusión del yo interior del líder y del seguidor” (Lindholm, 1992: 22, destacado en el original). “La actitud hacia el líder –agrega Luciano Cavalli– puede entonces oscilar entre los extremos de la ‘confianza’ y de la ‘fe’, lo que eventualmente da lugar a un ‘culto del líder’ propiamente dicho” (1999: 22).

En tal sentido, incluso considerándolo como un simple *primus inter pares*, el reconocimiento hacia la figura de Estévez Boero en el PSP, con algunos signos de devoción claros, nos lleva a pensar en algún tipo de relación carismática que, sin llegar a fraguar en un movimiento personalista, se estableció entre el líder y los militantes partidarios.²⁴⁸ “Veía más allá”, señala Mónica Albónico (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 25), como “un gran maestro”, lo recuerda Hermes Binner (*ibidem*: 49). Miguel Lifschitz se refiere a Estévez Boero como “el inspirador y el conductor” (*ibidem*: 168). Y esto solo por dar algunos ejemplos. Los atributos extraordinarios le eran reconocidos, pero, curiosamente, subsumidos a una lógica de construcción colectiva que lo trascendía. Esa situación paradójica forma parte medular de la historia del

247 Max Weber definía al liderazgo carismático, en su versión típica ideal, como el “que descansa en la entrega extracotidiana a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona y a las ordenaciones por ella creadas o reveladas (llamada) (autoridad carismática)” (2002 [1922]: 172). Una discusión extendida sobre los usos del concepto de carisma se puede ver en Lindholm (1992).

248 En ese sentido, por ejemplo, María del Carmen Viñas (entrevista, Mar del Plata, agosto de 2015) recuerda que los militantes, durante la agonía hospitalaria final de Estévez Boero en el 2000, organizaron guardias y otros dispositivos para acompañar al viejo líder. En otro sentido, quizá más irónicamente, el dirigente del PSD Oscar González (entrevista, Buenos Aires, agosto de 2013) señalaba la devoción que sentían por el propio líder que llevaba al seguidismo absoluto, hasta en los aspectos más nimios, como la vestimenta o la alimentación. Las referencias a Estévez Boero en términos elogiosos, en los testimonios propios como los recabados por Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi (2012), son permanentes.

PSP, de la relación de los militantes con el líder, como una tensión constitutiva que se refleja con nitidez en el testimonio de Eduardo Di Pollina:

Yo recuerdo que una vez Guillermo nos dijo en una charla: “Mirá, el líder que puede tener cualquier partido político puede ser brillante, espectacular, pero si algún día ese líder se muere, lo que queda es la organización, y nosotros tenemos que tener la capacidad de que todos seamos partes componentes de esa organización, y de que en el tiempo cada uno de nosotros sea alguien prescindible”. [...] Y, bueno, quedó demostrado con la realidad, con lo que nos ocurrió con él, con Guillermo Estévez Boero. Fue un hombre que transmitió y supo construir en forma colectiva todo esto, y transmitirnos a todos nosotros la necesidad de una construcción colectiva (*ibidem*: 93-94).

Estévez Boero, a diferencia de otros líderes de la izquierda de la época, no era un teórico o un intelectual público en sentido estricto, no escribió nunca un libro u obra de factura propia, más allá de los documentos o discursos breves editados por el propio partido en formato de folleto. Sin embargo, su estatura intelectual es rescatada con recurrencia a partir de su sistemático ejercicio de lectura –sobre diferentes temas y materias– que hacía extensible como imperativo a la propia disciplina partidaria:²⁴⁹

Guillermo Estévez Boero tenía una mirada acertada de la realidad. Era un estudioso de los clásicos del socialismo pero también de las cuestiones inherentes a la vida cotidiana, a la historia, la geografía, en verdad de una formación integral y humanista, con una firme disciplina y un correlato de la teoría con la prác-

249 Señala Eduardo Di Pollina: “La cultura y la formación política que tenía Guillermo eran impresionantes, y supo ir transmitiendo a todos los compañeros la necesidad de construir una organización política socialista que hoy nos permite, en la actualidad, ser lo que somos” (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 93). Ya hemos hecho mención a la centralidad de los espacios de formación y lectura en la organización partidaria en los capítulos precedentes. La Fundación Estévez Boero en la ciudad de Rosario dispone de una parte importante de la biblioteca de Guillermo Estévez Boero para consulta al público, queda pendiente un trabajo más exhaustivo sobre ese fondo documental para analizar la formación teórico-política del dirigente socialista.

tica que nos supo inculcar a todos los jóvenes de aquella época (Antonio Bonfatti en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 56).

Él seleccionaba personalmente los materiales de formación y garantizaba la accesibilidad material de los libros para toda la militancia, y, de ese modo, incentivaba la lectura sistemática.²⁵⁰

Guillermo Estévez Boero hacía mucho hincapié en la formación, en la impronta del partido en su fundación. Ese era el sello de Guillermo. No quiero personalizar porque creo que sería injusto, y además fuimos mucho más que eso. Pero él tuvo una influencia muy importante en lo que nosotros fuimos como partido: un tipo que tuvo muchas posibilidades de conocer por su situación personal, y eso lo trasladaba. Era muy generoso con el conocimiento, lo compartía (Patricia Sandoz en *ibidem*: 178).

Como observamos, las tradiciones teóricas e intelectuales de las que abrevaba el PSP eran sumamente heterogéneas, por lo tanto resulta difícil interpretarlas como un *corpus* teórico consistente y guía operativa para la acción *per se*. Por lo tanto, el rol de la conducción partidaria, sobre todo de Estévez Boero, era fundamental para delinear claves interpretativas con las cuales articular y significar esas lecturas. Estévez actuaba más como un *mediador* en la construcción teórico-política del PSP que como productor de discursos teóricos originales.²⁵¹ Esa operatoria le permitía desembarazarse de la res-

250 Héctor Cavallero, entrevista, Rosario, octubre de 2015.

251 El concepto de “mediador” matiza de alguna manera la noción de líder carismático. En la teología política, inspiradora de gran parte de la obra de Max Weber, se distingue a la figura del profeta, el portador del carisma, de la del sacerdote, propiamente un mediador. Así lo explica Giacomo Marramao: “Mientras que el sacerdote, en tanto miembro asociado de una empresa de ‘salvación’, está legitimado por su oficio, el profeta, por el contrario, como el brujo carismático, actúa exclusivamente en virtud de sus dones personales” (1998: 61). En ese sentido, Luciano Cavalli sostiene que en las experiencias socialistas cierto carisma radicaba en la misma “idea cultural” que les daba fundamento: “Marx y sus textos han sido colocados también en la ‘dimensión de lo extraordinario’, incluso sacralizados por los movimientos y, naturalmente, por los regímenes marxistas que se han impuesto durante buena parte del siglo”, aunque en los casos más destacados “el carisma de la ‘idea cultural’ y el institucional del movimiento, el partido o el régimen, se convertían en una potencia revolucionaria eficaz al combinarse, de nuevo, con el carisma *personal*” (1999: 27-28, destacado en el original). Agradezco a Emmanuel Taub algunas de las sugerencias bibliográficas.

ponsabilidad de construir un modelo interpretativo general y, al mismo tiempo, establecer una relación instrumental y flexible con las doctrinas teórico-políticas a las que apelaba.

Para el socialismo popular, lo determinante para la acción política no era la doctrina. Esta podía servir de herramental para analizar adecuadamente la realidad nacional, pero era ella la que definía y orientaba, en última instancia, la acción política. Esta fórmula que, como vimos, anudaba de forma particular al socialismo con el nacionalismo, definió una cuestión práctica que es preciso señalar. La estructura del centralismo democrático guardaba, en el marco de una lógica no dogmática de la doctrina política, un rol central para el líder. Es decir, Estévez Boero no solo determinaba las referencias teóricas a las que el socialismo popular recurría, sino que también diseñaba el modo en que estas debían ser utilizadas para “interpretar la realidad” y, tras ello, derivar de ese análisis las pautas de la acción política: “El gran ideólogo fue Guillermo Estévez Boero, que fue el padre de esta criatura”, sentencia Rubén Giustiniani (en Dalla-Cor-te Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 146).

Esto quiere decir que, en última instancia, recaían en la voluntad del líder las estrategias políticas que la organización se daba para sí. Este presupuesto, en apariencia sumamente rígido, habilitaba no obstante la posibilidad de implementar cambios y virajes doctrinarios y estratégicos de manera relativamente incruenta. La fortaleza y legitimidad de ese liderazgo permitía, al tiempo que un monolitismo aparente, una capacidad de cambiar el rumbo desde la cumbre. Las disidencias internas, que las hubo, quedaban diluidas en una estructura que evitaba de cualquier manera su visibilización. El centralismo democrático aportaba un modelo que propiciaba liderazgos fuertes, pero tal liderazgo no era posible sin los atributos y el predicamento del propio líder, en este caso, Guillermo Estévez Boero.

A modo de conclusión: la organización como impronta

La impronta organizativa del PSP “Secretaría Estévez Boero”, luego PSP, se convirtió en una de sus características decisivas.

Como señalamos, el centralismo democrático era un formato organizativo muy extendido entre agrupaciones de izquierda, tanto en las tradicionales como en las noveles. La particularidad del PSP, por tanto, no está dada por la adopción de ese modelo de ordenamiento, sino por dos cuestiones concomitantes. En primer lugar, porque, contrario a lo que ocurrió con otras expresiones de la “nueva izquierda”, que adoptaron este funcionamiento en franco alejamiento de las viejas organizaciones partidarias, el MAPA asumió y sostuvo esta estructura en un movimiento de acercamiento e integración, no exento de conflicto, con una rama del socialismo tradicional. En segundo lugar, el PSP adoptó esta estructura desde una perspectiva reformista y, en términos tácticos, no confrontativa, alejada de las perspectivas más radicalizadas y de las estrategias de acción insurreccional o “foquista”.

Por tanto, el sello característico del PSP que tuvo mayor perdurabilidad fue ese particular formato organizativo, que sirvió de sostén a una fuerza que demostró capacidad de despliegue militante y una marcada cohesión interna. Ese modelo de organización llevó a configurar una estructura verticalista, disciplinada, y con liderazgos internos claros y estables. El socialismo popular se distinguía en ese aspecto de la mayoría de las organizaciones que reconocía su origen en el PS originario —el más notorio contraste se daba con el PSD—,²⁵² y sostuvo esa marca de origen a pesar de las sucesivas emiendas metodológicas que se plantearon desde su conducción una vez consolidada la democracia en la Argentina.

El rol de Estévez Boero fue central en la articulación identitaria del PSP, en su calidad de mediador teórico-político y líder indiscutido. Su impronta personal se tradujo en la construcción de una organización que predicaba un pensamiento heterodoxo, poco afecto a los dogmatismos. La peculiar combinación entre una estructura organizativa rígida y una interpretación flexible del socialismo darían al PSP cierta capacidad de adaptación a las nuevas circunstancias. Eso se comenzaría a vislumbrar con mucha más claridad en los últimos estertores del gobierno dictatorial, período durante el que

252 Oscar González, entrevista, Buenos Aires, agosto de 2013.

el PSP redefiniría su vinculación con las tradiciones aquí analizadas, muy especialmente con la tradición socialista argentina.

La operación de articulación del PSP con la tradición socialista fue parcialmente exitosa en estos años. Tras 1983, quizá un poco antes, esto fue reforzado con un ejercicio de revalorización de figuras históricas del partido, en especial de Juan B. Justo, y un aligeramiento progresivo de los duros preceptos nacionalistas y revolucionarios que signaron el origen del socialismo popular bajo la conducción de Estévez Boero. Este reajuste, lejos de ratificar una continuidad lineal entre el viejo PS y el PSP, marca que la integración de este último se dio en el marco de un proceso conflictivo, contradictorio y plagado de marchas y contramarchas. Esta apreciación pone en tensión la inscripción, a veces naturalizada por la continuidad nominal, del PSP en dicha corriente histórica. Ligado a ello, nos obliga a pensar a la “tradicón” –o las “tradiciones”, en plural– como un concepto que da cuenta de una situación cambiante y conflictiva, no de un rasgo perenne y estable que sustenta una construcción política. A ello nos abocaremos en el siguiente capítulo.

Capítulo 4. Identidad y tradiciones políticas del Partido Socialista Popular²⁵³

Identidades, ideologías y tradiciones

Como hemos venido señalando, la ligazón del PSP con la tradición socialista argentina presenta algunas complejidades que ponen en cuestión el continuismo entre uno y otra (Suárez, 2015b). Hemos destacado que gran parte de los conflictos suscitados a partir de la conformación del PSP tuvieron que ver, en gran medida, con la impronta particular del grupo del MAPA, que encajaba poco con dicha tradición. Su modo de organización y su intenso activismo militante generaban resistencias, y a ello se le sumaba un explícito cuestionamiento, sembrado de suspicacias, por parte de sus entonces compañeros con respecto a la veracidad de sus “credenciales” socialistas.²⁵⁴ El peso de esta cuestión era decisivo, al menos en la voz de sus protagonistas, para comprender los motivos de las rupturas sucesivas que aquejaron al partido tras su conformación y que, en la mayoría de los casos, tuvieron como foco conflictivo a este núcleo: “A la gente de Estévez Boero siempre le fue difícil probar que ellos eran socialistas, siempre les fue difícil porque no tienen

253 Una versión sintética de este capítulo –y con algunos agregados sobre la perspectiva “desde el interior” del PSP– fue publicada en Suárez (2019a).

254 Resulta importante distinguir aquí la tradición socialista, entendida en un sentido general, de la específicamente argentina, asociada fundamentalmente a la trayectoria del PS y a sus principales figuras. En un contexto de inflación y disputa de sentidos en torno al signifiicante “socialismo”, esta distinción se vuelve más acuciante, y es central para comprender la particularidad del MAPA y, luego, del PSP a ese respecto. Retomaremos esto más adelante.

origen socialista” (Víctor García Costa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015). Más aún, esta cuestión no se agotó allí: fue un factor de impugnación recurrente al nuevo socialismo popular y a su dirigencia, en particular cuando retomaron, a principios de la década del ochenta, la iniciativa de acercamiento a los restantes partidos socialistas en busca de cierto entendimiento en pos de la unificación (Suárez, 2015c).

Los signos de ruptura del PSP con respecto al pasado del socialismo vernáculo eran visibles y, en muchos casos, explícitos. Si bien no exhibía una beligerancia equivalente a la llamada “izquierda nacional” (Galasso, 1983), este partido mostraba distancia con muchas de las figuras del socialismo argentino y las desacreditaba, a veces de manera directa y, en otras oportunidades, con alusiones implícitas o genéricas. Asimismo, los líderes del PSP recriminaban a sus antecesores su escasa sensibilidad con las demandas populares y su incompreensión de los fenómenos políticos de masas. También, como vimos, en términos organizativos la ruptura no podía ser mayor. A la tradicional estructura de centros (Berenzstein, 1991), se contraponía una dinámica de funcionamiento basada en el centralismo democrático (Guberman, 2004). Sumado a ello, tras la ruptura con los sectores provenientes de Militancia Popular y con una parte considerable de los ex PSA, el PSP “Secretaría Estévez Boero” se consolidó como una organización encabezada por un joven y renovado elenco dirigente, con escasos lazos con el viejo PS (Suárez, 2015b).

A pesar de esas marcas de ruptura, lo cierto es que el grupo del MAPA eligió convergir en una organización afincada en esa tradición y, lo que es más importante aún, decidió querellar por preservar esa nominación tras el cisma, a pesar de que muchos de los dirigentes más reconocidos habían dado un paso al costado o habían optado por la otra vertiente. Este punto es relevante porque el MAPA poseía, a su vez, muchos rasgos distintivos que lo hacían pasible de ser catalogado como una expresión de la llamada “nueva izquierda”. En este caso, la diferencia fundamental entre el MAPA y estas otras fuerzas tuvo que ver fundamentalmente con la decisión política de integrarse a una organización asociada a la izquierda tradicional.

Es decir, el MAPA –y luego el PSP– compartía y sostenía muchas de las críticas que la “nueva izquierda” había enunciado contra la “vieja izquierda”, pero, sin embargo, había optado por confluír en una formación que, si bien heterodoxa y “revisionista” en algunos aspectos, pertenecía a esa familia político-partidaria.

El objetivo de este capítulo es analizar la forma en que el PSP se articuló identitariamente, habitado por esta tensión constitutiva. La configuración de tal identidad política fue, a nuestro entender, el resultado de una combinación compleja de tradiciones políticas heterogéneas, actualizadas discursivamente en el marco de un sistema de alteridades contingentes. Es preciso considerar estos elementos para comprender cómo, por un lado, el PSP mostró cierta continuidad a partir del vínculo nominal y cómo, por el otro, presentó discontinuidades en algunos aspectos nodales: de elencos, organizativos e ideológicos. La sociología de las identidades políticas nos permite analizar todos estos elementos más allá de su aparente contradicción intrínseca. Es un abordaje que se centra en el modo peculiar de articulación discursiva en un espacio político-relacional específico, de ciertas tradiciones ideológicas sedimentadas y asociada con otras identidades que la coconstituyen. Como resume Baczkó:

Designar su identidad colectiva es, por consiguiente, marcar su “territorio” y las fronteras de éste, definir sus relaciones con los “otros”, formar imágenes de amigos y enemigos, de rivales y aliados; del mismo modo, significa conservar y modelar los recuerdos del pasado, así como proyectar hacia el futuro sus temores y esperanzas (1991: 28).

Esta perspectiva, que abreva en gran medida en la obra de Aboy Carlés (2001, 2013), permite dar cuenta de los componentes cohesivos de la identidad –liderazgos, ideologías–, pero también de las alteridades y su vinculación con referencias políticas pretéritas. En sentido estricto, la identidad política se compone de estos tres factores en una articulación fluida, lejana a cualquier imagen cristalizada o definición esencialista. Tampoco, en este sentido, la identidad puede ser entendida como un simple ejercicio de autoafiliación, sino como el resultante de un entramado de relaciones de diferen-

ciación y equiparación. Aunque no de forma exclusiva, las cuestiones ideológicas tienen para las organizaciones políticas un lugar fundamental en la configuración de su identidad política, articula aspectos doctrinarios y programáticos con elementos simbólicos. La ideología, en su acepción “débil” —es decir, entendida como “un conjunto de ideas, de valores concernientes al orden político que tienen la función de guiar los comportamientos políticos colectivos” (Bobbio, Mateucci y Pasquino, 2015: 755)—, representa *a priori* un factor clave en la delimitación de una identidad.²⁵⁵ No obstante, como explica Aboy Carlés, “ni las características de un liderazgo ni ninguna ideología política se definen al margen de una dimensión de alteridad, o fuera de lo que denominamos una perspectiva de la tradición” (2001: 67). La polisemia de las nominaciones y su constitución inacabada vuelve fútil un abordaje de lo ideológico que se reduzca a la simple enunciación de componentes doctrinarios, referentes teóricos y, en definitiva, una descripción de rasgos generales.

Según este autor, la tradición política “supone un tipo especial de intervención intelectual que aísla y filia determinadas recurrentes tópicos sobre un conjunto de prácticas sociales empíricas y teóricas” (2015: 4).²⁵⁶ Las tradiciones son, por ende, el resultado de operaciones selectivas que establecen cierta filiación con un pasado (Bevir, 2003). Según Raymond Williams resultan de “una

255 La discusión en torno al concepto de “ideología” ha estado tensionada permanentemente por su polisemia e indefinición. La acepción “débil” adopta un cariz casi coloquial que remite a una serie de patrones ordenadores de la práctica política. Esta perspectiva puede verse reflejada, por ejemplo, en la obra de Freedon; según este autor: “Una ideología es una organización estructural de amplia pretensión que atribuye significados *despolemizados* a una serie de conceptos políticos que se definen entre sí mutuamente” (2013: 75, destacado en el original). Por el contrario, la definición “fuerte” de ideología tiene su punto de partida en la lectura marxista y que se basa en el supuesto de considerarla como una matriz interpretativa distorsiva, vehículo privilegiado de una falsa consciencia de clase. Esta aproximación, sumamente simplificada en nuestra explicación, dio lugar a una serie de análisis teóricos más sofisticados que, sin dejar de lado lo básico de esa lectura basada en las relaciones de poder y de clase, revisaron, ampliaron y complejizaron su conceptualización. Sin interés en dar cuenta de todo ese extenso debate, optamos por usar el concepto de “ideología” en sentido coloquial y privilegamos el uso de la categoría “tradición política”.

256 En otra definición similar sostiene: “Funcionan así como una suerte de iluminadores, de marcos de referencia que nos permiten caracterizar en su complejidad tanto distintos órdenes políticos históricamente dados como las fundamentaciones de los mismos” (Aboy Carlés, 2016: 8).

versión intencionalmente selectiva de un pasado configurativo y de un presente preconfigurado, que resulta entonces poderosamente operativo dentro del proceso de definición e identificación cultural y social” (2000: 137). Las tradiciones operan como sedimentos de las identidades políticas, su reconocimiento contribuye a establecer alteridades y fijar fronteras, que pueden ser más o menos lábiles. Por lo general, estas tradiciones son articuladas en espacios identitarios que traducen algunas de esas líneas generales legitimadas pretéritamente en dinámicas y prácticas políticas colectivas específicas, “las disímiles luchas pretéritas pueden ser articuladas en un contexto significativo que dote de sentido a la acción” (Aboy Carlés, 2001: 69). Lejos de la nitidez de un esquema que reconoce divisiones claras, las tradiciones políticas están sujetas a una dinámica de permanente redefinición, hibridación y adaptación. La cohabitación con otras expresiones identitarias o partidarias vuelve a las tradiciones carne permanente de la polémica política y, como consecuencia de ello, sujetas a una serie de operaciones de interpretación y reinterpretación.²⁵⁷

Este panorama lleva a que ni las identidades ni las tradiciones puedan ser analizadas productivamente si no es de manera relacional, a partir de un sistema de alteridades. A nuestro entender, no es el resultado de la mera autoidentificación “subjética” de los actores, pero tampoco puede ser comprendida a través de una descripción “objetivista” con afán taxonómico. En algunos contextos, dichas clasificaciones parecen ser más sencillas, estar mediadas por sistemas y actores políticos más estables, pero incluso en esos casos no se debe perder de vista el componente relacional de toda competencia política. La disputa entre identidades se manifiesta a través de operaciones político-discursivas amplias de diferenciación y equiva-

257 Así como Williams (2000) se refiere a las tradiciones como “selectivas”, en otro trabajo clave sobre el mismo tópico el historiador británico Eric Hobsbawm (2002) se refiere a las tradiciones como “invenciones”. En ambos casos, no se trata de análisis que pretendan poner en entredicho la veracidad o no de las tradiciones, por el contrario, buscan, de alguna manera, reflejar las formas en que la invocación al pasado habilita prácticas en cierto “presente” a través de un complejo proceso de legitimación. En Aboy Carlés (2001) o Bevir (2003) la noción adquiere un sentido equivalente, dado que las tradiciones pueden ser adecuadas y delineadas a partir de las preferencias de los actores.

lencia, y las fronteras entre ellas pueden manifestarse impermeables o porosas.²⁵⁸ Esas disputas no necesariamente adoptan el formato de una confrontación directa, sino que muchas veces se plasman de manera velada. Asimismo, el espacio político está atravesado por relaciones asimétricas que, en definitiva, son las que habilitan la hegemonía en los procesos de articulación (Laclau y Mouffe, 2015).

Las décadas del sesenta y el setenta fueron una coyuntura fecunda para la expansión de las ideas de izquierda en la Argentina, pero esto no implicaba de ninguna manera uniformidad. Muchos procesos políticos, nacionales e internacionales, impactaron de forma tal en las izquierdas argentina y latinoamericana que estas se vieron envueltas en una serie de discusiones de enorme gravitación para el período, tanto de orden teórico-político como estratégico y táctico. Uno de los efectos más ostensibles fue la crisis que atravesaron tanto al Partido Socialista como al Partido Comunista (Tortti, 2002). Las duras críticas ejercidas sobre sus posiciones políticas propiciaron, junto con otros factores exógenos, la incubación de sectores internos disidentes crecientemente radicalizados.²⁵⁹ La mixtura entre la acuciante necesidad de reinterpretar el fenómeno peronista –por lo general, en sentido contrario a la caracterización negativa previa– y las remozadas lecturas del marxismo a la luz de los procesos revolucionarios en países periféricos precipitaron una diáspora, en especial de sectores juveniles, desde los partidos tradicionales.

258 Ernesto Laclau (2005), al menos en lo referido al populismo, había concebido una noción de “frontera radical” particularmente rígida e impermeable que, por otro lado, abonaba a su argumento general. Gerardo Aboy Carlés ha planteado la idea de pensar las identidades como “manchas superpuestas”: “... las identidades no son cadenas regimentadas sino manchas superpuestas en las que lo que está en juego no es la articulación de un campo de elementos neutrales sino la disputa por subordinar momentos ya articulados en múltiples cadenas equivalenciales” (2010: 102).

259 Señala Tortti: “Después de 1955, las tensiones que recorrían a los partidos Socialista y Comunista se habían visto sensiblemente agravadas cuando a los clásicos cuestionamientos por su ‘histórico’ fracaso, se agregó la evidencia de que no habría ‘desperonización’ de la clase obrera sino que, por el contrario, los trabajadores reafirmaban su identidad política en medio de un inusitado despliegue de combatividad. Muchos pensaron entonces que había llegado el momento de producir un encuentro que proporcionara nuevos cauces políticos y organizativos a esa aguerrida masa a la que consideraban ‘en disponibilidad’ y en la que, a la vez, comenzaban a descubrir rasgos y potencialidades revolucionarias” (2002: 266).

Ese es el punto de partida de la discusión que desarrollaremos en este capítulo. En primer lugar, analizaremos la posibilidad de incluir o no al MAPA, y al PSP, como parte de esta “nueva izquierda”. Para ello, pondremos en discusión diferentes propuestas para agrupar a las organizaciones políticas surgidas en dicho período y analizaremos las posibilidades que nos habilitan a pensarlas conjuntamente o, al menos, vinculadas entre sí. En segundo lugar, abordaremos los rasgos identitarios distintivos del PSP en ese marco, es decir, la manera en que esa organización en particular anudó su inscripción al socialismo con las impugnaciones explícitas con respecto a su relación con el peronismo y con los movimientos emancipatorios periféricos. Para ello recorreremos las tres tradiciones que, a nuestro entender, se anudaron para dar forma al PSP (Guberman, 2004): el socialismo, el nacionalismo y el reformismo. En cada caso, procuraremos indagar la forma particular en que el PSP recuperó cada una de ellas y, a continuación, la manera en que fueron combinadas para configurar una identidad política específica.

Mucho más que un “clima de época”: la izquierda en las décadas del sesenta y setenta

Uno de los aspectos nodales y más significativos para analizar el período de las décadas del sesenta y setenta en la Argentina está asociado a la radicalización política de numerosos sectores de la sociedad, en gran medida como contraparte de un proceso de inestabilidad política y represión creciente por parte del Estado a través de las fuerzas de seguridad. Este fenómeno de radicalización resulta difícil de enmarcar dado el alcance que tuvo y las múltiples formas en las que se expresó. Ese proceso no se reflejó solo en un peculiar repertorio de acción colectiva, proclive a adoptar formas cada vez más violentas (Gordillo, 2007), sino también en una reconfiguración significativa de las ideas políticas que atravesaban y vertebraban las disputas entre los actores organizados. Esa transformación de las ideas políticas tuvo gran impacto en el campo de las izquierdas, alimentada por un intenso debate intelectual (Terán, 1991) y una

profunda revisión de lo actuado hasta el momento por los partidos tradicionales (Hilb y Lutzky, 1984; Tortti, 2002). Las discusiones que signaron ese período trascendieron por mucho las fronteras nacionales, y dieron lugar a un fenómeno de carácter al menos regional –con ribetes de alcance continental e incluso global– de circulación de ideas, personas y bienes materiales (Marchesi, 2019).

La década del sesenta implicó un quiebre general en términos culturales, sociales y políticos en la Argentina, enmarcado por un contexto de transformaciones a escala planetaria cuyo ritmo estaba dado por el conflicto bipolar entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. La emergencia de la juventud como un actor significativo de la cultura y la política no fue un fenómeno exclusivo de estas latitudes, como tampoco lo fue la proliferación de ideas contestatarias alimentadas por una revitalización del marxismo influida por los procesos de liberación nacional que cundieron en las naciones del tercer mundo (Sigal, 1991). Estos vasos comunicantes llevaron a Claudia Gilman a darle a ese período “sesenta/setenta” la entidad de “época” definida como “*campo de lo que es públicamente decible y aceptable –y goza de la más amplia legitimidad y escucha– en cierto momento de la historia*” (2003: 36, destacado en el original). En esa misma clave, se reconocía un espacio intelectual y cultural que en ese período adoptó un lenguaje común de discusión derivado del reencuentro entre el socialismo y el nacionalismo: la “nueva izquierda” (Terán, 1991) o “neoizquierda” (Sigal, 1991). El doble proceso de politización de la cultura y culturización de la política implicaba, por un lado, “que la política se tornaba en la región dadora de sentido de las diversas prácticas” (Terán, 1991: 15) y, por el otro, “un especial protagonismo e influencia del mundo de los libros y las ideas en el ámbito de la política” (Ponza, 2007: 63). Este proceso vinculó a una serie de actores en una trama que, sin embargo, no dio como resultado un campo uniforme de pensamiento, sino que más bien delineó un terreno de disputa común forjado a partir de un lenguaje teórico-político compartido.

Este proceso de amalgama intelectual y cultural al calor de estas ideas contestatarias tuvo su contraparte en una serie de transformaciones políticas vinculadas a él. Al fulgor de estos debates

intelectuales y políticos, surgieron una serie de organizaciones político-partidarias que, en muchos casos, eran desprendimientos de otras más antiguas. La traducción entre esa “nueva izquierda” intelectual y la “nueva izquierda” política no fue tan lineal como se podría presumir apresuradamente, dado que, más allá de los elementos comunes, cada uno de esos campos cuenta con lógicas y dinámicas específicas.²⁶⁰ En consecuencia, el sentido de ciertos significantes en los discursos del activismo político adquiriría una dimensión diferente a la que podía tener en los cenáculos intelectuales. Sin embargo, esta advertencia no niega que se trataba, en la mayoría de los casos, de grupos generacionalmente uniformes que compartían espacios de sociabilidad, culturales, políticos y académicos comunes.

El acuerdo entre los estudiosos sobre este sustrato común que aunó a esa diversidad de actores en la década del sesenta/setenta habilitó el uso de categorías amplias para dar cuenta de esos rasgos compartidos: “nueva izquierda”, “izquierda nacional” e “izquierda nacional-popular”. Aun así, al menos entre las organizaciones políticas, estos conceptos entraban en franca contradicción con una dinámica sembrada de conflictos y proclive a la fragmentación. Esta situación plantea una serie de problemas asociados a los parámetros de inclusión/exclusión en esas categorías y, ligado a ello, la posibilidad o no de construir subcategorías para dar cuenta de manera más precisa de las características distintivas de cada grupo. A raíz de eso, surgen algunas preguntas con respecto a nuestro caso específico y a la posibilidad de inscribirlo, o no, dentro de estos rótulos, y a cómo ligarlo a un conjunto más amplio de fuerzas políticas.

260 Estas tensiones son reflejadas tanto por Terán (1991) como por Sigal (1991). Ambos autores manifiestan que la amalgama discursiva no ocluía del todo las diferencias entre cada uno de los ámbitos en que los actores se desenvolvían. Esto quiere decir que, efectivamente, hubo sujetos que participaron en ambos espacios –como miembros activos del debate intelectual y como militantes políticos *stricto sensu*–, pero también hubo muchos otros que no lo hicieron. Esta advertencia resulta vital para evitar sobredimensionar el alcance de los debates intelectuales, en especial para paliar el riesgo de “sobrintelectualizar” las disputas políticas entre organizaciones que, a pesar de que en muchos casos compartían el mismo lenguaje, se desenvolvían con lógicas radicalmente diferentes.

Retomando el hilo, una de las categorías claves para analizar el período es la de “nueva izquierda”, pero no existe uniformidad de criterios para definir sus límites. Por ejemplo, en su trabajo pionero Daniel Lutzky y Claudia Hilb proponían una definición de “nueva izquierda” restringida a ciertas organizaciones políticas peronistas y no peronistas que “desarrollan el tema de la revolución como un acontecer cercano y práctico, en particular el de la lucha armada, sea como práctica inmediata o como futuro no lejano, y sobre todo como objetivo buscado” (1984: 8).²⁶¹ En este caso, el criterio de inclusión/exclusión está fijado por una discursividad revolucionaria y cierta inclinación hacia las formas no institucionales de acción política. En sentido levemente diferente, María Cristina Tortti (1999, 2014) dispuso una delimitación del campo de la “nueva izquierda” más amplio en cuanto a los actores, pero no tan disímil en cuanto a los límites. De alguna manera, lo que Tortti se propuso fue incluir en una sola definición todos los procesos de radicalización política, social y cultural, no restringida a las organizaciones políticas revolucionarias. Así, la autora incluye dentro de la “nueva izquierda” tanto a las corrientes intelectuales como a las organizaciones políticas radicalizadas, pasando por el sindicalismo combativo y los católicos “tercermundistas”.

En cualquiera de los casos, ya sea considerando la definición más amplia o la más restringida, la inclusión del PSP en el campo de la “nueva izquierda” resulta problemática. En ese escenario, el partido no era una organización reconocida como parte de la “nueva izquierda”, incluso entre las expresiones no armadas de dicho universo (Campione, 2007). Si el MAPA podía, de cierto modo, ser considerado en sus orígenes como parte del movimiento neozquierdista, resulta más difícil justificar su acercamiento y posterior integración a un partido que, aun con las salvedades del caso, formaba parte de la izquierda tradicional argentina. Asimismo, si bien el MAPA y luego el PSP exhibían una retórica que podría

261 Los autores incluyen dentro de la “nueva izquierda” a Montoneros, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), el Partido Comunista Revolucionario (PCR), Vanguardia Comunista, entre otras.

ser identificada como “revolucionaria” en sentido genérico, resulta difícil homologarla sin más a la impronta propia de las organizaciones armadas. La defensa irrestricta de los mecanismos institucionales de participación política, así como otros posicionamientos en esa misma línea, ponen en cuestión la inclusión del PSP como una fuerza de “nueva izquierda”. No obstante, se podría distinguir entre una etapa más claramente neoizquierdista durante el gobierno autoritario de la Revolución Argentina y una deriva posterior que alejó progresivamente a la organización de ese campo de referencia (Suárez, 2015b).

Otra de las categorizaciones posibles para clasificar a las fuerzas políticas del período se desprende de la confluencia, no exenta de tensiones, entre el socialismo y el nacionalismo (Georgieff, 2008). Influenciada simultáneamente por procesos exógenos e internos, esta confluencia dio como resultado múltiples combinaciones posibles de articulación entre el imperativo del particularismo nacional y la vocación universalista del socialismo. Uno de los resultados de esa combinación fue lo que se dio a conocer como “izquierda nacional” o “nacionalismo de izquierda”, también concebida como una categoría amplia, de raíz político-intelectual, de identificación de diferentes expresiones políticas. Explícitos críticos de los partidos tradicionales y cultores de un militante revisionismo histórico, la “izquierda nacional” quedó ligada a ciertas figuras de renombre y a algunas experiencias político-partidarias acotadas (Galasso, 1983). Sin embargo, si consideramos una noción más amplia de “izquierda nacionalista”, nos habilitaría a plantear una discusión con respecto a la pertinencia de incluir al PSP dentro de ese conjunto político.

Hugo Chumbita (2006) reseñó un listado de rasgos distintivos que según él definían a ese campo político amplio de la “izquierda nacionalista”: a) una adscripción a los preceptos del marxismo, b) la reivindicación de la tradición y la conciencia nacional, c) una crítica al “europeísmo” desde una perspectiva latinoamericanista, d) la adhesión al revisionismo histórico, e) la invocación a la “nación sudamericana”, f) la revalorización del yrigoyenismo como continuador de la tradición del federalismo, g) la caracterización del peronismo como un movimiento con potencial revolucionario,

h) la reconsideración de la participación política de los militares, i) la defensa de la cultura criolla mestiza. A partir de estos puntos, no caben muchas dudas de que el PSP, en su etapa inicial, se reflejaba bastante bien en esta descripción propuesta por el autor, podía ser incluido allí sin mayores problemas de no ser por las explícitas referencias intelectuales que este espacio reconoció y por sus posicionamientos políticos específicos.²⁶² Es decir, si bien en términos generales el PSP es pasible de ser reconocido como parte de este colectivo mayor, en lo concreto se pueden identificar ciertos matices que en dicho contexto resultaban sustanciales. El principal punto de disidencia tiene que ver con la caracterización del peronismo y el posicionamiento frente a él. En ese caso, si bien el PSP manifestaba una posición genéricamente filoperonista, esto no implicaba ni atribuirle un carácter revolucionario ni proponer una integración a ese movimiento: esa cuestión lo mantuvo a una prudente distancia de otras organizaciones identificadas con esa línea de pensamiento. De esta forma lo explicaba Darío Macor:

La estrategia de Puiggrós es caminar dentro del peronismo; para Jorge Abelardo Ramos, que viene y sigue en el trotskismo, la estrategia es caminar “a la par” del peronismo. La estrategia del PSP va a ser distinta: construir un lugar para que sobreviva la tradición socialista en una clave que no tiene por qué estar enfrentada con la cuestión nacional (2012).

Aunque el PSP mantuvo ciertos vínculos con las organizaciones reconocidas como parte de la “izquierda nacional”, nunca formó parte de este colectivo en sentido estricto: fue, en el mejor de los casos, un compañero de ruta o un socio circunstancial.²⁶³ Su periplo posterior lo fue alejando progresivamente de este espacio político, en particular cuando el PSP, ya bajo la conducción de Estévez Boe-

262 El propio Chumbita propone un panteón de figuras de este espacio que incluye a John William Cooke, Eduardo Astesano, Rodolfo Puiggrós, Jorge Enea Spilimbergo, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arregui y Rodolfo Walsh. Entre las organizaciones políticas se destaca el Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN) y sus desprendimientos posteriores.

263 Por ejemplo, el reconocido dirigente Jorge Enea Spilimbergo formó parte de las listas del PSP en 1983 en calidad de extrapartidario.

ro, se puso en contacto con la Internacional Socialista en pos de recuperar una membresía plena para la organización allí.

Otra de las categorías para englobar a las organizaciones políticas del período fue propuesta por Carlos Altamirano (1987), quien procuraba dar cuenta de una uniformidad ideológica entre una miríada de organizaciones o fracciones partidarias a primera vista diferenciadas. A esa “izquierda nacional-popular” la definía como:

... conjunto de corrientes y posiciones difundidas en varios partidos argentinos, se declarasen de izquierda (como en el caso del Partido Intransigente) o no (como los casos del peronismo y el radicalismo), y en el que se amalgaman nociones y valores nacionalistas con temas de inspiración socialista. Esta amalgama tiene como presupuesto que las desigualdades en el orden social [...] forman un cuerpo único, por decirlo así, con la dependencia en que se halla el país con respecto de centros imperialistas. Salir de esa situación, es decir, romper los vínculos de dependencia, requiere la movilización de todo el pueblo-nación; la liberación nacional, a su vez, debe abrir su paso a un orden más justo (1987: 309-310).

Como se observa, la propuesta de Altamirano se distingue de las anteriores por diferentes motivos, derivados en gran medida de su objeto de interés específico –la Junta Coordinadora Nacional–²⁶⁴ y su enfoque. Por un lado, la categoría “izquierda nacional-popular” creemos que resulta útil para cuestionar la rígida periodización derivada del concepto de “nueva izquierda”, así como para ampliar el foco más allá de los casos más connotados de radicalización política.²⁶⁵ De esta forma, el autor desplaza –y en algún punto, omite– la

264 La Junta Coordinadora Nacional fue una agrupación interna de la Unión Cívica Radical, fundada en 1968 por un grupo de jóvenes, entre los que se destacaban Federico Storani, Enrique Nosiglia y Luis Cáceres (Fernández, 2010). La vinculación de estos sectores con los dirigentes del PSP, en especial los provenientes del MNR, se remontaba a la militancia universitaria (Altamirano, 1987). Sin embargo, las relaciones posteriores son más difíciles de documentar, al margen de las coincidencias programáticas, ideológicas y conceptuales que inscribían a ambas fuerzas dentro del campo común del reformismo de izquierda.

265 La perspectiva de la “nueva izquierda” por lo general marca un *continuum* entre las décadas del sesenta y el setenta, al establecer un corte inapelable a partir del golpe de Estado de 1976. La mayoría de estas visiones, aun las que buscan ser más amplias e inclusivas,

problemática de la lucha armada o el horizonte revolucionario, al optar por una visión del nacionalismo popular más genérica e indefinida.

Asimismo, la noción de Altamirano se plantea mucho más amplia y difusa que la más restrictiva de “izquierda nacionalista”, e incluye en su análisis a partidos políticos “tradicionales” y fracciones partidarias. Al dilatar los límites de su definición, integra en ella a organizaciones de lo más variadas, entre las que se podría contar al PSP. La mixtura entre el socialismo y el nacionalismo que el autor identifica fue un rasgo muy extendido entre las organizaciones y los intelectuales de la época (Georgieff, 2008), y la formulación de consignas antiimperialistas un eje vertebrador del momento. Este último punto vuelve problemático establecer los alcances y los límites de esta noción, en especial porque el autor omite deliberadamente la cuestión de la lucha armada. En esa vocación explícita de amplitud, el concepto, tal como es enunciado por Altamirano, corre riesgo de perder especificidad y, con ello, menguar su capacidad explicativa.

Si bien resulta pasible incluir al PSP dentro de cualquiera de estas categorías políticas más amplias: “nueva izquierda”, “izquierda nacionalista” e “izquierda nacional-popular”. Aunque, como hemos señalado, por diferentes motivos se podrían presentar objeciones y matices. El socialismo popular no fue una experiencia política excepcional ni disociada de su contexto, dado que se hizo carne de gran parte de los procesos políticos, culturales y sociales a los que hemos referido. Sin embargo, el devenir del PSP mostró particularidades que lo diferenciaron de otras fuerzas políticas *a priori* similares y le permitieron definir un perfil identitario específico. Para analizar esto, proponemos realizar la operación inversa a la que los autores precedentes hicieron. No nos interesa identificar los puntos de contacto que daban a las organizaciones del período una im-

están fuertemente sesgadas por la centralidad que le dan en sus análisis a las experiencias de militancia armada. Altamirano (1987) en este artículo, por el contrario, analiza los setenta desde los ochenta y hace eje en una organización que no puede ser considerada estrictamente de izquierda. De esa forma, la “izquierda nacional-popular” es abordada como una corriente de pensamiento ubicua y transversal —una forma original para dar cuenta de un proceso de proliferación de un lenguaje político compartido— que puede ser analizada allende los límites cronológicos impuestos por el Proceso de Reorganización Nacional.

pronta común, sino analizar la forma específica en que el PSP articuló esos rasgos compartidos por muchos. Por ende, no se trata de mensurar las similitudes o diferencias del PSP con respecto a otras organizaciones afines, sino más bien indagar cuáles fueron aquellos aspectos ideológicos y doctrinarios que abrieron brechas entre ellas, que habilitaron una diferenciación identitaria. En un marco de profunda politización y radicalización, los pequeños matices y diferencias sellaron fronteras particularmente impermeables entre organizaciones que, a pesar de ello, continuaban unidas por un sustrato y un lenguaje compartido.

Las tradiciones del Partido Socialista Popular: socialismo, reformismo y nacionalismo

Como ha señalado Lucio Guberman (2004), el socialismo popular configuró su identidad atravesada por al menos tres elementos que convergían y se anudaban entre sí de una manera dispar. En principio, el partido adoptó la nominación “socialista”, por lo que la centralidad de esa tradición política resulta poco discutible, aunque es necesario analizar la forma peculiar en que el PSP actualizó dicha tradición en su configuración identitaria. Algo equivalente ocurre con el “reformismo”, en especial de raíz universitaria, que también figuraba de manera explícita en la nominación de la agrupación estudiantil asociada al partido, el MNR. El componente “nacionalista”, distintivo del PSP tanto en su liturgia como en su simbología, resulta más difícil de anclar en una tradición política preexistente y remite más a una operación, por otro lado bastante extendida en la “nueva izquierda”, de revisión de lo actuado por los partidos de la izquierda tradicional y un cuestionamiento al uso de categorías y principios forjados para realidades diferentes a la del país y, desde su punto de vista, inútiles.

Como observamos, el socialismo y el nacionalismo fueron referencias ideológicas que tendieron a comulgar en la década del sesenta y setenta en una multiplicidad de organizaciones. Por su parte, el reformismo representó una tradición común a una importante

fracción de la militancia universitaria durante el primer posperonismo y también aglutinó a múltiples sectores políticos. La disputa político-discursiva en torno a estas tradiciones se ubicó en el centro del proceso de radicalización política de esos años. Eso se tradujo en una evidente saturación de sentidos de los conceptos en disputa –“socialismo”, el más claro de ellos– y una fragmentación forjada a partir de diferencias, en apariencia minúsculas, que operaban como piedra basal de las alteridades entre los distintos grupos.²⁶⁶ Ya hemos recorrido distintas interpretaciones y perspectivas que buscaron destacar el magma común que unía a todo ese heterogéneo conjunto de colectivos militantes, por lo que intentaremos, a partir de un caso específico, profundizar en aquellos aspectos que sirvan para explicar la fuente de discordia y dispersión entre ellas. Este intento de análisis no contradice la literatura ya reseñada, por el contrario, consideramos que las diferencias entre cada uno de esos grupos anidaba justamente en aquellas cosas que compartían y que esos matices se hicieron ostensibles una vez que las alteridades que los congregaban –en especial, la Revolución Argentina– desaparecieron o menguaron.

A continuación, revisaremos las tres tradiciones de las que abrevaba el PSP y su articulación. En principio, señalaremos algunos aspectos generales de cada una de ellas y la forma en que aparecían expresadas en el discurso partidario; también, las tensiones derivadas de la polisemia y las disputas por el sentido de cada una. En un segundo momento, intentaremos reconocer la forma en que se articulaban esos componentes en la configuración de una identidad partidaria específica.

La tradición socialista

El socialismo es una tradición política cuyo origen debe remontarse a la Europa de mediados del siglo XIX, como correlato

266 Reinhart Koselleck explica: “Una palabra puede adquirir univocidad del uso. Un concepto en cambio tiene que seguir siendo plurívoco para poder ser un concepto. [...] Los conceptos son pues concentraciones de muchos contenidos de significación. [...] Una palabra contiene posibilidades de significación, un concepto reúne plenitud de significaciones” (1974: 21).

de la expansión y consolidación del capitalismo industrial.²⁶⁷ La consagración de los valores republicanos tras un prolongado ciclo de revoluciones y la progresiva, aunque no exenta de retrocesos, ampliación del sufragio habilitaron la profusión de nuevas ideas que alimentaron el proceso de activación de grandes masas, hasta entonces excluidas de la participación política. La obra de Karl Marx fue un hito fundamental para la consolidación de un corpus de pensamiento sistemático que dio contenido a un significativo conjunto de partidos y sindicatos que comenzaron a expandirse en el continente europeo en ese período (Eley, 2003). Bajo su auspicio, se logró coordinar la I Internacional de los Trabajadores (1864), un primer intento de galvanizar a los diversos grupos proletarios del continente, pero sumamente heterogéneo y todavía dominado por diferencias doctrinarias y estratégicas sustantivas. Eso sirvió de mojón para que en las décadas siguientes se fundaran partidos de inspiración socialista incluso allende los límites europeos, impulsados por un crecimiento significativo de la cantidad de obreros y sindicatos. Ese desarrollo permitió que en 1891 comenzara a funcionar la II Internacional, ya hegemónizada por un socialismo de inspiración marxista (Andreucci, 1980) e integrada por partidos políticos formalmente constituidos. Sin embargo, “si la Internacional, en su apogeo, da al exterior una impresión de pujanza, ya está empero minada por sus contradicciones internas” (Kriegel, 1986: 58).²⁶⁸

El Partido Socialista argentino fue fundado en 1896 y participó de la II Internacional como una de las organizaciones más importantes del continente americano (Aricó, 1999).²⁶⁹ Si bien

267 Para analizar los antecedentes ideológicos del socialismo de raíz marxista, su prehistoria, ver Crick (1994), Cole (1957) y Lichtheim (1975, especialmente el capítulo “Los orígenes”). “El socialismo es un producto del mundo moderno. No tiene precedentes ni en el mundo antiguo ni en el medieval, pero en ambos es posible encontrar antecedentes”, explica Bernard Crick (1994: 13).

268 En este sentido, Leszek Kolakowski explica: “La II Internacional no fue una organización uniforme y centralizada con un cuerpo de doctrina elaborado y reconocido por todos sus miembros, sino más bien una amplia federación de partidos y sindicatos que actuaban independientemente pero unidos por su fe en el socialismo” (1982: 11).

269 Según señala José Aricó, la experiencia socialista argentina, en especial a través del liderazgo de Juan B. Justo, fue el primer ensayo sistemático de difusión del ideario marxista en

el PS adhería en términos generales al “socialismo científico” –la forma preferente que usaban los socialistas para evitar el uso del calificativo “marxista” (Eley, 2003: 45)–, comenzó, a través de la voz de su principal líder, Juan B. Justo, a marcar matices frente a la ortodoxia marxista y a delinear un pensamiento propio, lo que Aricó (1999) llamó “la hipótesis de Justo”.²⁷⁰ Al igual que lo que ocurría en la II Internacional, y en muchos de sus partidos miembros, las diferencias internas cundieron temprano en el seno del PS y revistieron en numerosos conflictos y algunas experiencias cismáticas. Los conflictos daban cuenta tanto de diferendos de tipo doctrinario como de desacuerdos de orden táctico, así como también, huelga decirlo, de disputas resultantes de antipatías personales de diverso grado.

Ese escenario de conflictividad latente desencadenó varios enfrentamientos a lo largo de los primeros años de la II Internacional, en especial con respecto al rumbo que debía adoptar el movimiento socialista internacional. A las diferentes interpretaciones en torno al sentido del socialismo, se le sumaban las tensiones derivadas de la multiplicidad de realidades nacionales que afectaban a cada organización en particular (Kriegel, 1986). El potencial conflictivo de la diversidad nacional que contenía la Internacional se tornó ingobernable al calor de los acontecimientos que condujeron al continente europeo a la “gran guerra”. La escalada bélica horadó

Latinoamérica, así como la primera experiencia significativa de traducción de dicho ideario en un proyecto político con impacto real en el escenario político nacional: “Su experiencia representa la primera tentativa, teóricamente elaborada, de utilizar la doctrina de Marx para formular una propuesta que, basada en el análisis de las condiciones sociales de su país, permitiera la constitución de un movimiento capaz de conducir a las clases trabajadoras a una activa participación en la vida política argentina” (1999: 387). Asimismo, considera que Justo fue un importante animador de los debates de la II Internacional, injustamente soslayado.

270 La ortodoxia marxista tras la muerte de Karl Marx estaba asociada fundamentalmente a la línea oficial del partido socialista más importante del mundo, el SPD alemán (Haupt, 1986), y a su principal ideólogo, Karl Kautsky (Kolakowski, 1982). El poderío alemán sesgó la línea oficial de la II Internacional, si bien tanto dentro de ese partido como de la organización internacional primaba la diversidad de opiniones y perspectivas. Los disensos de Justo con respecto a esa lectura han sido reseñados por varios autores, entre los que se destaca Aricó (1999), y quedaron nítidamente plasmados en un debate que el médico argentino sostuvo con el dirigente italiano Enrico Ferri (Martínez Mazzola, 2012; Graciano, 2010; Herrera, 2015).

aún más los endeblez lazos que la mantenían unida y las urgencias nacionales se terminaron imponiendo sobre la fraternidad socialista.²⁷¹ Sin un acta de defunción formal, la II Internacional se extinguió y se dispersó en una miríada de grupos que intentaron, cada uno a su modo, dar alguna respuesta a la masacre bélica que azotaba Europa (Haupt, 1986).

Los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial fueron parteros de un hito que cambió definitivamente la historia del movimiento socialista internacional: la Revolución soviética (Eley, 2003). “Si el estallido de la guerra fue el primer golpe asestado al movimiento socialista antes de 1914, octubre de 1917 fue el tiro de gracia” (Sassoon, 2001: 56). La exitosa Revolución bolchevique de octubre de 1917 se constituyó en un parteaguas en la historia del socialismo a escala planetaria y significó una reconfiguración decisiva de ese campo político-ideológico. Desde hacía años, Lenin, líder indiscutido del movimiento revolucionario ruso, manifestaba sus disensos con el cariz reformista que habían adoptado las principales organizaciones socialistas europeas (Haupt, 1986). El triunfo de la revolución le permitió ratificar tales críticas y concebir un nuevo espacio de coordinación política internacional con su propia impronta. La conformación de la III Internacional, también conocida como Internacional Comunista (IC), trazó una frontera impenetrable entre los soviéticos y sus otrora compañeros de ruta, más aún tras las sanción de las “Veintiuna condiciones” en su II Congreso (Rosenberg, 1977).²⁷² La consolidación de la Komintern escindiría al mundo socialista en dos campos nítidamente distinguibles: uno comunista, bajo la órbita de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), y otro socialista o socialdemócrata, que recién

271 “La larga situación de emergencia ocasionada por la guerra alimentó las lealtades nacionalistas hasta alcanzar una intensidad sin precedentes, facilitando la integración de los movimientos obreros en el consenso patriótico y transformando el ‘interés nacional’ en el nuevo marco hegemónico del socialismo moderado”, explica Geoff Eley (2003: 129).

272 La Internacional Comunista (también conocida como Komintern o Comintern) fue fundada en enero de 1919 y contó con la participación de 39 organizaciones de diferentes países. Las conocidas como “Veintiuna condiciones” fueron aprobadas por amplia mayoría en el II Congreso de la Komintern en 1920 y fijaban de manera taxativa los requisitos que debían cumplir las organizaciones partidarias para formar parte de esta organización transnacional. Ver Kriegel (1986) y Rosenberg (1977).

recompondría un espacio de articulación internacional en 1951 (Sasoon, 2001).

En la Argentina, como en gran parte de América Latina, estos procesos tuvieron un impacto visible en la vida de las, por lo general, débiles organizaciones socialistas, ya de por sí muy proclives a las divisiones y fracturas. La relativa marginalidad de las organizaciones de izquierda era un rasgo compartido por gran parte de los países latinoamericanos. La debilidad estructural se combinaba malamente con una errática táctica política, al tiempo que era usual que sufrieran persecución por parte de los poderes estatales. Ni los partidos socialistas ni los comunistas tuvieron capacidad de incidir de manera decisiva en la vida política de sus países en la primera mitad del siglo XX, al margen de alguna conquista destacable en materia de legislación o en la organización del movimiento obrero sindicalizado.

Como ya analizamos, la década del sesenta alumbró en el continente una izquierda renovada que puso en crisis a las organizaciones tradicionales, así como a sus dispositivos ideológicos, doctrinarios y culturales. La influencia que tuvieron la Revolución cubana (1959) y, en menor medida, otros procesos de lucha antiimperialista, como el de Vietnam, oficiaron de caldo de cultivo para la redefinición y relanzamiento de la izquierda vernácula, acompañada por la revisión extendida de las ideas marxistas a la luz de las obras de Lev Trotsky, Mao Tse Tung o Ernesto Guevara, entre otros (Oelgart, 1971). La estrella guía que había significado la Unión Soviética, cada vez más cuestionada tanto por los “excesos” de Stalin como por el “revisionismo” de Jrushév, perdió centralidad frente a las experiencias revolucionarias de China, Cuba o Vietnam. La reinterpretación en clave dependentista y antiimperialista de los procesos políticos fue clave en la configuración de este amplio y heterogéneo espacio político.²⁷³ El significante

273 Los cambios también alcanzaron al mundo católico a raíz del enorme impacto que tuvo el Concilio Vaticano II y sus efectos tanto en aspectos doctrinarios como litúrgicos que impactaron en diferentes movimientos políticos y sociales, por ejemplo, en los llamados “Sacerdotes por el tercer mundo” (Ponza, 2008). En el caso argentino, además, tuvo enorme centralidad la reconfiguración identitaria del peronismo, en especial en sus sectores juveniles,

“socialista”, otrora marginal en la vida política latinoamericana, cobró centralidad al calor de estas transformaciones y se convirtió en el eje articulador de diversas identidades políticas. Esto volvió al socialismo un campo en disputa, atravesado por una saturación de sentidos y una polisemia potencialmente conflictiva. Las múltiples vertientes doctrinarias, muchas veces hibridadas entre sí, configuraron un escenario de convergencia ideológica surcado por hondas diferencias interpretativas y tácticas. El campo socialista se volvió terreno fecundo para la proliferación de una variada gama de “ismos” políticos que vivieron su cénit durante esos años.²⁷⁴ En ese marco tuvo su origen el Partido Socialista Popular.

Una lectura apresurada del proceso histórico nos llevaría a colocar al PSP como un legítimo y directo heredero de la tradición socialista argentina, pero esta interpretación se da de bruces con el propio posicionamiento del partido en esos años. El primer aspecto a considerar tiene que ver con la discontinuidad organizacional producida, menos de un lustro después de su fundación, cuando los sectores vinculados al ex PSA abandonaron el partido. El segundo aspecto a contemplar refiere a la exigua presencia de menciones a referentes políticos del PS histórico –con casi exclusiva excepción de Alfredo Palacios– en los documentos del socialismo popular, sobre todo a partir de 1974.

Como analizamos en un capítulo precedente, el acto fundacional del PSP contó con la participación central de Víctor García Costa, flamante secretario general del nuevo partido y dirigente del PSA, y Guillermo Estévez Boero, principal referente del MAPA, quienes fueron los oradores del acto junto a Carlos Constenla (Gru-

que derivó, entre otras cosas, en la conformación de un importante conjunto de organizaciones de izquierda referenciadas en él.

274 Señala Reinhart Koselleck: “Todos los conceptos fundamentales no sólo son inalterables (en el sentido de que su formulación lingüística se mantiene inmutable durante largo tiempo), y, por tanto, discutibles y controvertidos, sino que poseen a la vez una estructura temporal interna. Cada concepto fundamental contiene varios estratos profundos procedentes de significados pasados, así como expectativas de futuro de diferente calado. De modo que estos conceptos, además de su contenido experiencial (*Realitätsgehalt*) contienen un potencial dinámico y de transformación, temporalmente generado, por así decirlo, dentro del lenguaje. Los conceptos que llevan el sufijo -ismo [...] constituyen un ejemplo representativo de tales nociones ricas en capacidad de innovación” (2004: 37-38).

po Evolución) y Andrés López Accotto (Militancia Popular). Los discursos de García Costa y Estévez Boero fueron recopilados posteriormente en un folleto titulado “En la huella de Palacios”, haciendo alusión a un pasaje de la intervención del primero de ellos que, a su vez, remitía a una frase del propio Palacios. Ese documento sintetizaba la operación que intentaba establecer cierta continuidad y ligazón del PSP con el perimido PSA y con el referente más importante de esa corriente tras la ruptura de 1958. Víctor García Costa lo señalaba con claridad:

Venimos a constituir el Partido Socialista Popular y lo hacemos desde las filas del hoy ex Partido Socialista Argentino, el Partido de Alfredo L. Palacios, aquel Maestro de América [...]. Alfredo Palacios, Maestro, te decimos hoy, aquí, que con este Partido Socialista Popular hemos puesto nuestro pie sobre la última huella que tú dejaste.²⁷⁵

En esa línea, también recuperaba a Mario Bravo, aunque no así a otros dirigentes destacados del socialismo argentino, incluido Justo. De todas formas, era clara su intención de establecer un nexo entre el antiguo partido y el nuevo PSP.

La intervención de Estévez Boero, en contraste, marcaba algunos matices. Al margen de la mención de rigor a Alfredo Palacios, el santafesino optó por referenciar su discurso y su definición del socialismo a las figuras señeras de Marx y Engels. En ese movimiento, entroncaba al socialismo con la ortodoxia marxista, de la que el PS históricamente se había diferenciado, y reponía un sentido más doctrinario a la definición. Así, recuperar el socialismo científico tradicional era una forma de restituir el proyecto socialista a una senda de la que, en algún momento, se había apartado: “El marxismo no está perimido, lo que está perimido es el imperialismo, lo que está perimido es el capitalismo, derrotado en todos los continentes por la lucha heroica de los pueblos como el de Vietnam”.²⁷⁶ De

275 Discurso de Víctor García Costa en abril de 1972 (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2011: 235).

276 Discurso de Guillermo Estévez Boero “La huella de Palacios I”, 23 de abril de 1972.

ese modo, Estévez Boero rescataba a los fundadores del “socialismo científico” y los aunaba a la experiencia de resistencia en Vietnam. La inscripción política que presentaba desplazaba el eje propuesto por García Costa, lo alejaba de la tradición socialista argentina de matriz justista y lo acercaba a otras expresiones ideológicas ligadas a la emergente “nueva izquierda”:

Ellos querían servirse del partido, pero no querían ser esclavos del pasado del partido. Ellos no querían ser esclavos del antiperonismo del partido, eso les jodía a ellos. Ellos querían servirse de Palacios –ya de Justo no se podían servir–, pero les jodía el antiperonismo. Pero ellos no querían saber nada del pasado. Ellos querían construir un partido socialista montado en la historia, pero sin exhibir la historia. Pero no se puede (Víctor García Costa, entrevista, Buenos Aires, febrero de 2015).

El PSP, ya bajo control del MAPA, se reconocía como una organización opuesta tanto a las expresiones sectarias de la izquierda –en especial de aquellas que promovían la lucha armada– como a la socialdemocracia:

Las sectas de izquierda, la socialdemocracia, siempre han atribuido la enajenación y el divorcio del pueblo a la brutalidad, a la ignorancia y a la incomprensión del pueblo. Nosotros criticamos la brutalidad, la ignorancia y la incomprensión de las sectas y de la socialdemocracia.²⁷⁷

Cuestionaba de ambas su tendencia a replicar modelos teórico-políticos foráneos, reñidos en gran medida con las necesidades y preferencias específicas del “pueblo argentino”:

¿Cuál es el resultado de copiar modelos extranjeros para el desarrollo de nuestras fuerzas revolucionarias? El resultado es lamentable y está a la vista. La Argentina tiene el triste privilegio de ser uno de los pocos países del mundo donde la izquierda tiene

277 Discurso de Guillermo Estévez Boero, “¿Qué es el socialismo popular?”, 9 de abril de 1973.

un reducido peso específico en el seno del movimiento obrero organizado.²⁷⁸

Si bien en aspectos doctrinarios y, de manera más clara aún, en cuestiones organizativas el PSP se asemejaba a una organización de tipo marxista-leninista, sus documentos rehuían a adoptar una definición de forma explícita.²⁷⁹ Por el contrario, el socialismo popular se posicionaba desde un discurso expresamente antidogmático y, por ende, heterodoxo dentro del universo más amplio de las fuerzas así identificadas: “La teoría elaborada por Marx, Engels y sus continuadores no debemos considerarla como un dogma, sino como una guía para la acción”.²⁸⁰ En el mismo sentido, Inés Bertero expresa: “Si hay algo que todos nosotros hemos recibido de él [Estévez Boero] es el rechazo al dogmatismo y al sectarismo, a las ideas del blanco o negro, porque eso no es socialismo. El socialismo es una metodología muy rica como para subsumirla en algo tan cerrado” (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 40).

El PSP cultivaba, entonces, un socialismo que reconocía la raíz marxista y se vinculaba de forma crítica con una tradición socialista argentina que, desde su perspectiva, se había apartado de dicha raíz, en sintonía con el viraje que había llevado adelante la socialdemocracia europea en general. Su conducción consideraba al partido fundado en 1896 como “un trasplante mecánico de la experiencia y práctica de los partidos europeos”,²⁸¹ exitoso en un primer momento e incapaz de adaptarse a los cambios sociales que se habían dado

278 Ídem. Nótese las coincidencias de este tipo de argumentos por los consignados por Jorge Enea Spilimbergo recuperados en el capítulo 1.

279 Señala Ricardo Cuccovillo (entrevista, Villa Elisa, octubre de 2013): “Nosotros no éramos socialdemócratas –si alguno te lo dice, no éramos socialdemócratas–, éramos marxistas-leninistas, renegábamos de la socialdemocracia, y Estévez renegaba más que nadie”. En el mismo sentido, Héctor Cavallero (entrevista, Rosario, octubre de 2015): “Somos de origen marxista. Con esto te quiero decir que todos los que fuimos fundadores no solo leíamos a Marx; leíamos a Lenin, aunque no estábamos de acuerdo con la dictadura del proletariado; leíamos mucho a Mao Tse Tung, sobre todo en el análisis de las contradicciones. Después leíamos a otros más muy importantes, como George Politzer. En general leíamos esa vertiente ideológica”.

280 Prólogo de Guillermo Estévez Boero a *Principios elementales del socialismo*, Federación Santa Fe del PSP, 1972.

281 “Rectificar la práctica para construir el Partido de los Trabajadores”, PSP, 5 y 6 de abril de 1975.

en el país. Valoraba iniciativas que habían buscado “crear nuevas fuerzas con idearios socialistas, más vinculados al quehacer nacional”,²⁸² que por lo general habían sido experiencias cismáticas; tal era el caso de Acción Socialista, espacio liderado por Dardo Cúneo y en el cual un joven Estévez Boero había hecho sus primeras armas políticas (Herrera, 2013). Entre ellas, reivindicaban a figuras como Enrique Dickmann o Manuel Ugarte, aunados en su carácter de disidentes y promotores de un socialismo de cariz nacional y latinoamericanista. Pero, aun en esos casos, consideraban:

En síntesis, y con diversos matices, ninguno de estos grupos pudo sobreponerse a las limitaciones de su origen. Muchos no trascendieron de pequeños cenáculos y vivieron divorciados de la realidad nacional de los trabajadores. Otros, en el seno de organizaciones populares solucionaron su problema de militancia personal; pero unos y otros, pese a su militancia y sacrificio, fracasaron en la construcción de una herramienta política y orgánica idónea que condujese el proceso de Liberación Nacional de nuestro país.²⁸³

Hacia 1975, la conducción del socialismo popular, ya depurada de los opositores al liderazgo de Estévez Boero, sostenía esa lectura del proceso y celebraba haberse despojado de los sectores que no adherían a una visión que “puede [...] considerarse a nivel de los más avanzados del mundo”.²⁸⁴ En esa deriva, se habían apartado los sectores que tenían vínculos más estrechos con el viejo tronco partidario. El alejamiento de estos grupos de la “socialdemocracia”, lejos de vivirse con pena, resultaba la evidencia, en sus propios términos, de que ese era “el planteo correcto para la construcción de la organización”.²⁸⁵ Esta forma de construcción “correcta” se sustentaba, desde su perspectiva, en una rigurosa aplicación del método del socialismo científico para el conocimiento objetivo de la realidad nacional.

282 Ídem.

283 Ídem.

284 Ídem.

285 Ídem.

No obstante, el componente marxista del PSP no se traducía, en sentido estricto, en una ortodoxia. Por el contrario, era el resultado de una mixtura de las múltiples variantes que esta había asumido a lo largo del tiempo, un *collage* teórico. Esa variedad era reconocida y recogida en una propuesta formativa que contaba con un extenso menú de lecturas obligatorias, que se seguían con relativo rigor dentro de la organización (Guberman, 2004). Como señala Héctor Cavallero: “En aquel tiempo, todos los cuadros habíamos leído determinadas obras de Marx, de Engels, de Lenin, de Mao Tse Tung, mucha historia argentina y latinoamericana” (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 67). En ese sentido, las heterogéneas referencias teóricas se articulaban mediante operaciones de sincretismo y mixtura, por lo que el influjo específico de cada una en el discurso propio de los socialistas populares no es tan sencillo de rastrear a primera vista.

La formación de los militantes del PSP incluía una variada gama de autores y referencias que se combinaban, de un modo peculiar, en la interpretación que esta organización hacía del socialismo.²⁸⁶ En esa formación, era importante la obra de Mao Tse Tung, dado su peso como matriz interpretativa en esos años.²⁸⁷ También se leían otros autores marxistas relevantes,²⁸⁸ así como algunas obras de divulgación, como *El ABC del socialismo* de Leo Huberman (1972) —en coautoría con Sybil May— o los trabajos de George Politzer.²⁸⁹ Eran particularmente consideradas las obras y discursos de líderes

286 En este caso, se puede señalar la continuidad entre la experiencia de Acción Socialista y la figura de Dardo Cúneo con la propuesta del PSP a través de Guillermo Estévez Boero. Según Carlos Herrera (2013) el sincretismo teórico combinado con una perspectiva latinoamericanista y nacionalista fue un rasgo distintivo de la efímera agrupación liderada por Cúneo.

287 García Costa llega a caracterizar al PSP “Secretaría Estévez Boero” como maoísta (entrevista, febrero de 2015). Ver Rojas (2006).

288 Una lista de autores y obras que eran leídas, estudiadas y consultadas por los militantes del PSP se puede ver en el capítulo 3.

289 El libro de Huberman fue editado con el título *Principios elementales del socialismo* por la federación Santa Fe del PSP con prólogo de Guillermo Estévez Boero. Dicho prólogo se convirtió en uno de los documentos nodales en la formación iniciática de los militantes y uno de los pocos textos de nítido carácter teórico-político de factura propia. Darío Macor señala a ese respecto: “Se leía Politzer [...], que se leía Leo Huberman, *El ABC del Socialismo*, que según supieron contarme [...] era más leído un prólogo que el libro tenía por la militancia que el libro completo” (2012).

como el vietnamita Ho Chi Minh, el norcoreano Kim Il Sung o el cubano Fidel Castro, pero más por su importancia como hombres de la práctica que por su discutible originalidad teórica.²⁹⁰

Importante lugar tenían también en la formación y concepción socialista del PSP los autores latinoamericanos, partiendo del peruano José Carlos Mariátegui en su calidad de enunciador de un marxismo situado –“enraizado”, según Mazzeo (2013)–, concebido desde y para América Latina.²⁹¹ Junto a él se recuperaban las figuras del también peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, el chileno Raúl Ampuero,²⁹² el uruguayo Vivian Trías²⁹³ y los argentinos José Ingenieros, Alfredo Palacios y Manuel Ugarte, entre otros. Todos ellos eran considerados como parte de una línea del socialismo con sensibilidad nacional y popular a la que el PSP pretendía adscribir, contraria a otra identificada como “socialdemócrata”. Señala Héctor Cavallero:

Básicamente nosotros queríamos poner un socialismo nacional, popular y latinoamericanista. Y en eso, a los tres hombres que rescatábamos, con sus aciertos y sus errores, eran a Alfredo Lorenzo Palacios, a Manuel Baldomero Ugarte y, yendo para atrás, José Ingenieros. (...) Nosotros éramos profundamente latinoamericanistas, te puedo decir país por país quiénes fueron los socialistas que nos impactaron. El que más nos impactó fue José Carlos Mariátegui –desgraciadamente murió joven, de tubercu-

290 María del Carmen Viñas, entrevista, Mar del Plata, agosto de 2015.

291 Sobre la influencia de Mariátegui remitimos a Aricó (1980, 1999) y a Mazzeo (2013, 2009).

292 Raúl Ampuero Díaz fue un célebre político chileno, docente universitario, senador en varias oportunidades (1953-1969) y secretario general del Partido Socialista (1946-1948 y 1961-1965) y del Partido Socialista Popular (1950-1952 y 1955-1957). Fue un protagonista indiscutido de la vida política del socialismo chileno durante más de tres décadas (Ampuero, 2002). Como fundador y miembro destacado del Partido Socialista Popular, le dio una impronta de mixtura entre el socialismo y el nacionalismo (Fernández Abara, 2017), que mucho influyó en su partido homónimo en la Argentina.

293 Vivian Trías fue un destacado político y escritor uruguayo, fue diputado, rector de la Universidad de la República (1956-1960) y secretario general del Partido Socialista (1959-1962). Fue un referente del revisionismo histórico uruguayo y una de las principales figuras de la izquierda nacional en su país (Montaldo, 2004). “Trías escribió historia y usó la historia para afirmar una idea del socialismo nacional”, explica José Rilla (2010: 88). Ver Ghiretti (2020).

lois—. Mariátegui fue el primer marxista que en Latinoamérica incorpora al análisis, correctamente, a lo que en aquel tiempo se decía “los indígenas”, que serían hoy los “pueblos originarios”. Es el primer marxista de Latinoamérica que incorpora esto. También teníamos un profundo respeto por Víctor Raúl Haya de la Torre, al cual conocimos. Víctor Raúl era una mezcla del marxismo, el anarquismo, la reforma universitaria del dieciocho y el humanismo (...). Y, la verdad, es que inauguró un método de construcción partidaria muy popular. En todos los lugares había dos vertientes. Vos tenías en Uruguay, nosotros no estábamos con el Partido Socialista tradicional, nosotros estábamos con Vivian Trías. Vos tenés dos versiones. Vivian Trías era el latinoamericanista, por ejemplo la mejor defensa de Malvinas que yo he leído —sacando ese libro de Palacios con prólogo de Groussac— es de Vivian Trías. Todo eso, para todos los primeros militantes del PSP, era material de lectura obligatoria de los núcleos (Héctor Cavallero, entrevista, Rosario, octubre de 2015).

Estas referencias teóricas, en su mayoría, aparecían veladas en el discurso del socialismo popular: tanto en sus documentos como en la prensa partidaria, era exigua la mención explícita a cualquiera de aquellos autores. Sin embargo, había indicios que ponían en evidencia dicha influencia de manera ostensible. Ya mencionamos el impacto directo de las obras de Lenin y Mao en el formato organizativo del PSP y en su fundamentación teórica, así como algunas marcas de su interpretación política, en especial del segundo. Asimismo, resulta casi indiscutible la influencia de Haya de la Torre y del APRA en la concepción política del MAPA, primero, y el PSP, después, tanto en los tópicos como en las perspectivas. Algo equivalente ocurre con Mariátegui, quien inspiró, casi a modo de plagio, uno de los lemas centrales del PSP en sus primeras décadas de vida: “Argentinicemos la Argentina”.²⁹⁴ En el caso de Trías y Ampuero,

294 José Carlos Mariátegui publicó una columna en el periódico *Mundial* titulada “Peruanicemos el Perú” que luego formó parte, con el mismo título, de uno de los tomos de sus obras completas. Esta inspiración es señalada por Cavallero en Bebán y Llopis (2014).

se reflejaban tópicos comunes vinculados a la construcción de un socialismo en clave nacional y antiimperialista. Ambos eran figuras integradas y relevantes de los partidos socialistas de sus respectivos países y críticos notables de las versiones más “socialdemócratas” de ellos (referenciadas en Emilio Frugoni y Salvador Allende, respectivamente).²⁹⁵ Esta ubicación orgánica los diferenciaba de las versiones secesionistas de la izquierda nacional argentina y, en consecuencia, los acercaba al perfil que buscaba cultivar el PSP.

Otro aspecto del modo en que el PSP tradujo la tradición socialista tuvo que ver con su rechazo explícito a la lucha armada como forma de acción política, lo que condicionaba su valoración del proceso cubano, referencia ineludible para los sectores de la “nueva izquierda” (Tortti, 2007, 2014). Así lo reconstruye Héctor Cavallero:

Yo soy quien, a pesar de las tentaciones que tuve, nunca apoyé la lucha armada. Yo hablé dos veces con Ernesto *Che* Guevara, con Fidel Castro, con todo el mundo que me trató de convencer para eso. Estuve en Cuba tres meses a fines del año 1964 y principios del año 1965. Es decir, nunca estuve de acuerdo con el Che, aunque tengo un gran respeto. Además, toda mi camada del movimiento estudiantil latinoamericano es una montaña de muertos, y, por eso, yo tengo profundas reservas con la Revolución cubana. Porque creo que algún proceso de autocrítica debería existir (Héctor Cavallero, entrevista, Rosario, octubre de 2015).

Esta interpretación distanció al socialismo popular de otras organizaciones políticas radicalizadas y les granjeó el mote de “amari-

295 La relación con la figura de Allende es paradójica en el caso del PSP: era reivindicado como un referente del socialismo democrático, pero las circunstancias de su caída eran leídas de forma ambigua. Esto se trasluce en un discurso de Estévez Boero en 1974: “Muchachas y muchachos argentinos: no sean irresponsables. Las posibilidades históricas no se dan gratuitamente. ¡Miren lo que ha pagado Chile por la irresponsabilidad! ¡Miren lo que ha pagado Chile por el sectarismo! ¡Aprendan, únanse! ¡Organicen a los sectores populares! [...] Salvador Allende, ese extraordinario compañero, amigo y mártir de América Latina, cayó sabiendo que iba a caer” (“En el 164 aniversario de la patria y en el 1º Aniversario del triunfo popular”, PSP, 25 de mayo de 1974).

llos”.²⁹⁶ La crítica general al sectarismo que el PSP le endilgaba a las organizaciones de ultraizquierda, tomaba un cariz diferente cuando cuestionaban la acción armada. No solo consideraban que se trataba de una errónea implementación de tácticas foráneas a una realidad que no se correspondía con ellas, sino que evaluaban a estos sectores como funcionales al imperialismo y a la oligarquía:

Quienes sectariamente, por no comprender la realidad nacional en su complejidad y profundidad se creen con el monopolio de la argentinidad o están al servicio de inconfesables intereses extranjeros predicando la desconfianza entre los sectores de la vida nacional, predicando la política del no diálogo, predicando la política de la no concertación, practican un terrorismo que al margen de su orientación disocia en la práctica a las mayorías nacionales; en otras palabras, planifican consciente o inconscientemente la división de los argentinos en beneficio de los intereses extranjeros.²⁹⁷

En términos generales, el PSP operaba en el marco de la tradición socialista de forma selectiva, tanto en cuanto a las referencias teóricas de las que se apropiaba como la forma en que las articulaba en su discurso. El partido optaba por un sincretismo heterodoxo flexible, renuente a atarse a una ortodoxia de las muchas que surcaban el campo socialista y la izquierda en esos años. La forma en que evadían esas disputas doctrinarias estaba asociada a la centralidad que le daban al análisis de la realidad nacional, como un factor determinante en última instancia. Esto era enunciado de manera explícita:

296 La caracterización de “amarillos” tiene su origen en Francia y era un calificativo utilizado por los sindicalistas para referirse a aquellos gremios obedientes a la patronal, es decir, rompehuelgas. Esta caracterización luego fue utilizada por Lenin para descalificar a los sectores socialistas y socialdemócratas reformistas. Así lo recuerda María del Carmen Viñas (entrevista, Mar del Plata, agosto de 2015): “El lugar de enfrentamiento era la universidad esencialmente. La lucha ideológica se daba en las facultades, en las asambleas universitarias, que en ese momento eran importantes, había toda una ebullición muy grande. Nosotros éramos considerados los ‘amarillos’ de esa izquierda, porque además nosotros planteábamos, ya desde ese entonces, el respeto a la voluntad popular, a la democracia”.

297 *La Vanguardia Popular*, septiembre de 1975.

En el caso del Partido Socialista Popular, se trata de aprender a aplicar la teoría elaborada por Marx y Engels y enriquecida por los movimientos revolucionarios del mundo a las circunstancias específicas de Argentina. Si los socialistas populares, que forman parte de la patria argentina y están unidos a ella en carne y hueso, hablan del marxismo separándolo de las características concretas de nuestra realidad nacional, hablarán de cualquier cosa menos de marxismo, ya que él constituye en sí la expresión de la fusión de la teoría y de la práctica. Por consiguiente, es necesario convertir el marxismo en algo específicamente argentino, aplicando cada una de sus manifestaciones a nuestra realidad, es decir, elaborar una ideología de conformidad con las características de nuestra patria, asimilando las experiencias positivas de los revolucionarios del mundo.²⁹⁸

Este sincretismo teórico, combinado con la peculiar centralidad de la cuestión nacional, fue un sello distintivo del PSP durante sus primeros años.

La tradición nacionalista

La cuestión de la Nación y el nacionalismo ha sido un tópico central para las ciencias sociales, un fenómeno paradigmático de la modernidad y complementario –y en tensión– con el surgimiento y la consolidación de los Estados (Gellner, 1988; Hobsbawm, 1993). El socialismo, por el contrario, se cristalizó como corriente política y de pensamiento de manera parcialmente antagónica a la Nación al predicar un internacionalismo sustentado en la universal fraternidad del proletariado. No obstante, la problemática de la Nación –y su contraparte, el nacionalismo– fue abordada por la *intelligentsia* socialista, a partir de los propios Marx y Engels, seguidos por Karl Kautsky y Otto Bauer, pero de una manera subsidiaria a otros ejes de debate considerados más significativos para el movimiento socialista internacional (Davis, 1972; Galasso, 2001). La cuestión na-

298 Prólogo de Guillermo Estévez Boero a *Principios elementales del socialismo*, Federación Santa Fe del PSP, 1972.

cionalista ganó centralidad, y se volvió acuciante como problema, en la segunda década del siglo XX, a raíz del estallido de la Primera Guerra Mundial y el triunfo de la Revolución soviética (Sassoon, 2001). Lenin y, sobre todo, Stalin avanzaron en una teorización que permitiera compatibilizar el socialismo con el nacionalismo mediante la reivindicación del principio de “autodeterminación”, esa línea de razonamiento teórico, que, sumada a la constatación de la imposibilidad de concretar la revolución mundial, llevó a la consagración del “socialismo de un solo país” de matriz estalinista (Galasso, 2001). Esta correspondencia teórica entre socialismo y nacionalismo encontró su mayor desarrollo en el período de posguerra y, en especial, desde los países periféricos. Paradójicamente, esas experiencias sirvieron también de caldo de cultivo para cuestionar y erosionar la férrea ortodoxia soviética (Georgieff, 2008: 56).

En la Argentina, el nacionalismo ha sido asociado históricamente a la derecha del espectro ideológico y así lo ha reflejado la historiografía (Lvovich, 2006; Barletta y Béjar, 1988). El epicentro de esta historiografía ha estado en el estudio de las décadas comprendidas entre 1920 y el peronismo, en las que el nacionalismo adoptó expresiones políticas visibles conjugándose con un incipiente fascismo y el catolicismo. Uno de los problemas para analizarlo tiene que ver con la necesidad de diferenciar una sensibilidad política relativamente ubicua de una corriente de pensamiento heterogénea y, también, de las organizaciones concretas que se reconocen a sí mismas de ese modo (Barbero y Devoto, 1983). Una de las clasificaciones más extendidas, si bien no es la única posible, es la que distingue a un nacionalismo elitista de otro de carácter popular. La emergencia del peronismo reconfiguró —como a la mayoría de los espacios políticos— al universo nacionalista y produjo que, tras su caída, las fronteras de por sí lábiles de la tradición nacionalista se confundieran, hibridaran y mixturaran con otras manifestaciones político-ideológicas (Lvovich, 2011). La década del sesenta mostró una proliferación de expresiones políticas e intelectuales que buscaron fusionar el socialismo con el nacionalismo, en una tradición que podríamos llamar “nacionalista popular” (Floria, 1993). Esa mixtura, como así también la conjunción entre antiimperialismo y

liberación nacional (Sigal, 1991), habilitaron una redefinición de los vínculos entre las tradiciones de gran importancia relativa.²⁹⁹

Carlos Floria explica que el nacionalismo fue “una de las ideas-fuerza más vigorosas y polivalentes del siglo XX en la Argentina y fuera de ella” (1993: 29). Y agrega:

El nacionalismo atraviesa, pues, las ideologías vigentes de cada época. Ideología entre las ideologías, hay que descubrirlo en sus concurrencias y divergencias, en su apareamiento y en sus aversiones. La aversión contra el marxismo y la obsesión anticomunista será una constante del nacionalismo contemporáneo, pero no de todos los nacionalistas ni de todos los marxistas con respecto a él (34).

En esta definición, se entiende al nacionalismo como “tradicción” e “ideología”, con un potencial articulador casi ilimitado. En tal sentido, la reapropiación de lo nacional por parte del socialismo popular forma parte de ese movimiento más amplio de confluencia. Muchos de los tópicos, los conceptos y las premisas nacionalistas se replicaban en numerosas organizaciones de la “nueva izquierda”, la “izquierda nacional” o la “izquierda nacional-popular” –solo por utilizar algunas de las categorías ya reseñadas– en esos años. La articulación de la tradición nacionalista en el PSP resulta más difícil de demarcar que la de su homónima “socialista”, dado que no aparecía enunciada de forma tan explícita –o doctrinaria– ni dejó una marca nominal.³⁰⁰

299 “Los mutuos y recíprocos avances del marxismo sobre el nacionalismo y del nacionalismo sobre el marxismo, los procesos de apropiación y sincretismo de temáticas y referentes de las distintas corrientes de pensamiento provocaron un desplazamiento del contenido de la categoría de ‘lo nacional’, puesto que ahora lo nacional se nutría de y expresaba a las grandes mayorías populares, estableciendo una ligazón entre la ‘cuestión nacional’ y la ‘redención popular’ que posibilitaba la convergencia del descontento nacional y el social”, explica Georigieff (2008: 91).

300 Esta afirmación es posible de ser relativizada en alguna medida si consideramos que el MNR sí conservó este componente en su nombre. Como señalaba Estévez Boero: “Este movimiento se llama NACIONAL porque al nacer se compromete a insertarse en la tradición histórica de Nuestra Patria para poder modificarla” (“25º aniversario del Movimiento Nacional Reformista”, MNR, 31 de mayo de 1985, las mayúsculas son del original).

Ese nacionalismo genérico del PSP se definía, en principio, en clave negativa, es decir como anverso de la trayectoria receptiva a las ideas extranjeras de la izquierda tradicional, aunque esto tenía poco de original. Sin embargo, la centralidad de la cuestión nacional en el discurso del PSP fue uno de sus rasgos distintivos –reconocido tanto por sus miembros como por otros actores– y se manifestaba de múltiples maneras. La tradición nacionalista se expresaba a través de, por un lado, una serie de referentes teóricos e históricos particulares que la delimitaban –un proceso selectivo de inclusiones y exclusiones–; una serie de dispositivos simbólicos y litúrgicos escenificados por su militancia de manera recurrente; y, por último, una serie de supuestos teórico-políticos que articulaban la forma en que la dirigencia del PSP forjaba su interpretación del socialismo como doctrina y de la realidad sociopolítica argentina.

El nacionalismo del PSP se presentaba, al menos en sus primeros años de vida, de manera esquemática y binaria: a los intereses nacionales se le oponían el imperialismo y la oligarquía terrateniente.³⁰¹ En “Realidad Política Argentina”, una conferencia dictada por Estévez Boero en 1971 y luego publicada como material iniciático de formación partidaria, se señalaba:

El problema de la Argentina reside en que su pueblo organizado y consciente sepa resolver esta contradicción fundamental. Y la resolución de una contradicción, implica la desaparición de uno de los aspectos que lo integran. Por ello se hace necesario vislumbrar cuál es el camino argentino para terminar con la dependencia del imperialismo y con la existencia de su socio nativo la burguesía terrateniente u oligarquía.³⁰²

301 Daniel Lvovich, siguiendo a Pierre Taguieff, señala que un rasgo distintivo de los nacionalismos es “la denuncia de un complot” (2011: 20); este rasgo genérico puede cuadrar tranquilamente con la interpretación en clave antiimperialista del PSP. En ese sentido, los tópicos planteados encontraban cierta continuidad con el nacionalismo histórico argentino, pero era traducido por la izquierda mediante otros marcos interpretativos, fundamentalmente el maoísmo.

302 Conferencia pronunciada por Guillermo Estévez Boero sobre “Realidad política argentina”, PSP, 8 de noviembre de 1971.

Una manifestación muy gráfica de esta interpretación se daba en una sección fija de *La Vanguardia Popular* que, mediante una infografía con formato de cuadro de doble entrada, enumeraba aquello que “Sí ayuda la liberación” y lo contraponía a lo que “No ayuda a la liberación”. De modo sintomático, la primera columna del cuadro llevaba como encabezado la consigna “Patria, sí” y, la segunda, la frase “Colonia, no”. El gráfico incluía un detallado listado de políticas o medidas llevadas a cabo por el gobierno o los partidos políticos en ese contexto, clasificadas y valoradas a través de esta matriz dicotómica. Este modo de analizar la situación política estaba presente desde los inicios del PSP:

La creación del Partido Socialista Popular en Argentina es la respuesta madura, reflexiva, conciente y revolucionaria a la opresión y al vejamen que padece el país debido a la existencia de la dictadura mercenaria y sus mandantes: *el imperialismo yanqui y el privilegio nativo*.³⁰³

Estas figuras se repetían en cada documento, editorial o comunicado que la conducción del PSP daba a conocer. A cada facción, grupo o expresión política que el PSP identificaba como antagonista se le endilgaba el calificativo de cómplice –voluntario o involuntario– del imperialismo. Así procedía con actores tan disímiles como los desarrollistas, “los ultrarrevolucionarios” o los liberales, a los que asociaba a lo antinacional y antipopular.³⁰⁴ Esa clave interpretativa tenía una resonancia revisionista evidente: “El nacionalismo hizo del ‘revisionismo’ la clave de la lectura de la historia” (Floria, 1993: 51).

Los referentes socialistas históricos estaban prácticamente ausentes en la prensa del PSP, con la excepción destacada, una vez más, de Alfredo Palacios.³⁰⁵ Por el contrario, sobresalían las figuras

303 Discurso de Guillermo Estévez Boero en el acto constitutivo del Partido Socialista Popular, 23 de abril de 1972 (el destacado es nuestro).

304 A modo de ejemplo se puede ver la “Declaración sobre la SITUACIÓN NACIONAL producida por el 11º Congreso Nacional del Partido Socialista Popular”, PSP, 5 y 6 de julio de 1975.

305 El reconocible rostro de Alfredo Palacios ocupó la portada del primer número de *La Vanguardia Popular* con el lema ya mencionado: “Tras la huella de Palacios”. Sin embargo, la referencia recurrente a su figura, muy visible en los primeros años del socialismo popular, se

funcionales a ese nacionalismo genérico, desde figuras del panteón nacional hasta intelectuales no socialistas identificados con esa línea de pensamiento. Por ejemplo, el periódico partidario contaba con una sección dedicada a personajes destacados; allí aparecieron, entre otros, próceres como José de San Martín, Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo o Martín Miguel de Güemes; referentes destacados del nacionalismo económico, como Enrique Mosconi, Lisandro de la Torre o Raúl Scalabrini Ortiz; y, excepcionalmente, algún socialista valorado por su sensibilidad nacional como Enrique del Valle Iberlucea, José Ingenieros o Alfredo Palacios. En la prensa también sobresalían las menciones a Hipólito Yrigoyen o a Juan Domingo Perón, al que no dudaban en identificar, en 1975, como “el genuino conductor de las mayorías nacionales”.³⁰⁶

Un segundo aspecto en que el nacionalismo del PSP se hacía visible con nitidez era en el litúrgico. Allí, el socialismo popular redoblabla los esfuerzos para distinguirse de la tradición socialista argentina y privilegiaba una simbología que ratificaba su compromiso con lo nacional. Para ello, el PSP se afincaba en un nacionalismo tradicional sin mayores alteraciones, es decir afín al patriotismo cívico consagrado a finales del siglo XIX, al que el PS en sus orígenes había impugnado de manera explícita.³⁰⁷ De ese modo, el socialismo popular privilegiaba en todos sus actos partidarios la presencia de insignias patrias.³⁰⁸ La bandera argentina fue incluida por pri-

diluyó a medida que Víctor García Costa fue perdiendo posiciones dentro del partido hasta su definitivo alejamiento. La propia trayectoria política e intelectual de García Costa refleja con claridad su particular interés, político e intelectual, por la figura del primer legislador socialista de Latinoamérica, por lo que la centralidad de ese vínculo con el resto de los miembros del PSP original es bastante más tenue y relativizable.

306 “Declaración sobre la SITUACIÓN NACIONAL producida por el 11° Congreso Nacional del Partido Socialista Popular”, 5 y 6 de julio de 1975.

307 Al respecto María Liliana Da Orden (1994) analiza las tensiones, marchas y contramarchas, del posicionamiento del socialismo argentino, en especial de Juan B. Justo, frente al nacionalismo y los símbolos patrios. Allí, la autora procura matizar las visiones maniqueas que han dominado las caracterizaciones de Justo en su faceta antinacionalista; no obstante, reconoce la enorme gravitación que estas lecturas tuvieron en términos históricos. Para una relectura del mismo proceso, en una perspectiva más amplia del PS y más allá de la figura de Justo, ver Reyes (2018).

308 Este desplazamiento simbólico y discursivo también puede filiarse, en cierta medida, a la figura de Alfredo Palacios. Ver García Costa (1986).

mera vez en el escudo partidario —a modo de brazalete en el puño que sostiene la rosa socialista—, el celeste y blanco predominaba por sobre el rojo típico del PS en toda su simbología: “Guillermo nos repetía siempre el concepto de ‘celeste y blanca’, ‘celeste y blanca’, la bandera, por favor, que no haya puños y rosas, que en los carteles haya menos color rojo; la ‘celeste y blanca’ que nos une y nos cubre a todos”, recuerda Mónica Albónico (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 26). Asimismo, el himno nacional era entonado en lugar de la tradicional “La Internacional Socialista”. La marcha del PSP, también cantada en los eventos partidarios, ilustraba esos preceptos de manera clara. Su última estrofa decía:

Socialista es el joven,
Es el pueblo trabajador
Tener la celeste y blanca
Flameando en el corazón.³⁰⁹

Esa impronta se reflejaba también en la centralidad que tenía la conmemoración de las fechas patrias en la liturgia partidaria, en especial el 25 de mayo y el 9 de julio, cuya importancia superaba para el PSP la de la tradicional celebración socialista: el 1º de mayo. Esas fechas eran celebradas y evocadas tanto en documentos como en *La Vanguardia Popular*, sin excepción. En su editorial de julio de 1980, señalaba:

Pero por sobre todos los peligros, por sobre todas las divisiones de criterio, los grandes como San Martín y Belgrano, pedían y exigían la declaración de la Independencia Nacional. Hoy no hay grandes, pero el pueblo, que es la Patria, sigue su ejemplo y pide y exige la defensa de la Independencia Nacional.³¹⁰

El PSP no desdeñaba de ningún símbolo o conmemoración con significación patriótica. Utilizaba el ícono tradicional del gaucho, consagrado en la liturgia nacional en la primera mitad del siglo XX, así como otras figuras propias del tradicionalismo argentino.

309 La marcha completa se puede escuchar en <https://www.youtube.com/watch?v=7iUdM-BIbBFo>

310 *La Vanguardia Popular*, julio de 1980.

Por ejemplo, uno de los documentos elaborados por el II Congreso partidario en 1975 incluía en su portada la célebre frase del *Martín Fierro* “Los hermanos sean unidos...”. También, por otro lado, se recomendaba la lectura iniciática de la leyenda de “El Tamborcito de Tacuarí”, fábula sobre un héroe mítico de las guerras de independencia que el PSP había editado en formato de historieta y era utilizada, además, para la formación de los hijos de los militantes. Así lo recuerda Ricardo Cuccovillo:

Implica una profunda discusión y una puesta en práctica, nosotros desde el locro hasta la escarpela, hasta festejar cada fecha patria, hasta hacer un librito del “Tamborcito de Tacuarí” para que nuestros hijos lean la historia, cada uno de mis hijos. Armamos una escuelita de los sábados en un local que habíamos alquilado (...), y allí todos nuestros hijos –de “Jaimo” [Ernesto Jaimovich], mío, de [Carlos] Spini, todos– iban a hacer la “Escuelita del Tamborcito de Tacuarí”, o sea de reivindicación de lo nacional. Nosotros hicimos (...) el “Realidad Política Argentina” en diapositivas, lo representábamos en todo el país, hemos hecho peñas con mil personas en donde pasábamos la representación del RPA con diapositivas. (...) Hemos hecho nosotros –yo mismo actué de indio– representaciones de leyendas tradicionalistas, como la leyenda de “La Chaskañawi”. Con María Elena Barbagelata habíamos armado un grupo de canto y reivindicábamos la cuestión nacional (Ricardo Cuccovillo, entrevista, Villa Elisa, octubre de 2013).³¹¹

Los actos patrióticos eran celebrados con locros multitudinarios que eran aprovechados para ampliar el círculo de allegados y adherentes, mucho más allá de los núcleos de militancia activa. Así lo explica Inés Bertero:

311 En el mismo sentido, Juan Carlos Zabalza señala: “Llegamos hasta a hacer una película: *El Tambor de Tacuarí*, donde valorábamos fundamentalmente el sentido épico y trascendente de lo que había sido la participación del pueblo y de los trabajadores en las luchas por la liberación nacional, por la independencia nacional” (entrevista, Rosario, noviembre de 2015).

Este pensamiento distinguiría al PSP que, año tras año, inició la convocatoria a locros multitudinarios para reunir a los argentinos en torno a la conmemoración de las fechas patrias y que simbolizara en el abrazo de los gauchitos con la bandera argentina para las saluciones de fin de año, su anhelo de unidad nacional (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 41).

A todo eso se le sumaba una política extendida, consuetudinaria, que instaba a los militantes del PSP, so pretexto antiimperialista, a no consumir productos foráneos de ningún tipo, desde música hasta indumentaria, pasando por alimentos y bebidas.

Como observamos en el capítulo previo, el nacionalismo del PSP se exacerbó durante el período dictatorial inaugurado en 1976 (Yannuzzi, 1996). El contexto autoritario y la amenaza represiva contribuyeron a que la dirección del PSP redujera al mínimo la producción de documentos, declaraciones u opiniones de cualquier tipo. De esa magra producción fueron desapareciendo las referencias al socialismo, tanto implícitas como explícitas, y en su lugar ganó primacía esa veta nacionalista. “La unidad es requisito imprescindible para la victoria de los intereses morales y materiales de la Nación Argentina”, se explicitaba en un editorial del periódico partidario en abril de 1982.

El conflicto de Malvinas tocó una fibra sensible del nacionalismo territorialista vernáculo.³¹² El PSP no quedó ajeno a ese proceso, la asociación del reclamo con la figura de Alfredo Palacios ofrecía un fundamento adicional (Guber, 1999; Palermo, 2007). La conducción nacional del socialismo popular no solo comulgó y apoyó la iniciativa bélica contra el “colonialismo inglés”, sino que incluso

312 El apoyo político extendido que tuvo la incursión bélica de Malvinas manifestó la ubicuidad de ciertos tópicos nacionalistas en las identidades político partidarias. En tal sentido, Novaro y Palermo señalan: “Pero, si estas identidades políticas extrajeron parte de su fuerza de las raíces que enterraron en el nacionalismo de los argentinos, pagaron también su precio por ello: el nacionalismo es un componente identitario de primera magnitud que las aproxima entre sí más de lo que quisieran desear. [...] Como interpelación nacionalista el territorialismo es muy poderoso: intuitivamente comprensible, se presenta como una misión de Estado por excelencia; el territorio, silencioso, habla con la voz de la nación y corrobora la unidad y la armonía que los nacionalismos postulan” (2003: 437). Este tópico es desarrollado con mayor profundidad por Palermo (2007).

instó a su militancia a enlistarse. Esto era ratificado en las páginas de *La Vanguardia Popular* en un editorial titulado “Movilizar y Participar”:

El país está en guerra, quiéranlo o no, nos guste o no, contra el colonialismo inglés. Es necesario forjar una absoluta unidad nacional para enfrentar al colonialismo, y esta unidad nacional está integrada por la conjunción del pueblo y las Fuerzas Armadas. [...] El protagonismo en la vida de la Nación no lo otorga nadie, se asume. La participación en la lucha, no se condiciona: se asume. [...] La historia de nuestra Patria y la historia del mundo también nos enseñan que sin participación popular no hay victoria. Está claro entonces que en esta hora, sin cálculos mezquinos y miopes, los argentinos debemos unirnos fuertemente para alcanzar la victoria.³¹³

En los meses siguientes, la posición del PSP continuó en la misma línea: “Hoy como siempre es necesario sumar y no restar; sumar al lado del pabellón nacional, sumar sobre los cimientos de *la tradición nacional*”.³¹⁴

Por último, la tradición nacionalista operó como acicate en la forma particular en que el PSP leyó la tradición socialista e interpretó los procesos políticos argentinos. El imperativo de conformar un partido socialista consustanciado con la realidad nacional era para el PSP un objetivo primordial. “No se trataba de una utopía del socialismo de finales del siglo XIX, sino un socialismo del aquí y del ahora, de color celeste y blanco, con olores y sabores de nuestra propia cultura, de nuestro lugar, es decir, no de Europa” recuerda Mónica Albónico (en Dalla-Corte Caballero, Álvarez y Prósperi, 2012: 26).

En un principio, ese nacionalismo se solapaba de manera peculiar con cierto realismo objetivista derivado de la interpretación que los dirigentes del PSP hacían del socialismo científico. Esta operación llevaba, en primera instancia, a una reconsideración de los procesos históricos que habían transcurrido en el país y que,

313 *La Vanguardia Popular*, mayo de 1982.

314 *Ibidem*, junio de 1982. El resaltado es nuestro.

a su entender, habían sido erróneamente descifrados por las dirigencias socialistas previas. Eso es considerado el signo distintivo del PSP:

En la Argentina ha nacido el partido de la izquierda de la realidad nacional. [...] ¿Qué pasó? Pasó, compañeras y compañeros, que en este país la izquierda pensaba con una cabeza prestada. En este país se intentaba reproducir moldes, tácticas y estrategias de otras realidades de otros países del mundo, y para crear y desarrollar el socialismo en nuestro país es necesario pensar con cabeza propia y crear la estrategia y la táctica que se ajusten a la realidad nacional. Esa es la razón de la existencia y el desarrollo irreversible del PSP en la República Argentina.³¹⁵

Esta concepción enunciada por Estévez Boero en 1973 es un elemento fundamental para comprender la forma en que el PSP se ancló en la tradición nacional para redefinir su vínculo con el socialismo. La realidad nacional determinaba, en última instancia, cómo se debía interpretar y aplicar la doctrina teórico-política. Extremar el argumento nacionalista le permitía al socialismo popular eludir cualquier disputa por las diversas ortodoxias en pugna y atar su acción política a lo que las condiciones del contexto exigían: “Cuando en la patria cambian las cosas, la izquierda que es parte integrante de la realidad nacional también cambia”.³¹⁶

Esa articulación habilitaba al PSP a integrar en su relato histórico a las experiencias políticas mayoritarias de la Argentina, el peronismo y el radicalismo, a ensayar posibilidades de confluencia con ellas y, finalmente, a proyectar un escenario en que el socialismo las superaría en una clave etapista. El ya mencionado “Realidad Política Argentina” cristalizaba en gran medida esa perspectiva, que identificaba al radicalismo como el representante de los sectores medios, al peronismo como aquel que aglutinaba a la clase trabajadora y al socialismo como el responsable de liderar un “Frente del Pueblo”

315 Discurso de Guillermo Estévez Boero, “¿Qué es el socialismo popular?”, 9 de abril de 1973.

316 Ídem.

con un programa de “liberación nacional”.³¹⁷ De hecho, el documento elaborado por el PSP en su II Congreso Nacional se titulaba justamente “Unir a los Argentinos en un Frente del Pueblo para lograr la Liberación Nacional”.³¹⁸ El Frente del Pueblo, tal como era consignado en sus programas, era una propuesta política que ubicaba un enemigo foráneo y bregaba, en consecuencia, con un amplio acuerdo de sectores y partidos. Los únicos excluidos eran los que, a su entender, no pugnaban por los intereses nacionales y los emisarios del imperialismo, por ejemplo, los dirigentes desarrollistas Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio.

El nacionalismo del socialismo popular mostraba diferentes aristas en su enunciación teórica y programática. En materia económica, su programa exhibía una intensa vocación soberanista que se reflejaba en un plan de nacionalizaciones de muy amplio alcance. En todos los casos, el PSP concebía el nacionalismo en clave de interés nacional. Y eso nos lleva a intentar esclarecer, al menos en parte, el concepto de nacionalismo al que el PSP adscribía. Los socialistas populares interpretaban “lo nacional” como un derivado de la voluntad popular, entendida en sentido estrictamente democrático:

Todo gobierno electo libremente por la voluntad popular posee una indiscutible naturaleza patriótica, porque ha sido elegido conscientemente por la mayoría del pueblo, que es la nota esencial de la patria. Todo gobierno electo libremente por las mayorías nacionales tiene una naturaleza antiimperialista y antioligárquica [...] En consecuencia, la línea de los antiimperialistas que pisan sobre la tierra es la defensa de los procesos institucionales instaurados por la voluntad soberana del pueblo; es la defensa del funcionamiento del parlamento; es la defensa de los derechos y garantías de los pobladores; es la defensa de las organizaciones sindicales y de toda organización popular.³¹⁹

317 Ver la conferencia pronunciada por Guillermo Estévez Boero sobre “Realidad política argentina”, 8 de noviembre de 1971.

318 “Unir a los Argentinos en un Frente del Pueblo para lograr la Liberación Nacional”, Resolución del II Congreso Nacional del Partido Socialista Popular, 5 y 6 de julio de 1975.

319 *La Vanguardia Popular*, diciembre de 1974.

Esa particular interpretación de lo nacional en clave democrática le servía al PSP para confrontar tanto contra los sectores golpistas como contra la acción de las organizaciones de izquierda armadas. El PSP no parecía, a primera vista, poseer ninguna concepción esencialista del “ser nacional”, lo asociaba a la voluntad de las mayorías populares expresada a través del voto. Esta profesión de fe democrática, reñida con las alternativas revolucionarias, sería uno de los ejes de la matriz reformista de la que también abrevaba el PSP.

La tradición reformista ³²⁰

El reformismo del PSP puede ser interpretado en dos sentidos diferentes aunque no contradictorios. En primer lugar, refiere a una tendencia socialista, asociada al gradualismo y distinguible de las vertientes insurreccionales. En segundo término, retrotrae a la tradición reformista universitaria argentina, un movimiento que ganó visibilidad a principios del siglo XX y que se convirtió, a través de diversas y heterogéneas organizaciones políticas, en una corriente central en el devenir de la política universitaria hasta nuestros días. Aún con vasos comunicantes entre sí, estas dos nociones de reformismo han persistido diferenciadas en la configuración identitaria del PSP y le han otorgado una impronta particular, decisiva para comprender sus opciones políticas de coyuntura y ciertos aspectos programáticos.

En su sentido más amplio, el reformismo en la tradición socialista remite a una perspectiva política que promovía una estrategia pacífica e incremental. El reformismo, al menos en su versión canónica, confiaba en que la propia evolución de la historia, con la correspondiente agudización de las contradicciones dentro del sistema capitalista, inevitablemente desembocaría en el socialismo. Los reformistas advertían con recelo las consecuencias que la opción insurreccional, encarnada por la experiencia soviética,

320 Esta sección fue publicada parcialmente como parte de un artículo sobre el MNR en Suárez (2019b).

traía aparejadas, y llamaban la atención sobre su carácter autoritario y militarista.³²¹

En término concretos, el reformismo representaba un programa político que, sin desechar los objetivos maximalistas, optaba por participar de las instancias democráticas que el sistema vigente ofrecía para impulsar, desde allí, diferentes medidas que apuntaran a mejorar la vida de la clase trabajadora. En el caso del PSP, el reformismo se presentaba de dos formas vinculadas entre sí: como defensa de los procedimientos democráticos legalmente sancionados y, en segundo término, como una recurrente invocación a la participación ciudadana como forma óptima de conquistar una sociedad más igualitaria. Sobre lo primero, por un lado, el PSP mostraba una defensa encendida de los gobiernos electos de forma legítima y, por el otro, manifestaba un repudio explícito tanto a las incursiones golpistas como a la acción política por la vía armada. Se puede corroborar con la enorme cantidad de documentos que atestiguan la oposición del socialismo popular al gobierno autoritario de la Revolución Argentina así como su inflexible defensa del tercer gobierno peronista y su condena al golpe de Estado de 1976. A modo de ejemplo, la editorial de *La Vanguardia Popular* de septiembre de 1974 señalaba:

El PSP reconoce el rol protagónico de las mayorías nacionales, señala lo positivo de la existencia de un gobierno electo por la voluntad popular, de un parlamento elegido por el pueblo, de la existencia de instituciones republicanas, para el desarrollo de las organizaciones populares, por ello reitera que la violencia que en nuestro país impulsan los intereses extranjeros y propagan quienes no comprenden el rol protagónico de las mayorías nacionales, beneficia exclusivamente a los monopolios extranjeros y a la oligarquía terrateniente.³²²

321 Como sintetiza Przeworski: "Esta orientación hacia mejoras inmediatas nunca la vieron sus arquitectos como un alejamiento de los objetivos finales. Dado que se creía que el socialismo era inevitable, no había ninguna razón por la que los partidos socialistas no pudieran abogar por reformas inmediatas: no se corría el menor peligro, ni siquiera había la menor posibilidad, de que tales medidas pudieran evitar el advenimiento de lo inevitable. Como decía Kautsky, 'sería un tremendo error imaginar que las reformas pudieran retrasar la revolución social'" (1988: 42).

322 *La Vanguardia Popular*, septiembre de 1974.

La directa impugnación a la lucha armada era complementada por una propuesta que invocaba a las mayorías y que instaba a su participación. Ese rasgo reformista, que concebía la participación en el marco de las instituciones vigentes como un camino válido y deseable, se sostuvo desde su primer programa político y fue un rasgo distintivo del socialismo popular. En 1977, en un documento de circulación interna, Estévez Boero reafirmaba:

Pensamos que todos estos objetivos sólo pueden alcanzarse incrementando la participación popular, orgánica y democrática en todos los niveles de la actividad. Por ello trabajamos por incrementar la representatividad de las organizaciones populares posibilitando una mayor participación de sus integrantes en la agrupación sindical, en el sindicato, en la organización empresaria, en la agrupación universitaria, en el centro de estudiantes, en las asociaciones profesionales, en las cooperativas, en las asociaciones vecinales, en los clubes de barrio, en las bibliotecas, en las cooperadoras, etc.³²³

Esta visión no obturaba, por otro lado, renunciar, al menos en los primeros años de vida del PSP, al objetivo final del socialismo ni al autorreconocimiento como una organización revolucionaria. En este sentido, no hay contradicción para los reformistas entre la reforma y la revolución, en la medida que los medios escogidos, asumidos como científicos e infalibles, no alteraban en nada los fines perseguidos. “Dentro de la visión del mundo [socialista] reforma y revolución no requieren una elección. Para que tenga lugar la ‘revolución social’ [...] es suficiente seguir el camino de las reformas” (Przeworski, 1988: 43).

La segunda forma de concebir el reformismo y, a nuestro entender, la más importante, tiene que ver con la tradición universitaria argentina, cuyo filón fue el “Manifiesto Liminar” (ver Roca (2006 [1918])). En este caso, la inscripción del PSP se explicaba, en principio, por el origen universitario de la mayoría de sus dirigentes y militantes. El MNR, la agrupación universitaria de la que

323 Documento sin título, PSP, 23 de abril de 1977.

provenía el grueso de la militancia “pesequista”, llevaba el calificativo “reformista” en su nombre. La filiación con el movimiento político que se alzó en Córdoba en junio de 1918 era explícita: “Se llama REFORMISTA porque enarbola las banderas de la Revolución Universitaria de 1918; porque asumimos lo nuevo, asumimos la rebelión estudiantil, que *no es la rebelión irresponsable*”.³²⁴ Esta tradición aunaba una serie de principios doctrinarios, referentes intelectuales y propuestas programáticas cuya significación sería central en la configuración identitaria del PSP. El ideario reformista universitario tuvo una gran vigencia política –incluso hasta a la actualidad– y se concibió, desde un principio, como una referencia allende las fronteras de la institución que la había visto nacer (Portantiero, 1978; Romero, 1998).

Como acontecimiento político, la reforma universitaria significó un antes y después dentro de una institución signada por el conservadurismo y la venalidad (Bruera, 2010). La demanda por la participación estudiantil en el cogobierno de la universidad era una de las banderas distintivas de ese movimiento y estaba asociada a una serie de reclamos que apuntaban a la democratización y transparencia de una institución caracterizada como “el refugio secular de los mediocres, la renta de los ignorantes, la hospitalización segura de los inválidos y –lo que es peor aún– el lugar en donde las formas de tiranizar hallaron la cátedra que las dictara”, como sentenciara Deodoro Roca (2006 [1918]: 27). Sin embargo, la agenda propuesta pretendía ir más allá de esos reclamos puntuales, consideraban que la transformación en la universidad era el primer escalón en una serie de cambios sociales más profundos que debían llevarse adelante en “estas sociedades decadentes” (ídem): “La reforma representaba, aun sin que lo supieran siempre con claridad sus ideólogos y sus dirigentes, bastante más que un mero episodio estudiantil” (Portantiero, 1978: 13).

De ese modo, el reformismo universitario se proyectó desde un principio como la bandera de una vanguardia, una “nueva gene-

324 “25° aniversario del Movimiento Nacional Reformista”, MNR, 31 de mayo de 1985, destacado en el original. “Esta fuerza, que se aglutina a través de los postulados de la reforma universitaria y la reivindicación de una universidad pública, laica y sin ingreso”, la caracteriza Juan Carlos Zabalza (entrevista, Rosario, noviembre de 2015).

ración” político-intelectual. Fue un movimiento con una explícita prédica antiimperialista, que articuló una red intelectual a escala continental con la participación de figuras que ya detentaban para entonces un gran renombre, como José Ingenieros o José Vasconcelos (Pita, 2004). Asimismo, inspiró proyectos políticos de diversa envergadura y disímil éxito en toda América Latina. La tradición reformista se articuló en la identidad política del socialismo popular de esas tres maneras: como un programa de acción específicamente universitario, como una corriente intelectual particular y como un proyecto político en sentido amplio.

Durante largo tiempo, quizá hasta muy avanzada la década del sesenta, el reformismo fue la corriente más contestataria y proactiva de la militancia política universitaria (Millán, 2013). Esta persistencia se explica, de algún modo, por los propios frenos y retrocesos que sufrió el proyecto reformista durante el siglo XX (Biagini, 2000).³²⁵ Reunía dentro de sí a una variada gama de identidades políticas heterogéneas, aunque aunadas por el lenguaje común de la reforma universitaria. La pervivencia se explica en gran medida por los adversarios, es decir, aquellos que atentaban contra la autonomía universitaria o violaban el cogobierno:

Vulnerables a los albrures del Estado, las universidades argentinas engendraron una suerte de comunidad, originada en la alianza entre estudiantes y profesores –o intelectuales progresistas– en 1918 y que se perfila como cuerpo universitario en 1943. Este cuerpo poseía un territorio, una articulación institucional y una doctrina. [...] En efecto, las cisiones en el interior de la Universidad estuvieron organizadas exclusivamente en función de la Reforma, y con ella, de esa gran divisoria de aguas que fue el laicismo (Sigal, 1991: 69-70).

Este consenso reformista alcanzó su cénit en el conflicto “laica o libre”, justamente durante la presidencia de Guillermo Estévez Boero en la FUA (Ceballos, 1985). La década del sesenta significó el fin del consenso reformista y la evidencia de que ya no era eficaz

325 Sobre los opositores al reformismo universitario, ver Mauro y Zanca (2018).

para contener las identidades ideológicas emergentes, pero muchas de esas expresiones políticas se seguían reconociendo en un origen común (Manzano, 2018).³²⁶ Sin embargo, esa tendencia enunciada por Sigal, con la que acordamos en forma parcial, produjo un fenómeno de rearticulación de un discurso reformista de nuevo signo, menos inclusivo, pero, por eso mismo, con una impronta más definida. El potencial político del reformismo universitario, en contacto con las ideas de la izquierda radicalizada, pero autónoma con respecto a sus versiones más dogmáticas, fraguó en una serie de organizaciones –algunas más duraderas que otras– que se reivindicaron como parte de esa tradición política y le dieron nuevo impulso.

En esa deriva, el MNR mantuvo su adscripción a los símbolos y tópicos reformistas, en un contexto de fraccionamiento en clave partidaria y complejización de las relaciones políticas en el interior de la institución. En esa fragmentación, el MNR tuvo una relación cercana con los sectores que luego formarían la Franja Morada, con los que compartía una raíz ideológica común y tenía una serie de coincidencias programáticas. El MNR representaba un reformismo moderado en un marco de radicalización, afecto al entendimiento con el sindicalismo combativo, muy activo en los procesos de lucha contra los gobiernos autoritarios, y con un discurso repleto de fraseología marxista (Millán, 2017).³²⁷ Esto se refleja, por ejemplo, en un documento de la FUA –conducida por una coalición liderada por el MNR y la Franja Morada– de 1973:³²⁸

326 En el mismo sentido se expresa Califa: “Los militantes reformistas se irían dividiendo en un ala asumida de ‘izquierda’, donde el comunismo empezaba a destacarse, y otra acusada por aquella de ‘derecha’. Las cuestiones que separaban a los jóvenes reformistas tenían su punto de inflexión en los avatares de la política nacional” (2014: 99).

327 Así lo explica Mariano Millán: “Afirmamos que la radicalidad de la militancia universitaria se debió fundamentalmente a la reconfiguración del reformismo bajo un gobierno represivo, entrando los estudiantes en relación con los procesos de movilización obrera y la crisis posconciliar en el contexto de los conflictivos años ‘60” (2013: 10-23). Si bien el autor califica al MNR como una agrupación “democrático-burguesa” o “reformista moderada” (Millán, 2017), es evidente que formó parte de ese proceso de radicalización mencionado. La distinción entre los sectores “revolucionarios” y “moderados” resulta menos nítida en esos años de lo que el propio Millán afirma –incluso contra la propia evidencia empírica ofrecida–, quizá a raíz de cierto esquematismo teórico.

328 La FUA se había dividido en 1970 en dos: la FUA “La Plata”, hegemonizada por los comunistas, y la FUA “Córdoba”. En esa última fue que el MNR tuvo su mayor protagonis-

Rendimos homenaje con esto a quienes, en 1918, plantearon una cultura popular, la unidad obrero-estudiantil y la lucha contra el imperialismo. Esta es la convocatoria que realiza la FUA el 15 de junio de 1973 a todos los estudiantes universitarios argentinos para aportar, con nuestro estudio, con nuestra lucha y nuestro trabajo, junto a las mayorías nacionales, a transitar el sendero de la liberación nacional.³²⁹

El segundo punto a analizar tiene que ver con la herencia intelectual del ideario reformista, tanto en sus preceptos como en sus referentes. Los jóvenes protagonistas de la reforma universitaria tuvieron una suerte dispar en sus trayectorias posteriores y muchos de ellos se apartaron de la vida pública (Ciria y Sanguinetti, 2006). Por el contrario, los referentes intelectuales del reformismo –los “maestros”– fueron los difusores privilegiados de esas ideas, se trataba de figuras intelectuales consagradas que oficiaron de guía tutelar para los jóvenes levantiscos y con un prestigio que los antecedió. Entre ellos, se destacaba José Ingenieros, original pensador y escritor polifacético que se convirtió en un ícono para este movimiento (Pita, 2009; Giletta, 2008).³³⁰ El rol de estos “maestros” estaba en dar orientación ideológica, expandir los límites políticos de la iniciativa reformista y officiar como caja de resonancia de las acciones acometidas por sus jóvenes pupilos. Fueron claves para proyectar el ideario reformista extramuros y dotarlo de un sentido más amplio (Cattáneo y Rodríguez, 2000).

El espacio concebido para extender el influjo reformista fue “La Unión Latino Americana” (ULA) (Pita, 2004).³³¹ Esta orga-

mo durante estos años. Ver Califa (2017).

329 Documento de la FUA “Trabajo voluntario de los estudiantes universitarios por la liberación nacional”, 15 de junio de 1973.

330 La figura de José Ingenieros ha generado un notable interés en la historiografía y, por tanto, es muchísima la bibliografía que se ha dedicado a retratar su figura, a analizar su obra o a reconstruir su trayectoria. Centrado en su actividad específicamente asociada al reformismo, ver Pita (2009).

331 La Unión Latino Americana (ULA) se constituyó formalmente en 1925 y fue presidida desde sus inicios por Alfredo Palacios, secundado, en el rol de secretario general, por otro socialista: Carlos Sánchez Viamonte (Pita, 2004). Desde sus orígenes, la ULA se propuso coordinar la acción de los intelectuales del continente y promover la confluencia de las naciones

nización intelectual continental profundizó y radicalizó aquellos elementos que se anunciaban tímidamente en la prédica reformista original, en particular el antiimperialismo (Kozel, 2015). Los referentes intelectuales más representativos de esta experiencia fueron el ya mencionado José Ingenieros (Kohan, 2000) y Alfredo Palacios (García Costa, 1986) y, en un cercano segundo plano, Manuel Ugarte (Galasso, 1984; Merbilhaá, 2009; Ehrlich, 2007). Curiosamente, estos tres personajes no solo oficiaron como referentes de los jóvenes reformistas e intelectuales del antiimperialismo (Cormick, 2009), sino que, con trayectorias disímiles, los tres formaron parte en algún momento de sus vidas del Partido Socialista. Esta relación entre reformismo, antiimperialismo y socialismo signó la trayectoria de muchos dirigentes reformistas en la primera mitad del siglo XX (Graciano, 2008) y fue nodal para la articulación identitaria que hicieron los socialistas populares con posterioridad.³³² Ingenieros, Ugarte y Palacios fueron referencias fundamentales para la militancia del PSP en su etapa formativa (Bebán y Llopis, 2014).

Esto abre paso al tercer y último punto que nos interesa analizar: las experiencias político-partidarias derivadas del reformismo. Si bien ellas no están completamente disociadas de la militancia universitaria ni de los enclaves intelectuales: el imperativo de concebir un proyecto político reformista con proyección política nacional fue uno de los puntos más álgidos para esta tradición (Cattáneo y Rodríguez, 2000). Los reformistas encontraron en la Argentina muchas dificultades para traducir la experiencia de formación política universitaria en un proyecto político más amplio, condicionados por la convulsionada situación política en el período de entreguerras. En ese marco, el tímido y tardío intento de conformar un Partido Nacional Reformista, impulsado por Julio V. González, se dio

latinoamericanas en un espacio confederado en clave antiimperialista. Los lineamientos generales de la ULA, así como sus propuestas programáticas, se pueden ver en Palacios (1961).

332 Muchos dirigentes estudiantiles ligados a la reforma del dieciocho tuvieron alguna incursión en el Partido Socialista, entre ellos se destacan el emblemático Deodoro Roca, Julio V. González, Arturo Orgaz, Alejandro Korn, entre muchos otros. Sobre este vínculo, ver Graciano (2008).

de trastes con una realidad política poco permeable a esta iniciativa (Ciria y Sanguinetti, 2006; Graciano, 2008).³³³

Sin embargo, el reformismo sí logró construir organizaciones político-partidarias de gravitación en otras latitudes. La más destacada de ellas fue la Alianza Popular Revolucionaria Americana, más conocida por su acrónimo APRA, en el Perú que “sería la expresión más perdurable de la transformación de los ideales de la Reforma Universitaria en un partido político” (Sessa, 2013: 32).³³⁴ El APRA, fundado en 1924, se convirtió en la experiencia política más significativa heredera de la reforma universitaria y la ULA, y su principal líder, Víctor Raúl Haya de la Torre, en una referencia política e intelectual de enorme gravitación (Cordova, 1967; Nieto Montesinos, 2000). Su prédica antiimperialista y latinoamericanista, su socialismo no dogmático y su sensibilidad popular e indigenista se convirtieron en marcas distintivas de esta fuerza y en un hito a escala continental, con particular influjo en la Argentina (Sessa, 2013; De la Fuente, 2007).³³⁵ El aprismo contribuyó a delinear los trazos gruesos teórico-políticos del proyecto reformista, pero también estableció algunos puntos programáticos concretos que fueron retomados de manera muy clara por el MAPA y el PSP.³³⁶ Uno de los aspectos más interesantes para reseñar tiene que ver con una interpretación corporativista de la gestión de la economía y la necesidad de configurar órganos de coordinación económica sectorial (Cordova, 1967). El propio Estévez Boero caracterizaba al APRA

333 En 1945, en el prólogo a su libro *La Universidad. Teoría y acción de la reforma*, Julio V. González expresaba: “Mas no olvide el estudiante reformista que la conquista de la universidad es sólo un medio para lograr el supremo fin de transformar con sus propias manos el país, revitalizándolo mediante la implantación de una democracia social, donde la riqueza no sea el privilegio de unos pocos, el bienestar un lujo y el trabajo una maldición” (1945: 11).

334 La Alianza Popular Revolucionaria Americana fue concebida como un espacio de articulación continental, en paralelo a la propia ULA; posteriormente, Haya de la Torre fundaría el Partido Aprista Peruano (PAP) en el Perú (Manrique, 2009).

335 Su carácter no dogmático sería uno de los signos distintivos del APRA, pero también ha sido interpretado críticamente como un partido volátil e inconsistente. Sobre ello, ver Manrique (2009).

336 Los cinco puntos fundamentales del programa aprista eran: “1. Acción contra el imperialismo yanqui. 2. Unidad política de América Latina. 3. Nacionalización de tierras e industria. 4. Internacionalización del Canal de Panamá. 5. Solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo” (Manrique, 2009: 31). Ver Haya de la Torre (1989).

como “la creación política más genuina surgida del movimiento juvenil latinoamericano” (1988: 213).

En síntesis, el reformismo, en su doble acepción, como táctica política general –distinguible de la revolucionaria– y como corriente de raíz universitaria, marcó al Partido Socialista Popular. De hecho, la combinación de ambos sentidos, resultado de cierta polisemia irresuelta, se constituyó en una clave de identificación y diferenciación para el socialismo popular. Por un lado, su inscripción en el reformismo socialista tabicaba su relación con algunas organizaciones de la “nueva izquierda” –en particular las que optaron por la vida armada, pero no exclusivamente–, aun cuando podían coincidir en su valoración sobre el reformismo universitario histórico. Por su parte, la inscripción en el reformismo universitario siguió siendo una bandera vital para el MNR y una referencia para el socialismo popular; esta identificación lo diferenciaba, en el ámbito universitario, pero también más allá, de las fuerzas de peronistas, que ganaron gravitación por aquellos años (Freidemann, 2017). La polisemia reformista, por lo tanto, sirvió de anclaje para las múltiples alteridades políticas por las que estaba atravesado el PSP y potenció el sentido de esta noción para la configuración identitaria de la organización.

De los múltiples puentes que se pueden tender entre el reformismo como movimiento político e intelectual amplio y la experiencia del MNR, MAPA y PSP se puede derivar una pregunta: ¿es acaso el PSP liderado por Estévez Boero la concreción tardía del proyecto del partido reformista? La evidencia nos permite establecer lazos evidentes entre la tradición reformista y el proyecto político del socialismo popular, pero también son tangibles la porosidad y las muchas intersecciones que unieron al reformismo con el socialismo tanto en la Argentina como en América Latina. Esa conjunción entre socialismo y reformismo, anudados al nacionalismo mediante la tesis antiimperialista, fueron los rasgos constitutivos del Partido Socialista Popular en su primera década de vida.

A modo de conclusión: la identidad del socialismo popular

El socialismo popular se constituyó mediante el sincretismo de una variada gama de tradiciones políticas, forjado sobre un discurso antidogmático y consustanciado con los procesos políticos concretos de la realidad argentina. Sin embargo, este carácter sincrético y, de algún modo, fluido del pensamiento político del PSP presenta cierta complejidad para comprender la forma en que esta organización constituyó su sistema de alteridades políticas. Como observamos, el PSP no ostentaba ningún tipo de monopolio reconocido sobre las tradiciones políticas de las que abrevaba, por decirlo de un modo esquemático. Por el contrario, se veía conminado a disputar los significantes en un terreno saturado de significados contrapuestos. Si las fuerzas que reivindican para sí el uso del concepto “socialismo” suelen ser muchas, durante la década del setenta fueron todavía más.

La conjunción entre el socialismo, el nacionalismo y el reformismo configuró una identidad partidaria que, *a priori*, reconocía elementos comunes con muchas otras organizaciones. El sello distintivo del socialismo popular no tuvo que ver con su inscripción en dichas tradiciones *per se*, sino que fue fruto de la particular forma en que dichas tradiciones políticas se articularon entre sí y compusieron un sistema de alteridades específico. El PSP partía de un socialismo de raíz marxista, sin renunciar por ello a su adscripción a la tradición heterodoxa del socialismo argentino, aunque mediado por una fuerte crítica de corte nacionalista. Ese socialismo nacionalista reconocía, a su vez, una raigambre reformista que acentuaba los componentes democratizantes de su ideología y establecía un tabique impermeable con respecto a las opciones políticas violentas. Por otro lado, el antiimperialismo que signó al PSP desde sus orígenes respondía a una herencia explícita de la tradición reformista universitaria, pero fue potenciado por un nacionalismo intenso y, en cierto modo, original.

Así, el reformismo sirvió de frontera entre el PSP y las fuerzas políticas autodenominadas revolucionarias dentro de la tradición socialista. Por su parte, la perspectiva nacionalista era radicalizada

para, por un lado, neutralizar cualquier disputa sobre la ortodoxia del marxismo y, por el otro, forjar una táctica política flexible, atada a la interpretación de la “realidad nacional”. El socialismo en clave nacionalista del PSP no lo llevó, sin embargo, como sí ocurrió con muchas de las expresiones de la “izquierda nacionalista”, a asociarse con el peronismo. Por el contrario, mantuvo una posición de adhesión distante, sin integración, al apelar a una definición de lo nacional-popular más difusa y abarcativa, que incluía, por ejemplo, al radicalismo.

La traducción práctica de la identidad política, como “orientaciones gregarias de la acción” (Aboy Carlés, 2001: 54), encuentra en las tradiciones políticas tan solo un sedimento, un marco no rígido que sirve de fundamento para delimitar el propio campo y establecer sus otredades. El socialismo popular se ancló discursivamente en esta mixtura de tradiciones, una múltiple base de referencias que le permitió, al mismo tiempo, consolidar una organización heterodoxa en lo teórico y cohesionada en la práctica, potenciada por el centralismo democrático. En cuanto a las relaciones con otros espacios identitarios, el socialismo popular se encontró flanqueado por un sinnúmero de fuerzas políticas afines, con las que entró en relación de múltiples maneras, tanto de cooperación como de conflicto. La heterogénea articulación de las tradiciones le permitió, en cierta medida, establecer los parámetros de diferenciación que la consolidaron como un espacio autónomo, pero no aislado.

Conclusión

El Partido Socialista Popular fue, al mismo tiempo, una experiencia a través de la cual subsistió un sello partidario histórico –aunque, vale aclarar, no de manera monopólica– y, al mismo tiempo, implicó una discontinuidad con esa historia. Esa situación aparentemente paradójica ha sido el objeto primordial de este libro: un problema que, como suele ocurrir en ocasiones en la disciplina histórica, no se resuelve haciendo un simple inventario de cambios y continuidades. El desafío, por el contrario, fue otro: indagar en un mismo proceso histórico la manera en que esos cambios y continuidades, esas inflexiones y persistencias, se articularon de un modo no siempre inteligible.

El ejercicio teleológico suele ser tentador y una de las principales trampas que el historiador, o cualquier estudioso de lo social, debe sortear. Ese ejercicio nos dice que los elencos surgidos del MNR y del PSP, en la actualidad, controlan casi por completo una estructura partidaria que, tras la fusión con el PSD en 2002, ha vuelto a recuperar el nombre de Partido Socialista a secas. Lo mismo ocurre si se observan los cargos de representación que el partido ha obtenido en elecciones en el último tiempo o cualquier otra variable semejante. En ese proceso más reciente, los dirigentes del PSP hicieron una revisión y se reinscribieron de modo más nítido en la tradición partidaria histórica. Esta imagen actual fuerza una lectura un poco lineal que, en alguna medida, sugiere una mayor continuidad de la que en realidad existió, al menos en los comienzos de esta fuerza político-partidaria.

Reconstruir la sinuosa historia de los orígenes del PSP implicó, además de un muy trabajoso ejercicio de reconstrucción, desentrañar los dobleces y recodos detrás de una versión de la historia que lo veía como una simple continuidad de la experiencia del Partido Socialista Argentino. Lo que nos encontramos, por el contrario, fue un proceso de ruptura e inflexión histórico, matizado por algunas persistencias identitarias y nominativas que le darían un barniz continuista. Esta combinación de continuidades y rupturas condicionó la interpretación del pasado partidario y su reactualización. Las distintas lecturas analizadas en el primer capítulo, además de ser análisis históricos, fueron insumos para la discusión política. Los conflictos partidarios estaban atravesados, entre otras cuestiones, por una disputa con respecto a la interpretación y valoración de ese pasado.

El capítulo 2 nos permitió observar las complejidades detrás de una efeméride, muchas veces tomada como un dato sin más: la fundación partidaria en abril de 1972. Esa fecha marca el origen del PSP, pero también la desaparición de cuatro organizaciones preexistentes. Implicó la conjunción de actores socialistas disímiles entre sí y, huelga decirlo, con una propensión a las discusiones internas con potencial cismático. La convivencia de estos cuatro sectores fue tensa desde el comienzo, las diferencias abarcaban aspectos varios, incluido el rumbo que debía asumir el novel partido. Estos desacuerdos se volvieron rupturas con peculiar celeridad, en un proceso escalonado que fue purgando al PSP de los grupos adversos a la línea asumida por la conducción. El foco de los conflictos era, en la mayoría de los casos, el acuerdo forjado entre el grupo del MAPA, liderado por Estévez Boero, y el secretario general Víctor García Costa. Pero tampoco esa alianza interna perduró: en 1974 el PSP se dividió en dos partidos homónimos en pugna, conducidos por estos dos dirigentes, respectivamente.

En este proceso, el PSP —es decir, la organización que conservó el nombre posteriormente— quedó hegemonizado por solo uno de los cuatro grupos que habían participado de la fundación. Esto implicó, por un lado, un divorcio con respecto a los dirigentes que provenían del tronco socialista originario y, por el otro, una virtual refundación

el PSP a escasos dos años del acuerdo primigenio. Eso supuso una situación paradójica, una continuidad nominativa que contrastaba con una *discontinuidad de elencos* casi total. Prácticamente ninguno de los miembros del PSP liderado por Estévez Boero había sido un socialista connotado antes de 1972, sino que eran más bien jóvenes ignotos apropiándose de una sigla partidaria histórica, cargada de significaciones y sedimentos.

El triunfo de la facción del MAPA implicó, además, una innovación en términos organizativos que, como vimos, fue una fuente de conflictos recurrente con sus aliados en el PSP originario. El MNR había adoptado en la década del sesenta un modelo inspirado en el centralismo democrático. Ese formato fue heredado por el MAPA y, finalmente, por el PSP. Este modo de ordenamiento interno estaba muy extendido en la época y había sido concebido, a inicios de siglo XX, para la acción en contextos represivos, para garantizar el máximo de cohesión y reducir al mínimo los riesgos de infiltración o persecución. Sus fundamentos se hallaban en la teoría política marxista, en particular en la obra de Lenin, y, a diferencia de otros modelos, contaba con una referencia bibliográfica concreta en la que se establecían los requisitos, dinámicas y reglas que la organización debía seguir a rajatabla.

Dentro de la historia del socialismo argentino, el marxismo había sido una referencia obligada, pero cuestionada y reinterpretada por sus intelectuales y referentes. La vertiente leninista del marxismo (asociada a las experiencias comunistas, en especial a la soviética), por el contrario, había sido siempre considerada por los socialistas un desvío autoritario de la doctrina original y había sido combatida. El marxismo, a pesar de los cuestionamientos, todavía guardaba un peso central en la definición de lo que implicaba ser socialista en el siglo XX; pero con el leninismo no ocurría lo mismo. La adopción de un modelo organizativo con esa raíz, sumado a cierta fraseología radicalizada, se convirtió en un factor irritativo para los socialistas más tradicionales que se aliaron con el grupo del MAPA en el PSP. Renuentes estos a sacrificar su método de trabajo, terminaron por prescindir, finalmente, de sus efímeros compañeros partidarios.

Esto produjo una *discontinuidad organizativa* dentro de la historia del socialismo argentino: el centralismo democrático era un tipo de ordenamiento que reñía con la tradicional forma que se había dado el PS. Para el PSP, el centralismo democrático no solo implicaba una marca de origen de la que era difícil desembarazarse, sino que existía –y quizá todavía existe, como se puede corroborar en los distintos testimonios– una valoración empírica de la eficacia de esta forma de organizarse. El centralismo democrático representó para los dirigentes del PSP un dispositivo funcional para transitar los convulsionados años sesenta y setenta, les permitió sostener una férrea disciplina interna y, por otro lado, proteger a su organización frente a la amenaza estatal. Al mismo tiempo, este sistema, verticalista en muchos aspectos, permitió consolidar un liderazgo fuerte y estable en la persona de Guillermo Estévez Boero. Muchos de los rasgos repudiados históricamente por los socialistas (el verticalismo, el personalismo, etcétera) contribuyeron, de este modo paradójico, a su supervivencia, aunque mediante una nueva organización: un nuevo partido para el “viejo socialismo”.

Uno de los problemas centrales que tiene el estudio del socialismo en la Argentina, en especial a partir de la década del sesenta, es la tentación de nombrar como singular (“el socialismo”) algo que solo existe como pluralidad. En ese sentido, “el socialismo” no solo había estallado en un sinnúmero de organizaciones, sino que se había convertido en un significativo habitado por un cúmulo de significados en disputa. La difusión de las ideas de izquierda durante esos años se potenció con un fenómeno heterogéneo, complejo y extendido de radicalización política. En ese proceso, que involucró a una variada gama de actores políticos y sociales, la palabra “socialismo” se convirtió en un “concepto fundamental”: saturado de sentidos, políticamente relevante y disputado por diversos actores. Por tanto, la inscripción en ese campo ideológico y político del socialismo implicaba, durante esa época, una serie de operaciones de filiación y distinción muy escrupulosas.

Para los jóvenes del MAPA, adicionados al PSP, les representaba un enorme desafío integrarse a un tronco partidario con una tradición sedimentada y, en principio, sin beneficio de inventario.

De hecho, lo hicieron con gran dificultad y generaron rispideces a su paso, con lo que dejaron un tendal de heridos en el camino. Al mismo tiempo, este grupo político se había formado con una cercanía a las ideas del marxismo clásico, pero también a las variantes leninista, maoísta y, por decirlo de modo general, latinoamericanista de ese pensamiento. Los jóvenes “pesepistas” habían incorporado las ideas del marxismo, pero de manera fragmentaria y no del todo sistemática, por lo que escapaban tanto de las tutelas como de las ortodoxias. Esa articulación heterodoxa de autores forjó una idea peculiar de socialismo –semejante y a la vez diferente a la de otros colectivos– como resultado de un sincretismo, a veces confuso, de autores, ideas y conceptos.

Este modo de interpretar el socialismo, poco respetuoso de las figuras consagradas del viejo PS, representa el primer pilar para reconocer en el PSP una *discontinuidad identitaria*. Pero el rasgo decisivo, a nuestro entender, tuvo que ver con el modo específico en que el PSP articuló el socialismo con otras dos tradiciones, también heterogéneas y saturadas de sentido: la nacionalista y la reformista. A partir de cada una de ellas, los socialistas populares definieron alteridades, delinearon fronteras y articularon una identidad política diferencial. En una izquierda en expansión, pero surcada por una infinidad de pequeñas diferencias, el particular modo de articulación de estas tradiciones disímiles resultaba fundamental para establecer distinciones con organizaciones políticas con las que, a primera vista, las unía más cosas que las que las separaban.

Un socialismo marxista, con una retórica “revolucionaria”, pero integrado en una organización con vínculos con la vieja tradición partidaria no marxista y moderada, hacía del PSP una *rara avis* en relación con el universo de las organizaciones de la “nueva izquierda”. Su adscripción nacionalista los diferenciaba, al mismo tiempo, del pasado del PS y de las agrupaciones políticas afincadas en alguna ortodoxia con referencias teóricas internacionales (leninismo, maoísmo, guevarismo). Asimismo, traía aparejada una relectura de las experiencias políticas de masas, una afinidad conceptual con los partidos políticos mayoritarios y un respeto inflexible a la voluntad popular. El reformismo, por su parte, guardaba una afi-

nidad estrecha con la tradición socialista argentina a nivel de ideas y de referentes (Alfredo Palacios quizá el más significativo, pero no el único), pero lo distanciaba, por diferentes carriles, de sus variantes insurreccionales. Asimismo, el reformismo universitario, con un denso sedimento político en nuestro país, marcaba un límite con respecto a cierta variante del nacionalismo argentino que incluía al peronismo.

El resultado de esta mixtura, en un contexto en que el justicialismo operaba como un polo de atracción de cadenas equivalenciales extensas y heterogéneas, hizo del PSP un caso atípico, que miró con simpatía al peronismo, pero evitó la integración; que tuvo cierta familiaridad con la “nueva izquierda”, pero nunca abandonó su compromiso con el sistema democrático; y que lo entroncó con una rama del “viejo socialismo” argentino, pero sobre la base de una feroz autocrítica. Esa configuración identitaria particular, que no debe ser pensada como una simple excepcionalidad, permitió a esta organización establecer fronteras relativamente nítidas en su sistema de alteridades. A pesar de su debilidad relativa y los muchos focos de tensiones y disputas, el PSP logró mantenerse indemne y preservar su idiosincrasia.

La clausura de la última dictadura militar coincidió, aproximadamente, con el décimo aniversario del PSP y, al mismo tiempo, la apertura a una nueva gama de desafíos: se alumbraba la reconstrucción democrática (Ferrari y Gordillo, 2015) como una nueva frontera (Aboy Carlés, 2001). El PSP era un partido pequeño, pero pujante: contaba con una militancia relativamente joven y entusiasta, un dispositivo organizativo que demostró ser estable y compacto, y una identidad política distintiva. Sin embargo, era una organización que había vivido la mayor parte de su corta existencia en circunstancias signadas por la inestabilidad, la violencia y el autoritarismo. La dictadura no solo había arrasado con la vida de miles de compatriotas, sino que había dejado marcas indelebles en todos los actores políticos. La vuelta de la vida democrática fue para los jóvenes del PSP casi un debut, que puso a prueba muchas de sus certezas y les abrió la oportunidad de consagrarse como una fuerza democrática con aspiraciones. El final de este trayecto, sinuoso y conflictivo, no fue un punto de llegada nada más. Implicó un nuevo comienzo para la vida política del país: el PSP no sería la excepción.

Fuentes

Entrevistas

a) Inéditas

- Barbagelata, María Elena (noviembre de 2015, Buenos Aires): abogada, militante del MNR/MAPA y dirigente del PSP (Capital Federal).
- Bertero, Inés (septiembre de 2016, Rosario): politóloga, militante del MNR/MAPA y dirigente del PSP (Rosario).
- Camps, Adrián (noviembre de 2015, Buenos Aires): ingeniero, militante del PSA y del PSP (Capital Federal).
- Cavallero, Héctor (noviembre de 2015, Rosario): bioquímico, dirigente del MNR/MAPA y del PSP (Rosario).
- Constenla, Carlos (octubre de 2014, Vicente López y marzo de 2016, Vicente López): abogado, dirigente del Grupo Evolución y del Partido Socialista Popular (PSP).
- Cuccovillo, Ricardo (octubre de 2013, Villa Elisa): trabajador de Luz y Fuerza, militante del PSA y dirigente del PSP (Avellaneda).
- Galland, Gustavo (octubre de 2013, La Plata): contador, militante del MNR/MAPA (Tucumán) y dirigente del PSP (La Plata).
- García Costa, Víctor (febrero de 2015, Buenos Aires): periodista e historiador, dirigente del Partido Socialista Argentino (PSA) y primer secretario general del PSP.
- Giustiniani, Rubén (noviembre de 2015, Buenos Aires): ingeniero, dirigente del MNR/MAPA y del PSP (Rosario).

- González, Oscar (agosto de 2013, Buenos Aires): periodista, militante del PSA y dirigente del Partido Socialista Democrático.
- Lazzeretti, Alfredo Remo (abril de 2013, La Plata): contador, dirigente del MNR y del PSP (Mar del Plata).
- Nivio, Carlos (abril de 2013, Mar del Plata): trabajador bancario, dirigente del MAPA y del PSP (Mar del Plata).
- Polino, Héctor (marzo de 2016, Buenos Aires): abogado, dirigente del PSA, el PSP y el PSD (Capital Federal).
- Rofman, Alejandro (agosto y septiembre de 2016, Buenos Aires): economista, militante del PSA y dirigente del PSD.
- Rosa, Marcos (febrero de 2015, Buenos Aires): ingeniero, dirigente fundador del MNR/MAPA y del PSP (Tucumán).
- Spini, Carlos (marzo de 2016, Buenos Aires): abogado, dirigente del Grupo Evolución y del PSP.
- Súccar, Rodolfo (octubre de 2015, San Miguel de Tucumán): contador, militante del MNR/MAPA y dirigente del PSP (Tucumán).
- Vallejos, Víctor Hugo (septiembre de 2015, Córdoba): contador y trabajador del seguro, dirigente del MNR/MAPA y del PSP (Córdoba).
- Viñas, María del Carmen (agosto de 2015, Mar del Plata): contadora, militante del MNR/MAPA y dirigente del PSP (Mar del Plata).
- Zabalza, Juan Carlos (noviembre de 2015, Rosario): bioquímico y dirigente del MNR/MAPA y del PSP (Rosario).

b) Publicadas

Testimonios de Héctor Cavallero, Raúl Garo, Mario Drisun, Mónica Albónico, Inés Bertero, Patricia Sandoz, Rubén Giustiniani, Hermes Binner, Antonio Bonfatti, Miguel Lifschitz, Eduardo Di Pollina, entre otros, compilados en Dalla-Corte Caballero, Gabriela, Álvarez, Gustavo y Prósperi, Marcela (2012). *Socialistas y socialismo en Santa Fe. La organización que venció al tiempo*. Rosario: Prohistoria.

Documentos

a) Publicaciones periódicas

La Vanguardia, 1972, CeDInCI

La Vanguardia Popular, 1972-1983, Partido Socialista

Puro Pueblo, 1972, CeDInCI

Argentina inédita, 1975, CeDInCI

Cuadernos de la Juventud, 1967-1969, archivo personal de Carlos Constenla

b) Documentos partidarios

“Trabajemos mejor en casa”, MNR, 1963, Fundación Estévez Boero.

“Reforma o contrarreforma”, MNR, 1967, Fundación Estévez Boero.

“El MNR y la lucha del pueblo argentino contra la dictadura y el imperialismo”, MNR, 1969, Fundación Estévez Boero.

“Declaración de principios”, MAPA, 1970.

“Acerca de la declaración efectuada por la mayoría de los partidos políticos”, MNR, 1970, Fundación Estévez Boero.

“Realidad política argentina”, PSP, 8 de noviembre de 1971.

“Contribución para la organización de un nuevo Partido Socialista”, diciembre de 1971, CeDInCI.

“La huella de Palacios I”, PSP, 1972.

“El Frente Justicialista y la liberación nacional”, PSP, 9 de diciembre de 1972.

“Principios elementales del socialismo”, Federación Santa Fe del PSP, 1972.

“Respeto de la voluntad popular”, PSP, 23 de Agosto de 1973.

“En el 164º aniversario de la patria y en el 1er aniversario del triunfo popular”, PSP, diciembre de 1973.

“¿Qué es el Partido Socialista Popular?”, PSP, 9 de julio de 1973.

“Rectificar la práctica para construir el Partido de los Trabajadores”, II Congreso Nacional del PSP, 5 y 6 de abril de 1975.

Carta Orgánica del Partido Socialista Popular, II Congreso Nacional del PSP, 5 y 6 de abril de 1975

- “Programa Popular para la Liberación Nacional”, II Congreso Nacional del PSP, 5 y 6 de Julio de 1975
- “Declaración sobre la SITUACIÓN NACIONAL producida por el 11º Congreso Nacional del Partido Socialista Popular”, II Congreso Nacional del PSP, 5 y 6 de julio de 1975.
- “Unir a los Argentinos en un Frente del Pueblo para lograr la Liberación Nacional”, II Congreso Nacional del PSP, 5 y 6 de julio de 1975.
- “El Partido Socialista Popular y la situación actual”, PSP, 17 de noviembre de 1975.
- Documento sin título, PSP, 23 de abril de 1977.
- “Partido Socialista Popular - orden nacional s/reconocimiento”, fallo judicial, 1983.
- “25º aniversario del Movimiento Nacional Reformista”, MNR, 31 de mayo de 1985.

Bibliografía

- AA.VV. (1974). *Marx-Engels-Lenin. Acerca del partido*. Buenos Aires: Anteo.
- AA.VV. (2011). *50 años de historia de lucha*. Buenos Aires: MNR.
- Aboy Carlés, Gerardo (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina: la reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
- (2010). “Las paradojas de la heterogeneidad”. *Studia Politicae*, nº 20, pp. 97-104.
- (2013). “De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la *plebs*”. En Aboy Carlés, Gerardo; Barros, Sebastián y Melo, Julián, *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*, pp. 17-40. Los Polvorines-Avellaneda: UNGS-UNdAv.
- (2016). “Populismo y democracia liberal. Una tensa relación”. *Identidades*, Dossier 2, año 6, pp. 5-26.
- Acha, Omar (2014). “La ‘secta’ como concepto problemático en la cultura política de la izquierda: notas para una exploración”. *Pacarina del Sur. Revista de Pensamiento Crítico*, nº 21.

- Aguila, Gabriela (2012). "La Historia Reciente en la Argentina: un balance". *Historiografías*, nº 3, pp. 62-76.
- Alonso, Luciano (2018). "La "Historia reciente" argentina como forma de Historia actual: emergencia, logros, ¿bloqueos?". *Historiografías*, nº 15, pp. 72-92.
- Altamirano, Carlos (1987). "La Coordinadora: elementos para una interpretación". En Nun, José y Portantiero, Juan Carlos (comps.), *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, pp. 295-332. Buenos Aires: Puntosur.
- (2001). *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel.
- (2011). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ampuero, Hernán (2002). *Ampuero 1917-1996. El Socialismo Chileno*. Santiago de Chile: Tierra Mía.
- Andreucci, Franco (1980). "La difusión y la vulgarización del marxismo". En AA.VV., *Historia del marxismo. El marxismo en la época de la IIª Internacional (1)*, pp. 14-88. Barcelona: Bru-guera.
- Aricó, José María (1980). *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. México: Cuadernos de Pasado y Presente.
- (1999). *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Aróstegui, Julio (2004a). "Retos de la memoria y trabajos de la historia". *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, nº 3, pp. 5-58.
- (2004b). *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza.
- Azzolini, Nicolás (2011). "Frontera en juego. Lecturas sobre la dicotomización del espacio político argentino durante las elecciones presidenciales de 1946". *Studia Politicae*, nº 24, pp. 105-121.
- Baczko, Bronislaw (1991). *Los imaginarios sociales. Memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Balestra, René (1974). *Las oligarquías zurdas*. Buenos Aires: Ediciones Libera.
- Barbero, María Inés y Devoto, Fernando (1983). *Los nacionalistas*. Buenos Aires: CEAL.

- Barletta, Ana María y Béjar, María Dolores (1988). “Nacionalismo, nacionalismos, nacionalistas... ¿un debate historiográfico?” *Anuario del IEHS*, n° 3, pp. 357-383.
- Barret-Ducrocq, Françoise (dir.) (2002). ¿Por qué recordar? Barcelona: Granica.
- Bartolucci, Mónica (2006). “Juventud rebelde y peronistas con camisa. El clima cultural de una nueva generación durante el gobierno de Onganía”. *Estudios Sociales*, vol. 30, n° 1, pp. 127-144.
- Bebán, Oscar y Llopis, Enrique (2014). *Socialismo. De la teoría a la práctica: conversaciones con Héctor “El Tigre” Cavallero*. Rosario: De Aquí a la Vuelta.
- Bédarida, François (1998). “Definición, método y práctica de la Historia del Tiempo Presente”. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, n° 20, pp. 19-27.
- Berenzstein, Sergio (1991). *Un partido para la Argentina moderna. Organización e identidad del Partido Socialista (1896-1916)*. Buenos Aires: CEDES.
- Bevir, Mark (2003). “Sobre la tradición”. *Areté*, vol. XV, n° 1, pp. 2-34.
- Biagini, Hugo (2000). *La reforma universitaria. Antecedentes y consecuentes*. Buenos Aires: Leviatán.
- Bisso, Andrés (2002). “De Acción Argentina a la Unión Democrática. El civismo antifascista como prédica y estrategia partidaria del Socialismo Argentino (1940-46)”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 6, pp. 257-264.
- (2005). *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*. Buenos Aires: Prometeo.
- Blanco, Cecilia (2000). “El partido socialista en los 60: enfrentamientos, reagrupamientos y rupturas”. *Sociohistórica*, n° 7, pp. 109-143.
- (2005). “La erosión de la unidad partidaria en el Partido Socialista, 1955-1958”. En Camarero, Hernán y Herrera, Carlos Miguel (eds.), *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, pp. 367-389. Buenos Aires: Prometeo.

- Bloch, Marc (2001). *Apología a la historia o el oficio del historiador*. México: FCE.
- Bobbio, Norberto, Mateucci, Nicola y Pasquino, Gianfranco (dirs.) (2015). *Diccionario de política*. México: FCE.
- Bozza, Juan Alberto (2009). “La voluntad organizada. La CGT de Los Argentinos, una experiencia de radicalización sindical”. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, n° 9, pp. 179-208.
- Bruera, Lautaro (2010). *La Reforma Universitaria y el surgimiento de una nueva generación intelectual argentina con proyección latinoamericana*. Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de Rosario.
- Califa, Juan Sebastián (2009). “El movimiento estudiantil reformista frente al primer episodio de la ‘laica o libre’ (mayo de 1956)”. *Sociohistórica*, Cuadernos del CISH 26, pp. 51-79.
- (2014). “La socialización política estudiantil en la Argentina de los sesenta”. *Perfiles educativos*, vol. XXXVI, n° 146, pp. 98-113.
- (2017). “Dos ‘fuas’ en los años setenta. El movimiento estudiantil en las postrimerías de la ‘Revolución Argentina’”. *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, año 8, n° 12, pp. 130-150.
- Califa, Juan Sebastián y Millán, Mariano (2019). “La lucha estudiantil durante los ‘azos’. Córdoba, Rosario y Tucumán en perspectiva comparada, 1969-1972”. *Conflicto Social*, vol. 12, n° 22, pp. 175-210.
- Camarero, Hernán (2005). “La izquierda como objeto historiográfico: un balance sobre los estudios del socialismo y el comunismo en la Argentina”. *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, n° 1, pp. 77-99.
- Camarero, Hernán y Herrera, Carlos Miguel (2005). “El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas”. Camarero, Hernán y Herrera, Carlos Miguel (eds.), *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, pp. 9-73. Buenos Aires: Prometeo.
- Campione, Daniel (2007). “La izquierda no armada en los años ‘70 en Argentina”. En Lida, Clara; Crespo, Horacio y Yankelevich, Pablo (comps.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*, pp. 85-110. Buenos Aires: FCE.

- Carassai, Sebastián (2012). “Ni de izquierda, ni peronistas, medioclasistas. Ideología y política de la clase media a comienzos de los años setenta”. *Desarrollo Económico*, vol. 52, n° 205, pp. 95-117.
- (2013). *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carnovale, Vera (2007). “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina”. En Franco, Marina y Levín, Florencia (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, pp. 155-182. Buenos Aires: Paidós.
- (2011). *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Cattáneo, Liliana y Rodríguez, Fernando Diego (2000). “Ariel exasperado: avatares de la Reforma Universitaria en la década del veinte”. *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 4, pp. 47-57.
- Cattaruzza, Alejandro (2017). “El pasado como problema político”. *Anuario IEHS*, vol. 32, n° 2, pp. 59-78.
- Cavalli, Luciano (1999). *Carisma. La calidad extraordinaria del líder*. Buenos Aires: Losada.
- Cavarozzi, Marcelo (2002). *Autoritarismo y democracia (1955-1983)*. Buenos Aires: Eudeba.
- Cavarozzi, Marcelo y Gutiérrez, Ricardo (1999). “La construcción política de una crisis: el gobierno peronista de 1973-1976”. En Dutrénit Bielous, Silvia y Rodríguez de Ita, Guadalupe (coords.), *Asilo diplomático mexicano en el Cono Sur*, pp. 13-34. México: Instituto Mora.
- Ceballos, Carlos (1985). *Los estudiantes universitarios y la política (1955-1970)*. Buenos Aires: CEAL.
- Celentano, Adrián (2014). “Maoísmo y nueva izquierda. La formación de Vanguardia Comunista y el problema de la construcción del partido revolucionario entre 1965 y 1969”. En Tortti, María Cristina (dir.), *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*, pp. 83-110. Rosario: Prohistoria.

- Chumbita, Hugo (2006). "Patria y revolución: la corriente nacionalista de izquierda". En Biagini, Hugo y Roig, Arturo (comps.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*, pp. 77-100. Buenos Aires: Biblos.
- Ciria, Alberto y Sanguinetti, Horacio (2006). *La Reforma Universitaria (1918-2006)*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Cole, G.D.H. (1957). *Historia del Pensamiento Socialista I. Los precursores 1789-1850*. México: FCE.
- (1958). *Historia del Pensamiento Socialista II. Marxismo y anarquismo 1850-1890*. México: FCE.
- Corbière, Emilio J. (1974). *Juan B. Justo: Socialismo e Imperialismo*. Buenos Aires: s/e.
- Córdova, Efrén (1967). "La izquierda democrática latinoamericana en la doctrina y práctica: el APRA y Acción Democrática". *Revista de estudios políticos*, n° 155, pp. 191-218.
- Cormick, Silvina (2009). "Figuras de izquierda y pensamiento latinoamericanista. Un análisis de los discursos de José Ingenieros, Alfredo Palacios y Manuel Ugarte". *XII Jornadas Interescuelas de Historia*, Universidad Nacional del Comahue.
- Cotarelo, Ramón (2013). *Rompiendo amarras. La izquierda entre dos siglos. Una visión personal*. Madrid: Akal.
- Crenzel, Emilio (2013). "Sebastián Carassai, Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013". *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* [en línea], Reseñas y ensayos historiográficos.
- Crick, Bernard (1994). *Socialismo*. Madrid: Alianza.
- Cruz, Facundo (2019). *Socios pero no tanto. Partidos y coaliciones en la Argentina. 2003-2015*. Buenos Aires: Eudeba.
- Cúneo, Dardo (1997). *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina*. Buenos Aires: Solar.
- Da Orden, María Liliana (1994). "Entre el internacionalismo y el nacionalismo. El enfoque de la nación en Juan B. Justo". *Estudios Sociales*, año IV, n° 6, pp. 55-72.
- Dalla-Corte Caballero, Gabriela; Álvarez, Gustavo y Prósperi, Marcela (2012). *Socialistas y socialismo en Santa Fe. La organización que venció al tiempo*. Rosario: Prohistoria.

- Davis, Horace (1972). *Nacionalismo y socialismo*. Barcelona: Península.
- De Amézola, Gonzalo (1997). “Lanusse o el arte de lo imposible. El lanzamiento del GAN (marzo-mayo de 1971)”. *Cuadernos del CISH*, año 2, n° 2-3, pp. 183-238.
- (2005). “La izquierdización de los moderados. Partidos tradicionales entre 1979 y comienzos de 1971 en Argentina”. *Signos Históricos*, n° 14, pp. 74-107.
- De la Fuente, José Alberto (2007). “Víctor Raúl Haya de la Torre, el APRA y el Indoamericanismo”. *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, n° 24, pp. 79-101.
- De Riz, Liliana (1986). *Retorno y derrumbe. El último gobierno peronista*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- (2000). *La política en suspenso (1966-1976)*. Buenos Aires: Paidós.
- Di Tella, Guido (1983). *Perón-Perón, 1973-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Duverger, Maurice (2012 [1951]). *Los partidos políticos*. México: FCE.
- Ehrlich, Laura (2007). “Una convivencia difícil. Manuel Ugarte entre el modernismo latinoamericano y el socialismo”. *Políticas de la memoria*, N° 6/7, pp. 105-119.
- Eley, Geoff (2003). *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona: Crítica.
- Estévez Boero, Guillermo (1988). “Balance de los 70 años de la Reforma Universitaria”. En AA.VV., *La Reforma Universitaria, 1918-1988*, pp. 199-215. Buenos Aires: Legasa.
- Falcón, Ricardo (1984). *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*. Buenos Aires: CEAL.
- (2011). “Orígenes del movimiento socialista en la Argentina”. *Cuadernos del Ciesal*, n° 10, pp. 11-45.
- Fernández, Juan Cruz (2010). “La Junta Coordinadora Nacional: innovaciones discursivas y organizativas en el radicalismo (1968-1983)”. *V Jornadas de Historia Política “Las provincias en perspectiva comparada”*, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Fernández Abara, Joaquín (2017). “Nacionalismo y marxismo en el Partido Socialista Popular (1948-1957)”. *Izquierdas*, n° 34, pp. 26-49.

- Ferrari, Marcela y Gordillo, Mónica (comps.) (2015). *La reconstrucción democrática en clave provincial*. Rosario: Prohistoria.
- Ferreira, Silvana (2011). "Socialismo y peronismo en la historiografía sobre el Partido Socialista". *Prohistoria*, n° 15, pp. 1-10.
- (2012). *Socialismo y antiperonismo: el Partido Socialista Democrático. Transformación partidaria y dinámica política en tiempos de proscripción (Provincia de Buenos Aires, 1955-1966)*. Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- Figallo, Beatriz (2014). "Liberal, masón y socialista: El exilio de Jiménez de Asúa en la Argentina, 1939-1970". *II Jornadas de Trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX*, Universidad Nacional de La Plata.
- Floria, Carlos A. (1993). "La tradición nacionalista. El recorrido histórico de una ideología y el conflicto de legitimidades en la Argentina contemporánea". *Lecciones y Ensayos*, n° 58, pp. 29-55.
- Franco, Marina (2012). *Un enemigo para la Nación. Orden interno, violencia y "subversión", 1973-1976*. Buenos Aires: FCE.
- Franco, Marina y Levín, Florencia (2007). "Introducción". En Franco, Marina y Levín, Florencia (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, pp. 15-27. Buenos Aires: Paidós.
- Franco, Marina y Lvovich, Daniel (2017). "Historia Reciente: apuntes sobre un campo de investigación en expansión". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie, n° 47, segundo semestre, pp. 190-217.
- Franzé, Javier (1993). *El concepto de política de Juan B. Justo* (2 tomos). Buenos Aires: CEAL.
- (2009). "La igualdad inesperada: el límite moderno en la perspectiva justista sobre los movimientos nacional populares". *Revista Socialista*, n° 2, año 1, pp. 5-28.
- Freeden, Michael (2013). *Ideología. Una brevísima introducción*. Santander: Universidad de Cantabria.
- Freidemann, Sergio (2017). "La peronización de los universitarios como categoría nativa (1966-1973)". *Folia histórica del Nordeste*, n° 29, pp. 113-144.

- Furet, François (1995). *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. México: FCE.
- Galasso, Norberto (1983). *La Izquierda Nacional y el FIP*. Buenos Aires: CEAL.
- (1984). *Manuel Ugarte: un argentino “maldito”*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional.
- (2001). *Socialismo y cuestión nacional*. Rosario: Homo Sapiens.
- Gambini, Hugo (1972). “La izquierda, sus grupos y tendencias”. *Cuarto Poder*, n° 4.
- García Costa, Víctor (1970). *Proceso a la contrarrevolución argentina*. Buenos Aires: El Combatiente.
- (1986). *Alfredo L. Palacios: un Socialismo Argentino y para la Argentina* (2 tomos). Buenos Aires: CEAL.
- (2011 [1997]). *Alfredo Palacios. Entre el clavel y la espada*. Buenos Aires: Ediciones Docencia.
- García Sebastiani, María (1997). *La oposición política al peronismo. Los partidos políticos en la Argentina entre 1943 y 1951*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid.
- Gaxie, Daniel (2015). “Retribuciones de la militancia y paradojas de la acción colectiva”. *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico*, vol. 9, año 2, pp. 131-153.
- Gellner, Ernst (1988). *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza.
- Georgieff, Guillermina (2008). *Nación y revolución. Itinerarios de una controversia en Argentina (1960-1970)*. Buenos Aires: Prometeo.
- Ghioldi, Américo (1964 [1933]). *Juan B. Justo. Sus ideas: históricas, socialistas, filosóficas*. Buenos Aires: Montserrat.
- Ghiretti, Héctor (2020). “El fin de los medios: teoría y praxis anti-imperialista en Vivian Trías”. *Humanidades*, n° 7, pp. 113-145.
- Giletta, Matías (2008). “El pensamiento universitario de José Ingenieros y la concepción reformista de universidad”. *I Jornadas Historia de la Universidad argentina*, Universidad Nacional del Litoral.
- Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Giustiniani, Rubén (2012). *El socialismo de Alfredo Palacios*. Buenos Aires: Sudamericana-COPPPAL.
- González, Julio V. (1945). *La Universidad. Teoría y acción de la reforma*. Buenos Aires: Claridad.
- González Bombal, Inés (1991). *El diálogo político: la transición que no fue*. Buenos Aires: CEDES.
- Gordillo, Mónica (2007). “Protesta, rebelión y movilización: de la Resistencia a la lucha armada, 1955-1973”. En James, Daniel (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Nueva Historia Argentina, Tomo 9, pp. 329-380. Buenos Aires: Sudamericana.
- Graciano, Osvaldo (2007). “Los debates y las propuestas políticas del Partido Socialista de Argentina, entre la crisis mundial y el peronismo, 1930-1950”. *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 33, pp. 241-262.
- (2008). *Entre la torre de marfil y el compromiso político. Intelectuales de izquierda en la Argentina, 1918-1955*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- (2010). “El Partido Socialista de Argentina: su trayectoria histórica y sus desafíos políticos en las primeras décadas del siglo XX”. *A Contracorriente*, vol. 7, n° 3, pp. 1-37.
- Grele, Ronald J. (1991). “Movimiento sin meta: problemas metodológicos y teóricos en la historia oral”. En Schwarzstein, Dora (comp.), *La historia oral*, pp. 119-141. Buenos Aires: CEAL.
- Guber, Rosana (1999). “Alfredo Lorenzo Palacios. Honor y dignidad en la nacionalización de la causa ‘Malvinas’”. *Revista de Ciencias Sociales*, n° 10, pp. 83-116.
- (2001). ¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda. Buenos Aires: FCE.
- Guberman, Lucio (2004). *Victoria, éxito y fractura. El Partido Socialista Popular en Rosario, 1989-1995*. Rosario: UNR Editora.
- Guerberof, Alberto (1985). *Izquierda Colonial y Socialismo Criollo*. Buenos Aires: Ediciones del Mar Dulce.
- Gutiérrez, Leandro H. y Romero, Luis Alberto (1995). *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Hall, Stuart (2003). "Introducción: ¿Quién necesita 'identidad'?" En Hall, Stuart y Du Gay, Paul (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, pp. 13-39. Buenos Aires: Amorrortu.
- Halperin Donghi, Tulio (2005). *El revisionismo como visión decadentista de la historia nacional*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hartog, François y Revel, Jacques (dirs.) (2001). *Les usages politiques du passé*. París: École des Hautes Études en Sciences Sociales.
- Haupt, Georges (1986). *El historiador y el movimiento social*. Madrid: Siglo XXI.
- Haya de la Torre, Víctor (1989). *Política aprista*. Lima: Editores y Publicidad Latina.
- Herrera, Carlos Miguel (2005). "¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo (1943-1956)". En Camarero, Hernán y Herrera, Carlos Miguel (eds.), *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, pp. 343-366. Buenos Aires: Prometeo.
- (2009). "Jaurès en Argentina - La Argentina de Jaurès". *Estudios Sociales*, año XIX, n° 37, pp. 9-35.
- (2013). "El intelectual como partido: Dardo Cúneo y la experiencia de *Acción Socialista*". *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 3, pp. 35-56.
- (2015). "El socialismo argentino frente a Enrico Ferri". *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 6, pp. 73-93.
- (2016). *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1946-1955)*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- (2019). *En vísperas del diluvio. El gremialismo socialista ante la irrupción del peronismo*. Buenos Aires: GEU-EUDEM.
- Hilb, Claudia y Lutzky, Daniel (1984). *La nueva izquierda argentina: 1960-1980 (política y violencia)*. Buenos Aires: CEAL.
- Hobsbawm, Eric (1993). *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica.
- (2002). "Introducción: la invención de la tradición". En Hobsbawm, Eric y Ranger, Terence (eds.), *La invención de la tradición*, pp. 7-21. Barcelona: Crítica.

- Huberman, Leo (1972). *El ABC del socialismo*. Buenos Aires: Ediciones CEPE.
- Ingerflom, Claudio S. (2017). *El revolucionario profesional. La construcción política del pueblo*. Rosario: Prohistoria.
- James, Daniel (2004). *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*. Buenos Aires: Manantial.
- Johnstone, Monty (1971). "Marx y Engels y el concepto de partido". En AA.VV., *Teoría marxista del partido político*, pp. 105-139. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.
- Julliard, Jacques (1979). "La política". En Le Goff, Jacques y Nora, Pierre (comps.), *Hacer la historia. Nuevos enfoques*, pp. 237-252. Barcelona: Laia.
- Kautsky, Karl (1959 [1919]). *Terrorismo y comunismo*. Buenos Aires: Transición.
- Kohan, Néstor (2000). *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. La Habana: Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.
- Kolakowski, Leszek (1982). *Las principales corrientes del marxismo. II. La edad de oro*. Madrid: Alianza.
- Koselleck, Reinhart (1974). "Historia de los conceptos e historia social". En Ludz, Peter Christian (comp.), *Sociología e historia social*, pp. 7-31. Buenos Aires: Sur.
- (2004). "Historia de los conceptos y conceptos de historia". *Ayer*, nº 53, pp. 27-45.
- Kozel, Andrés (2015). "Estaciones del antiimperialismo rioplatense". En Kozel, Andrés; Grossi, Florencia y Moroni, Delfina (coords.), *El imaginario antiimperialista en América Latina*, pp. 25-51. Buenos Aires: CLACSO-Ediciones del CCC.
- Kriegel, Annie (1986). *La internacionales obreras (1864-1943)*. México: Orbis Press.
- Laclau, Ernesto (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- (comp.) (1994). *The Making of Political Identities*. Londres: Verso.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (2015 [1985]). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.

- Lamberto, Raúl (2009). *Los desafíos del socialismo actual*. Rosario: Fundación Estévez Boero.
- Lenin (1967). *El partido: problemas de organización*. Buenos Aires: Anteo.
- (2010 [1902]). ¿Qué hacer? Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.
- Lichtheim, George (1975). *Breve historia del socialismo*. Madrid: Alianza.
- Lindholm, Charles (1992). *Carisma. Análisis del fenómeno carismático y su relación con la conducta humana y los cambios sociales*. Barcelona: Gedisa.
- Lummis, Trevor (1991). “La memoria”. En Schwarzstein, Dora (comp.), *La historia oral*, pp. 83-101. Buenos Aires: CEAL.
- Luxemburg, Rosa (1972). “Problemas de la organización de la socialdemocracia rusa”. En AA.VV., *Teoría marxista del partido político/2 (Problemas de organización)*, pp. 41-63. Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente.
- Luzzi, Mariana (2001). “El viraje de la ola. Las primeras discusiones sobre la intervención del Estado en el socialismo argentino”. *Estudios Sociales*, n° 20, pp. 165-179.
- Lvovich, Daniel (2006). *El nacionalismo de derecha. Desde sus orígenes a Tacuara*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- (2011). “Contextos, especificidades y temporalidades en el estudio del nacionalismo argentino en la segunda mitad del siglo XX”. En Cucchetti, Humberto y Mallimacci Fortunato (comps.), *Nacionalistas y nacionalismos. Debates y escenarios en América Latina y Europa*, pp. 19-30. Buenos Aires: Gorla.
- Macor, Darío (2012). “Conferencia por el 40° Aniversario de la fundación del PSP”. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=Wyq0xPooFbM>
- Magri, Lucio (1970). *Problemas de la teoría marxista del partido revolucionario*. Barcelona: Anagrama.
- Manrique, Nelson (2009). “¡Usted fue aprista!” Bases para una historia crítica del APRA. Lima: CLACSO-Pontificia Universidad Católica del Perú.

- Manzano, Valeria (2018). “La Reforma (no) ha caducado, 1968-1974”. En Agüero, Ana Clarisa y Eujanian, Alejandro (comps.), *Variaciones del reformismo. Tiempos y experiencias*, pp. 227-255. Rosario: HyA ediciones.
- Mao Tse Tung (2013). *Obras escogidas de Mao Tse Tung*. México: Ediciones de Lenguas Extranjeras.
- Marchesi, Aldo (2019). *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas de los 60 a la caída del muro*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Marramao, Giacomo (1998). *Cielo y tierra. Genealogía de la secularización*. Barcelona: Paidós.
- Martínez Mazzola, Ricardo (2009a). *El Partido Socialista y sus interpretaciones del radicalismo argentino (1890-1930)*. Tesis doctoral inédita, Universidad de Buenos Aires.
- (2009b). “Un difícil encuentro. Portantiero y la tradición socialista argentina”. En Hilb, Claudia (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, pp. 133-168. Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2010). “Socialismo y populismo, los comienzos de una relación conflictiva. La mirada del socialismo argentino sobre la Unión Cívica Radical (1890-1930)”. *Anuario del Centro de Estudios Históricos “Prof. Carlos S. A. Segreti”*, año 10, n° 10, pp. 211-230.
- (2011a). “Nacionalismo, peronismo, comunismo. Los usos del totalitarismo en el discurso del Partido Socialista Argentino (1946-1953)”. *Prismas*, n° 15, pp. 105-125.
- (2011b). “La ciencia frente a la esfinge. Las interpretaciones socialistas del populismo en la Argentina”. *Intersticios de la política y la cultura latinoamericana*, n° 1, pp. 35-40.
- (2012). “El debate Justo-Ferri y la cuestión de las alianzas políticas”. *Revista Socialista*, n° 5, pp. 63-74.
- (2015). “Intelectuales en busca de una tradición. Aricó y Portantiero lectores de Juan B. Justo”. En Lazeretti, Alfredo Remo y Suárez, Fernando Manuel (coords.), *Socialismo & Democracia*, pp. 393-423. Mar del Plata: EUDEM.
- (2016). “‘Ni populistas, ni conservadores’. Dilemas y desafíos del socialismo democrático argentino”. *Nueva Sociedad*, n° 261, pp. 168-177.

- (2017). “El Partido Socialista en los años treinta”. En Losada, Leandro (comp.), *Política y vida pública. Argentina, 1930-1943*, pp. 85-102. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Mauro, Diego y Zanca, José (comps.). *La reforma universitaria cuestionada*. Rosario: HyA ediciones.
- Mazzeo, Miguel (2009). *Invitación al descubrimiento. José Carlos Mariátegui y el socialismo de Nuestra América*. Buenos Aires: El Colectivo.
- (2013). *El socialismo enraizado. José Carlos Mariátegui: Vigencia de su concepto de “socialismo práctico”*. Lima: FCE.
- Melo, Julián (2009). *Fronteras populistas. Populismo, peronismo y federalismo entre 1943 y 1955*. Tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.
- (2013). “La frontera invisible. Reflexión en torno al populismo, el pueblo y las identidades políticas en la Argentina (1946-1949)”. En Aboy Carlés, Gerardo; Barros, Sebastián y Melo, Julián, *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*, pp. 65-90. Los Polvorines-Avellaneda: UNGS-UNdAv.
- Melucci, Alberto (1995). “The Process of Collective Identity”. En Johnston, Hank y Klandermans, Bert (eds.), *Social Movements and Culture*, pp. 41-63. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Merbilhaá, Margarita (2009). *Trayectoria intelectual y literaria de Manuel Ugarte (1895-1924)*. Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de La Plata.
- Michels, Robert (1979 [1911]). *Los partidos políticos* (2 tomos). Buenos Aires: Amorrortu.
- Millán, Mariano (2013). *Entre la Universidad y la política. Los movimientos estudiantiles de Corrientes y Resistencia, Rosario, Córdoba y Tucumán durante la “Revolución Argentina” (1966-1973)*. Tesis doctoral inédita, Universidad de Buenos Aires.
- (2017). “Las luchas del movimiento estudiantil rosarino del Cordobazo a la ‘primavera camporista’ (1969-1973)”. *Archivos*, año V, n° 10, pp. 141-161.
- Montaldo, Félix (2004). *El Socialismo Nacional y la visión de Vivian Trías*. Montevideo: Arca.

- Moreau de Justo, Alicia (1946). *El socialismo según la definición de Juan B. Justo a los jóvenes*. Buenos Aires: Polis.
- (1983). *Qué es el Socialismo en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Moss, William W. (1991). “La historia oral: ¿qué es y de dónde proviene?”. En Schwarzstein, Dora (comp.), *La historia oral*, pp. 21-35. Buenos Aires: CEAL.
- Nieto Montesinos, Jorge (2000). *Haya de la Torre o la política como obra civilizatoria*. México: FCE.
- Novaro, Marcos y Palermo, Vicente (2003). *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.
- O'Connor, Marcelo (2009). “Dardo Cúneo y Acción Socialista”. *Revista Socialista*, n° 2, pp. 93-96.
- Oddone, Jacinto (1983). *Historia del socialismo argentino* (2 volúmenes). Buenos Aires: CEAL.
- Oelgart, Bernd (1971). *Ideólogos e ideologías de la nueva izquierda*. Barcelona: Anagrama.
- Offerlé, Michel (2004). *Los partidos políticos*. Santiago de Chile: LOM.
- Osuna, María Florencia (2015). *De la “Revolución socialista” a la “Revolución democrática”. Las prácticas políticas del Partido Socialista de los Trabajadores/Movimiento al Socialismo durante la última dictadura (1976-1983)*. Los Polvorines-La Plata-Posadas: UNGS-UNLP-UNaM.
- Palacios, Alfredo L. (1961). *Nuestra América y el imperialismo*. Buenos Aires: Palestra.
- Palacios, Guillermo (2007). “Entre una ‘Nueva Historia’ y una ‘Nueva Historiografía’ para la Historia Política de América Latina en el siglo XIX”. En Palacios, Guillermo (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, s. XIX*, pp. 9-18. México: El Colegio de México.
- Palermo, Vicente (2007). *Sal en las heridas. Las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Pan, Luis (1991). *Juan B. Justo y su tiempo*. Buenos Aires: Planeta.
- Panebianco, Angelo (1995). *Modelos de partido: organización y poder en los partidos políticos*. Madrid: Alianza.

- Paramio, Ludolfo (1989). *Tras el diluvio. La izquierda ante el fin de siglo*. México: Siglo XXI.
- Piazzesi, Susana y Bacolla, Natacha (2016). *El reformismo entre dos siglos. Historias de la UNL. Universidad Nacional del Litoral 95 años*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Pita, Alexandra (2004). *Intelectuales, integración e identidad regional. La Unión Latino Americana y el boletín Renovación, 1922-1930*. Tesis doctoral, El Colegio de México.
- (2009). “Los homenajes a José Ingenieros y el debate en torno al papel del intelectual”. *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 35, pp. 69-85.
- Ponza, Pablo (2007). *Los Intelectuales Críticos y la Transformación Social en Argentina (1955-1973)*. Tesis doctoral, Universidad de Barcelona.
- (2008). “El Concilio Vaticano II y el *ethos* revolucionario en la Argentina de los sesenta-setenta”. *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos* [en línea], Debates.
- Portantiero, Juan Carlos (1978). *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*. México: Siglo XXI.
- (1999). *Juan B. Justo*. Buenos Aires: FCE.
- (2002). “Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década del treinta”. *Prismas*, n° 6, pp. 231-241.
- (2005). “El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década del treinta”. En Camarero, Hernán y Herrera, Carlos Miguel (eds.), *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, pp. 299-320. Buenos Aires: Prometeo.
- Portelli, Alessandro (1991). “Lo que hace diferente a la historia oral”. En Schwarzstein, Dora (comp.), *La historia oral*, pp. 36-52. Buenos Aires: CEAL.
- (2014). “Historia oral, diálogo y géneros narrativos”. *Anuario de la Escuela de Historia*, UNR, n° 26, pp. 9-27.
- Poy, Lucas (2015a). *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*. Buenos Aires: Imago Mundi.

- (2015b). “Los primeros congresos del Partido Socialista argentino (1896-1908): Consideraciones para un análisis social y político”. *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, nº 99, pp. 47-67.
- (2018). “Teoría y práctica del ‘primer diputado socialista de América’. La acción de Alfredo Palacios en el Parlamento argentino y sus repercusiones en la prensa socialista, 1904-1908”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Debates.
- Prins, Gwyn (1993). “Historia oral”. En Burke, Peter (comp.), *Formas de hacer Historia*, pp. 144-176. Madrid: Alianza.
- Przeworski, Adam (1988). *Capitalismo y socialdemocracia*. Madrid: Alianza.
- Puiggrós, Rodolfo (1986 [1965]). *Historia crítica de los partidos políticos* (3 tomos). Buenos Aires: Sudamericana.
- Quiroga, Hugo (2003). *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares (1976-1983)*. Rosario: Homo Sapiens.
- Ramos, Jorge Abelardo (1990). *Breve historia de las izquierdas en la Argentina*. Buenos Aires: Claridad.
- (2006). *Revolución y contrarrevolución en la Argentina. La Era del Peronismo*. Buenos Aires: Senado de la Nación.
- Rémond, René (2003 [1988]). *Por una historia política*. Río de Janeiro: FGV.
- Retamozo, Martín y Schuttenberg, Mauricio (2016). “Gorila, más que una palabra. Usos y controversias en la Argentina contemporánea”. *Oficios Terrestres*, nº 35, pp. 1-26.
- Reyes, Francisco (2018). “La patria es el otro, pero no para siempre. La cuestión de la nación en el socialismo de la Argentina finisecular (1894-1912)”. *Historia y Política*, nº 39, pp. 203-234.
- Ribadero, Martín (2015). “La Revolución cubana y la ‘Izquierda Nacional’ de Jorge Abelardo Ramos. Ideas y debates en la cultura de izquierdas argentina a principios de la década de 1960”. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Questions du temps présent.
- Richards, Howard (2007). *Solidaridad, participación, transparencia: conversaciones sobre el socialismo en Rosario, Argentina*. Rosario: Tinta Roja.

- Rilla, José (2010). "Revisionismos e izquierdas en Uruguay y Argentina". *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, vol. 19, n° 1, pp. 69-93.
- Roca, Deodoro (2006). *Reformismo y antimperialismo*. Buenos Aires: Grupo Universitario.
- Rocca, Carlos (1998). *Juan B. Justo y su entorno*. La Plata: EDULP.
- Rodríguez, Andrés (2014). *El liderazgo y las nuevas formas políticas: balance teórico y lente conceptual*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Rojas, Gonzalo Adrián (2006). *Os socialistas na Argentina (1880-1980). Um século de ação política*. San Pablo: Universidade de São Paulo.
- Romero, Ricardo (1998). *La lucha continúa. El movimiento estudiantil argentino en el siglo XX*. Buenos Aires: Eudeba.
- Rosenberg, Arthur (1977). *Historia del bolchevismo*. México: Cuadernos de Pasado y Presente.
- Sabato, Hilda (2007). "La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada". En Palacios, Guillermo (coord.), *Ensayos sobre la nueva historia política de América Latina, s. XIX*, pp. 83-94. México: El Colegio de México.
- Sarlo, Beatriz (2007). *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Emecé.
- Sartori, Giovanni (2005 [1976]). *Partidos y sistemas de partidos. Marco para un análisis*. Madrid: Alianza.
- Sassoon, Donald (2001). *Cien años de socialismo*. Buenos Aires: Edhasa.
- Sessa, Leandro (2013). *Aprismo y apristas en Argentina: Derivas de una experiencia antiimperialista en la "encrucijada" ideológica y política de los años treinta*. Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de La Plata.
- Sigal, Silvia (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- Sirinelli, Jean-François (1999). "L'histoire politique et culturelle". En Ruano-Borbalan, Jean-Claude (coord.), *L'histoire aujourd'hui. Nouveaux objets de recherche, courants et débats, le métier d'historien*, pp. 157-164. París: Sciences Humaines.

- Smulovitz, Catalina (1991). "En busca de la fórmula perdida". *Desarrollo Económico*, vol. 31, n° 121, pp. 113-124.
- Spilimbergo, Jorge Enea (1969). *El Socialismo en la Argentina. Del socialismo cipayo a la izquierda nacional*. Buenos Aires: Ediciones del Mar Dulce.
- Spinelli, Estela (2005). *Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la "revolución libertadora"*. Buenos Aires: Biblos.
- Suárez, Fernando Manuel (2015a). "El diálogo (im)posible: el debate en torno a las culturas y las identidades políticas". *Question*, vol. 1, n° 45, pp. 211-223.
- (2015b). "Los orígenes del Partido Socialista Popular: ¿entre el viejo socialismo y la "nueva izquierda"? (1972- 1975)". *Papeles de Trabajo*, año 9, n° 16, pp. 312-338.
- (2015c). "El socialismo argentino y el desafío de la democratización". En Lazzeretti, Alfredo Remo y Suárez, Fernando Manuel (coords.), *Socialismo & Democracia*, pp. 253-278. Mar del Plata: EUDEM.
- (2019a). "¿Un socialismo desde el interior del país? Tradiciones y alteridades del Partido Socialista Popular". En Ferreyra, Silvana y Martocci, Federico (comps.), *El Partido Socialista (re) configurado: escalas y desafíos historiográficos para su estudio desde el interior*, pp. 105-124. Buenos Aires: Teseco.
- (2019b). "Los herederos de la Reforma'. El Movimiento Nacional Reformista (MNR) y la tradición reformista argentina". *Avances del Cesor*, vol. XVI, n° 20, pp. 147-165.
- (2019c). "Teoría y práctica del centralismo democrático: el caso del Partido Socialista Popular". *Pasado Abierto. Revista del CEHis*, n° 10, pp. 242-268.
- Tarcus, Horacio (1999). "La secta política. Ensayo acerca de la pervivencia de lo sagrado en la modernidad". *El rodaballo. Revista de política y cultura*, n° 8-9, pp. 23-32.
- (2013). *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tarrow, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.

- Terán, Oscar (1991). *Nuestros años sesenta. La formación de la izquierda intelectual en la Argentina*. Buenos Aires: Puntosur.
- Tilly, Charles (2003). "Political Identities in Changing Politics". *Social Research*, vol. 70, nº 2, pp. 605-620.
- Torre, Juan Carlos (2006). *La vieja guardia sindical y Perón: sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Eduntref.
- (2009). "¿Por qué no existió un fuerte movimiento socialista en la Argentina?". En Hilb, Claudia (comp.), *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero*, pp. 33-49. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tortti, María Cristina (1999). "Protesta social y 'Nueva Izquierda' en la Argentina del 'Gran Acuerdo Nacional'". En Pucciarelli, Alfredo (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, pp. 205-230. Buenos Aires: Eudeba.
- (2002). "Debates y rupturas en los partidos Comunista y Socialista durante el frondizismo". *Prismas. Revista de historia intelectual*, nº 6, pp. 265-274.
- (2005). "Las divisiones del Partido Socialista y los orígenes de la nueva izquierda". En Camarero, Hernán y Herrera, Carlos Miguel (eds.), *El Partido Socialista en la Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, pp. 391-412. Buenos Aires: Prometeo.
- (2007). *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva izquierda"*. Tesis doctoral, Universidad Nacional de la Plata.
- (2009a). *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva izquierda"*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2009b). "El Partido Socialista ante la crisis de los años '30: la estrategia de la 'Revolución Constructiva'". *Revista Socialista*, nº 2, pp. 29-56.
- (2014). "La nueva izquierda argentina. La cuestión del peronismo y el tema de la revolución". En Tortti, María Cristina (dir.), *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*, pp. 15-33. Rosario: Prohistoria.
- Traverso, Enzo (2007). "Historia y memoria. Notas sobre un debate". En Franco, Marina y Levín, Florencia (comps.), *Historia*

- reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, pp. 67-96. Buenos Aires: Paidós.
- Vazeilles, José (1967). *Los socialistas*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- Verde Tello, Pedro (1963). *La división socialista. Su origen y desarrollo*. Buenos Aires: Libertad.
- Vezzetti, Hugo (2009). *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ware, Alan (2004). *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Istmo.
- Weber, Max (2002 [1922]). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. Buenos Aires: FCE.
- Wellhofer, E. S. (1972). "Dimensions of party development: a study in organization dynamics". *The Journal of Politics*, vol. 34, n° 1 pp. 153-182.
- Williams, Raymond (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- Yannuzzi, María de los Ángeles (1996). *Política y dictadura*. Rosario: Fundación Ross.

Colección
Entre los libros de
la buena **MEMORIA**

El Partido Socialista Popular ha sido poco explorado en contraste con su relevancia en la historia del socialismo en la Argentina en las últimas décadas. Este libro reconstruye su trayectoria desde su fundación en 1972 hasta las vísperas del retorno a la democracia en 1982 atendiendo diferentes aspectos y nudos problemáticos.

El libro se centra, tras presentar las disputas historiográficas en torno a la historia del socialismo argentino y su repercusión en las querellas políticas, en tres cuestiones fundamentales: los orígenes del PSP y las características de los cuatro agrupamientos que confluyeron en esta formación política (el Partido Socialista Argentino, el Movimiento de Acción Popular Argentino, Militancia Popular y el Grupo Evolución); el modelo organizativo que adoptó y las especificidades de la puesta en práctica del “centralismo democrático”; y, por último, las peculiaridades identitarias del socialismo popular, de qué manera se distinguió de otras organizaciones con las que guardaba cierta afinidad y el modo específico en que articuló tres tradiciones políticas de las que abrevaba.

El PSP fue un heredero legítimo de la tradición socialista argentina y sus expresiones partidarias, pero implicó una serie de discontinuidades significativas en sus elencos dirigentes, su funcionamiento y su configuración identitaria. Es por eso que, entre cambios y continuidades, el PSP fue un nuevo partido para el “viejo socialismo”.



Libro
Universitario
Argentino

ISBN 978-987-630-546-4



9 1789876 1305464

FaHCE
FACULTAD DE HUMANIDADES Y
CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

UNM
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MISIONES

EDICIONES UNGS

Universidad
Nacional de
General
Sarmiento